

NOS DEBEMOS UN CAFÉ

ARIADNA BAKER

NOS DEBEMOS UN CAFÉ

ARIADNA BAKER

Primera edición.
Nos debemos un café
©Ariadna Baker.
©mayo, 2025
©imágenes por AdobeStock y Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo
RRSS

Capítulo 1



Paola

No podía dejar de llorar. No lo hacía por sentirme vulnerable, débil, ni incapaz de superar todos los obstáculos que la vida iba poniendo en mi camino. Lloraba porque estaba cansada de hacerme siempre la fuerte, para que otros pudieran descargar su dolor en mi hombro.

Mis lágrimas eran una forma de exteriorizar lo que mis palabras eran incapaces de expresar. Quizás era la manera más noble que tenía de decirme a mí misma que ya no podía más.

Acurrucada en una esquina del sofá y abrazada a mis piernas bajo una fina manta, me repetía constantemente que pronto todo cambiaría. Quizás necesitaba aferrarme a eso para conseguir calmarme, aunque solo fuera un poquito.

El sonido del timbre de la puerta me sacó de mis pensamientos. Me sequé las lágrimas y fui a abrirle a mi amiga Helen, ya que estaba segura de que era ella.

—Se acabó el llorar y andar en pijama por la casa como si fueras una muerta en vida. —Besó mi mejilla y pasó directamente a la cocina.

—Buenos días —murmuré cerrando la puerta.

—Son las once y media de la mañana —comenzó a prepararse un café—, tienes el móvil apagado y estás aún sin vestir. —Me señaló con la mano, reprochándome que estuviera en pijama.

—¿Y cómo se supone que debería estar?

—Pues como una persona normal que a esta hora ya salió a por el pan y que está preparándose la comida para luego no comer la primera mierda que vea en el frigorífico, o peor aún, que te comas un yogur y con eso des por concluido el día. ¿No te das cuenta de que no puedes seguir así?

—Tengo pan que descongelé hace un rato.

—Es difícil hablar con un muro cuando tiene las puertas cerradas. —Hizo un rugido de queja y resopló.

—No soy un muro, solo te estoy diciendo que aprovecho la oferta de la panadería de tres barras de pan, uso una ese día y las otras las congelo para los dos siguientes.

—¿Y qué haces pasándote los días en pijama sin salir a la calle?

—Te recuerdo que a mi hermano lo han metido en la cárcel, y eso ha llevado a que me despidan de manera injusta de mi trabajo. Estoy a la espera de un juicio para que se reconozca que mi despido fue improcedente, eso si el juez me da la razón, cosa que está por ver. Para poder hacer frente a esta situación, he tenido que vender mi coche y así poder tener algo de dinero ahorrado, ya que el abogado se quedó con mis ahorros para poder presentar la demanda contra la empresa.

—¿¡Has vendido tu coche!? ¡¡¡Eso no me lo habías dicho!!! Te ofrecí ayuda y me la negaste, me dijiste que todo estaba bien y di por hecho que tenías dinero.

—No lo necesito. En poco tiempo me iban a cargar el seguro y el impuesto de circulación, así que solo me traería más problemas. Necesitaba liquidez en la cuenta para afrontar el tiempo que tarde en celebrarse el juicio.

—No te dejas ayudar, Paola, no te dejas ayudar. ¿Para qué están las amigas?

—Helen, lo que menos necesito hoy es una reprimenda. —No pude contener las lágrimas. La entendía porque ella siempre estaba ahí, pero mi situación era ahora mismo muy dolorosa.

—Solo quiero ayudarte, Paola, es lo único que quiero. —Me abrazó fuerte, y se echó a llorar de la misma manera—. Me parte el alma verte así.

—Todo me ha ido mal en la vida y aquí estoy, en pijama, pero estoy, lamiendo mis propias heridas para sanarlas. Solo necesito tiempo, solamente eso. —Las lágrimas me caían como cántaros.

—Pues, si las heridas se sanan en pijama, mañana vengo después del trabajo con un par de los míos para pasar el fin de semana contigo. ¿Fiesta de pijamas? —Me apartó un mechón de pelo y lo colocó detrás de mi oreja, acariciando mi barbilla mientras me miraba con una comprensión inmensa. Era un gran apoyo para mí.

—Claro, prometo salir por la mañana a comprar el pan, palomitas y algunas chuches. —Sonreí entre lágrimas.

—De la comida me encargo yo.

—No, no, tengo en la nevera y en la despensa los ingredientes necesarios para preparar pasta, carne y algunas cosas más.

—He dicho que me encargo yo. Las fiestas de pijamas suelen ir acompañadas de hamburguesas, *pizzas*, *sushi*, helados a domicilio…

—Lo vamos viendo.

—¿Qué sabes de tu hermano?

—Podré ir a verlo el martes por una hora. Su abogado me confirmó la visita y será quien me avise de cada una de ellas. La verdad es que es muy comunicativo y me está informando de todo. Estoy muy agradecida.

—¿No te dijo nada nuevo?

—No, está preparando el juicio a la espera de fecha. He conseguido hablar con muchas personas del círculo de mi hermano y han accedido a ir como testigos.

—Sí, ya me lo dijiste. Se va a demostrar la verdad. De eso no te quepa ni la menor duda, cariño, todo se va a demostrar y esclarecer. La vida es injusta, pero solo por momentos.

—Ojalá. No se merece lo que le han hecho. —Tragué saliva—. Además, nadie le va a devolver ese tiempo que pase dentro. Eso es lo que más me desgarra y me cuesta superar día a día.

—Esa hija de puta lo pagará todo. Por cierto, te he traído un regalito. —Abrió su bolso, el cual había dejado sobre una silla. Siempre andaba con mil detalles hacia mí.

—Oh, ya sé lo que es. —Sonreír al ver la bolsa de papel de la tienda de aromas que tanto nos gustaba. Suspiré sonriendo.

—Dos velas con unos aromas que van a crear una atmósfera increíble en la casa y te van a levantar el ánimo. Así que sonríe, que quiero ver esa belleza que aparece en esa carita tan bonita que tienes.

—Me ha venido un olor a uvas rojas y bayas —murmuré impregnándome del perfume de la primera.

—Efectivamente. Huele la otra. —Me la acercó a mi nariz.

—Dulce, como las flores de primavera. —Sonreí mientras mi mente se transportaba a infinitos jardines.

—Y con licor de cereza. —Carraspeó.

—Gracias, Helen. —La abracé—. Voy a encender una en el salón que me acompañará todo el día.

—¿Has visto lo guapa que te ves cuando sonríes? Te quiero así siempre.

—Poco a poco llegará la calma a mi alma. —Le apreté el hombro y le di un beso en la mejilla.

—Bueno, me piro que tengo una firma en la notaría. Mañana, cuando salga de la inmobiliaria, vendré para quedarme contigo hasta el domingo. No te lo tomes a amenaza, más bien es una advertencia para que vayas preparando el cuerpo.

—Genial. —Nos dimos un abrazo mientras yo sonreía con las cosas que tenía.

Coloqué una vela en un lado de la encimera de la cocina y la otra la llevé al salón donde la encendí, dejándola en el centro de la mesa que había delante de los sofás. El olor era increíble, y es que se notaba la calidad que tenía.

Mi piso era precioso y muy coqueto. Contaba con solo dos habitaciones, salón, cocina y baño, que era todo lo que podía necesitar. Era nuevo y estaba decorado muy minimalista y sobrio. La luz natural entraba a raudales, cosa que a mí me encantaba.

Cuando mi padre falleció, hace cuatro años, vendimos su casa. Con el dinero que recibimos, mi hermano Isaac y yo lo invertimos en nuestras respectivas viviendas. Bueno, en realidad, mi hermano ya había comprado la suya un año antes, pero lo utilizó para cancelar la hipoteca.

Tuve la suerte de que a mí me llegó para pagar el piso de nueva construcción del que me enamoré nada más lo vi, así como los gastos derivados de la compra. Con los ahorros que tenía gracias a mi trabajo, fui amueblándolo poco a poco.

Todo iba bien, hasta que hace tres semanas mi hermano fue detenido como presunto autor de malos tratos y acoso hacia su expareja. Ella ya le había estado denunciando por todo tipo de cosas, incapaz de aceptar que él no quería continuar la relación, a pesar de que ya hacía muchos meses que la había dejado.

La noticia de su detención fue de boca en boca, lo que ocasionó que mi empresa tomara la decisión de despedirme para, según ellos, no estar vinculados con nada relacionado con estos delitos. Una injusticia más que no me merecía, pero ahora cargaba sobre mis hombros, a la espera de que un juez determine si esa decisión fue legal o no.

Isaac trabajaba en ese momento como policía local. Obviamente, ahora estaba suspendido del cuerpo y su vida se había roto por completo. Eso era lo que más me dolía, porque yo sabía cómo era mi hermano, y todos los que lo conocían también lo sabían. En mi caso, ocupaba un puesto de encargada en una tienda de una franquicia de moda desde hacía seis años.

Por supuesto, no quería quedarme aferrada a vivir en pijama ni dejarme arrastrar por una depresión de caballo, pero por ahora no me quedaba otra que estar así, esperando a que se celebrasen los dos juicios: el de mi empresa y, sobre todo, el de mi hermano. Este último era el que más me preocupaba, está claro.

La vida era increíblemente bonita y jodida a partes iguales. Puedes pasar de tener todo en orden, con un trabajo estable y planes de futuro, a que, de un momento a otro, todo se desmorone, como nos pasó a nosotros. Ahora, simplemente estaba sobreviviendo.

A mis treinta y dos años había pasado por toda serie de circunstancias, desde la pérdida temprana de mi madre cuando apenas tenía diez años, a la pérdida de mi padre hacía cuatro años. Y, no solo eso, también perdí a mi gran amor, Sergio, con el que estuve desde los diecisiete años hasta los veintiséis, cuando murió en un accidente de moto, justo un año antes que mi padre. Como veréis, mi vida no había sido ni era de color de rosas.

Solo necesitaba tiempo y que todo se aclarase para poder retomar el rumbo de mi vida, esa que no sabía qué me tendría deparada para más tarde. Mi deseo era simple: trabajar y encontrar un poco de paz, no necesitaba mucho más que eso. Me conformaba con tan poquito que no merecía menos.

Empezaba a percibir la dulce fragancia de la vela que había encendido, y me encantaba el aroma que estaba dejando en el

salón. Decidí prepararme un té y salí al balcón para disfrutarlo tranquilamente.

Observaba el ir y venir de la gente en un día soleado de una primavera que invitaba a estar sentada en alguna terracita tomando algo. Pero claro, ¿quién era la bonita que se animaba cuando andaba por inercia y no podía tirar ni de su cuerpo? Los ánimos no ayudaban en nada, y la ansiedad provocada por el momento me sumergía en una tristeza difícil de mitigar.

Isaac y yo íbamos a salir de esta, tenía la firme creencia de que la verdad siempre encuentra la manera de salir a la luz, incluso en medio de tanta maldad. Rezaba como nunca lo había hecho y es que cuando algo así te pasa, al final terminas encomendándote a lo que sea con tal de aferrarte a algo.

La frustración me invadía por completo, lo primero porque no podía buscar trabajo a la espera de que un juez dictaminara sobre el despido. Ya que este podía exigir mi reincorporación inmediata, entre otras cosas. Estaba atada de pies y manos por completo.

Cogí mi portátil y me dispuse a hacer algo que había estado meditando en los últimos días para no afectar demasiado mi economía. Publiqué un par de anuncios en las páginas de mi ciudad ofreciendo mis servicios como niñera o limpiadora por horas. La venta de mi coche, que ya tenía varios años y no era de gran valor, me había dejado un poco más de tres mil euros.

Cada mes, debía hacer frente a los pagos de la luz, el teléfono, wifi, el agua y la comunidad, dejándome un gasto mensual fijo de doscientos cincuenta euros. A esto se le sumaba la comida, pero gracias a Dios, tenía la estrategia de visitar cuatro supermercados diferentes para aprovechar las ofertas. Además, cada vez que cocinaba, preparaba porciones suficientes para al menos dos comidas, especialmente en el caso de los guisos y potajes, que son

ideales para eso. Sin embargo, sabía que no podía seguir así por mucho tiempo con el dinero que tenía, ni tampoco podía permitirme esperar a que se agotara mientras contaba los días para el juicio. Aunque mi abogado me había asegurado que el proceso sería casi inmediato, o que, en el peor de los casos, no tardaría más de tres meses.

Confiaba que mientras tanto, me saliese algo con lo que ingresar un poquito todos los meses, aunque solo fuese para pagar los gastos fijos mensuales, pero sería una buena ayuda.

Me dispuse a hacer la comida para no comer un yogur, como me había dicho Helen con toda la razón del mundo. Estaba más delgada y demacrada, esa era la verdad. Y yo lo veía, pero no podía hacer nada para remediarlo, porque cuando no se tienen fuerzas ni energía, terminas preocupándote por todo menos por ti misma.

Preparé unas patatas a la riojana con un chorizo que me regaló Lupe, mi vecina de al lado que me tenía un cariño infinito. A sus sesenta y cinco años había perdido a su marido y un hijo, pero siempre tenía una sonrisa para todos. La admiraba y adoraba a partes iguales, era de esas personas que se ganaba el cariño ajeno por el gran corazón que tenía.

Muchas eran las veces que Lupe tocaba a mi puerta con un platito de sus guisos o un trozo de bizcocho. En esta ocasión, había ido a su pueblo y me había traído unas madejas de chorizo que eran toda una delicia y que me servirían para preparar este delicioso plato.

Rendirse no era una opción, y menos cuando la persona que más me necesitaba estaba encerrado de esa manera tan desgarradora. ¿Qué se le podía pasar por la cabeza a alguien para llevar a otra persona a esa situación por el simple placer de joderle, por no querer estar con ella? Estaba claro que Carola no tenía sentimientos buenos, sino que eran de lo más dañinos.

Me habían quedado las patatas a la riojana perfectas, fue probarlas y saber que tenía que prepararle en una pequeña olla una ración para Lupe. Se la llevé y se puso de lo más contenta diciendo que estaba a punto de prepararse la comida y eso que se iba a ahorrar. Como bien me dijo, tenían una pinta que era difícil no sucumbir a ellas.

Capítulo 2



Paola

Eran las ocho de la mañana cuando me llegó una notificación de Bizum al móvil. Extrañada, lo miré y vi que eran diez euros de Helen. Le puse un mensaje, ya que debía haberse equivocado.

Paola: *Buenos días, cariño. Creo que me has mandado un Bizum por error. ¿O acaso me quieres encargar algo?*

Helen: *Buenos días, preciosa. Se me ha olvidado poner el concepto. Es para que vayas a una terracita antes de comprar el pan y te des un homenaje de desayuno. Invita tu amiga.*

Paola: *Con diez euros compro el desayuno de toda la semana. No tenías que haberlo hecho.*

Helen: *Quiero foto de que lo empleas en que te lo ponen todo por delante. Tienes una hora o lo siguiente que te mande no te hará ni la más mínima gracia. No quiero excusas. La mañana está para coger aire y el sol está brillando con más intensidad para ti. Mueve ese culo a la de ya.*

Paola: *Gracias por el detalle, pero te repito, no hacía falta. Con tenerte en mi vida ya me siento dichosa. Te quiero. Habrá foto.*

Me serví un café que me tomé de camino a la ducha. Iba a salir a por el pan, chuches y algunas cosas para tener el fin de semana, pero también me iba a tomar el desayuno al que me había invitado mi amiga.

Era viernes y aún quedaban varios días para el martes. Estaba ansiosa por ver a mi hermano y decirle cuánto lo quería. Habíamos hablado un par de veces por teléfono, pero muy rápido y no era lo mismo que poder mirarle a los ojos e interpretarlos. Estaba más jodido de lo que me quería hacer creer, pero sabía que él mentiría mil veces para no hacerme sentir peor de lo que ya estaba.

El sol brillaba con intensidad, lo que me obligó a ponerme las gafas de sol, que tampoco me venían nada mal para tapar las ojeras y las bolsas que tenía bajo los ojos. Aunque es cierto que me las había camuflado un poco con un ligero maquillaje, que al menos servía para disimular el mal aspecto que tenía.

Me dirigí hacia la terraza de una cafetería que me gustaba mucho porque tenía unas vistas a la playa que te llenaban de energía, esa de la que yo necesitaba llenarme en estos momentos.

Cuando me estaba acomodando en la silla, llegó el camarero que yo conocía bastante y nos teníamos mucho cariño. Hacía tiempo que no me veía por aquí y en la cara, mientras se acercaba, se podía apreciar la grata sorpresa que se había llevado.

—Buenos días, Paola, qué alegría verte por aquí de nuevo. ¿Cómo estás? — Él estaba al tanto de lo de mi hermano porque lo conocía.

—Buenos días, Alonso. —Sonreí—. Ahí voy, intentando levantar los ánimos.

—Vaya faena. Isaac no se merece esto, pero confía en que mucha gente lo quiere y todos piensan lo mismo. Nadie se cree a esa mujer.

—Ya, pero bueno, hasta que no sea un juez el que no lo crea, tenemos el panorama un tanto feo.

—Alegra esa cara, que me parte el alma verte así. —Me acarició la mejilla.

—Poquito a poco, solo es cuestión de tiempo —le dije esa frase que tantas veces me repetía a mí misma.

—Claro que sí. —Me acarició la cabeza en un acto de afecto y cariño—. ¿Una buena tostada con jamón serrano, aceite de oliva y tomate? —me preguntó animándome, ya que sabía que ese desayuno a mí me flipaba.

—Sí. —Sonreí.

—Y tu cafelito cortado.

—Eso es —afirmé con la cabeza.

—Ahora mismo vengo, preciosa.

Primero me trajo el café, justo en el momento que me entró una llamada de mi abogado.

Solté el aire antes de descolgar para hablar con él. Sin anestesia, me comunicó que ya había fecha para mi juicio y que era en dos semanas.

Lo veía muy convencido de que ganaríamos esta batalla, pero hasta que no lo viera con mis propios ojos, no podía creerlo del

todo. Pasase lo que pasase, me daba la libertad suficiente para poder tomar las riendas mi vida; si me readmitían, genial, pero si no, ya podría buscarme un trabajo más estable, en lugar de trabajar por horas como era mi intención.

Alonso apareció de nuevo con la tostada. La coloqué bien para tirarle una foto con el mar de fondo y mandársela a Helen. Añadí un audio poniéndola al tanto de la fecha del juicio.

Helen: *Te lo dije, sería antes de lo que imaginabas.*

Paola: *Ahora toca cruzar los dedos. Gracias por el desayuno. A las dos nos vemos en mi casa. Si te soy sincera, me anima muchísimo tenerte conmigo estos días.*

Helen: *Eso pretendo, cariño mío, animarte hasta sacarte mil carcajadas para conseguir que te olvides de lo malo, por lo menos un ratito. Lo mismo aparezco un rato antes, ya que tengo que enseñar una casa a la una, pero no me tomará mucho tiempo. Llevaré la comida, que ya la tengo encargada para recogerla luego, así que no se te ocurra meterte en la cocina, a menos que sea para preparar uno de esos deliciosos bizcochos de naranja que tanto me gustan.*

Paola: *Son de limón…*

Volteé los ojos y se me escapó una risilla.

Helen: *¿A qué has volteado los ojos? Parece que te estoy viendo.*

Paola: *Y me he reído. Tendrás tu bizcocho de naranja.*

Helen: *Que no se te olvide echarle sal, y de paso no le vendría mal un poco de limón y tequila. Te quiero, nos vemos luego.*

La tostada estaba riquísima, cuando me la acabé, me pedí otro café y me encendí un cigarrillo. Fumaba poquísimo, uno y no todos los días, pero había momentos que requerían la ocasión y el simple hecho de estar respirando aire puro en estos momentos con el mar de fondo y un delicioso desayuno, ya era motivo suficiente para encenderlo. Que sí, que era consciente de que fumar era malo, pero también me estaba muriendo de pena y no me lo había buscado.

Le hice una señal a Alonso para que me trajese la cuenta. Se acercó.

—Estás invitada. —Me hizo una caricia en la cabeza.

—No, no me hagas esto, por favor. —Me reí recordando que ya venía de por sí invitada.

—No hay nada que hablar ni negociar. —Extendió su mano para que me fuera y no siguiera discutiendo.

—Gracias, Alonso. —Me acerqué para darle un beso en la mejilla.

—¿Lo ves? He salido ganando. —Guiñó su ojo.

Decidí dirigirme a una floristería que vendía flores silvestres, todas preparadas muy bonitas y a precios asequibles. El *cartuchito* apenas costaba cinco euros, y a mí me valía para adornar un jarrón de cristal que tenía en casa, el cual planeaba colocar junto a las velas que me había regalado Helen. Daría un toque de armonía al entorno y al centro de mesa, justo lo que necesitaba en estos momentos.

Cuando salí de la floristería, estiré mi mano con el ramo en ella y le hice una preciosa foto que le mandé a mi amiga.

Paola: *Alonso no me cobró el desayuno y, para compensar, me he comprado este ramo en la floristería. Aun así, me sigue sobrando para pegarme otro desayuno a tu salud otro día.*

Helen: *¡Me encanta! ¡Qué ramo tan bonito te he regalado! Si es que tienes un gusto…*

Paola: *Vamos a poner en armonía el salón para el fin de semana.*

Helen: *Estoy deseando terminar la mañana e irme contigo. Por cierto, acabo de pasar por «Women´secret» y he comprado dos preciosos pijamas iguales, para ambas. ¡Hoy estrenamos! Y no, no me riñas que es de una colección antigua y estaban a un precio de risa.*

Paola: *Ya conozco yo tus colecciones antiguas. Deja de gastar dinero en mí, petarda. Con una tarjeta en la mano tienes mucho peligro. Deberías replantearte dejarla en casa y llevar diez euros encima de efectivo.*

Helen: *Con diez euros no me da tiempo ni a salir de mi calle.*

Helen tenía cada cosa que no podía dejar de reírme con ella. Y tan en serio que decía que con diez euros no tenía ni para salir de su calle. Era doña antojos, todo lo quería, pero bueno, para eso se lo podía permitir gracias a su esfuerzo y trabajo.

En la panadería compré una telera artesanal de obrador que duraba perfecta todo el fin de semana, de ahí podríamos sacar unas buenas rebanadas para los desayunos.

Paqui, la dueña de la panadería, comenzó a contarme una movida que había tenido lugar entre varios vecinos la noche anterior. La escuchaba atenta, más por educación que por interés, porque

bastantes problemas tenía yo como para tener que preocuparme por los conflictos de los vecinos de ese barrio. En fin, que no tenía mucho aguante en estos momentos, pero la escuché sin interrumpirla en ningún momento.

Aunque no podía sacarme de la cabeza a mi hermano y ese sentimiento de desolación, era cierto que este paseíto me estaba viniendo genial, aunque por poco, Paqui me provoca un ataque de ansiedad. Pero, como siempre, me quedaba con lo bueno de lo que estaba viviendo esta mañana.

Era muy doloroso y frustrante cuando quieres gritarle al mundo que tu hermano está siendo injustamente encerrado y que hay una persona en libertad que es la que merece estar presa por sus actos.

A nadie le deseaba lo que yo estaba viviendo. Desde que se lo llevaron me envolvió un sentimiento de orfandad que hacía que la desolación fuese aún más grande.

Una vez en la tienda de chuches, cogí una bolsita y la fui rellenando con diferentes gominolas. De alguna manera, teníamos que endulzarnos la vida. Me recordaba al día de Reyes, cuando mi padre, aparte de los regalos, nos ponía un montón de chuches y chocolatinas. Todo eso lo había aprendido de mi madre que, hasta su muerte, nos preparaba ese día con mucho cariño y esmero.

Por último, me dirigí al supermercado y allí compré tres paquetes diferentes de patatas chips, palomitas, además de refrescos y naranjas naturales para hacernos unos zumos por las mañanas.

Me venía bien este plan de fin de semana para estar más distraída, aunque, obviamente, nada se me iba a ir de la cabeza. Además, mi inminente juicio me haría quitarme otro peso de encima, pero a su vez, me causaba nerviosismo de que no saliera como yo me merecía.

Con las bolsas en las manos y agradecida por este ratito en el que me había dado el aire que tanta falta me hacía. Era consciente de que podía salir a pasear todos los días, pero cuando el techo de tus propios cimientos se te cae por completo, lo único que deseas es refugiarte en casa y llorar para soltar todo eso feo que habita en ti.

Estaba claro que los sentimientos eran los que nos movían por completo, y cuando estos estaban a flor de piel y cabizbajos, nuestras vidas se desmoronaban, dando paso a una inquietud, una ansiedad y una tristeza que oscurecían nuestros días. Y eso era justo lo que me pasaba a mí.

Dejé todo en la cocina y fui a por el jarrón para llenarlo de agua y meter las flores. Quería colocarlo en la mesa, junto a las velas. Quedaba monísimo y daba un aire fresco a ese rincón.

Poquito a poco, todo irá bien, me lo repetía mientras colocaba la compra. Preparé un té antes de ponerme con el bizcocho de limón que tanto le gustaba a mi amiga. Obviamente, lo llamaríamos el de naranja.

Capítulo 3



Paola

Helen llamó a la puerta y, como me advirtió, llegó antes, cosa que me hizo mucha ilusión.

—Hola, preciosa. —Le di un beso apartándome para que pudiese entrar.

—Hola, cariño mío —respondió mientras yo le ayudaba con las bolsas. Venía un tanto cargada.

—¡Cielo santo! ¿Qué traes aquí?

—Cervezas, el pollo asado que encargué y unas tarrinas de helado que acabo de comprar en la tienda de abajo, así que, mételas en el congelador urgente, antes de que se derritan, porque si no, luego no saben igual.

—Ahora mismo.

—Ah, también he traído un licor de crema de café que me han regalado mis tíos de su viaje a Galicia.

—¿Cómo les ha ido? —Recordé que me comentó lo de ese viaje.

—Genial, se lo han pasado muy bien. Ya vienen con planes de hacer pronto otro por Asturias. Han quedado tan encantados con el norte que dicen que lo quieren recorrer entero.

—Pues muy bien, ahora que están recién jubilados, que aprovechen y vivan todo lo que no hicieron antes.

—Eso dicen, que en dos años quieren tener recorrida toda España. Me muero con ellos. —Se le escapó una risilla.

—¡Qué guay! A mí me caen genial, son dos personas increíbles. Tu tía tiene un corazón de oro. Bueno, y tu tío, pero ella es tan adorable.

—Como tú, cariño. —Me echó la mano por encima y me besó la mejilla—. Mira —abrió la bolsa del Women'secret—, son unas monadas. ¿No te parece? —Sacó los dos pijamas.

—Qué bonitos, por favor. Son superdulces y en tonos armónicos, como deseo que sea mi vida.

—Una que tiene buen gusto y piensa en la calidez de tu descanso. Y en tu armonía, que no veas la de veces que repites esa palabra. —Reía.

—Muchísimo. —Sonreí—. Gracias, eres increíble.

—Nada que no te merezcas. ¿Preparamos la mesa?

—Claro. Además, el pollo huele que alimenta.

—He comprado también las patatas que ellos hacen al bastón y unos pimientos fritos. —Terminaba de sacar las cosas de las bolsas.

—Se me está haciendo la boca agua —murmuré mientras cogía el refresco de la nevera—. Pero antes voy a cambiarme, y a ponerme el pijama. ¿Te animas?

—Por supuesto, pero el nuevo lo dejamos para mañana mejor, ¿no?

—Claro, para cuando nos levantemos y duchemos.

—Efectivamente, que, aunque yo estoy duchada de esta mañana, pero una lo quiere estrenar recién *limpita* —dijo con gestos de mano y poniéndose muy flamenca.

—Yo también me duché antes de salir. Hasta hace semanas tenía la manía de hacerlo por las noches y ahora, en cambio, lo estoy haciendo por la mañana. Una que ya no sabe ni lo que quiere ni cuando lo quiere. —Volteé los ojos.

—Todo te va a ir genial y a tu hermano también. Deja de poner esas caritas, aunque a mí me encanta ver todos tus gestos.

—Ojalá. —Me acomodé en mi silla—. Me da tanta rabia e impotencia, que a veces se me pasan por la cabeza cosas feísimas. Por culpa de personas como ella hay mucha gente en la cárcel comiéndose un pastel que no les pertenece. Entiendo que hay que cuidar a la mujer, pero ¿qué pasa que los hombres son monos de feria por el simple hecho de ser hombres?

»Yo he tenido a un padre lleno de valores, respeto y amor, el mismo que mi hermano, pero esa inquina que se está vertiendo deliberadamente hacia ellos me parece horrorosa. Quién lo haga que lo pague, pero no se puede poner de manera preventiva a nadie en la cárcel hasta juicio cuando las únicas pruebas que hay es su palabra contra la de él.

—Está el mundo patas arribas y se nos está yendo de las manos. Tienes toda la razón. A mí no me representa nadie, me represento yo, demostrando que ser mujer no me hace más débil en muchos aspectos. En otros, obviamente, no voy a decir que tengo la misma fuerza.

»Es jodido. Ahora la gente con maldad, sabiendo lo protegidas que están, se puede tomar el derecho de denunciar porque le sale de las narices, inventándose algo tan serio y doloroso como son los malos tratos.

»Al final, a quienes están padeciendo esa situación de verdad se les atrasan los procesos por todas esas denuncias falsas que otras hacen. Es injusto y muy triste… pero tenemos una pijamada, y vamos a intentar sonreír a pesar de lo nublados que estén nuestros corazones.

—Me dan unas ganas de cogerla por los pelos y arrastrarla por toda la avenida que no te imaginas, pero luego lo pienso y me repito que yo no soy así, que creo en la justicia, aunque esa ni dándole la razón a mi hermano la encerrará a ella para que pague por sus maldades —resoplé.

—Vamos a disfrutar de la comida. Demasiado daño ya nos hizo como para permitirle que nos joda este momento. Estamos tristes, sí, pero cualquiera no debe quitarnos el hambre. Ni la nombremos, no merece la pena hacerlo, eso solo nos envenena más.

—Tienes razón. Armonía, armonía —dije, provocándole una risilla.

—Pronto tendremos a tu hermano aquí. —Me acarició la mano por encima de la mesa.

—Ojalá. —Me salió como siempre la sonrisa llena de una infinita tristeza—. ¿Quién será? ¿Lupe? —pregunté extrañada al escuchar el timbre de la puerta.

—Seguro. —Lo dio también por hecho.

Al abrir, mi cara se transformó en incredulidad porque no me lo esperaba para nada.

—¿Marta, qué haces aquí? —Le di un beso en la mejilla y me aparté para que pasara.

—Tengo que contarte la verdad. —Se echó a llorar y vio que estaba Helen a la que se acercó para darle también un beso—. Bueno, me alegro de que estéis las dos, así os enteraréis a la vez.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Por qué lloras? —pregunté preocupada, acariciándole la espalda.

—Me siento muy mal conmigo misma, y ahora me arrepiento de no haber hablado antes. Aunque aún estoy a tiempo, porque el juicio de tu hermano no se ha celebrado. Voy a ir como testigo, aportando unas pruebas concluyentes de que dos de las varias denuncias que ella interpuso se pueden demostrar que son falsas, ya que él no estaba en el lugar de los hechos. Tengo facturas, fotos, imágenes de cámaras de hotel y mensajes que demuestran que estaba conmigo, a sesenta kilómetros de aquí.

—A ver, Marta, empieza por el principio porque me está entrando un ataque de ansiedad. Siéntate, ¿quieres comer? —Todo eso que me había soltado era una bomba doble. ¿Cómo que estuvo con mi hermano en un hotel?

—No, pero un refresco te lo agradecería. —Tomó asiento junto a nosotras en la mesa. Se le notaba de lo más afectada y triste.

Se me había quitado hasta el apetito. Algo me decía que Marta me traía una bomba de esas que no te esperas. Cogí la lata, el vaso, y

se los llevé a la mesa.

—Cuenta — le dijo Helen mientras yo volvía a sentarme, notando que tenía la tensión por los suelos.

—Sabes que tu hermano y yo siempre hemos sido grandes amigos y que estuvo hasta en mi boda.

—Sí, claro. Te consideramos una buena amiga —confirmé sus palabras.

—Cuando él rompió con ella, terminó completamente estresado por esa relación tan tóxica y dañina. Yo estuve ahí para escucharlo, pero un café, otro café, tantas confesiones… y al final, todo eso nos llevó a empezar a liarnos hace dos meses. Hacíamos escapadas de fin de semana que yo justificaba con trabajo, así que en mi casa no saltaron las alarmas.

»Por eso puedo demostrar que las dos últimas denuncias no coincidían ni con el lugar ni con la realidad. Tengo las pruebas de todo, incluso le pedí al director del hotel que las aportara para el juicio. Hablé con él hace un par de días, cuando tomé la decisión de que, aunque esto pudiera costarme mi matrimonio al revelarse la verdad, no puedo seguir ocultando la realidad para protegerme.

»Se lo he contado todo a Luis, y se ha marchado de casa muy decepcionado, pero yo voy a luchar contigo para sacar a tu hermano de allí. Él me ha protegido, nunca me pidió las pruebas para no meterme en líos, ni me implicó en nada. No se merecía que yo callara solo por salvar mi relación.

»De todas maneras, amo a tu hermano y lo echo muchísimo de menos.

—Acaba de salir el gordo —dijo Helen tan impactada como yo, con la boca abierta de la impresión al conocer esa primicia.

—Además, la reserva estaba hecha a nombre de Isaac y yo aparecía como segundo huésped. El abogado dice que te comentará todo el lunes, ya que le pedí que me dejara contártelo en persona para dar la cara personalmente.

—Te lo agradezco en el alma, esto va a ayudar mucho —le dije entre lágrimas y tocando su mano—. Nunca es tarde si la dicha es buena.

—Me comentó que el martes vas a verlo.

—Sí.

—Por favor, dile que lo quiero mucho, que estaré esperándolo y que voy a ir a dónde haga falta con tal de que se sepa la verdad y que salga de allí. No voy a quedarme de brazos cruzados, tiene que descubrirse que ella está actuando con maldad.

—Se pondrá muy contento.

—Tenemos que sacarlo cuanto antes. El abogado va a intentar hablar con el fiscal para entregarle las pruebas y solicitar la libertad provisional hasta que se celebre el juicio. Sinceramente, el abogado me ha dicho que esto le da un giro importante al caso, sobre todo con los nuevos testigos que aseguran que, en otras fechas, él no estaba donde ella aseguró que ocurrieron los hechos —decía Marta, mostrándose tan preocupada y afectada como lo estábamos nosotras.

Estaba impactada, pero esto me daba mucha más esperanza. Al menos parecía que había una posibilidad de que lo dejaran en libertad provisional. Eso, sin duda, era un gran alivio. Pensar que podría enfrentar el juicio en la calle, rodeado de personas que lo apoyan, en lugar de estar encerrado, sin poder hacer nada y, lo que

es peor, sufriendo de una manera tan cruel e injusta, me daba un poco de consuelo.

Marta era muy buena chica. La conocíamos desde hacía muchos años, ya que era parte de la pandilla de amigos con la que solíamos salir, Helen, mi hermano y yo.

Era muy valiente por su parte dar un paso hacia delante para ayudar a mi hermano. Además, por lo que podía haber interpretado de sus palabras, tenía unos claros sentimientos hacia él que iban mucho más allá de una amistad.

Me daba pena por su marido, y obviamente no estaba bien que le hubiese engañado, pero eso ya era un tema personal de ellos.

Capítulo 4



Paola

Me había pasado la noche en vela, no podía dejar de pensar en las nuevas pruebas que, sin duda, eran de lo más esperanzadoras. La noticia me había llegado como caída del cielo, sin esperarla.

Después de tomarnos un primer café, decidimos darnos una ducha rápida antes de salir, ya que habíamos decidido desayunar en la calle para que nos diera el aire. Lo necesitaba, y el día anterior me había venido muy bien, así que hoy no tenía excusa porque encima lo hacía acompañada.

Fuimos dando un paseo hasta la misma terraza donde había estado el día anterior, y fue gracioso porque, cuando saludamos a Alonso, me preguntó si venía a por otro desayuno gratis, a lo que contesté que esta vez le iba a salir la gracia doblemente cara. Hizo un gesto de inclinación y aceptación que nos sacó una primera carcajada.

Pedimos unas tostadas de las que Helen se había proclamado superfan, con queso crema, huevo a la plancha y aguacate. La verdad es que estaban riquísimas, pero yo era mucho de jamoncito con tomate, cosa que mi amiga estaba con eso de la moda de aguacate para todo.

—Aquí están los cafés y las tostadas, que invita la casa.

—Si es que eres muy majo —le dijo Helen sonriendo.

—Hombre, ayer invité a Paola, así que sería un poco feo que hoy no hiciera lo mismo contigo. Paola sale ganando: lleva doblete. —Me hizo un guiño.

—Y que yo me dejo aquí muchos euros en comer.

—Tienes razón —le respondió a Helen, a quien le gustaba este sitio al mediodía porque hacían su cachopo favorito y un arroz con setas que le encantaba.

Helen solía comer fuera a menudo por motivos de trabajo. En la inmobiliaria, se adaptaba a las citas de los clientes y, la verdad, es que vendía mucho, lo que le permitía tener una situación cómoda, económicamente hablando. Se había comprado una casa unifamiliar, dando una buena entrada y el resto lo financió con una hipoteca.

Mi amiga era hija única y sus padres, Emilio y María, tenían sesenta y siete años cada uno. Ambos eran jubilados y habían trabajado juntos como profesores en la misma escuela durante toda su vida. Dos increíbles personas que siempre tenían infinidad de detalles conmigo; su madre, en particular, en la mayoría de las ocasiones, me llamaba «hija».

El desayuno estaba delicioso y, a pesar de todos los nervios que tenía, hoy el sol brillaba con una intensidad especial.

—En nada tu hermano estará fuera y tú habrás ganado tu juicio. —Parecía que podía leer cada uno de mis pensamientos.

—Sí, quiero confiar en que el destino está colocando todo en su sitio, porque al karma no quiero ni mencionarlo, ese no da una, parece que está revuelto.

—Estoy pensando que podríamos dar un paseo y, antes de llegar a tu casa, parar en la freiduría para hacernos de un papelón de pescado frito.

—¡Qué bueno, por favor! Pero esta vez invito yo —dije uniendo mis manos en modo súplica.

—Tú estás loca. Calla, que aún no te perdono que hayas vendido el coche y no me hayas pedido ayuda.

—No seas boba, no lo necesitaba. No voy a ningún sitio y hoy sale más barato moverse por la ciudad con el bus. No estoy para estar pendiente de impuestos, seguros y demás.

—No te lo perdono. He dicho —sentenció.

—Bueno, vale. —Carraspeé y desvié la mirada para disimular.

—Sí, sí, hazte la desentendida, pero sabes que eso me sentó como una patada en los ovarios. Hablando de eso, tengo que pedir cita para la citología. —Volteó los ojos.

—Yo también, pero me da una pereza enorme tener que abrirme de piernas ante alguien.

—Esas cosas no se pueden dejar, Paola. ¿Qué te pasa? Bueno, olvídalo, qué pregunta más tonta. —Nos reímos—. Voy a pedir cita para las dos.

—Sin presión, ¿eh? —protesté.

—Me importa un comino lo que digas, ahora vas a hacer lo que a mí me dé la gana —respondió con una sonrisa irónica, mientras sostenía su taza de café con una mano.

—No sé para qué me molesto en discutir contigo. Adelante, llévame a que me metan el dedo —dije, poniendo los ojos en blanco.

—Si encima el tío está para que nos meta todo lo que quiera. ¿Para qué vamos a quejarnos?

—Es cierto que es monísimo. —Recordé la primera vez que lo vi, cuando me puse roja como un tomate al saber que él se encargaría de mi citología.

—Está como un tren, «chu, chu». —Hizo un gesto con su brazo, imitando el sonido de un tren, y no pude evitar reírme. Era única.

—¿Alguna vez te vas a centrar en el amor? —le pregunté, poniendo cara de resignación y sin mirarla para que no se me escapara la risa.

—Lo mismo espero de ti. —Me hizo un guiño.

—Con mi suerte, fijo que me vuelvo a enamorar y pasa una catástrofe.

—¿Cómo puedes ser tan negativa?

—¿Te tengo que volver a explicar todo lo que me ha pasado?

—No, mejor, vámonos de compras.

—Dios, cómo te gusta quemar tarjeta. —Me reí.

—¿No querías armonía? Pues vamos a ir a la tienda de velas y perfumes de interior que te voy a regalar algo.

—Ayer ya me trajiste unas velas, ¿te lo recuerdo?

—¿Incienso? ¿O prefieres un perfume de hogar? ¿Qué te apetece? —me preguntó, ignorando mi comentario.

—Me apetece paz, solo eso. —Se me escapó una pequeña sonrisa.

—Y armonía, que parece que se te ha olvidado. —Volteó los ojos.

—Es verdad, es verdad. —Reí.

Como Helen no era de las que se quedaban con los brazos cruzados, terminó comprándome en esa tienda otra vela, incienso y un perfume floral. No valió para nada la pataleta que le monté, y de la que ella se reía, haciendo caso omiso. La chica de la tienda, que ya nos conocía, no paraba de reírse con nosotras. Desde luego que le estábamos amenizando la mañana.

—Veintitrés euros que te has gastado. Si hubiéramos ido al chino, por diez euros tendríamos todo y nos sobraría para unas cervezas.

—No me digas que la calidad de lo que llevamos se puede comparar con la de esos productos chinos, que vienen en contenedores y se mezclan con un montón de olores extraños, sin saber realmente de qué están hechos. En serio, a ver si espabilas, no se puede comparar la delicadeza de lo que llevas con la que fabrican en esos países asiáticos.

—También fabrican para grandes marcas. —Le recordé, aunque sabía que tenía más razón que todas las cosas y que la calidad

siempre tiene un precio.

—Sí, pero esas marcas no se encuentran en las tiendas de los chinos del barrio.

—También hay en los polígonos industriales.

—Tú siempre poniendo la astilla. Eso es más de lo mismo —dijo mientras entraba en una licorería.

—¿Nos vamos a emborrachar? —pregunté, siguiéndola, porque con ella nunca se sabía cómo iba a terminar la cosa.

—No, solo vamos a comprar una botella de vino blanco para acompañar el pescado. Te recuerdo que es sábado, *sabadete*.

—Viva la economía derrochada —solté un suspiro y me puse a su lado.

—Vive la vida, niña, que te estás perdiendo las mejores experiencias con esa actitud que tienes.

—No todos tenemos tu nivel económico, bueno, yo ni siquiera tengo el que tenía antes. —Me eché a reír.

—¿Este o este? —preguntó mientras señalaba dos botellas en la estantería.

—Este —respondí, señalando la más barata.

—Lo sabía. —Volteó los ojos, dejándolo en la estantería—. Nos llevamos la otra —soltó de manera descarada, consiguiendo que se me escapase una carcajada. Sabía que iba a hacer lo contrario.

Después de salir de la licorería, nos sentamos en una terraza a tomar una cerveza bajo el juramento de que yo invitaría. Qué menos, pero es que Helen era de mano larga y no le dolía gastar un euro, aunque obviamente ganaba bastante en comisiones por las ventas, además de tener su sueldo fijo, pero era su dinero y a mí me daba mucha fatiga que me estuviera invitando constantemente.

No se me quitaba de la cabeza lo de Marta. ¿Cómo pudo engañar a su marido y cómo mi hermano entró al trapo de eso? Esa parte para mí era la que más penosa me parecía. ¿Acaso no se pusieron en el lugar del pobre hombre? Si había una atracción, lo más sensato habría sido terminar la relación antes de traicionar a alguien.

Al final, todo le había explotado en la cara. Aunque, estuviese bien o no, lo que estaba claro es que era lo que podía salvar a mi hermano de todo este lío. Por muy mal que lo hubiera hecho liándose con ella, no se merecía lo que le estaba pasando, y mucho menos tenía que ver con el problema real del asunto.

El sol brillaba intensamente, y es que en este rincón del sur de España disfrutábamos de un clima excepcional. Era primavera, y la temperatura era tan agradable que podías ir vestida de verano sin ningún problema.

—Otra no —le advertí cuando le vi la intención.

—Si la primera que nos hemos tomado solo nos ha servido para quitarnos la sed. —Miró al camarero—. Dos más, por favor.

—Verás que subo a cuatro patas las escaleras de mi casa —suspiré negando.

—Ya te jalo yo por los pelos, por eso no te preocupes. Deja de pensar en lo que pasará y disfruta de lo que está pasando en este

momento, que por fin estás de nuevo en la calle tomando algo. No es ningún crimen. Tienes derecho a vivir.

—Y encima, la comida la vamos a acompañar con vino. ¿Dices que vamos a estrenar el pijama? ¡Pobre de él, que va a quedar impregnado de olor a alcohol! —bromeé, pinchando un poco más.

—El aroma de la fragancia de interior, lo matizará —dijo. Se refería a la que me había regalado un rato antes y, por cierto, el olorcito me venía constantemente desde la bolsa.

En ese momento, recibí una llamada que no me esperaba: era la del abogado de mi hermano. Me puso al día de todo y lo vi tan esperanzado en que le dieran la libertad provisional inmediata que, pese a que había que ser precavidos, me animó mucho más de lo que ya lo estaba. Y es que la información de Marta, me hizo verlo todo mejor, desde otra perspectiva.

Pasamos un buen rato en la terraza, donde no fueron dos cervezas, sino tres las que disfrutamos antes de decidir levantarnos. Casi me tiene que ayudar a ponerme en pie.

—Estoy hasta mareada —dije riendo.

—Pero si solo eran cañitas. Desde luego que poco aguante me tienes, jodida.

—Si me las llegan a servir en jarras, ni siquiera sabría quién eres —bromeé.

—Yo te lo recordaría, no te preocupes, por eso —dijo con sorna, a la vez que me ofreció su codo para que me agarrase.

Nos dirigimos a la freiduría para comprar el cartucho de surtido de pescado frito para dos. Tenía todo una pinta increíble y la variedad era impresionante: huevas, chocos, puntillitas, cazón, boquerones y taquitos de atún, todo crujiente y desprendiendo un aroma que me abría el apetito de una manera irresistible.

Al llegar a la casa, lo colocamos todo bien en una bandeja y preparamos la mesa de lo más bonita. Borrachas, pero con clase, como decía mi amiga.

En medio de la preparación, recibí una llamada inesperada de mi hermano. Le conté brevemente lo que estaba pasando y, para mi sorpresa, se puso a llorar, pidiéndome perdón por no haberme contado lo de Marta.

Me confesó que sabía que ella lo amaba y que confiaba en que no se iba a quedar de brazos cruzados. Se sintió aliviado al saber que tenían algo sólido para pedirle al fiscal que propusiera su libertad provisional hasta juicio.

Suspiré profundamente y, al finalizar la llamada, Helen me abrazó. Ella era consciente de lo que significaba para mí Isaac y cuánto me dolía verlo metido en esa situación tan lamentable.

—Y ahora vamos a disfrutar de esta maravillosa mesa —dijo ella animándome.

Por supuesto —respondí, sonriendo—. Se ha emocionado mucho al enterarse de que Marta ha dado un paso al frente por él.

—Qué fuerte, ¿quién nos lo iba a decir?

El vino me estaba subiendo mucho, ya que venía de tomar cervezas. No sé si era por los nervios, pero de repente me dio un

ataque de risa tan contagioso que Helen no pudo evitar unirse, y ambas terminamos riendo a carcajadas sin poder parar.

Era una escena digna de ver, con nosotras dos dobladas de risa sin razón aparente, lo que hacía que la situación fuera aún más divertida. Cada vez que intentábamos mirarnos, las risas se intensificaban.

Cuando finalmente conseguimos frenar las risas, nos pusimos a recoger la mesa. Yo me encargué de fregar mientras ella preparaba un cafecito para sentarnos en el sofá y disfrutar de una película que teníamos ganas de ver.

Pasamos toda la tarde tumbadas en el sofá, entre risas y un festín de palomitas, chuches, helados y todo lo que se nos ocurría. La verdad es que cuando bebía, mi cuerpo me pedía mucho azúcar y como hacía tanto tiempo que no lo hacía, me había pegado el bajón mucho más fuerte, por lo que arrasé con todo lo que veía.

Por la noche, nos dimos una ducha y decidimos salir a cenar a un restaurante chino. No tuve opción a nada, era ir o ir; de lo contrario, me sacaba por los pelos, y Helen esas cosas no se las pensaba.

Estaba claro que ella lo tenía todo pensado con tal de conseguir que saliera a la calle un poco más. Si alguien se preocupaba por mí en este mundo era ella, junto con mi vecina Lupe, quien siempre estaba ahí para regalarme una sonrisa o un abrazo si lo necesitaba.

Después de darnos un señor atracón en el bufé asiático, nos fuimos a una terraza a tomar un par de cubatas. Hoy me estaba bebiendo todo lo que no me había bebido en el último año.

La noche estaba preciosa y animada. Veía pasar a gente que hacía mucho que no veía, fue curioso la de personas que reconocí en tan poco tiempo. Me di cuenta de que había estado encerrada durante

las últimas tres semanas, sintiendo que el tiempo se había estirado como si hubieran pasado meses. Cuando el tiempo pasa lento, se convierte en una eternidad, y eso era exactamente lo que había vivido últimamente.

Al final, entre broma y broma, nos dieron las tres de la mañana en la calle a golpe de copa. Lo que me reí de regreso a mi casa no tuvo precio. Pasamos una hora intentando abrir la puerta con las llaves equivocadas, y cuando nos dimos cuenta, nos habíamos sumido en la desesperación.

—Yo me cago en todas nuestras neuronas —dijo ella tirándose en el sofá, muerta de risa.

—Si es que el alcohol no trae nada bueno.

—Cállate, que estás más guapa. —Se acomodó.

—Más vale que te pongas el pijama o te quedarás dormida así.

—¿Y quién me lo prohíbe?

Capítulo 5



Paola

Llegó el martes, ese día tan esperado para mí.

Marta apareció por mi casa un rato antes de ir a ver a mi hermano. Me había llamado por la mañana y se había ofrecido a llevarme hasta la puerta de la cárcel y esperarme allí. La verdad es que me venía de lujo, ya que tenía que coger dos autobuses para poder llegar hasta el recinto penitenciario.

Antes de irnos, decidimos tomar un café. La verdad es que estaba tan nerviosa que parecía un flan, y ella no ayudaba en absoluto, pues estaba de igual manera. Se notaba que le afectaba mucho la situación. Me estaba poniendo la cabeza como un bombo, y es que no paraba de hablar. Me lanzaba un montón de mensajes que debía transmitirle a mi hermano, y yo no sabía si iba a recordar ni la mitad de lo que me decía.

—Dile que lo espero y que estoy deseando verlo —me repitió antes de darme un beso y que yo me dirigiera hacia allí.

—Se lo diré.

Se quedó fuera mientras yo me presentaba al primer control de acceso, donde presenté mi documento y confirmaron que tenía programada la visita.

Una vez lo pasé, me indicaron que me dirigiese al segundo control, donde me cachearon y revisaron mi bolso antes de acompañarme al punto de encuentro.

Al entrar en la sala, vi que había más internos reunidos con sus familiares, así que busqué una silla vacía en una mesa y me senté.

Los nervios cada vez se pronunciaban más y por fin, se abrió la puerta y apareció Isaac sonriente, dirigiéndose hacia mí. Me levanté y lo recibí con un abrazo de lo más fuerte.

—Te quiero, hermano, te quiero —le dije sin soltarlo.

—Y yo a ti, pequeña. Y yo a ti.

Estaba feliz, ya que esta mañana había tenido una conversación con su abogado, quien le informó que había presentado toda la documentación en la fiscalía y que las perspectivas eran bastante optimistas.

En cualquier momento le podían aprobar la salida, pero, claro, todo dependía del criterio del juez y de que considerase que todas las pruebas aportadas tenían el suficiente peso. Pero si no lo veía así, ¿qué más quería ver, con lo claro que estaba todo? Esa mujer mentía.

Le hizo mucha ilusión saber que me había traído Marta y que se encontraba fuera esperándome. No podía imaginar lo importante que era ella para él, pero por el brillo en sus ojos pude interpretar que la amaba demasiado.

Era su historia, y si eso le daba la fuerza para soportar su tiempo en prisión, ya era un gran alivio para mí, así que me sentía feliz de interpretarlo de esa manera.

Lo encontré animado y eso me dio mucha paz; además, estaba en un módulo donde la convivencia era tranquila y apenas había problemas. Se mantenía activo haciendo deporte, leyendo y ayudando en la cocina para ocupar más el día.

Cuando llegó el momento de despedirnos, le prometí que hasta que no saliera, iría a todas las visitas para estar junto a él. No lo iba a dejar solo por nada del mundo. Era la persona más importante en mi vida, y jamás lo soltaría, incluso si eso significaba arrastrarme por el suelo.

Salí y, de repente, vi a Marta corriendo hacia mí. La puse al tanto de todo mientras nos fumábamos un cigarrillo, el primero desde el sábado que me fumé uno cuando estuvimos de copas.

Regresamos a la ciudad y, como aún era temprano, decidimos sentarnos en una terraza a tomar un café. Helen nos dio el encuentro, ya que venía de enseñar una villa de lujo frente al mar.

—¡Me la han dado la paga y señal! —gritó emocionada cuando apareció ante nosotras.

—¿En serio? —pregunté boquiabierta.

—Sí, quedaron encantados —dijo, dándome un beso en la mejilla y luego otro a Marta antes de ocupar su sitio—. Acabo de cerrar la venta que siempre soñé. ¡Estoy flipando en colores, chicas! —Se aplaudía así misma, y nosotras hicimos lo mismo. Era una noticia fantástica.

—Cuánto me alegro, Helen. —Le agarré la mano y se la apreté—. Te lo mereces por tu constancia y dedicación. Aunque, seamos sinceras, lo que vendes por norma general es una pasada en sí, pero sabía que tarde o temprano lograrías hacer la venta de tu vida. Estoy convencida de que esto es solo el comienzo de muchas más.

—Cuarenta mil euros que se van a mi bolsillo de comisión. —Aplaudió con más efusividad. Me encantaba verla así consiguiendo sus metas.

—¿¡Cuánto!? —preguntamos Marta y yo al unísono.

—¿Cuánto os pensabais? —preguntó ella con la risilla suelta.

—Yo sé que de cada venta que haces te llevas entre dos mil y seis mil euros, según el precio, pero de ahí a cuarenta mil euros … Pensaba que serían unos diez mil o quince mil, a lo sumo.

—Yo igual —dijo Marta con la risilla incrédula.

—Cuarenta mil porque la comisión de la inmobiliaria es grandísima. Daos cuenta de que la villa la he vendido por tres millones de euros, de los cuales para la agencia serán ciento sesenta mil euros. Y de esa comisión a mí me dan el 25%.

—Tú has triunfado, pero tu jefe lo ha hecho como los Chichos —le dijo Marta, causándonos una risa—. Desde luego, hoy no seré yo quien se pelee por pagar la ronda de cafés. Ya tenemos a alguien que se encargará de eso.

—Ni yo, ni yo —contesté, sin poder dejar de reírme.

—Os invito incluso a cenar, ¿qué os parece?

—¡Genial, ¿verdad?! —contestó Marta, a la vez que me preguntaba a mí.

—De la cárcel a una cena. La verdad es que no acabo en un psiquiátrico porque aún no me ha visto el psicólogo de turno; si no, me mandaría directa sin pasar por el psiquiatra.

—Madre mía, que mal te ha sentado la visita. —Volteó los ojos.

—Helen, hija, que es ironía.

—¿Acaso lo mío no?

—Tiempo muerto. —Hizo Marta el gesto con sus manos.

—Tranquila, nos va la marcha —le contestó Helen.

—Y digo yo, ¿por qué no dejamos la cena para el viernes?

—Madre mía, qué hostia tiene —bromeó Helen—. Estamos en primavera y los días son de lo más veraniegos. Todo está animado sin importar que sea lunes, miércoles o domingo. ¿Por qué seguir con esa idea anticuada de que solo se puede salir a comer o cenar los fines de semana?

—Te ha llamado anticuada, cuñada —me soltó Marta causándonos una carcajada de lo más grande.

—Qué arte más grande, te ha llamado cuñada.

—Ya lo he oído. —Me reía a más no poder.

—Viene pisando fuerte.

—Oye, que yo amo muchísimo a Isaac —protestó poniendo cara de pena.

—No nos reímos de eso. Es del arte que has tenido llamándome cuñada.

—Es que lo eres. Tu hermano y yo sé que vamos a estar juntos en cuanto salga. Y para celebrarlo, la de las comisiones millonarias nos va a invitar a cenar y hasta a unas cervecitas.

—Claro que sí, mujer. Hoy soy vuestra *sugar friend*.

—Qué bonito suena eso —murmuré aguantando la sonrisilla—. Es lo más parecido a sentirme mimada que he estado últimamente.

—Te la estás buscando, ¡serás perra! Te he estado consintiendo desde que te conocí. ¿Quién te cuida como yo?

—Tienes razón —respondí entre risas, negando—. Pero hoy estás que te sales del pellejo.

—Necesito una cerveza, el café solo ha sido un engaño a mi estómago.

—¡Qué *rulen* tres cervezas! —le gritó Helen a Manuel, el camarero de esta terraza.

—Estoy en paro, de cervezas, con un hermano en la cárcel y esperando el juicio de mi despido. No sé si reír, llorar, brindar o emborracharme para olvidar hasta mi nombre.

—La última, la última —indicó Marta, y Helen asintió.

Marta siempre había sido la más divertida del grupo, el alma de la fiesta en nuestras salidas, y era ella quien siempre proponía las locuras más memorables. Arrastraba al grupo a infinidad de locuras que terminaban convirtiéndose en momentos de esos que no se podían olvidar.

Cuando se casó, se notaba que estaban enamorados, aunque siempre pensamos que eran de mundos opuestos: ella, graciosa y extrovertida, mientras que su marido era seco y reservado. Nada que ver el uno con el otro, pero tenían mucha complicidad.

Era evidente que el carácter de Marta influía en su proceso de desenamoramiento. Ella era una persona vibrante, llena de energía, y aunque al principio todo parecía perfecto, con el tiempo, lo que antes parecía insignificante se transformó en un gran obstáculo en su relación.

Afortunadamente, tenía una casa unifamiliar que le habían regalado sus padres, lo que le daba cierta estabilidad tras la ruptura, mientras que su ex había optado por mudarse a un piso de su propiedad.

Marta trabajaba como administradora de pisos, lo que le permitía gestionar su trabajo desde casa, de forma telemática. Tenía a su cargo muchos edificios y la verdad es que llevaba su trabajo a rajatabla. Sabía cómo dominar los problemas que iban saliendo y encontraba las mejores reparaciones y técnicos con los que tenía cerrados unos precios muy competitivos. De vez en cuando, viajaba para reunirse con los vecinos, lo que le servía como una especie de escapada, y en un par de ocasiones, incluso aprovechó para pasar tiempo con mi hermano.

Comenzamos a tomar cervecitas viniéndonos arriba y animándonos a pesar del desastroso momento. Como decía Helen, las penas con amigas, eran menos penas.

Después de varias semanas de aislamiento, valoraba mucho esos momentos de socialización y buenas noticias, que eran esenciales para ayudarme a relajarme, aunque solo fuera un poco.

Terminamos cenando en un Burger King. Imaginad la de cosas que le soltó Marta por llevarnos a un sitio así con la buena comisión que había ganado.

No podía dejar de reírme, pero la verdad es que nos comimos el menú muy a gusto después de todo lo que nos habíamos bebido. Y hasta pedimos *nuggets* y unos helados de postre. No habíamos salido tan mal paradas.

Me acompañaron hasta la puerta de mi casa y luego se fueron cada una para la suya, quedando en que hablaríamos al día siguiente.

Pasé un buen rato bajo la ducha, tratando de deshacerme de esa chispa que aún llevaba por las cervezas, pero en el fondo sabía que el día había valido la pena, sobre todo por el abrazo que le di a mi hermano.

Tenía la convicción de que todo mejoraría, y quería aferrarme a esa esperanza.

Capítulo 6



Paola

Viernes, pero no un viernes normal…

Me acababa de despertar y estaba disfrutando de mi primer café de la mañana cuando sonó el teléfono. Era el abogado de mi hermano, quien me dio la increíble noticia de que el juez, tras revisar las pruebas, había decidido liberar a Isaac de inmediato a la espera de juicio. Y no solo eso, parecía que lo había visto tan claro todo, que lo había fijado para dentro de un mes. No pude contener las lágrimas de alegría al escuchar esas palabras; eran, sin duda, las más alentadoras que había recibido hasta ese momento.

Habían pasado tres días desde que abracé a mi hermano y ahora lo podría hacer desde la libertad que se merecía. En unas horas saldría de prisión. ¡Moría de amor! Le gritaba a la vida que gracias por este regalo tan bonito que me hacía en el día de hoy. No podía sentirme más afortunada y feliz.

Llamé a Marta para contarle la noticia, y me dijo que venía inmediatamente a recogerme. Ambas iríamos juntas a esperar a mi hermano a la puerta de la cárcel. En un rato, el abogado me enviaría un mensaje la hora de su salida. No podía evitar imaginar lo especial que sería para él recuperar su libertad después de tanto tiempo.

Cuando colgué, decidí enviarle un audio a Helen para informarle sobre lo que había pasado. En menos de cinco segundos, ya me estaba llamando de lo más feliz. No tardó en amenazarme con que esa noche saldríamos a quemar la ciudad. No podía ser menos.

Estaba tan emocionada que decidí bajar a la calle para esperar a Marta mientras me tomaba un café en una terraza cerca de mi portal. Necesitaba respirar un poco de aire fresco, más que nunca en ese momento. Las emociones y los sentimientos me invadían; ¡hoy era el gran día! Cuando vi a Lupe pasar frente a mí, no pude evitar llamarla.

—Lupe —la saludé con entusiasmo.

—Mi niña. ¿Qué haces aquí tan sola?

—Estoy esperando a Marta. Hoy liberan a mi hermano… —La puse al tanto de todo y de las nuevas pruebas. Ella se sentó a mi lado, visiblemente emocionada.

—Ay, por Dios —exclamó, antes de mirar al camarero y pedirle también un café—. No sabes lo que me alegra, cariño. Tu hermano realmente se merecía que se hiciera justicia, y parece que está comenzando a conseguirlo.

—Sí. —Sonreí emocionada—. No puedo esperar a verlo salir por la puerta de aquel lugar.

—No falta mucho, en un ratito lo tendrás fuera. —Me acarició el hombro.

Después de tomar su café, se despidió porque tenía una cita con el médico. Justo en ese momento, llegó Marta, que parecía que le

habían metido un petardo en el culo.

—No me lo creo, Paola. ¿De verdad? —preguntó tomando asiento.

—No sería yo quien gastase una broma así.

Marta le pidió al camarero una tila porque estaba realmente nerviosa, incluso le temblaban las manos. Estaba de lo más emocionada y no pudo evitar que algunas lágrimas se escaparan, y que yo le sequé con el dedo pulgar mientras le acariciaba la cara y le daba las gracias por haber antepuesto la verdad a todo.

Pasó casi una hora y media antes de que el abogado nos informara que ya podíamos ir a recogerlo, y como diría Helen, nos fuimos cagando leches.

Al llegar a la puerta, tuvimos que esperar unos veinte minutos que se sintieron eternos, casi mordiéndonos las uñas de la ansiedad. Finalmente, lo vimos aparecer y corrimos hacia él como si temiéramos que se desvaneciera.

Nos abrazó a las dos a la vez, mientras nos daba un montón de besos. Lloramos, reímos, nos emocionamos y fumamos un cigarrillo antes de meternos en el coche.

Me acomodé en el asiento trasero, dejando a mi hermano junto a ella, y no pude evitar sorprenderme con las miradas cómplices que intercambiaban, llenas de significado. Era asombroso verlo así, pero más increíble verlo a él en la libertad que se merecía.

Mi hermano comenzó a tararear la canción que sonaba en la radio, y para mí, era como si escuchara la más hermosa de las canciones que traía consigo la libertad, esa que había recuperado. Él disfrutaba

de su libertad, mientras que yo experimentaba la liberación de verlo fuera de aquel lugar que lo había mantenido cautivo.

Nos dirigimos a casa de mi hermano, que estaba cerca de la mía, y allí compartimos un almuerzo de pasta y pizza que había pedido de un restaurante italiano. El pobre no dejaba de gemir mientras decía que se le había olvidado el buen sabor de la comida. Por muy bien que le dieran de comer, no era lo mismo.

Isaac contaba con unos buenos ahorros porque siempre había sido muy mirado por su economía. Me ofreció dinero, pero ya le dije que iba bien con lo que tenía del coche y que en nada era mi juicio, por lo que ya podría trabajar o incluso recibir una indemnización por daños sufridos. Insistió, pero le prometí que cuando me hiciera falta, se lo pediría sin dudar.

Su situación era parecida; si ganaba el juicio, lo readmitirían en su puesto y le pagarían todos los atrasos, según le había comentado su abogado.

Después de comer, Marta se iría con él para recoger algunas cosas y pasar el fin de semana en casa de mi hermano, como era de esperar, ya que ambos estaban ansiosos por estar juntos.

En ese momento, sentía una paz interior increíble, una sensación que no experimentaba desde hacía mucho tiempo, como si me hubieran quitado un gran peso de encima.

Antes de marcharnos, mi hermano me dio a la fuerza cien euros, puesto que había sacado dinero del cajero. Por mucho que me negué, me dijo que era para que lo disfrutara el fin de semana.

—Esta noche la vamos a disfrutar a lo grande —me dijo Helen mientras me pasaba su brazo por los hombros, con una sonrisa que prometía diversión.

—Sí, no te quepa duda —respondí, sonriendo feliz por lo bien que me sentía.

—Y encima, te dio aguinaldo.

—Vete a la mierda. —Me reí negando—. Es triste pensar que antes vivía tan bien con mi sueldo y ahora tengo que depender de la limosna de todos vosotros —bromeé.

—¿Limosna? ¿Serás cabrona, niña? Luego la bruta soy yo, pero ¿tú te has escuchado? Desde luego que tener amigas para esto. Vergüenza debería darte hablar así —decía provocándome una risilla.

—Estoy bromeando. —Volteé los ojos tirándome a plomo en un sofá y ella en el otro.

—Qué digo yo, este finde te toca mudarte a mi casa. Se acabaron los privilegios, así que empieza a preparar tus cosas. Nos vamos para allá y te quedas hasta el domingo.

—Pero ¿no teníamos planes de salir esta noche? —La piqué un poquito.

—¿Y qué tiene que ver? —resopló volteando los ojos.

Estuvimos un buen rato charlando antes de que el sueño nos venciera. Debo reconocer que para echarnos una siesta teníamos una habilidad increíble, aunque nosotras preferíamos llamarla «cabezadita», aunque durase una hora y media.

Cuando nos levantamos, nos preparamos un par de cafés que acompañamos con unas galletas Lotus. Tras ese momento, preparé la bolsa con todo lo necesario para irme con ella el fin de semana.

Al llegar a su casa, me di cuenta de que, por casualidad, Helen vivía muy cerca de Marta, en la misma urbanización, solo que en una calle un poco más adelante. Ambas habían adquirido sus casas desde que la promotora las entregó.

La casa de Helen era preciosa, llena de luz, decorada en tonos blancos y con un estilo sobrio que transmitía armonía, como en el caso de la mía, pero bueno, esta era mucho más espaciosa, otro mundo diferente al mío que no dejaba de ser un pisito, pero bien feliz que estaba yo con él.

La cocina de mi amiga me volvía loca; tenía una amplitud increíble, ideal para pasar horas cocinando con total comodidad y espacio.

Antes de ponerme el pijama de verano, decidí darme una ducha, ya que el calor comenzaba a hacerse notar y la primavera se iría en nada. Más tarde me arreglaría, pero en ese momento solo quería sentirme cómoda. Lo mismo que hizo ella.

Mientras Helen se duchaba, decidí echar un vistazo a la nevera. Me decanté por unas setas, salmón ahumado, tagarninas, ajo y huevos. Se me había ocurrido preparar un revuelto para cenar con esos ingredientes. Helen me había sugerido que revisara el frigorífico y las despensas para decidir qué cocinar, ya que ella prefería pedir comida a domicilio, pero yo me había negado, diciendo que cocinaría yo.

El resultado fue un plato delicioso, presentado con tanto esmero, que parecía que lo iba a servir al mismísimo Rey. Me encantaba decorar los platos. Helen hasta le tiró una foto que subió como historia a su Instagram. Yo la llamaba la *influencer*.

Para acompañar el revuelto, elegimos un vino blanco que nos encantaba; aunque solo costaba tres euros en el supermercado, su

sabor era excepcional y siempre había alguna botella en casa de Helen.

Después de cenar, comenzamos a prepararnos mientras sonaba un canal de música latina, cantando frente al espejo y disfrutando del momento. Estaba claro que esa noche era especial y pensaba disfrutarla como si no hubiera un mañana, porque lo que más deseaba ya había cumplido: mi hermano no pasaría la noche solo en una celda.

En medio de la alegría, me vino a la mente mi ex, esa persona que la vida había sacado de mi camino. Sin embargo, hoy no lo pensaba con culpa, sino con la certeza de que mi vida debía seguir adelante. Si me tenía que comer el mundo, no podía estar pensando en lo que a él le pasó, porque eso era otra de las cosas que me atormentaban; cada vez que me liaba con alguien, aunque fueran pocas ocasiones, terminaba sintiéndome culpable por ello.

Hoy tenía que ser el comienzo de muchas cosas bonitas. Estaba muy optimista, como si una pequeña luz al final del túnel me llamara a acercarme a ella. Con cada paso que daba, todo parecía encajar en su lugar.

Nos pusimos monísimas, y decidí pintarme los labios de rojo; era hora de hacer cosas que me levantaran el ánimo, como dejar de sentir vergüenza por usar un color que me favorecía tanto.

Pequeños detalles a los que me vi anclada, y que ahora tenía la necesidad de ir soltándolos, dejándolos en el camino para ir más ligera de equipaje, como se solía decir.

Hoy iba a salir sin remordimientos, lista para comerme el mundo, ese que se había frenado en seco para mí unas semanas atrás, pero que ahora comenzaba a girar de nuevo.

Nos veíamos espectaculares, porque el simple hecho de no hacer daño a nadie ya era un atractivo inigualable.

Era un viernes por la noche, un viernes diferente que prometía ser el inicio de un nuevo capítulo, porque de alguna manera, mi hermano y yo comenzábamos a retomar la vida.

Capítulo 7



Paola

Nos dirigimos hacia una plazoleta que estaba llena de bares y que se ponía de lo más animada, con las terrazas a tope de gente. Desde lejos, iba echando una ojeada en busca del hueco perfecto, si lo había, claro.

—En aquella se ve que quedan un par de mesas libres. —Señalé hacia uno de nuestros sitios favoritos.

—¡A correr! —respondió, acelerando el paso con esa habilidad que tenía para controlar los taconazos que llevaba, a la vez que contoneaba sus caderas como si fuese una modelo de pasarela.

—¡Ve pidiendo un par de copas! —le grité, observando que se había adelantado demasiado y yo no tenía intención de aligerar mis pasos.

Nos acomodamos en la mesa a lo justo, ya que en la otra que quedaba libre se sentaron dos chicos que desprendían elegancia, clase. Parecían dos modelos sacados de una revista. No me sonaban de nada, eso estaba claro.

—¿Con cuál te quedas? A mí me vale cualquiera de los dos —dijo Helen, causándome una risilla, pues había pensado lo mismo que yo.

—¿Nos lo rifamos? —le pregunté, siguiéndole el rollo. Esa noche estaba dispuesta a disfrutar al máximo. Más feliz que una perdiz, sabiendo que mi hermano dormiría en su cama y, además, lo haría bien acompañado con la persona que deseaba. La noche era mía, sin duda. Me merecía vivirla y desconectar del mundo, aunque solo fuese por un rato.

El camarero nos trajo un par de cubatas de ron con cola, acompañados de un platito de frutos secos de cortesía que, a pesar de haber cenado, siempre era bien recibido.

Sentía una paz que no experimentaba desde hacía tiempo y disfrutaba observando el ambiente, algo que días atrás me resultaba molesto. La verdad es que la perspectiva cambia cuando el ánimo mejora un poco.

—El lunes es la firma en la notaría de mi gran venta. ¿Te lo he dicho?

—¡No! —exclamé, sorprendida. Eso sí que era otra gran noticia que merecía celebrarse, ya que todo estaba marchando bonito en algunos aspectos. Y es que todo lo bueno que le pasase a mi amiga, para mí, era motivo de celebración.

— Voy a hacer un pago anticipado de la hipoteca para reducir algunos años. Lo he estado considerando y, tras hablar con el banco, he decidido hacerlo.

—Es lo mejor que puedes hacer. Invertir en tu casa. Además, cuanto antes te quites la hipoteca, mejor.

—Con ese pago, solo me quedarán siete años a una cuota ridícula.

— Conociéndote, seguro que después harás más pagos con otras ventas y liquidarás todo —murmuré y a las dos nos entró la risa.

No nos reíamos por eso, sino porque, sin necesidad de hablar, ambas estábamos pensando lo mismo. Los dos chicos de la mesa de al lado nos observaban con atención.

Es más, apenas habíamos terminado la primera copa cuando el camarero nos sorprendió trayendo dos más, indicándonos que tanto las anteriores como estas, estaban pagadas por los chicos de la mesa de al lado.

Los miramos sonrientes y le dimos las gracias, pero mi amiga Helen, como era de esperar, no pudo resistirse a hacer un comentario.

—Si queréis, podéis uniros a nosotras y seguir invitándonos —dijo provocando risas tanto en mí como en ellos, quienes no dudaron en acercarse.

—Gracias —dijo el más rubito, que resultó ser aún más guapo de cerca—. Me llamo Martín. —Se inclinó para darme dos besos, pero me levanté para saludarlo como era debido.

—Yo soy Paola — respondí, sintiendo cómo mis mejillas se sonrojaban mientras le daba los besos.

Cuando nos separamos, no solo mantenía su preciosa sonrisa, sino que su mirada estaba fija en la mía. Sentí cómo me ponía más nerviosa, como una niña de quince años, cuando está tonteando al principio con el amor.

Su amigo me saludó presentándose después de hacerlo con Helen. Se llamaba Igor, un tipo caballeroso y simpático.

—Tu voz me suena mucho —murmuró Martín dirigiéndose a mí.

—¿Mi voz? Pues te prometo que no trabajo en ninguna línea de tarot, ni erótica, ni soy poeta —respondí, apretando los dientes.

—Joder, sí, claro, Paola. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? —preguntó mirando a Igor— Eres la hermana de Isaac. —Sonreía mirándome de nuevo.

—Espera que me está sonando a mí también tu voz. —Me eché a reír a carcajadas—. No, no puede ser.

—Sí que puede ser. Soy el abogado de tu hermano.

—Claro, Martín. ¿Cómo no había caído antes? Es que como siempre hemos hablado por teléfono y nunca nos hemos visto…

—Qué fuerte, si no lo veo no lo creo —dijo Helen negando.

—Sí que es fuerte. En nuestro despacho llevamos el caso de tu hermano, pero quien se encarga personalmente es Martín —decía Igor sonriendo—. Isaac es un gran hombre y le han hecho una faena.

—Una putada, llamémoslo por su nombre y dejémonos de tanto formalismo —inquirió Helen, a la que le dolía el tema muchísimo.

—Pues sí —contestó Martín.

—Oye, pues nunca os he visto por la ciudad —comentó mi amiga.

—Pues no será porque no somos conocidos —respondió Igor con una sonrisa pícara, como si estuviera coqueteando. Mi amiga, por su parte, parecía disfrutar de la atención.

—Por vuestros nombres y aspectos, en mi vida —replicó ella, frunciendo los labios.

—¿Te suena el bufete «Alba Nieto»? —le preguntó Igor.

—¿Ese es el vuestro?

—Sí.

—Claro que me suena, estáis en el edificio nuevo del centro. Además, en la inmobiliaria donde trabajo recibimos muchas rectificaciones y cláusulas de los clientes que lleváis. Pero solo lo sé por el nombre, nunca he hablado con vosotros.

—¿Qué inmobiliaria es? —preguntó Martín en este caso.

—La de Chano Valverde.

—Hostias, qué bueno —exclamó Igor riendo, mientras Martín asentía—. Nos llevamos muy bien con él y hemos llevado algún que otro asunto juntos. Es cierto que muchos de nuestros clientes que compran a través de vosotros nos piden que revisemos los contratos, por profesionalidad y por tocar los cojones, siempre añadimos algo —soltó causándonos una carcajada y quedándose tan ancho—. Ahora, habéis vendido una villa de lujo a otro cliente de nuestro despacho que se firma el lunes.

—He sido yo. —Levantó ella el dedo. Orgullosa de esa venta tan ansiada y merecida.

—Felicidades. Te habrás llevado una buena comisión.

—Demasiado buena, pero las rondas las pagáis vosotros, considerando lo que sacáis de mis compradores y lo que le habéis llevado a Isaac, que menos que os rasquéis el bolsillo.

—¿Y no es eso lo que estamos haciendo? —le preguntó Igor, que la miraba con esa sonrisilla que hablaba por sí sola.

—Por si cambiáis de opinión. —Se encogió ella de hombros.

—Todo lo contrario. Queremos invitaros a celebrar la salida de Isaac. Ya en otro momento celebraremos la victoria en los tribunales.

—Me encanta tu seguridad —le respondió, mientras yo los escuchaba, notando que Martín no dejaba de mirarme.

—Conocíamos a Isaac de coincidir con él en la cafetería en la que solemos desayunar. Siempre aparecía de uniforme y con la sonrisa de oreja a oreja —decía Igor—. Tienes un gran hermano —añadió, mientras Martín asentía en acuerdo.

—Lo sé. —Sonreí, feliz y orgullosa de ver que todos los que lo conocían, tenían de él una impresión bastante buena.

Helen estaba claramente interesada en Igor, quien no dejaba de provocarla con miraditas y juegos de palabras, a los que ella sabía contestar con esa soltura que tenía.

En cuanto a Martín, era innegable que me miraba de una manera un tanto peculiar, llamémoslo así, porque no me gustaba precipitarme en nada y menos dar por hecho cosas que luego no fuesen como las había pensado, pero había una atracción palpable

entre nosotros que no podía ignorar. Tonta no era, y sus miradas eran penetrantes y a mí me ocasionaban un revuelo impresionante en el estómago. Como solía decir Helen, la acción y la reacción conducen a la atracción, y tenía toda la razón.

Pero, joder, ¿por qué tenía que ser el abogado de mi hermano? Lo mío era increíble, fijo que me había mirado un tuerto, como también decía Helen que tenía frases y refranes para cada situación.

No es que estuviera pensando en tener una historia de amor con él, pero, leches, había una chispa de atracción y, justo cuando alguien me atrae tanto a primera vista, resulta que es el que lleva el caso de mi hermano. ¿Podía tener peor suerte? No por nada, pero solo el hecho de saber quién era, me hacía reprimirme un poco.

—Por cierto —me dijo de manera más íntima, ya que Helen e Igor estaban en otra conversación—, tu hermano mencionó que te habían despedido de la empresa y que habías presentado una demanda.

—Sí, tengo el juicio en breve. Me lo lleva el letrado Castrellón.

—¿Qué pasa que no te fiabas de los abogados de tu hermano? —Carraspeó.

—No es eso, simplemente él me ayudó con un trámite de un seguro hace tiempo y decidí recurrir a él. No quería mezclar las cosas. —Sonreí nerviosa.

—Es un buen abogado. Estás en buenas manos, especialmente en temas civiles. Nosotros estamos enfocados en los penales.

—Me quedo más tranquila. —Apreté los dientes y él esbozó una sonrisilla.

—Te pareces muchísimo a tu hermano, sobre todo cuando te salen todas esas expresiones de cara —dijo, arqueando una ceja.

—Él es más guapo que yo —murmuré en su defensa, pero también en cierto modo para escuchar qué me respondía.

—Bueno, aunque soy hombre, reconozco que tu hermano es un tío con mucho potencial, pero digamos que tú me llamas más la atención y me atraes bastante, cosa que con Isaac no me pasa. —Se humedeció el labio y noté cómo mis mejillas se ponían por lo menos a cuarenta grados. Me acababa de regalar los oídos y en esos momentos, no me amargaba un dulce—. ¿Te has ruborizado?

—Qué va, son las copas que no veas cómo suben. ¿Parezco, Heidi? — pregunté, intentando darle un toque de humor para evitar de algún modo su pregunta.

—Me está diciendo Igor —intervino Helen— que mañana podríamos ir con ellos a la playa.

—Mira qué considerado. —Me reí a carcajadas porque yo ya no sabía ni por dónde salir.

—Apoyo la propuesta —dijo Martín, levantando su copa para luego darle un trago.

—No quiero ser la aguafiestas. —Me encogí de hombros—. Yo me encargo de la tortilla de patatas y los pimientos fritos.

—Pensaba invitaros a un club de playa —comentó Igor, mientras los demás se reían a carcajadas, y me di cuenta de lo imbécil que había sido.

—¿No vamos en plan tortillas y a tirarnos en la toalla sobre la arena, verdad? —pregunté, cubriéndome la cara.

—Con las camas balinesas tan cómodas que hay en los clubes, ¿en serio vamos a tirarnos en la arena? —replicó Igor.

—Yo qué sé. Cuando voy a la playa, lo hago con bocatas que preparo en mi casa o con la comida en un táper, como todo ciudadano de a pie.

—¿Y tú crees que ellos parecen ciudadanos de a pie? —me preguntó Helen, sin poder contener la risa.

—Verás cómo la broma se lleva mis ahorros de la venta del coche. —Me santigüé.

—Repito, invito yo —dijo Igor—. Con la ayuda de mi socio y amigo. —Señaló a Martín que tenía también la risa suelta.

—Menos mal —me llevé la mano al pecho y suspiré—, no quiero ni imaginar cuánto costará allí una bandeja de chocos fritos.

—Normalmente, pedimos bogavantes —comentó Igor, que era muy gracioso, haciendo que casi me atragantara con mi trago. Estaba en su salsa y yo empezaba a entender que lo hacía para provocarme. Helen estaba a punto de reventar de la risa, mientras yo miraba a mi alrededor, sin saber dónde esconderme.

Martín pidió otra ronda de cubatas al camarero. Era mi tercera copa de la noche, y eso que según Helen, no había hecho más que empezar.

Igor bromeaba diciendo que la noche era joven y que podríamos terminarla disfrutando de unos churros con café por la mañana,

justo antes de cambiarnos para ir a la playa.

—Si hombre, cualquiera me deja a mí sin dormir —le respondí entre risas mientras movía la cabeza en señal de desacuerdo.

—Nosotros tenemos unos añitos más que tú y aguantamos. Que no se diga, Paola —me animaba Martín—. Siempre podemos echarnos una siesta en la hamaca del club.

—¿Tú te estás quedando conmigo? —le pregunté poniendo cara de circunstancias.

—Para nada. Tengo aguante. —Carraspeó en un intento de parecer serio, pero mi risa contagiosa lo hizo reír también.

Notaba cómo rozaba su rodilla con la mía por debajo de la mesa. Y aunque yo no me movía ni me atrevía a hacer ningún gesto, era evidente que estaba intentando comunicarme algo.

Martín sabía cómo sacarme los colores con sus miradas, a las que respondía con risas nerviosas y negaciones.

—Si hubiera sabido que la hermana de Isaac era así, la habría estado llamando a mi despacho todos los días para contarle cualquier novedad, por pequeña que fuera —dijo Martín, mirándome con descaro.

—¡Hostias, qué bueno! —exclamó Helen, riendo a carcajadas.

—Le ha dado por mí hoy. —Me encogí de un hombro.

—Hoy, porque ayer no te conocía personalmente. Que quede claro.

—Bien, bien. Lo anoto.

—Y tú, ¿hubieras ido a mi despacho si hubieras sabido cómo soy? —me preguntó con una ligera provocación en sus ojos y una sonrisa que intentaba esconder, pero que se apreciaba descaradamente.

—Yo ya he tenido bastante y me acojo a mi derecho de no declarar sin presencia de mi abogado. He dicho mi abogado, porque veo que Igor quiere asumir ese papel para que yo cante como si estuviera en Eurovisión. Y me niego rotundamente. No inicié esa conversación, de hecho, voy a ignorar la pregunta.

—Cuando se pone nerviosa, habla mucho —comentó Helen.

—¿Sabes el camino para irte a la mierda? —Rebufé.

—Qué cosas más bonitas me dice. ¿Lo habéis oído?

—Alto y claro —contestó Igor riendo, mientras Martín también se reía.

—Me declaro fan de la hermana de mi cliente.

—Te la regalo toda.

—Oye, guapa, que no soy de tu propiedad ni de la de nadie. Será chula.

—Te voy a comer esa cara tan bonita que tienes. —Me lazó un beso al aire—. Y si tú quieres, mañana unos bocadillos de tortilla que nos los comeremos en la cama balinesa sin que nadie se dé cuenta.

—Madre mía, Helen, luego la loca soy yo, pero vamos, pero no descarto la idea. Nunca se sabe si en esos sitios se la dan de saber

de cocina y lo único que preparan son unos platos bonitos que no saben a nada. —Piqué un poquito.

—Yo quiero probar ese bocadillo —dijo Martín, mirándome de nuevo intensamente mientras ignoraba la última parte de mi comentario.

—Cualquiera le dice al abogado de tu hermano que no le haces la tortilla —dijo Helen, provocando que me riera a carcajadas.

—Ya te digo. A las nueve de la mañana estaré en tu casa preparándola mientras me tomo el café.

—Cuento con ello —me respondió él, sin dejar de provocarme con su mirada y el roce de su rodilla contra la mía.

No sé cuántos cubatas me había tomado, lo que sí tenía claro es que ya no sabía si era el abogado de mi hermano, o todo un personaje que no dejaba de hacerme reír.

—¿En serio este hombre defiende a los acusados? —pregunté, negando mientras ladeaba la cabeza, señalando hacia Martín.

—Y de los que cosecha un montón de éxitos en los juicios —se contestó a sí mismo.

—Pues a ver si te luces en el que ya sabes. —Ladeé de nuevo la cabeza.

—Por mi cuñado, lo que sea —respondió.

—¡Toma ya! —exclamó Helen, dando un golpe a la mesa y soltando una de sus grandes carcajadas.

—¿Cómo que tu cuñado? No deberías de seguir bebiendo —le advertí, señalando su bebida e intentando ponerme seria.

—Ya lo veremos. —Sonrió de medio lado.

—¿Y ahora qué es lo que hay que ver? —Volteé los ojos.

—No sé cómo más te lo tiene que decir. Quizás tú seas la que debería dejar de beber, porque no te enteras de nada —me comentó Helen.

—Tú te callas, que estás más guapa.

—Le conviene que te calles —murmuró Martín aguantando la risa.

—A mí, a mí. —Se echó a reír—. Si mi amiga es capaz de tirarse por la ventana antes de levantarme la voz.

—Qué falsa —respondí, soltando una risita.

Martín me miraba con descaro, y yo lo hacía por el rabillo del ojo, ya que intentaba evitar su mirada directa porque entonces me ganaba. Me sentía débil ante él, y aunque quería parecer firme, la realidad es que me generaba una mezcla de morbo y nerviosismo.

—Y digo yo, tendremos que mover el culo, aunque sea a esos bares de enfrente, con mesas altas, y así podemos estar de pie —sugirió Helen.

—Menos mal que hay una que piensa, porque se me estaba quedando el culo cuadrado —le respondió Igor a Helen.

—¿Qué estás diciendo que yo no lo hago? Yo me hubiera ido allí hace una hora, pero por educación no quise poneros en un

compromiso. —Ladeé la cabeza.

—Dicho así las dos tienen razón. Una por proponerlo y la otra por ser considerada —contestó Martín.

—Son la una y media de la madrugada. Si mañana queremos ir a la playa, ¿no sería mejor irnos a dormir? —sugerí.

—Ignorarla, está loca —dijo Helen, levantándose flechada para ir a la terraza del otro local.

—No, mujer, a mi chica no la llames loca —le dijo Martín riendo a la vez que me echaba la mano por el hombro.

—¿Cómo que tu chica? Si de verdad soy tu chica, deberías devolverle el dineral que le has cobrado a mi hermano. A la familia no se le cobra, y mucho menos se aprovecha uno de esa manera despiadada, exprimiéndolo como si fuera un limón.

—Me refería a tu amiga… —dijo Martín a Helen, aguantando la risa tras el comentario sobre el dinero.

—Duele cuando tocan el bolsillo, ¿verdad? —murmuré mientras caminaba junto a ellos.

—¿Y lo caro que nos va a salir mañana el club? —preguntó Igor.

—Yo propuse llevar tortillas y sentarnos como todos los ciudadanos en la arena. Sois vosotros los que vais por la vida de tiquismiquis.

—Me pone muchísimo esta mujer.

—¡Martín! —le grité a la vez que soltaba una carcajada.

De nuevo otra ronda de copas. Esta vez de pie, lo cual resultaba un alivio tras haber estado sentados tanto tiempo. A pesar de eso, había sido un rato muy agradable y lleno de risas.

Martín no dejaba de buscarme con la mirada, y cada vez que se acercaba, aprovechaba para susurrarme algo al oído mientras acariciaba mi espalda. Su actitud era una clara provocación que me hacía sentir como si estuviera flotando, ya que ponía a mil todas mis emociones.

No podía parar de reír; realmente necesitaba una noche así después de todo lo que había pasado.

Finalmente, nos despedimos a las cinco de la mañana, cuando nos acompañaron a casa de Helen, y quedamos en que nos recogerían a la una de la tarde. Martín, con una sonrisa traviesa, me recordó que estaba ansioso por probar mi tortilla en la playa.

Capítulo 8



Paola

—Vamos, que tienes que hacer la tortilla.

—No tengo ganas de levantarme, todo me da vueltas. —respondí, acurrucada con la almohada.

—Pues a la mierda, no le hagas la tortilla, pero son las once y vienen a la una.

—¿Y si decido quedarme en la cama?

—Podría tomar represalias contra tu hermano.

—Vete a la mierda. —Me reí, negando y recordando de quién se trataba—. Venga, vale, haré la puta tortilla para que la disfrutemos después del bogavante —dije con un tono burlón.

—¡Esa *torti*, esa *torti*, eh, eh! —gritó mientras yo le lanzaba la almohada.

—Desde luego, qué mal despertar tienes, hija. Voy preparándote el café a ver si te vuelves más persona.

—Doble, por favor —le pedí, a la vez que me llegaba una peste a alcohol que me produjo un poco de asquito.

—Encima exigente. Te espero en la cocina, simpática.

Me di una ducha rápida antes de ponerme el bikini que había cogido por si acaso. Menos mal que lo hice, ya que con eso me ahorraba el tener que pasar por casa. Viendo los días tan soleados que teníamos y conociendo a mi amiga, decidí cogerlo acertadamente.

Como prometí, mientras disfrutaba del café y el sándwich mixto que preparó Helen, me puse a hacer la tortilla de patatas y unos filetes de cerdo empanados que sabía que también les encantarían, y que vi en el frigorífico de mi amiga, que probablemente estaban a punto de estropearse.

Yo era muy meticulosa y la comida me tenía que quedar con una presentación perfecta. Esos filetes estaban que pedían a gritos ser comidos, al igual que la tortilla.

Salimos a la puerta a la una en punto y ya nos estaban esperando. Martín estaba al volante de un coche que parecía sacado del futuro. Descalzo no iba.

Tomé asiento en la parte de atrás con Helen después de saludar a los chicos. No tardaron en empezar a bromear sobre que olía a tortilla en todo el coche.

—Lo que huelen son los filetes empanados que llevamos —dije sonriente.

—No, hombre, a un club y con filetes empanados y tortilla. Vamos a perder la elegancia por vuestra culpa —dijo Martín desde el

volante.

—¿Crees que comer con estilo significa elegir un bogavante en lugar de una tortilla con filetitos? La verdad es que parece que valoráis los platos solo por lo que cuestan.

—Yo solo espero que al menos sean de pollo o ternera —dijo Igor.

—Pues no, porque la mejor textura para un empanado es el cerdo —le respondí con un tono un poco provocador.

—Esas cosas están prohibidas en nuestra religión —bromeó Martín.

—Sí, claro, ahora me vais a decir que sois musulmanes y no coméis cerdo.

—Pinta de jeques tienen.

—Helen, hija, que son solo dos floreros disfrazados de marca —solté, y la risa que se desató en el coche nos acompañó hasta que llegamos al Beach Club, donde aparcamos en el estacionamiento reservado para clientes.

Al acceder a las instalaciones, nos dirigimos a la cama balinesa que habían reservado. Quedé impactada al ver a Marta y a mi hermano que se reían viéndonos llegar.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté, acercándome para darles un par de besos a cada uno, aún atónita por su presencia.

—Mi abogado me mandó un mensaje esta mañana diciendo que tenía secuestrada a mi hermana y que si la quería liberar tenía que venir a pasar el día con vosotros —me contestó él, mientras Martín sonreía de oreja a oreja.

—Era necesario que pasáramos el día en familia —dijo Martín, encogiéndose de hombros con una expresión despreocupada.

—No te rías, que no tienes idea de lo que he tenido que soportar desde anoche —me dirigí a mi hermano.

—Se están riendo todos. ¿La vas a pagar conmigo?

—Paso de todos vosotros.

—No, no, que tienes la tortilla y los filetes —soltó Igor, con la mano en el lado de la risa que tenía.

—Pues más ricos que los bogavantes están. —Rebufé, mientras me quitaba el vestido.

—No, por favor. ¡Yo me caso contigo! —gritó Martín, arrodillándose en el suelo y juntando las manos en un gesto de súplica al verme en bikini.

—Si lo hubiera sabido, te la presento antes —bromeó mi hermano, provocando más risas.

—Estáis todos locos. —Solté el aire y me reí.

En ese instante, el camarero apareció con una ronda de botellines de cerveza, acompañados de unas jarras heladas que prometían refrescarnos en medio de la diversión.

—¿Ya le han pedido los bogavantes? —le pregunté al camarero mientras nos la colocaba en las mesitas delante de la cama balinesa.

—No, hemos optado por unos filetitos empanados y tortilla de patatas —respondió Igor, provocando risas entre nosotros.

—Voy a tomar nota de todo —dijo el camarero mientras sacaba su dispositivo.

—Entonces, un arroz con bogavante para seis y de entrante, nos traes una docena y media de nidos de langostino —le pidió Martín.

—Docena y media entre seis, sale a tres cada uno —fruncí el labio hacia abajo, pinchando un poco.

—Que sean tres docenas —replicó Martín.

—¡Qué es broma! —exclamé.

—Aquí las bromas se pagan —me contestó Martín, y yo me santigüé.

Marta me miraba, riéndose a carcajadas, mientras Helen le decía a Igor que ese día le iba a salir caro. Sin embargo, él dirigía su mirada hacia Martín, quien se suponía que iba a compartir los gastos del día. Yo simplemente levanté la tortilla, dando a entender que ya había cumplido con mi parte. El camarero no pudo evitar reírse ante la escena.

—Tiene mejor pinta que la de la cocina.

—¿Te gustaría probar un pedacito? —pregunté.

—Si me pillan, me ponen en la calle —respondió, un poco nervioso.

—Pero si te pones de espaldas, no te verán. Yo tengo mucho arte para esto —dije mientras cortaba un trozo y lo dejaba en su bandeja

—. Y disimula tomando nota mientras te lo comes.

—Te acabas de convertir en mi clienta favorita —gimió, saboreando la tortilla—. ¡Está deliciosa!

—Cuando regreses, te invito a unos nidos de langostino, también con un poco de disimulo —añadió mi hermano, mientras todos nos reíamos.

—Y de paso me dejáis una cervecita escondida, y ya estoy aquí todo el día para vosotros —siguió la broma el camarero.

—Tampoco te pases —respondió Marta entre carcajadas, que no se callaba una.

El camarero se alejó riendo, y nosotros nos quedamos en la misma sintonía. Era un tipo simpático; otros habrían protestado por la tortilla, recordando que no se podía traer comida de fuera, pero él no dijo nada y hasta se animó a probarla. No fue el único, porque tal y como se fue, Martín e Igor comenzaron a pedirla como si fuera una reliquia y terminamos picándola todos.

—Me hago fan de tu tortilla —me susurró Martín al oído mientras me echaba el brazo por el hombro.

—Y eso que no habéis probado los filetes empanados, porque cualquiera puede hacerlos, pero dejarlos tan exquisitos como los míos, muy poquitas personas lo consiguen.

—Y no nos vas a dar la receta, ¿verdad?

—Ni que los fueras a hacer cuando vives de restaurante en restaurante.

—Uy, lo que me ha dicho, que yo como chef soy una eminencia y tengo una cocina que es una gozada. Te la presto cuando quieras.

—Ni que me la pudiera llevar. —Me reía nerviosa mientras él seguía con su mano sobre mi hombro.

—Cuñado, tu hermana se la está buscando.

—Y dale con llamarle cuñado. —Volteé los ojos.

—Hermana, si es necesario, tendrás que hacer un trato con el diablo. Recuerda que en sus manos está un buen juicio y que me piden cuatro años. Yo lo dejo caer.

—Bueno, ya tienes tres semanas cumplidas, algo que te resta —bromeó Marta, y se llevó por su parte una colleja.

Martín me tenía al borde de los nervios, y para colmo, decidió darme de beber directamente de la jarra de cerveza, como si fuera un niño. Y no solo eso, sino que cuando se le ocurría acercarse con un langostino en la mano, lo hacía como si fuera un avión, intentando meterlo en mi boca.

Por más que le decía que me dejase tranquila, peor lo hacía. Hasta con la paella me dio la comida, nunca mejor dicho, porque a pesado, no le ganaba nadie y me la dio a comer como si fuera una bebé a la que le ponía caritas y le hablaba como tal. La verdad es que no podía parar de reír y los demás también. ¿Cansino? Para dar y regalar. Le daba igual que le dijeses mil veces que parase, él seguía insistiendo con su jueguito.

—Y de postre, te voy a dar un piquito.

—¡Vete a la mierda! —le grité entre risas, porque ya era el colmo de lo que podía escuchar.

—Hermana, recuerda que está en sus manos mi libertad.

—Cállate, que vaya tela con el abogado que elegiste. La libertad está en manos del juez, no de este.

—No, no, él es bueno en lo que hace, y cuando se pone serio, impone un montón el tío. Sin una buena defensa, el juez no puede tomar partido a mi favor.

—Amor, ¿has llamado a tu abogado, tío? —le preguntó Marta que era otra que le gustaba picar bastante.

—¿No me llamó cuñado él? —Se encogió de hombros.

—Puedes llamarme como quieras, cuñado —repitió la palabra con esa sonrisa provocadora.

—Yo contigo, no me voy ni muerta. Me crearías un cuadro de ansiedad constante. Es más, estás haciendo que hasta me dé un cólico nervioso. —Me apreté la barriga con las dos manos.

—Te lo has buscado.

Me cogió por debajo del culo y me echó a su hombro sin despeinarse, como diría Helen. Corrió conmigo hacia el agua.

— ¡Vas a hacer que me dé un corte de digestión, loco!

—Eso ya no existe — respondió con despreocupación mientras se adentraba en el agua.

—Joder, ¡está helada!

—Ahora te contrarresto la temperatura — me dijo mientras me bajaba.

—Ni se te ocurra tocarme —le advertí, moviéndome cubierta por el agua hasta debajo del pecho y retrocediendo hacia la orilla.

—Ven para acá que me tienes que dar el postre, novia mía.

—¿Novia tuya? Tú te montas muchas películas en la cabeza.

Empecé a nadar y cuando casi llegaba a la orilla, él tiró de mi tobillo hacia él. Comencé a decirle de todo, pero a él le daba igual, se quedaba tan pancho con esa sonrisa que me causaba una debilidad tremenda, pero para cabezona yo, que este no se pensase que iba a caer rendida al momento ante él. Este se lo iba a currar como Paola que yo me llamaba.

Me tumbé en la cama balinesa y él se acomodó a mi lado, mientras los demás estaban en parejas en las otras camas.

—¿Dónde quieres que te invite a cenar esta noche?

—Esta noche me quedo en casa de Helen.

—Bueno, a la vuelta te dejo allí. No hay problema.

—¿Qué parte de que estoy de fin de semana con mi amiga no has entendido?

—Parece que la que no lo ha entendido eres tú, porque apuesto lo que quieras a que esos dos ya tienen planes para esta noche.

—¡Helen! ¿Qué vamos a hacer esta noche? —grité, ya que estaba en la cama de al lado.

—¡Yo me voy con Igor a un japonés!

—Hija de fruta —murmuré riendo—. Pues yo me voy a mi casa después de la playa, lo tengo claro.

—Y yo me voy contigo, y pedimos para que nos traigan la cena.

—Pero bueno, ¿tendrás morro?

—Un poquito, pero ¿a qué te caigo bien?

—Madre mía, la que me ha tocado contigo —me pasé la mano por la cara mientras exhalaba todo el aire de mis pulmones con una intensidad que parecía exagerada.

—¿*Pizza*? ¿*Sushi*? ¿Hamburguesas? ¿Pasta?

—Un poquito de todo. —Volteé los ojos.

—Tus deseos son órdenes para mí…

—Ay, Dios, parece que no se entera —solté un suspiro frustrado.

—¿Y mi postre? —preguntó mientras se acomodaba a mi lado, recostándose sobre mí que estaba tumbada de espaldas.

—Bueno, podrías preguntarle al camarero —le respondí con una sonrisa.

—Si me das un piquito, te pido una tarta de brownie con nueces y helado de vainilla, que te garantizo que será la mejor que hayas

probado en tu vida —dijo con un guiño travieso.

—Yo tengo filetes empanados —me reí— y son mucho más saludables que un exceso de azúcar.

—Un empanado frito es más saludable —murmuró entre risas—. Me dejas sin palabras. —Fruncía los labios—. Interesante. Y lo peor es que prefieres un filete a un piquito mío.

—Para que tú veas. No todo el mundo gira alrededor de tu ombligo.

—Y encima, esta noche te voy a invitar a cenar un surtido de platos de todos los restaurantes.

—Esta noche no, será otro día —le respondí, picándolo un poco.

—No te lo crees ni tú —sentenció entre risas.

—¿Acaso tengo que hacer siempre lo que tú quieras? —le pregunté, con un tono juguetón.
—Lo que a los dos nos dé la gana. Todo será consensuado.

—No tengo intención de consensuar nada contigo. Me voy a casa a descansar, que desde anoche no he parado.

—Yo también opino lo mismo. Está claro que lo mejor es irnos a tu casa a relajarnos —decía con esa sonrisa que dejaba entrever que lo daba por hecho.

No podía ser más irresistible. Decir que me gustaba era quedarme corta. Era evidente que, si fuera por mí, lo llevaría a mi casa y no lo dejaría salir hasta el día del juicio, pero no iba a darle todo en bandeja desde el principio; una tiene que hacerse valer.

Igor y mi hermano pidieron dos bandejas de brownies y helados para compartir entre los seis, y lo acompañamos con un *espresso* que estaba delicioso.

Hablé con Helen y le comenté que me iría directamente a mi casa, ya que en la suya solo tenía algo de ropa que podría recoger otro día.

—Me quedo tranquila porque sé que no te irás sola.

—Vamos, por favor, como si no viviera así. —Reí mientras negaba con la cabeza, y vi cómo mi hermano contenía una risita traviesa y levantaba una ceja.

Capítulo 9



Paola

Era ya más de las ocho de la noche cuando decidimos salir del club. Mi hermano se marchó en su coche junto a Marta, y de paso dejaron a Igor y Helen, ya que la casa de estos les quedaba más cerca, aunque yo sospechaba que en realidad querían dejarnos a solas.

Así que, por descarte, terminé yéndome con Martín, quien no me dio otra opción. Me tomó de la mano con firmeza, como si quisiera asegurarse de que no pudiera escapar. A pesar de que intentaba mostrarme indiferente, no podía evitar sentirme como una niña emocionada con zapatos nuevos, riéndome sin parar.

Martín estaba poniendo mi fin de semana patas arriba, pero a mí me encantaba esa sensación de atracción que sentía y que por su parte también era más que evidente.

—¿Qué haces? Por aquí no vivo —dije, viendo que se desviaba para meterse en el parquin de un edificio impresionante.

— No querrás que llegue a tu casa lleno de arena y con este aspecto de playero. Estoy en plena conquista y tengo que dar lo

mejor de mí. —Me guiñó un ojo justo cuando aparcó el coche en su plaza.

—Podrías haberme dejado en mi casa y luego venir cuando te hubieses duchado. Además, esto de venir conmigo no estaba acordado por ambas partes —le respondí, y no pude evitar reírme.

—Con mochila incluida. Si disfrutamos de unos buenos vinos, no puedo arriesgarme a volver a casa y poner en peligro mi vida al volante.

—Entonces, simplemente pide un taxi —respondí entre risas mientras lo seguía hacia el ascensor.

¿Alguna vez has tenido esa sensación de asombro que te deja sin palabras al encontrarte con algo inesperado? Así me sentí cuando abrió la puerta de su ático y me encontré con la vivienda más bonita, armoniosa y libre de ruidos visuales que había visto jamás. Era un reflejo de su estilo personal…

Los espacios eran amplios y de un blanco puro, todo estaba meticulosamente ordenado y limpio, y un aroma fresco y floral llenaba el aire, invitándome a perderme en esa fragancia.

La cocina y el salón se abrían a una gran terraza que era otro mundo. Si la cocina era de ensueño y no le faltaba detalle, el salón no se quedaba atrás, pero la terraza era simplemente espectacular; no había palabras que pudieran capturar las emociones que me provocaba.

Allí había una cama balinesa con un techo que se podía mover para disfrutar del sol, una piscina infinita con un pequeño muro de cristal que ofrecía una vista impresionante de la ciudad, una mesa rodeada de cuatro sillones cómodos y un rincón de sofás con una mesa auxiliar justo enfrente.

—Puedes hablar, ¿eh? —Carraspeó causándome un suspiro.

—Estoy impresionada, Martín. Tu casa es un verdadero sueño, y esas vistas son simplemente invaluables. Nunca había visto la ciudad desde esta perspectiva, ¡es impresionante!

—¿A qué te está apeteciendo cenar aquí? —me preguntó a la vez que me daba un beso en la mejilla.

—Sí, pero te recuerdo que ni estoy duchada ni tengo ropa —negué con la risita suelta—. Pero podemos cenar y luego puedo tomar un taxi.

—No te preocupes por eso —dijo con un tono juguetón—. Resulta que Igor ha dejado a Helen en su casa para que pueda ducharse y cambiarse, y él se irá a la suya. Pero antes pasará por aquí y dejará en el ascensor la ropa que dejaste en casa de Helen.

—Espera, espera, espera, ¿me estás diciendo que todo esto lo has planeado para que me quede aquí contigo? ¡Eso suena a una trampa!

—Dicho así, suena muy bonito.

—No te pongas en plan inocente, que eres más peligroso que Marta y Helen juntas.

—¿Y qué mejor plan que una cena en esta terraza y que te quedes a dormir conmigo? Por cierto, siéntete libre de acomodarte donde quieras, voy a abrir una botella de vino —dijo mientras se apresuraba hacia la cocina, dejándome sin palabras.

Era sorprendente cómo mi vida había dado un giro tan radical en tan poco tiempo, especialmente considerando que hace solo unos días me pasaba el tiempo en pijama, casi sin salir de casa.

Una de las cosas que más me atraía de Martín era su sentido del humor; a pesar de emanar elegancia y clase, tenía esa parte de él que era tan cercana y simpática que lo hacía increíblemente carismático.

Era un hombre que, además de ser atractivo y guapo, claramente se cuidaba mucho; su cuerpo fibroso hablaba por sí solo. Llevaba el pelo un poco más largo en la parte superior, con un corte asimétrico que se integraba con los lados más perfilados gracias a las capas superiores. Era perfecto, increíblemente irresistible, y encima, estaba intentando seducirme, como si no lo hubiera conseguido ya.

—Aquí tienes a tu gran amor para alegrarte la vida —anunció con una sonrisa, mientras colocaba una botella, dos copas y un cuenco de frutos secos sobre la mesa. No pude evitar reírme y sacudir la cabeza ante su afirmación.

—El amor de mi vida. ¡Lo que hay que oír! —Cogí una almendra y una pasa que me llevé a la boca.

—Ríete todo lo que quieras, pero quien ríe el último ríe mejor. Por cierto, ¿ya has decidido qué vamos a cenar?

—¿No era un poquito de todo? Entonces, pide una *pizza*, un par de hamburguesas, una ración de *sushi* y dos rollitos de primavera… Así repartes el pedido entre varios restaurantes y los haces felices a todos —bromeé, disfrutando del momento—. Pide lo que quieras, cualquier opción me parece bien.

—Vale, espero sorprenderte. Estoy apostando todo. —Se pasó la mano por la frente como si se fuese a retirar el sudor.

Mientras servía las dos copas, se preparó para pedir comida a través de una aplicación. No me dijo cuál había elegido, pero la verdad es que todo lo que habíamos comentado me parecía delicioso.

Igor le avisó que ya había metido mi bolsa en el ascensor y que estaba subiendo. Aproveché ese momento para darme una ducha y ponerme algo cómodo, mientras él hacía lo mismo en el baño de su dormitorio.

Aparecí directamente con el pijama nuevo que me había regalado Helen; si me iba a quedar a dormir, no me iba a poner el *short* vaquero y estar incómoda. Al verme, sonrió.

—Menos mal que no tenías intención de quedarte y ya te has puesto el pijama. Por cierto, estás muy bronceada, has cogido bastante color.

—Tú también —le respondí.

—Y eso que todavía estamos en primavera, que hasta dentro de unos días no es verano.

—Aquí el clima es bastante generoso, es fácil estar morenos casi todo el año.

—Yo he estado todo mayo y lo que llevamos de junio yendo a darme un baño todos los fines de semana.

—Te metías en el agua y luego ibas al club a comer y beber, ¿no?

—Cómo me vas conociendo.

—Te gusta disfrutar de la buena vida —dije mientras tomaba un sorbo de mi copa, sonriendo.

—¿A quién le amarga un dulce?

—Yo soy feliz con muy poquito, y desde que sucedió todo lo de mi hermano y mi trabajo, he comprendido que el verdadero valor de la vida radica en la paz emocional y en los momentos que vivimos, no en lo material.

—Todo es respetable. Sin embargo, no se puede afirmar que valorar la paz emocional sea incompatible con llevar una vida elegante.

—Una vida elegante… Espero que te estés preparando bien el juicio de mi hermano, porque me está empezando a dar miedo.

—Ríe, ríe, que le voy a preparar tu juicio hasta a tu abogado.

—Ni se te ocurra meterte —le advertí, señalándole con el dedo.

—La comida ya debe haber llegado —dijo mientras se levantaba al escuchar el timbre. Yo lo esperaba sentada en uno de los sillones, junto a la mesa que ya tenía los platos listos para la cena. Cuando lo vi entrar con tres bolsas de diferentes restaurantes y una caja de *pizza*, me quedé flipando.

—Mira, traigo *pizza*, *sushi*, hamburguesas y rollitos de primavera —anunciaba mientras iba colocando todo sobre la mesa, y yo no podía evitar poner una expresión de sorpresa que me hacía parecer un poco tonta.

—¿En serio? —pregunté, incrédula.

—Claro, tú lo pediste —respondió con una sonrisa.

—Pero esto es un derroche de comida. No podemos comernos todo, ¡podríamos acabar con un cólico nefrítico!

—No te preocupes, tenemos todo el día de mañana y hasta el lunes si es necesario. No te irás de aquí hasta que no quede ni un solo resto del pedido —me dijo, riendo.

—Eso es lo que me faltaba por oír —negué riendo.

Decidimos dejar el *sushi* y los rollitos para comer al día siguiente, ya que estos últimos se podían calentar en la sartén y quedarían como recién hechos.

Me reía porque le decía que, entre la hamburguesa, las patatas fritas y las *pizzas* que teníamos para cenar, iba a necesitar hacer un par de sesiones de pesas para compensar.

—No he hecho pesas en mi vida, lo único que hago es jugar al fútbol con mis amigos, que lo hacemos una vez a la semana, y andar mucho. Es cuestión de genética.

—Sí, hombre —respondí, poniendo los ojos en blanco.

—Ya lo irás viendo.

—Y dale con seguir amenazándome.

La noche era ideal, nos encontrábamos bajo un toldo que suavizaba la brisa de esas horas. De fondo sonaba una música de lo más relajante, que contribuía a que la velada estuviera siendo más perfecta. No faltaba, a un lado de la mesa, una gran vela que desprendía un aroma fresco y floral, justo como a mí me gustaba.

Sentía esa conexión especial que se generaba entre nuestras miradas. Era consciente de que, en solo veinticuatro horas, me había traído muchas risas, un poco de nerviosismo y una complicidad inesperada, a pesar de que al principio era un completo desconocido para mí.

Lo más curioso era que era el abogado de mi hermano, un detalle que no podía ignorar, aunque ahora lo veía de una manera diferente a como lo hacía unas horas atrás. La complicidad entre nosotros había crecido, y comenzaba a sentir que se estaba forjando una confianza que derribaba un poco el muro que había levantado al enterarme de quién era. Al fin y al cabo, era solo una persona, sin importar el papel laboral que desempeñara.

Cuando estábamos en la cocina, después de haber recogido la mesa, me abrazó por detrás y comenzó a besar mi cuello, susurrándome que le debía el piquito de su postre. Con un movimiento suave, me giró hacia él, y al notar mis mejillas sonrojadas, alzó mi barbilla con sus dedos y me dio un primer beso que rápidamente se tornó más atrevido, mordisqueando mi labio de una manera juguetona.

En ese momento, nos entrelazamos, y sentí cómo un cosquilleo constante revoloteaba en mi estómago, una mezcla de nervios y emoción.

Era tan elegante, incluso al besar, y a pesar de la inquietud que me generaba, emanaba una armonía que me atraía. No podía describir a alguien como él, capaz de hacerte reír hasta las lágrimas y, al mismo tiempo, elevarte a las nubes con un simple gesto.

—¿A qué no fue para tanto? —me preguntó con una sonrisa traviesa.

—Calla — respondí, apoyando mi cabeza en su hombro mientras reía.

—La que has liado por mi postre y al final me has dado hasta el desayuno. —Se reía mientras acariciaba mi espalda y dejaba algún que otro beso en mi mejilla.

Nos acomodamos en el sofá exterior con dos tés fríos de mango con hielo. Estaba muy cariñoso y bromista conmigo. Su actitud cariñosa y bromista me envolvía, y los besos se sucedían sin cesar, mientras en mi mente surgían muchas preguntas. ¿Sería solo un capricho para él o realmente le atraía de una manera que lo hacía perder el control?

Su forma de tratarme y la manera en que me miraba creaban una combinación de sensaciones que me hacían sentir increíblemente especial a su lado. Me estaba devolviendo de algún modo mi vida, esa que estuvo apagada durante un tiempo y que ahora parecía prenderse como una llama.

Recuerdo haber escuchado que el amor puede ser efímero, y aunque eso podría ser cierto, también hay muchas personas que son ejemplos de perseverancia, respeto, cariño y admiración hacia sus parejas. ¿Por qué no me podía pasar a mí eso alguna vez?

Martín parecía ser la persona ideal, pero no quería ser ingenua y debía cuestionarme cuántas otras como yo habían pasado por su vida de la misma manera. Tal vez, cuando le gustaba alguien, mostraba ese mismo aire seductor y esa insistencia cautivadora. No lo sabía con certeza, pero lo que sí era evidente es que estaba disfrutando de un momento muy dulce a su lado, aunque solo fueran unas horas.

Entre besos, miradas cómplices y abrazos, nos dejamos llevar y terminamos dirigiéndonos a su habitación, con un calentón que era

más que evidente.

No pudimos resistir la tentación de dejar nuestros cuerpos desnudos bajo la sabana. Él comenzó a ayudarme a quitarme la ropa, y luego fui yo quien, con un toque juguetón, lo despojó de la suya.

Con calma y mucha sensualidad, fue acariciando cada parte de mi cuerpo mientras lo recorría con besos, hasta que se recreó en mi zona íntima… y lo que sentí fue tan intenso que se me pusieron los ojos en blanco. ¡Qué pedazo de orgasmo me acababa de regalar!

Hacerlo con él fue toda una aventura, de esas que te dejan sin aliento y con las piernas temblando. Cada vez me tenía más impresionada y enganchada a su persona.

Desde mi relación con Sergio, nunca había conocido a alguien que me hiciera sentir tan especial como lo hacía Martín.

Capítulo 10



Paola

Sonreía mientras me observaba al despertar, y yo le devolví la sonrisa.

—Pensé que ya me tenías el desayuno preparado.

—¿Y perderme el espectáculo de verte despertar a mi lado? Eso no es posible —me respondió, dándome un beso y abrazándome con fuerza, acercándome a su cuerpo—. Por cierto, buenos días, preciosa.

—Buenos días, señor letrado —susurré cerca de su oído.

— No intentes hacerme la pelota, porque tu liberación no será fácil. Necesitaré tiempo para preparar tu caso —dijo mientras mordisqueaba mi labio con picardía.

— Esta noche dormiré en mi casa —le recordé, aunque sabía que eso podría cambiar.

—Ya lo veremos. Ahora vamos a desayunar. —Me guiñó un ojo antes de dirigirse al baño para meterse en la ducha y haciéndome un gesto.

Bajo el chorro de agua caliente, disfruté de un momento frenético y lleno de complicidad con él, sintiendo que la tensión sexual entre nosotros requeriría muchos más instantes como este para ser aliviada.

Una vez en la cocina, cogió una tabla de madera enorme y la llenó con seis rebanadas de pan de leña tostadas. Las rodeó con una tarrina de cristal de mantequilla, una pequeña botella de aceite de oliva, lonchas de jamón, diferentes tipos de queso, uvas frescas, dos zumos de naranja y dos vasitos de cristal con yogur griego, decorados con pepitas de chocolate y muesli.

Me quedé impresionada con el desayuno tan original y llamativo que había preparado sobre la tabla que llevó a la mesa de la terraza. Yo, por mi parte, me encargué de los cafés.

—¿Le puedo tirar una foto? —le pregunté cuando nos sentamos.

—Claro, a lo que quieras. Incluso puedes tomarme una a mí y subirla a Instagram diciendo que estás desayunando con el amor de tu vida.

—Madre mía. Estás peor de lo que pensaba. —Me reí.

—En serio. Puedes incluir la bandeja en la foto y que yo salga también, así la subes a tu Instagram. Otra cosa es que luego te comas una demanda que no tengas vida para pagarme —dijo provocándome una carcajada.

—Menos mal que tienes gracia, que, si fueras antipático y dijeras esas cosas, ni siquiera Igor te hablaría.

—Ese jodido está condenado a hablarme de por vida. Sabemos tanto el uno del otro que es mejor mantener la amistad bien viva.

—Ya te he tirado la foto. —Se la enseñé.

—Pues salgo muy guapetón. Pásamela, por favor.

—Voy. —La adjunté al mensaje y se la envié.

Como decía, era realmente sorprendente, y la foto quedó de lo más profesional, con una luz increíble. Se le veía en primer plano, con la bandeja tan llamativa delante, que hacía que todo fuese perfecto. Tanto fue así, que la subió a su Instagram deseando a todos un buen día, mientras él disfrutaba de una buena compañía. Solo le faltó etiquetarme para que me lo hubiese creído del todo.

Se levantó para preparar otro café, ya que apenas habíamos comenzado a desayunar cuando nos tomamos el primero.

—¿A cuántas mujeres les has preparado este desayuno? —le pregunté mientras mordisqueaba la tostada que me había hecho con jamón y aceite.

—Solo a una, además de ti —respondió arqueando una ceja con una media sonrisa.

—¿Y en cuanto a otros tipos de desayuno? —dije, poniendo los ojos en blanco.

—A muchas. —Se echó a reír.

—Vamos, que esta casa ha sido testigo de todos tus «calentamientos globales».

—No, no, por ahí no. En esta casa no ha habido ningún romance, ni chica, ni nada por el estilo. He estado viviendo en otra casa con mi exmujer hasta hace un año —dijo, y casi me atraganto con lo que escuché.

—¿Estuviste casado?

—Sí, durante tres años, y tengo una hija de siete años con ella. La tuvimos antes del matrimonio.

—¿Tienes una hija?

—Sí —respondió con una sonrisa de felicidad y sacó su móvil para mostrarme una foto.

—Joder, qué niña más guapa. Se nota que la hiciste con mucho cariño.

—Su madre también es muy guapa —dijo con un tono de cariño que me agradó, ya que era la madre de su hija.

—¿Te llevas bien con ella?

—Sí, claro. Terminamos de manera amistosa, ambos sentimos que como pareja nos estábamos alejando. Siempre podemos contar el uno con el otro. Ella ahora está con un compañero del hospital, Tamara es pediatra.

—¿Y la niña, cómo se llama?

—Alma, así se llama. La habitación que está justo al lado de la mía es la suya. Te faltaron por ver algunas cosas de la casa, pero no quise asustarte.

—¿Asustarme? Es tu hija, no la mía. —Me reí—. En serio, me has dejado loca. No te imaginaba como un padre, y mucho menos separado, pero me alegra enormemente que tengas una hija tan preciosa y sana.

—Hemos tenido mucha suerte con Alma. Es una niña llena de inocencia y amor, además de ser muy responsable y ordenada. A su corta edad, se encarga de mantener su habitación impecable. Es impresionante lo madura que es para su edad.

—¿Y tienes un régimen de visitas?

—No, no, tenemos la custodia compartida. Lo que hacemos es tratar de no moverla mucho durante el año escolar, así que cada uno la tiene un mes.

—¿Y el otro mes no la ves?

—Sí, puedo verla siempre que quiera. Somos bastante flexibles y estamos muy comprometidos. A menudo la recojo del colegio para llevarla a comer, o la recojo para merendar y pasar la tarde juntos, o incluso la traigo los fines de semana. Lo mismo hace ella cuando está conmigo. A veces es la propia niña la que dice dónde le apetece estar en los siguientes días. Hay una comunicación muy fluida y un entendimiento entre los tres.

—Qué suerte tenéis. Es realmente bonito ver cómo pasan estas cosas después de una separación, especialmente cuando los niños sufren tanto y los padres terminan echándose en cara hasta los errores más pequeños, como una comida mal preparada.

—Puede que parezca un mujeriego, pero la verdad es que desde mi separación, solo he estado contigo —me confesó, dejándome completamente sorprendida.

—¿Me estás vacilando?

—Para nada. No soy como te imaginas —dijo con una sonrisa y un guiño que me desconcertó.

—¿Y cómo eres?

—Soy divertido, comprometido, cariñoso, apasionado, leal y respetuoso.

—Te vendes muy bien.

—Y tú eres la definición de nobleza, ingenuidad, humildad, corazón y un montón de cualidades que te hacen única, además de que eres increíblemente atractiva —soltó con su estilo característico, como no podía ser de otra manera.

—Tienes mucho carisma, eso es innegable. Y me estás sorprendiendo de una manera muy positiva.

—Lo tengo claro: si tengo que cagarla casándome de nuevo, espero que sea contigo —se encogió de hombros, provocando que me riera.

—Desde que nos conocimos, no has dejado de amenazarme.

—¿No crees en el amor a primera vista?

—Bueno, sí, pero con matices.

—Parece que te lo crees en todos menos en ti misma. La vida no ha sido fácil contigo y no confías en que puedan sucederte cosas que transformen tu existencia por completo.

—No es eso exactamente. Antes era más arriesgada, me lanzaba a conquistar el mundo, pero al final, el mundo me devoró. No sé si me detuvo en seco o si simplemente me hizo replantear todo, pero desde hace unas semanas siento que ya no soy yo misma.

—Eso se llama madurez, aunque tú lo interpretes de otra forma.

—He pasado por momentos muy difíciles. He visto cómo mi vida se desmoronaba, lidiando con un hermano en prisión, con todos mis ahorros esfumados para pagar el abogado y teniendo que vender mi coche para aguantar hasta mi juicio, y con base en la sentencia poder rehacer mi vida.

»No sé si es madurez o si simplemente toqué fondo, pero lo que tengo claro es que desde hace un par de días he comenzado a vivir de nuevo. Mi juicio y el de mi hermano se acercan, y aunque estoy más esperanzada que nunca, también soy consciente de la prudencia que debo tener ante lo que pueda suceder.

—La confesión de Marta llevó al juez a adelantar su veredicto, lo que dio como resultado la inminente liberación provisional de tu hermano. Está claro que él saldrá de esta situación como se merece, y tengo plena confianza en que también se hará justicia con relación a tu despido improcedente.

»Es fundamental que empieces a creer más en ti misma y que te des las oportunidades que realmente mereces. Por ejemplo, yo. —Carraspeó.

—Me alegra haberte conocido. Y aunque mañana ya no me lances indirectas, siempre te recordaré con cariño.

—¿Qué parte de que me voy a casar contigo no has entendido?

—Ninguna, ninguna, y por mucho que lo intentes, no lo entenderé.

—¿Sabías que las cosas más sorprendentes suelen llegar sin que las busquemos y suceden cuando menos lo esperamos? Eso es precisamente lo que está ocurriendo entre nosotros, y créeme, nunca me había sentido así antes. Hay una conexión contigo que me hace sentir mejor que nunca.

—¿Te estás declarando?

—Desde el viernes por la noche, pero parece que no me quieres entender ni hacer caso. —Se reía.

Capítulo 11



Paola

Después de disfrutar de un delicioso desayuno, decidimos salir a tomar un vermut en la plaza, donde nos encontramos con Igor y Helen. Habíamos estado intercambiando mensajes en el grupo que Martín había creado el día anterior, así que era natural que nos reuniéramos.

—¿Cómo estás, mi niña? —me preguntó Helen después de haberme dado un montón de besos en la misma mejilla.

—Bien — respondí con una sonrisa—. Igual que tú.

—Yo estoy que no me lo creo, ¡me ha tocado la lotería! — exclamó, mostrando una expresión de pura emoción.

— A ver qué sorpresas nos trae esto —dije, un poco escéptica.

—Qué negativa eres, hija. —Volteó los ojos.

Nos acomodamos en la mesa donde ellos ya estaban sentados, y el camarero se acercó para tomar nota de nuestros vermuts.

Cuando Helen me preguntó qué había cenado y le conté la gracia que hizo Martín, ambos se echaron a reír, al igual que Igor.

— Parece que tendréis que cenar *sushi* y rollitos, porque la comida la haremos en la calle —comentó Igor, riendo mientras miraba a su amigo.

—No, si a este paso me quedo a vivir en casa del letrado — respondí.

—¡Dios te escuche! —exclamó Martín mirándome y levantando los brazos mientras todos nos reíamos a carcajadas.

—Qué bonito es el amor —murmuró Helen.

— Hasta que deja de serlo por cualquier capricho que la vida decida imponernos —repliqué, poniendo los ojos en blanco.

—Siempre tan optimista, mi niña.

—Si es que tienes cada cosa…

De repente, vi a una niña corriendo hacia nuestra mesa, y la reconocí al instante. Era su hija, que comenzó a gritar «papá» mientras se lanzaba hacia él con alegría.

Martín se levantó con una expresión de pura alegría que era contagiosa. La alzó al vuelo como si fuera un avión, y luego se fundieron en un abrazo cálido y lleno de amor.

La niña, emocionada, señaló hacia dónde estaba su madre, que levantó la mano saludando. Estaba en la terraza de la esquina con un joven que debía de ser el médico con el que tenía una relación.

Igor le dio un beso a la pequeña y ella lo miró sonriendo. Luego, desde sus mismos brazos, nos presentó a su hija que nos tiró unos besitos al aire. Era una monería.

Martín, con un gesto cariñoso, bajó a la pequeña y la tomó de la mano para que fueran a saludar a su mamá y al novio de esta. Era un tipo genial, y su forma de actuar lo hacía aún más admirable.

Regresaron juntos, y la niña se acomodó entre su papá e Igor, pidiendo un refresco con las manos juntas, como si estuviera haciendo una súplica. Me encantaban esos gestos que ella hacía tan adorables, consiguiendo que Helen y yo la defendiésemos para que ese día pudiera disfrutar de un refresco.

Igor y Martín no paraban de buscarle la lengua, provocando que todos nos riésemos a carcajadas.

—Papá, no me gusta ningún niño, te lo prometo. Bueno, hay uno, pero me llama *Pocahontas* y cuando le pregunté si era por lo guapa que soy, me dijo que parecía china.

—China, su madre. Eres más bonita que *Pocahontas* y que todas las princesas de Disney —le dijo Helen.

—A mí no me importa. Él se lo pierde

—Así se habla —respondió Igor aplaudiendo, y nosotros tres lo seguimos con las palmas. Aquí se montaba una fiesta por todo.

Tamara se acercó a nuestra mesa acompañada de su pareja. Nos presentó y, además de ser muy simpática, se notaba que tenía un aire elegante y fina. Se marcharon con Alma, quien nos sugirió que debíamos vernos de nuevo en otra ocasión. Al menos, parecía que habíamos causado una buena impresión.

Tomamos un par de vermuts antes de irnos a comer a casa de Martín. Sí, ahí terminamos, ya que con ellos nunca se sabía lo que podía pasar, por lo que estaba viendo.

Según me contaba Helen, la casa de Igor era igualmente impresionante, con la diferencia de que era un chalé en lugar de un ático. En ese aspecto, ambos tenían gustos diferentes a la hora de elegir su hogar.

Martín decidió pedir dos tablas de *sushi* para complementar la que ya teníamos, y las acompañamos con un vino blanco afrutado que estaba delicioso. De esta me volvía experta en vinos.

Las vistas eran tan impresionantes que daba la sensación de estar comiendo en un rascacielos. El ambiente de la terraza hacía que todo fuera aún más espectacular, y aunque yo solía conformarme con poco, no podía negar que era un verdadero privilegio vivir en un lugar así. Helen no dejaba de decirlo e Igor carraspeaba mirándola. Me encantaba la química que tenían como pareja.

Me aterraba demasiado el dulce momento que estaba viviendo, ya que temía profundamente que algo pudiera salir mal de nuevo y que, de repente, todo se volviera tan oscuro como en las semanas pasadas. Quisiera o no, los juicios me tenían en un estado de nerviosismo constante. Eran unos capítulos que necesitaba cerrar, especialmente el de mi hermano, que era el que más me preocupaba y me causaba dolor.

Estábamos disfrutando de un café tranquilamente cuando, de repente, los chicos nos levantaron de las sillas y nos lanzaron a la piscina, sin darnos la oportunidad de protestar, aunque lo intentamos; por más que les dijimos, no nos hicieron caso.

Menos mal que tenía el bañador puesto y una camiseta por encima…

Lo que soltaba Helen por su boca no tenía desperdicio, al igual que las carcajadas que teníamos encima debido al momento. Igor y Martín eran tal para cual, tenían unas ideas…

—Ahora vamos a pedir que nos traigan unos cruasanes de la pastelería, invito yo —dije, apoyada en el borde de la piscina y mirando hacia la ciudad.

—¡¡¡Qué va a invitar mi amiga!!! —gritó Helen, levantando las manos y los chicos comenzaron a aplaudir.

—Aplaudir, aplaudir, que no me vuelvo a rascar el bolsillo hasta que gane el juicio — respondí, bromeando.

— No quiero ni imaginar cuánto tiempo sería si lo pierdes —dijo Igor.

—Ni yo, ni yo —me dije a mí misma.

Durante la merienda, estuvimos hablando sobre la posibilidad de hacer algo el fin de semana siguiente. Yo votaba por ir de campin, que era lo más barato que se me ocurría. Lo que se reían no tenía precio, pero es que yo lo decía tan convencida.

Pedimos una caja de cruasanes por la aplicación, y nos trajeron rápidamente. Eran un vicio de lo jugosos y ricos que estaban.

—Mañana firmo mi gran venta —dijo Helen, poniendo cara de placer.

—Todavía podemos convencer al cliente de que no firme —bromeó Igor.

—Y pierdes las paletas, te lo garantizo.

—Conociéndola hasta un ojo te arranca —murmuré antes de dar un mordisco más al cruasán.

—Dejando la violencia de lado —concluyó Martín—, ideas para el fin de semana.

—Yo ya lo he dicho: un campin.

—Ignorando las sugerencias de mi amiga, sigamos pensando.

—París, Roma…

—¡Un mojón! —Me salió del corazón—. ¿Podéis pensar como una persona sin trabajo?

—Lo mío es tuyo, amor.

—Martín —lo señalé con el dedo, mirándolo fijamente—, no pienso ir a ningún sitio por la cara. Así que pensad en algo que no me deje en números rojos, o no contéis conmigo.

—¿No me dejas invitarte?

—No —dije con rotundidad.

—Ignorando los comentarios de mi amiga —repitió Helen—, ¿qué os parece si nos vamos a Sevilla a disfrutar del fin de semana, tapeando y tomando copas por la ciudad?

—No vamos a morir de calor.

—Hija, ¿pero tú que quieres?

—Ya lo he dicho, un campin. —Me reí, logrando que ellos también soltaran una risita.

—No sé para qué pregunto. —Rebufó.

—Yo opino que desayunar en París es una experiencia increíble.

—Igor, por Dios —repliqué, poniendo los ojos en blanco.

—Nosotros invitamos, y no creo que eso sea nada indigno ni humillante.

—Conmigo no contéis, os lo aviso desde ya. O hacemos un plan que yo pueda afrontar sin hacer tambalear mis números, o me quedo en mi casa tan pancha, disfrutando de la playa a ratitos, con bocadillo de tortilla incluido.

—Y yo contigo, amor. —Me dio un beso en el hombro, y me tuve que echar a reír.

—La cruz que me ha caído con este.

Helen no dejaba de hacerle gestos que yo pillaba e interpretaba a la perfección. Tenía claro que íbamos a ir donde fuese y que tiraría de mí, pero yo no estaba por la labor en este caso de permitirlo. Una cosa es que ellos pudieran llevar ese tren de vida incluida mi amiga que lo ganaba bastante bien, y otra que tuvieran que pagarme a mí esos lujos que yo no podía permitirme. Ni de broma. Aceptar una invitación a comer era una cosa, pero que me pagaran un fin de

semana en un lugar del mundo y sentirme mal por no estar a la altura era otra muy diferente. Tenía claro que no iba a permitirlo.

Pasamos la noche con ellos, disfrutando de la cena, porque según ellos, el día debía concluir de esa manera.

Habíamos pedido unos sándwiches de pollo de un restaurante que los hacían riquísimos. Igor no dejaba de provocar a Helen diciendo que al día siguiente se colaría en la firma de su venta en la notaría y que iba a arruinarlo todo. Lo que nos reímos fue poco.

A pesar de que Helen e Igor podrían haberme dejado en casa, Martín no estaba dispuesto a eso y se encargó de llevarme personalmente.

El fin de semana había dado mucho de sí y sentía que mi vida se había convertido en un torbellino que había sacudido todos los cimientos de mis sentimientos y emociones.

Nunca habría imaginado que Martín, el abogado de mi hermano con quien hablaba por teléfono, fuera ese hombre lleno de vida, alegría y bondad que había llegado a conocer. Como padre era un verdadero ejemplo, y como persona, sus acciones hablaban por sí solas.

Capítulo 12



Paola

Era lunes, y no pensaba quedarme encerrada en casa en pijama. Esa etapa ya había quedado atrás, al igual que otras cosas que me mantenían sumida en la tristeza.

La vida, aunque a veces es dura, también es bonita, ya que te regala momentos que se quedan grabados en el corazón y que iluminan incluso los días más oscuros.

Sentía un profundo dolor por la ausencia de mis padres; a ella la perdí demasiado pronto y él no se me fue mucho más tarde.

En ocasiones, les hablaba en silencio, pidiéndoles que encendieran esa luz que me guiaba en mis momentos más sombríos, y cuando la vida me sonreía, les agradecía por estar ahí, guiando mi camino.

La vida es un vaivén de emociones, donde hay días de risas y otros de lágrimas, pero así es la vida…

Me levanté, fui al lavabo a lavarme la cara y luego me preparé un café. Mi primer pensamiento fue para Martín, como no podía ser de otra manera. Y esa lucecita se prendió con el mensaje; él no podía

imaginar lo que su presencia significaba para mí, ni siquiera tenía una idea clara, a pesar de que creía conocerme bien.

Miré el móvil y sonreí al ver que tenía un mensaje de él.

Martín: *Buenos días, amor. ¿Pensando en mí?*

Se me escapó una risilla a la vez que pensaba en lo que le podía escribir por respuesta.

Paola: *Buenos días, don Martín. ¿Cómo se presenta su semana? ¿Pensar en usted? Bueno, digamos que un poco.*

Martín: *¿Un poco? ¿Don Martín? ¿Hablándome de usted? Creo que necesitamos vernos urgentemente para poner las cosas en su sitio.*

No pude evitar reírme. Poner las cosas en su sitio difícil, cuando ya me las había removido todas y cada una de ellas. Volvió a escribir al ver que yo no lo hacía.

Martín: *¿Qué me vas a preparar para comer hoy?*

Lo que quisiera, la verdad es que me apetecía mucho verlo y esa pregunta me daba por pensar a qué me llevaría eso.

Paola: *¿Qué te apetece?*

Martín: *Lo dejo a tu elección. ¿Me esperas para las dos?*

Paola: *Con la comida sobre la mesa.*

Martín: *Te amo. ¿Lo sabías?*

¿Cómo que me amaba? ¿De veras me lo decía de esa forma tan directa? Aunque esa palabra no significaba necesariamente que me estuviera haciendo una promesa o que fuera el amor de su vida, pero era fuerte. Leer un «te amo» escrito de su parte no dejaba de sorprenderme.

Paola: *Dudo que en tres días se pueda amar a alguien, pero te lo compro. Cronometraré cuánto te dura el amor.*

Cuando mis sentimientos eran así de intensos, me encontraba en una encrucijada. Sentía que lo amaba…

Martín: *Un «te amo» es la expresión más pura, hermosa y saludable que se puede usar para describir algo diferente y motivador que provoca otra persona. Te amo, lo repito y lo repetiré mil veces más.*

Suspirando, así me dejó mientras me dejaba llevar por el aroma del café que sostenía en mis manos. La llamada de mi hermano me sacó de mis pensamientos.

Lo noté relajado y muy esperanzado, como lo estaba yo. Le comenté que me había escrito Martín y que vendría a comer. Le hizo gracia y bromeó diciendo que al final lo de cuñado iba a ser cierto. Me animó a no reprimir mis sentimientos y dejarme llevar sin miedo por lo que pudiera pasar, para así disfrutar del momento presente.

Antes de salir a la calle a comprar pan recién horneado y carne para preparar un pastel de ternera, me di una ducha. Estaba segura de que le iba a gustar, y me parecía una excelente manera de sorprenderlo con un plato hecho con mucho cariño.

—Buenos días, Paola.

—Buenos días, Pedro —saludé al carnicero de mi barrio, que era un señor que siempre tenía la sonrisa de oreja a oreja—. Necesito un kilo de filetes de ternera.

—Ahora mismo, y del mejor para mi vecina.

—Gracias. —Sonreí—. Siempre nos das lo mejor. Nadie en el barrio puede quejarse de cómo nos cuidas.

—Sois mi sustento familiar. ¿Cómo no voy a cuidaros? —No perdía su dulce sonrisa.

Un kilo de carne era mucho, pero me permitiría congelar una parte para otro día. Llevaba un tiempo queriendo hacer esta receta, pero entre la falta de ganas y la tentación de optar por comidas más económicas, nunca me había decidido. Sin embargo, hoy era el día perfecto para sorprenderlo y quitarme el antojo.

Al llegar a casa, traía incluso un pequeño ramo de flores que compré para adornar la cocina y el baño. Las flores del salón aún estaban frescas, así que les cambié el agua y las coloqué con cuidado antes de disponerme a cocinar.

Me puse un delantal para no mancharme, ya que llevaba un top blanco monísimo de tirantes gruesos que quedaba por encima del ombligo, combinado con un *short* vaquero cortito que quedaba por debajo de este, dejando así un poco de mi abdomen al aire.

Mientras pelaba las patatas, mis pensamientos giraban en torno a Martín, como si él fuera el único que importara en ese momento. Su sola presencia me hacía sonreír y esa felicidad se quedaba conmigo por mucho tiempo.

Me preguntaba si mis padres me estarían observando desde el cielo y si sonreirían al verme tan feliz con otra persona. Suspiré.

Mientras ponía la primera capa de patatas en la bandeja cortada en rodajas, recordé la de veces que me había dicho durante el fin de semana que yo era la mujer de su vida y que sería la madre de sus futuros hijos. Tenía un encanto especial, una labia que me sorprendía y un aire de misterio que me intrigaba, pero lo cierto es que estaba alegrando mis días.

Justo cuando estaba colocando la capa de filetes de ternera sobre la primera capa de patatas, llamaron a la puerta. Me lavé las manos y fui a abrir, pensando que era Lupe. Pero nada más lejos de la realidad.

—Hola —saludé, esbozando una sonrisa algo forzada al ver a un chico que sostenía un hermoso jarrón de cristal lleno de rosas blancas y rojas, adornado con una cuerda de la que salía un corazón blanco de cerámica.

—Es para la señorita Paola Menéndez.

—Soy yo —respondí, apreté los dientes ante su amable sonrisa.

Después de indicarle mi documento de identidad, lo puso en mis manos y se marchó. Entre las rosas que había recibido, encontré un sobre.

Me dirigí a la cocina para dejar el jarrón sobre la encimera y así poder abrir el sobre para leer la nota. Estaba impresionada y sabía que eso no podía venir de otras manos que no fuesen las de Martín.

«*Yo también dejé de creer en el amor. Hasta que llegaste tú y transformaste todas mis emociones. Por muchas flores en nuestras*

vidas. Martín»

Jo, el detalle que había tenido fue inmenso, y me quedé unos segundos absorbiendo su aroma antes de echarle agua al jarrón para ponerlo también en el salón. Me había emocionado muchísimo; además, me causó una sensación muy bonita, haciéndome sentir especial de algún modo.

Me dispuse a seguir con la comida, añadiendo una capa de patatas sobre los filetes, seguida de otra capa de filetes y una última de patatas, que cubrí con una final de tomates en rodaja. En un bol preparé una mezcla de aceite, sal, pimienta, vinagre, vino blanco y una pastilla de caldo de carne, que repartí por encima del pastel antes de meterlo en el horno. Era una receta sencilla, pero deliciosa.

Mientras la casa se aireaba, me dediqué a poner la mesa con esmero, asegurándome de que todo estuviera perfecto.

Había comprado una botella de vino tinto de Rioja para acompañar la comida, así que coloqué las copas sobre la mesa. No es que hubiese comprado un reserva de treinta euros ni nada por el estilo, pero sí que me gasté doce euros asegurándome de que era un vino de calidad. La anticipación me ponía nerviosa, quería que la velada con Martín fuera especial.

Martín me avisó que había terminado antes y que venía de camino. Por suerte, la comida estaba casi lista y podíamos esperar que se terminase de hacer mientras tomábamos un vino.

Al sonar el timbre, abrí la puerta con una gran sonrisa. Él me besó, rodeándome con su brazo por la cintura, y en ese instante, supe que la noche prometía ser mágica.

—¿Para qué traes una botella de vino, si yo he comprado una? —pregunté cogiéndola para llevarla a la cocina.

Justo en ese momento, sonó mi teléfono y fui a mirar de quién se trataba. Era mi abogado.

Martín me pidió que pusiera la llamada en altavoz para poder seguir la conversación y ofrecerme consejo si era necesario. Así lo hice.

Me dejó de piedra al comunicarme que la empresa estaba dispuesta a llegar a un acuerdo: me ofrecían tres mil euros y mi reincorporación, o, si decidía no volver, me pagarían cuarenta mil euros de indemnización. Le dije que lo llamaría más tarde, ya que necesitaba tiempo para pensarlo.

La cuestión era que yo había cobrado el primer mes de desempleo, que no lo pensaba tocar, pues estaba al tanto de que si me readmitían tenía que devolver todo lo que me dieran. Si aceptaba no reincorporarme, podría seguir recibiendo el paro y la indemnización, que era mucho más de lo que había imaginado.

—Voy a servir un par de copas de vino, necesito un trago, estoy en *shock*.

—Relájate, solo es momento de pensar en frío. Yo me encargaré de servirlas. —Carraspeó dándome un beso en los labios—. Por cierto —miró hacia el horno—, huele que alimenta.

—¿Por qué me ofrecen tanto dinero por seis años de trabajo?

—Porque hoy llamé a tu jefe y le recordé que lo tenía cogido por los huevos.

—¿¡Cómo!? —Abrí la boca.

—Puedo hundirlo por otro tema que no tiene nada que ver con el tuyo, y que decidí hacer la vista gorda. A mí me tiene mucho respeto. Así que le comenté que había tocado a alguien muy importante para mí y que podía resolverlo de manera amistosa o no, como él prefiriera, pero que, si era por las buenas, la oferta debía ser lo suficientemente atractiva como para compensar la forma tan denigrante en que te despidió. Me aseguró que tomaría cartas en el asunto rápidamente.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque te amo. —Me dio una copa y me hizo un guiño.

—¿Y ahora qué se supone que debo hacer? —Rebufé nerviosa a la vez que analizaba la situación.

—¿Sinceramente?

—Sí, por favor, necesito tu consejo.

—Claro, pero primero dime, ¿qué opción ves más viable?

—Si acepto el dinero y no me reincorporo, tengo dos años de desempleo que me permitirían buscar un nuevo trabajo sin prisa, lo que significaría tener un buen dinero en mi cuenta. Además, no tendría que regresar a un lugar donde me sentí humillada tras el despido. Pero, por otro lado…

—El otro lado es reincorporarte con tres mil euros para después cobrar un sueldo todos los meses, pudiendo ahora mismo aprovechar el desempleo y no perder esa gran indemnización. Si fuera un trabajo opositado y fijo de por vida, te animaría a reincorporarte, pero por muy encargada que seas, no dejabas de

tener un sueldo y la empresa puede cerrar en cualquier momento, y verte de nuevo en la calle.

»Trabajo no te va a faltar, tienes presencia, carisma y mucha educación. Yo no dudaría en tu lugar, además, no te merecen allí. Y si quieres más tranquilidad, mañana mismo podrías empezar en un mejor trabajo, ya que tengo contactos en varios lugares, pero prefiero que pases el verano conmigo y lo hablemos en septiembre. —Me dio un beso.

—No quiero que hables por mí en ningún sitio, pero te lo agradezco. Sé que puedo encontrar trabajo. No voy a reincorporarme, me hicieron mucho daño. No puedo dejar pasar la oportunidad de recibir ese dinero que tanto necesito, especialmente después de haber vendido mi coche por una miseria.

—Chinchín —levantó su copa y yo hice lo mismo.

—Gracias por haber dado la cara por mí, Martín.

—Eso no te exime de tener que ir al juzgado para comparecer y ratificar el acuerdo.

—Vale.

—Iré contigo ese día. No te preocupes.

—No quiero que hagas más de lo que has hecho, Martín.

—¿Ah, no? ¿Y qué hago entonces con tu hermano? —dijo arqueando una ceja.

—Digo conmigo, él te pagó y más te vale que lo hagas salir por la puerta grande del tribunal, a hombros, como si fuera un torero que ha cortado las dos orejas y el rabo.

—No dudes que así será. Desde esta mañana tengo un as bajo la manga que no solo cerrará cualquier posibilidad de que ella tenga credibilidad, sino que también podría causarle un gran problema —me guiñó un ojo—, pero ahora mismo no puedo revelar nada.

—Yo sí puedo decirte algo. ¿Sabes que también te amo?

—Claro que lo sé —respondió, mirándome con un brillo en los ojos que reflejaba la emoción que había sentido al escuchar esas palabras de mi boca—. Lo sé porque, desde el primer momento en que nuestras miradas se cruzaron, entendí que eras todo lo que necesitaba en mi vida. Lo sé, porque he visto en tus ojos lo mismo que tengo claro que ves en los míos. Lo sé, claro que lo sé; para amar solo hace falta un segundo…

Estaba alucinando con ese movimiento que había hecho Martín por mí. Tenía unos detalles tan bonitos que me estaba empezando a creer de verdad que sí que le importaba más allá de un capricho.

—Este pastel es toda una delicia —dijo casi gimiendo cuando lo probó—. No me esperaba esta fusión de sabores.

—El secreto está en la salsa —le expliqué los ingredientes que llevaba.

—¿Y qué tienes pensado hacerme mañana?

—Lo que tú quieras, te lo has ganado. —Se me escapó una risilla.

—Sorpréndeme de nuevo.

—Sabiendo que ya puedo usar el dinero del desempleo, no escatimaré en gastos. —Reí—. Obviamente, no despilfarraré como

hacéis vosotros, pero un buen plato tendrás.

—Tampoco hemos despilfarrado tanto. Te traumatizó la comida en el club.

—Un dineral os costó la broma del día, entre los nidos de langostino, la paella de bogavante, los vinos, cervezas… A mí me dolió, y eso que no tenía que pagar. Con esa cuenta, como yo todo el mes a cuerpo de rey.

—No soy tan derrochador como piensas —me dijo, apuntándome con el tenedor y riendo despreocupadamente—. Por cierto, los chicos preguntaron antes en el grupo que si habíamos pensado opciones para el fin de semana. Supongo que ahora ya no estarás tan limitada con la buena noticia.

—Cuando tenga el dinero en la mano, me arriesgaré a pensarlo, mientras tanto sigo opinando que un campin es la opción más viable. —Aguanté la risilla.

—No, no, que te dejo sin acuerdo. Ve pensando en lo que te gustaría hacer.

—Para mí sería un crimen tomar un avión solo para un fin de semana.

—Siempre podemos irnos el jueves; parece que Helen no tiene problema en tomarse el día, como comentó en mi casa. Igor y yo no tenemos juicios el viernes, así que… —Se encogió de hombros.

—Yo prefiero visitar alguna ciudad bonita sin necesidad de volar, pero lo dejo a vuestra elección.

—¿Es un sí?

—Claro —sonreí—, pero con la condición de que, si decidimos volar, sea con una compañía de bajo costo —le advertí, con la risilla suelta.

—¿De veras crees que vamos a dejar que vosotras paguéis algo?

—Ah, no, así no voy a ir. Tenlo claro.

—Ya lo veremos…

Capítulo 13



Paola

La semana había transcurrido rápidamente y ya estábamos en jueves.

Me levanté bien temprano, Me desperté muy temprano, emocionada por el fin de semana que nos esperaba en un destino desconocido, ya que los chicos habían organizado todo y mantenido el secreto con un celo digno de un asunto de estado.

Solo nos dieron algunas indicaciones básicas: meter en la maleta bañadores y ropa adecuada para el día y la noche. Eso fue todo, sin más detalles.

Helen, tenía una corazonada y estaba convencida de que nos llevarían a París, mientras que yo, sin tener idea de lo que planeaban, también sospechaba que no nos quedaríamos en España.

El caso es que eran las cinco y media de la mañana y yo ya estaba duchada, con el café en la mano y esperando que en un ratito apareciesen a por mí.

Recordaba estos días en los que Martín había estado viniendo a comer y yo había logrado sorprenderlo con mis platos cada día. Pasaba las tardes conmigo y, por la noche, pedía comida para que nos la trajeran a mi casa, quedándose hasta después de cenar. Ni que decir tiene que la fogosidad estuvo presente cada día. Estábamos viviendo algo muy bonito e intenso.

Helen me avisó de que ya estaban llegando a mi calle. Cuando salí, ya estaban los tres ahí y Martín se había bajado del coche para saludarme y meter mi equipaje en el maletero.

Martín se puso al volante, y yo ocupé el asiento del copiloto por insistencia de Igor. Mientras tanto, Helen me pinchaba para que les sonsacara a dónde nos dirigíamos. La sorpresa llegó un rato después, cuando tomaron un desvío por una carretera que claramente no conducía al aeropuerto.

—¿Qué haces cogiendo por la ruta de la plata? —pregunté incrédula.

—Verás que nos llevan a Cáceres, Salamanca o algo por el estilo. —Rebufó Helen, mientras ellos se reían, sin querer dar más detalles.

—A mí, la verdad, me resulta un alivio no tener que coger un avión —dije, soltando una risita.

Tres horas después, paramos para desayunar en una venta de carretera, donde aparcamos justo frente a la terraza y nos acomodamos en una mesa.

Nos pedimos unas rebanadas de pan de campo con paté. Los cuatro coincidimos en la elección, aunque fue Helen la primera en pedirlo, lo que nos animó a los demás a hacer lo mismo.

Durante el desayuno, Helen le ofreció la posibilidad a Igor de un estriptis a cambio de que revelara nuestro destino, pero ni eso dio resultado.

Continuamos el viaje, y a medida que avanzábamos, nuestras ideas se iban agotando. A las dos de la tarde, seguíamos en ruta cuando paramos de nuevo, esta vez para comer.

—A Galicia, te digo yo que vamos a Galicia —dije mirando el mapa de la ruta que llevábamos, y es que íbamos flechados hacia allí.

—¡Hostias, es verdad! —dijo Helen, con la boca abierta, mientras los chicos intercambiaban miradas cómplices, conteniendo una sonrisa y sin decir nada.

A las cinco de la tarde, estábamos aparcando en el parquin de un precioso alojamiento con mucho encanto en Santiago de Compostela, cosa que me tenía de lo más emocionada porque era un lugar que siempre soñé con conocer algún día. Me llamaba muchísimo la atención por infinidad de razones.

El botones nos acompañó hasta nuestras habitaciones, que estaban contiguas. Eran muy bonitas y acogedoras, y contaba con una pequeña terraza con una mesa y cuatro sillones, desde donde se podían disfrutar unas maravillosas vistas al centro de la ciudad.

—¡Me encanta! —exclamé muy emocionada.

—Entonces, ¿me doy por satisfecho? —Me abrazó desde atrás.

—Por supuesto, claro que sí —respondí, girándome para tomar su cara con mis manos y llenarlo de besos.

En ese momento, nos interrumpió una videollamada de Alma, su hija. Siempre solía llamarlo por las tardes y a mí me encantaba escuchar sus conversaciones, percibiendo ese infinito amor que había entre ellos.

Él siempre decía que el gran amor de su vida era yo, pero su amor más grande, el que siempre estaba por encima de todo, era su hija. ¿Había algo más bonito en la boca de un hombre que poner por delante a su princesa? Para mí, eso era lo más bonito del mundo.

Giró el móvil para que pudiera saludarla, y ella me recibió con una sonrisa que me hizo babear por completo. Me preguntó si nos veríamos otro día, y le aseguré que, siempre que quisiera, estaría encantada de hacerlo.

—Me encanta la educación que le estáis dando.

—Gracias. —Me acarició la mejilla—. A nuestros hijos también se la daremos.

—¡Martín! —Me eché a reír.

—Nada, que sigues sin creerme. —Volteó los ojos.

Deshicimos las maletas, que aunque eran pequeñas, habíamos logrado comprimir bastante bien. No pude evitar reírme al ver los bikinis, pensando en lo poco que los iba a usar; es cierto que el hotel tenía piscina, pero ¿quién se atrevería a meterse en el agua en junio en Galicia? Menos mal que había echado una chaquetita y una rebeca fina por si acaso.

Helen asomó la cabeza por su terraza y nos avisó de que nos daban una hora para ducharnos y estar listos, ya que íbamos a salir a disfrutar de unos vinos y una cena en el centro de la ciudad.

—En una hora me como hasta el postre —me susurró al oído, y sentí cómo se me erizaba la piel de golpe.

—Esos que empezaron con piquitos y terminaron por devorarme —murmuré.

—¿Y no es más excitante?

—Muchísimo más…

No había adicción más grande que dejarme llevar por él, porque si algo me estaba demostrando que cuando la atracción era infinita, todos los puntos se convertían en G.

Escuchar su respiración agitada mientras sus manos me llevaban a otra dimensión hacía que mi deseo aumentara, anhelando tenerlo dentro de mí. Ese momento que tanto me fascinaba.

Martín tenía la habilidad de volverme dulce como un pastel, divertida como un parque de atracciones o pervertida como no recuerdo haber sido antes.

Me encantaba cuando estaba sobre mí, mirándome con esos ojos profundos que me recordaban que así era como necesitaba estar, ya que a veces su presencia me parecía demasiado lejana. Con él, esa conexión se volvía una necesidad que antes no percibía.

—Te amo —me dijo mientras posaba un beso en mi nariz y me regalaba una sonrisa radiante.

—Yo también te amo y no me da miedo decirlo. Tienes razón, el amor puede ser cosa de un segundo.

Su sonrisa fue la mejor respuesta que me pudo regalar. A veces, las palabras pueden ser engañosas, pero las miradas y los gestos siempre dicen la verdad.

Nos metimos bajo la ducha, donde me dejaba enjabonar con esa sensualidad que Martín lo hacía. Y volviendo a ese segundo del que hablábamos refiriéndonos al amor, ese es el que también te cambia la vida.

Salimos envueltos en toallas, él con la suya alrededor de las caderas y yo con una también en la cabeza. Martín abrió una botella de vino blanco que había en la nevera pequeña y sirvió dos copas, ya que teníamos tiempo para disfrutarlo en la terraza; solo nos faltaba vestirnos y teníamos media hora por delante.

Comenzó a contarme que había hecho el Camino de Santiago cuatro veces desde diferentes rutas y puntos de partida. Amaba esta ciudad, y lo mismo le pasaba a Igor. Al final, me confesó que habían planeado venir este fin de semana desde hacía tiempo, y por eso empezaron a bromear para arrastrarnos con ellos hasta aquí.

Para mí era muy bonito que nos hubiesen incluido en sus planes; eso decía mucho de ellos. Otros, en su lugar, hubieran venido como tenían planeado, sin necesidad de dar explicaciones, pero aquí estábamos los cuatro, listos para disfrutar de un fin de semana un tanto especial.

Me decanté por un vestido largo de licra con tirantes en color negro, era comodísimo. Arriba lo complementé con una chaqueta vaquera, ya que hacía un pelín de fresquito y por debajo con unas deportivas blancas. Martín, al verme, no pudo evitar decirme que estaba preciosa y que le encantaba mi estilo tan casual y urbano.

Él, por su parte, se veía tan atractivo como siempre, luciendo unos vaqueros con deportivas blancas que combinaban perfectamente con

su camisa del mismo color, la cual llevaba remangada hasta los codos. Tenía mucha clase y todo le quedaba como una percha.

Mientras terminaba mi copa, recibí una llamada de mi hermano, y su felicidad era palpable en su voz; no se podía imaginar la paz que en mí dejaba verlo así.

Al salir del hotel y adentrarnos en el casco antiguo de la ciudad, nos encontramos con un ambiente de lo más animado, lleno de restaurantes, tiendas de *souvenirs* y turistas que, al igual que nosotros, disfrutaban del lugar.

Martín me llevaba de la mano o por el hombro, pero siempre pendiente a mí, con todo ese cariño que desprendía y del que yo me envolvía en este dulce momento que estaba atravesando.

Con un poco de suerte, conseguimos una mesa en una terraza que nos llamó la atención por los deliciosos platos que veíamos en las otras mesas; digo con suerte porque acababa de quedarse vacía una y no había cola, hasta que nos sentamos nosotros y comenzaron a llegar más personas a las que les iba a tocar esperar un buen rato.

Pedimos un vino blanco de la tierra y varios platos, como pulpo a la gallega, mejillones al vapor, mariscos… preparándonos para disfrutar de un festín memorable para la cena.

Estábamos de lo más a gusto después de un viaje que nos había llevado varias horas. Debo de reconocer que el lugar tenía algo que me llenaba de energía y me sentía de lo más cómoda y relajada. Aunque el cansancio se reflejaba en nuestros rostros, la verdad es que estábamos disfrutando cada instante de esa experiencia.

Martín, tan atento y cariñoso conmigo, me hacía sentir como si hubiésemos compartido toda una vida juntos. Su forma de ser era un bálsamo para mi alma, y no podía desear más en ese instante.

¿Quién se podía esperar que después de la tormenta apareciese un ángel en forma de bombón para endulzarme la vida?

Capítulo 14



Paola

Había dormido increíblemente bien y es que, aunque no quisiera, el camino hasta Galicia nos dejó el cuerpo de lo más agotado. Disfrutamos de una cena que se alargó durante un par de horas antes de decidir regresar al hotel, ya que el día siguiente prometía ser igual de intenso.

Recibía este amanecer entre besos y miradas de complicidad que se forjaban entre nosotros. En esos momentos, me preguntaba si esta felicidad era un regalo de la vida para compensar el dolor que había experimentado. Sin importar la razón, me sentía profundamente agradecida.

—Voy a pedir un par de cafés, ¿te parece bien? —Mordisqueó mi labio antes de coger el teléfono de la mesita de noche para llamar a recepción.

—Me parece una gran idea, al menos así podré volver a ser persona. Si puede ser doble, mejor —respondí entre risas.

— Por supuesto, y si quieres, ¡triple! Solo tienes que pedirlo —me guiñó un ojo.

—Si yo pudiera pedir… —murmuré, pero en ese momento le cogieron la llamada y no me escuchó.

Me levanté y me dirigí al baño antes de salir a la terraza a disfrutar del café. El día amanecía precioso, con un brillo en el cielo de los que te hacían predecir que el tiempo iba a ser de lo más soleado, cosa que en esta parte del país era de agradecer.

—He tenido que volver a llamar porque ya vienen Igor y Helen, así que pedí dos cafés más.

—Ah, bien —dije mientras me abrochaba el vaquero, que era pitillo y elástico. Lo había combinado con una camiseta blanca básica y las mismas deportivas blancas que usé por la noche.

—Me gusta tu peinado —comentó. Tenía el pelo suelto, pero con el lado izquierdo recogido hacia atrás con una horquilla.

En ese momento, llamaron a la puerta y era el servicio de habitaciones junto con los chicos. Nos dejaron los cafés en la terraza y se marchó.

—¿Y a ti qué te ha pasado? — pregunté al notar un pequeño chichón en su frente y un leve moretón en el pómulo, que había intentado disimular con maquillaje.

—Me comí el marco de la puerta cuando regresamos de la cena. — Se echó a reír, y es que había tomado un par de copas de vino y estaba bastante graciosilla.

—En vez de elegir comerse otra cosa —murmuró Igor, causándome una carcajada mientras él ponía cara de circunstancias y se encogía de hombros.

—Para haberte abierto la cara —suspiré.

—Mira quién fue a hablar, la que por poco se rompe una paleta y terminó escupiendo sangre a borbotones.

—Eso fue hace mucho tiempo, solo me caí de boca.

—¿Y qué pasa, que yo no me puedo comer el marco?

—Claro que sí, esta noche te lo comes otra vez —dije mientras volteaba los ojos y encendía un cigarrillo.

—A ver cuándo me toca a mí —murmuró Igor, que cada vez que hablaba tenía la habilidad de sacarme una carcajada.

—Tendrás tú quejas, chaval.

—Verás que al final se pelean por quién se lo hace mejor al otro —dijo Martín, mirándome con una sonrisa traviesa.

—Lo veo, lo veo. Por cierto, ¿dónde vamos a desayunar?

—¿Qué pasa que con el café no tienes bastante? —me preguntó Igor, buscándome claramente la lengua.

—No, no tengo bastante y antes de comerme el marco, prefiero disfrutar de una buena tostada de pan.

—Apoyo tu propuesta —dijo Martín, mientras Igor y Helen esbozaban una risilla.

—Y si no la apoyáis, es vuestro problema, porque o me lleváis a desayunar o me voy sola.

—Cómo se nota que también va a coger un buen dinero —dijo Helen—. Quién la ha visto y quién la ve.

—Normal que te hayas comido el marco. —Volteé los ojos.

—El desayuno está incluido con la habitación —comentó Martín, aguantando la risilla.

Nos dirigimos a los jardines del hotel, que eran preciosos; no muy grandes, pero estaba todo muy organizado y no faltaba detalle. La piscina tenía un aire elegante y rústico, rodeada de hamacas. Al fondo, el restaurante contaba con una terraza en el jardín que era una cucada. No era un hotel grande, lo que contribuía a una atmósfera de paz y relajación que resultaba embriagadora.

Una camarera muy simpática nos atendió con un acento de la tierra que me encantaba escuchar. Le pedimos una cesta de tostadas, cafés, zumos y algo de bollería. No era un bufé, pero había de todo incluido con el alojamiento.

—Hoy y mañana voy a comprar productos de la tierra para llevarme a casa —murmuré.

—Sí, yo también tengo ganas de comprar varias cosas que vi en las tiendas que visitamos ayer —respondió Helen.

—Verás lo caras que nos salen.

—Igor, hijo, que lo que me compre me lo pago yo. —Volteé los ojos.

—Mi chica es independiente.

—¿Yo? —replicó Helen con una sonrisa—. Si quieres, puedes pagarme todo y no me quejaré.

—Qué morro tienes —suspiré, divertida.

—Vamos, hija, déjate llevar. Además, tenemos que recuperar en especias el dinero que le han cobrado a tu hermano.

—Ah, no, por ahí no, ya le devolvimos esa cantidad esta semana —intervino Igor, mientras miraba a Martín, que se encogía de hombros.

—Martín, ¿es cierto lo que está diciendo?

—Y que lo niegue, que ahora mismo te muestro, para que lo veas con tus propios ojos, la transferencia donde pone devolución del procedimiento —dijo Igor.

—Martín… —Esperaba su confirmación.

—¿De veras crees que le puedo cobrar a mi cuñado por un proceso?

—A tomar por culo todo, estos se merecen todos nuestros honores —dijo Helen riendo—. Y qué calladito se lo ha tenido tu hermano, ¿eh? —La carcajada de ella fue más grande.

—Hoy invito a comer yo —solté suspirando—. Gracias, chicos. No tengo palabras para expresar lo que siento.

—Te recuerdo que el fin de semana corre por nuestra cuenta —dijo Igor, dándole una palmada a Martín en el hombro, que por poco lo tira de boca contra la mesa y eso que estaba sentado.

—He dicho que invito a comer y punto en boca.

—Me acabas de poner cachondo —me susurró Martín al oído, pero su comentario fue lo suficientemente alto como para que todos se rieran.

—Lo estoy diciendo en serio, incluso voy a pagar la cena. Si queréis, con una botella de vino de cien euros. —Me reí.

—Deja que todo fluya.

—No, Helen. Esta vez voy a ser yo quien pague —sentencié en un tono de no querer escuchar nada más.

Al salir a la calle, los chicos iban delante y nosotras dos caminábamos detrás, charlando animadamente.

—Te voy a contar algo, pero no te rías ni hables en voz alta para que no nos escuchen.

—De acuerdo —contesté.

—Ayer me comí el marco… pero fue mientras follábamos —contó, riéndose—. Se puso tan excitado e incontrolable, que yo estaba de pie, con las piernas alrededor de su cadera y la cabeza apoyada en su hombro. Hizo un movimiento tan brusco que terminé dándome contra el marco de la puerta del baño.

—Por Dios, para haberte matado.

—Pues en qué problemón se iba a meter el pobre. A ver cómo lo explicaba —decía a carcajadas y poniéndose la mano en su boca para que no nos escucharan—. Y el otro día, en mi casa, salí disparada del sofá, te lo juro. —Se reía a más no poder, y yo la

miraba, flipando, con la sonrisa suelta e incrédula ante lo que estaba escuchando.

—Me vas a empezar a preocupar. A ver si le vas a tener que dar un Trankimazin antes de que tengáis sexo.

—Es un fuera de serie, te lo juro.

—Oír para no creer. —Volteé los ojos y suspiré.

—¿Qué? Los incidentes les pasan a los valientes.

—Pues yo prefiero no comerme un marco, qué quieres que te diga.

—Mujer de poca aventura.

—¿Qué sabrás tú de los niveles que podemos alcanzar y sin necesidad de golpearme?

—Bah, ahora me vas a decir que…

—Nada, no te voy a decir nada —la corté con una carcajada, ya que estaban los chicos parados en un escaparate y estábamos acercándonos a ellos.

Entramos en una tienda que tenía unos patés en tarros de cristal con una pinta increíble, además de latas de conserva con mejillones y otros productos tentadores, como queso de tetilla y membrillo. Dado que el lugar no cerraba durante el día, decidimos hacer una buena compra y nos ofrecieron guardar las bolsas para cuando regresáramos. Por supuesto, los chicos se encargaron de la cuenta.

En la tienda de licores, repetimos la jugada, eligiendo una selección de vinos y licores que recogeríamos más tarde, después de

comer, en nuestro camino de vuelta al hotel.

A la hora de comer, nos sentamos en una terraza y, al recordar que yo era la que pagaba, comenzaron a bromear sobre buscar la botella de vino más barata y los platos más económicos. Aunque me molestaba un poco, no podía evitar reírme de sus ocurrencias.

—¿Sabéis qué os digo? Que lo paguéis vosotros también. Hala, comer tranquilos y pedir bogavantes y botellas de vino de cien euros y todas esas cosas.

—¡Bravo! —Comenzaron a aplaudir los tres y el camarero, al verlos mientras se acercaba, sonrió.

Probamos unas croquetas de mejillones que, ¡madre mía, cómo estaban de ricas! Nunca había imaginado que un plato así pudiera tener un sabor tan perfecto.

Martín no paraba de ofrecerme un poco de todo, y su insistencia me hacía reír tanto que no podía reprenderlo. Al final, terminé comiendo todo lo que me daba, ¡incluso de beber!

—Entonces que me quede claro, ¿cuánto nos debéis de las compras que tenemos que recoger? —preguntó Igor.

Helen le dio una colleja que lo dejó echándose la cremallera ficticia a los labios. De esta no decía nada más. Martín se reía a carcajadas.

—Mira que la chiquilla quería invitar a comer y no la habéis dejado y ahora vas tú, y la picas con la cuenta de las compras. ¡No haber pagado! —le recriminó ella en tono juguetón, obviamente.

De postre, decidimos probar unos flanes caseros que resultaron ser una delicia, a pesar de que no era muy aficionada a ellos. Sin

embargo, debo admitir que su textura y sabor eran deliciosos.

Después de disfrutar de la comida, me levanté diciendo que iba al baño, ya que llevaba la tarjeta en el bolsillo de mi pantalón. Al buscar al camarero para que me trajera la cuenta, me llevé una sorpresa al descubrir que Igor ya la había pagado. ¿Cómo era posible? Resoplé y salí de lo más enfadada.

—¿Por qué has pagado? —le recriminé.

—Porque mi socio me amenazó, diciendo que si tú la pagabas, yo se las pagaba a él.

—Martín, ¿por qué has hecho eso?

—¿De verdad le crees a él sin antes preguntarme a mí y escuchar mi versión sobre los hechos acontecidos en la ciudad de Santiago de Compostela?

—¡Qué te calles! — exclamé, dejando escapar mi frustración—. ¿Vas a venir a mí con argumentos legales? ¿Crees que me chupo el dedo?

—Otra que debería chupar otra cosa — dijo Igor, provocando que Helen le diera otra colleja, lo que me hizo reír a pesar de la situación.

Después de eso, paseamos por la plaza del Obradoiro, donde los peregrinos llegaban llenos de alegría, bailando al llegar al final de su camino. Era emocionante ver cómo se mezclaban con los turistas, todos disfrutando de un lugar tan lleno de energía y fama.

Más tarde, regresamos al hotel alrededor de las cinco de la tarde, después de recoger todas nuestras compras y llevarlas directamente

al maletero del coche que habíamos dejado en el parquin del hotel.

Capítulo 15



Paola

Me desperté de la siesta, completamente desnuda, tras haber compartido uno de esos encuentros tan intensos entre nosotros.

—¿A dónde vas? —me preguntó él, con una sonrisa traviesa.

—A la ducha, que vamos a salir a cenar y a tomar algo. Palabras tuyas — respondí riendo mientras lo miraba.

—Pero aún tenemos tiempo para otro rapidito —insistió, tirando de mi mano.

—¿Bajo el agua?

—Lo acepto —dijo, levantándose de un salto para unirse a mí en la ducha.

Cuando sus manos se posaron en mis caderas y me atrajo hacia él sin dejar de mirarme de forma penetrante, sentí cómo se me erizaba la piel, como si fuera a desprenderse de mi cuerpo.

Su beso, profundo y lleno de pasión, hizo que nuestros labios se unieran en una danza que intensificaba la excitación que ya nos

envolvía. La intimidad de esos momentos, alimentada por los sentimientos que iban colisionando entre los dos, uniéndonos mucho más como personas.

El baño estaba iluminado por la luz de una vela, creando un ambiente perfecto. El deseo iba en aumento, pero sin prisas; a Martín le encantaba mantenerme en ese hilo de anhelo, buscando el clímax.

Entre el agua caliente y el calor de nuestros cuerpos, la tensión flotaba en el aire, creando una atmósfera sensual que nos envolvía.

Notaba el latido acelerado de su corazón, al igual que estaba el mío. Cada movimiento era un cúmulo de placer que se iba desbordando por completo.

Él acariciaba cada curva de mi piel desnuda, mientras yo deslizaba mis manos por su cuerpo, embriagándome con la suavidad de su piel.

La tensión era casi tangible, envuelta en una sensualidad desmedida que nos llevaba a un estado de conexión que desafiaba la lógica, pero que era intensamente real para nuestros sentidos.

Dejaba un rastro de besos cálidos a lo largo de mi cuello, intensificando un placer que ya parecía inalcanzable, pero él siempre encontraba la manera de llevarme al límite, haciendo que me moviese al compás de sus manos.

Me sentía completamente vulnerable ante sus caricias, entregándome a un deleite que me hizo sentir como si tocara el cielo con ambas manos…

Martín, el hombre que no solo hacía temblar mis piernas, sino que sacudía todo mi ser.

Justo cuando terminamos de vestirnos, Helen e Igor llamaron a la puerta; la ducha nos llevó a perdernos en el tiempo, por lo que salimos del hotel con cierta prisa.

Al regresar al centro, la vida nocturna cobraba vida, aunque a decir verdad, durante el día había más transeúntes, pero la atmósfera de la noche se sentía especial y diferente.

Nos detuvimos en una pequeña terraza donde había dos mesas altas disponibles, perfectas para disfrutar de un buen vino de pie.

Martín recibió una llamada de su exmujer y se alejó un poco para hablar. Al principio, pensé que era lo más adecuado para que no se nos escuchara de fondo hablando y molestarlo, pero al observarlo de lejos, noté que no parecía del todo cómodo con la conversación. Me preocupaba que hubiera pasado algo, ya que ellos se llevaban bien, pero me daba a mí que contento no estaba. Además, vi a Igor intentando disimular su inquietud mientras nos acompañaba, pero lo miraba de reojo, como si supiera algo que nosotras no.

Cuando Martín regresó, su sonrisa era más forzada de lo habitual, y ya comenzaba a conocerlo lo suficiente como para darme cuenta de que algo no estaba bien.

—¿Todo bien? —le pregunté preocupada.

—Sí, era la mamá de Alma que me preguntaba por un caso que le estoy llevando a su primo y está muy nervioso. Tranquila. —Acarició mi cara.

—Vale. —Sonreí.

Aunque su tono no me sonaba del todo convincente, no podía dudar de su sinceridad; no tenía motivos para engañarme, podría haberme dado una respuesta simple y listo.

Helen estaba de lo más graciosa, y no dejaba de decir que los gallegos la ponían. La cara de Igor era un poema mientras la miraba por el rabillo del ojo, y ella, se hacía la sueca. Hacían muy buena pareja.

—¿Qué piensas? —me preguntó Martín en tono bajo.

—Nada, estoy perfecta, muy relajada. —Sonreí.

—Que no te vea yo triste. —Me pellizcó mi mejilla.

—¿Triste estando de minivacaciones en Galicia? Eso es imposible. ¿Pedimos una de ración de mejillones picantes? Todo el mundo los está pidiendo.

—Ahora mismo. —Me dio un beso en la mejilla y entró a pedir una ración.

No es que fuésemos a cenar aquí de pie, pero un picoteo con la copa de vino siempre es bienvenido, y no quería perderme la oportunidad de probar esas raciones que veía que todos disfrutaban. Martín regresó con una bandeja en la mano.

—¡Vivan los camareros con arte! —exclamó Helen.

—¿Para qué iba a esperar a que nos lo trajesen? —Dejó la bandeja sobre la mesa—. No veas si están sirviendo raciones, por lo visto es uno de los sitios más famosos de Santiago para comerlos.

—Por eso me parecía raro que todos pidieran lo mismo.

—Si es que eres muy inteligente, mi niña.

—Helen, por Dios, no me hables como si tuviera cinco años —protesté.

—¿Y quién te va a hablar a ti con más cariño que yo?

—Yo, por supuesto —respondió Martín, levantando el dedo.

—Todos menos yo. Te voy a tener que empezar a coger cariño.

—Igor, no hace falta —repliqué, poniendo los ojos en blanco.

—Eres mala conmigo.

—Tú es que eres demasiado santo, hijo.

—Martín, creo que necesitamos un poco de emoción en nuestras vidas —le dijo Helen.

—Yo no me meto en peleas ni siquiera conmigo mismo, así que menos con una mujer. ¡Dios me libre! —dijo, juntando las manos en un gesto de súplica.

—Ah, claro, ahora te has convertido en un santo que ha descendido del cielo. ¡Qué cosas hay que escuchar!

—Qué poquito que me quieres para lo mucho que te amo. —Cogió mi barbilla con su mano y tiró de ella para darme un beso.

—Qué bonito es el amor.

—Pero el nuestro es aún más bonito —respondió Igor a Helen, provocando que todos estalláramos en carcajadas.

—Encima, celoso —le respondí, sin poder parar de reír.

—O te callas o pagas la cena.

—La pago, la pago, pero ten los huevos de cumplir tu palabra y dejarme que lo haga.

—Se los corto —intervino Martín, aguantando la risilla.

—Yo paso de todos vosotros.

Cogí un mejillón y, en cuanto lo probé, el picante se hizo notar de inmediato. El problema —si es que se puede llamar así— era que estaban demasiado ricos y por mucho que ardiera la boca, no podía parar de comerlos. Incluso acabé mojando pan en la salsa.

Terminamos pidiendo otra ración igual y una al vapor para equilibrar un poco, pero es que estaban irresistibles. La gracia era que el cuerpo pedía líquido y las copas de vino se vaciaban con gusto.

Helen tenía un puntazo en el cuerpo que era monumental. El colmo vino cuando fue al baño y vino diciendo que si reclamabas algo, te «follaban».

—¿Eres boba? —le pregunté riendo.

—Dentro dice «folla de reclamación».

—«Folla» significa «hoja» en gallego —le aclaró Martín mientras llorábamos de la risa.

—Pues a mí me miró el camarero, y como leí eso, le dije que todo estaba perfecto, mejor imposible. No me la quise jugar. —Frunció sus labios.

No nos movimos del lugar, pero nos comimos cuatro raciones de mejillones y dos de croquetas, acompañadas de varias copas de vino, lo que no solo nos dejó satisfechos, sino que disfrutamos como si hubiésemos encontrado el lugar perfecto.

Pasamos una velada maravillosa antes de regresar al hotel, ya que al día siguiente planeábamos perdernos por la ciudad desde bien temprano.

Era nuestro último día y quisimos aprovechar para comprar más productos de la tierra, incluyendo unas deliciosas tartas de Santiago, tan típicas de la zona.

Para mi hermano, no solo elegí una buena botella de vino, sino que también le llevé la tarta y más productos. Por supuesto que no me olvidé de él en ningún momento, y me hacía mucha ilusión sorprenderlo con esos detalles, para que pudiera disfrutar un poquito de este rincón al que no había venido.

Almorzamos en un restaurante a las afuera de la ciudad, al que llegamos en el coche. Era un precioso edificio de piedra situado en una pequeña aldea, con mesas de madera y bancos a ambos lados, donde pudimos degustar una exquisita carne que servían en una enorme bandeja, acompañada de patatas y pimientos fritos.

Todo era perfecto, pero la tristeza me invadía al darme cuenta de que el tiempo se nos escapaba y que al día siguiente tendríamos que regresar a casa. Si hubiera sido por mí, me quedaría unos días más, pero era evidente que los chicos tenían juicios, Helen una agenda

repleta de citas, y yo debía ratificar un acuerdo en el juzgado en pocos días.

—Cómo va a doler irse de aquí —murmuré sin querer decirlo en voz alta.

— No te preocupes, ya planearemos otra escapada. El verano está a la vuelta de la esquina y hay que disfrutarlo —respondió Helen.

—Eso lo solucionamos con escapadas de fin de semana, y si nos animamos, hasta podríamos darnos unas vacaciones como Dios manda.

—¿Qué son unas vacaciones «como Dios manda»? —le pregunté a Igor— Para mí, una semana en cualquier parte del país ya son unas buenas vacaciones.

—Este habla en otro idioma, te lo garantizo —dijo Helen, haciéndonos reír.

—No sé, Bali, Tailandia, el Caribe, un yate… —Se fue viniendo arriba mientras yo me reía a carcajadas.

—Con las maravillosas playas que tenemos aquí —murmuré.

—Esa es la típica respuesta de alguien que ha viajado poco o que no ha ido a playas que son inaccesibles para muchos.

—Igor, hijo, el club en el que estuvimos hace unos días no tiene nada que envidiarles a esos sitios.

—Ingenua —me dijo con risilla incluida.

—Puedes pensar lo que quieras, pero yo estoy a favor del turismo nacional. Para mí, esta escapada ha sido casi perfecta.

—¿Y qué le ha faltado para serlo del todo? —me preguntó Martín con esa sonrisilla pícara.

—Más días —respondí encogiéndome de hombros.

—Llama al juez, que anulamos los juicios —bromeó Martín dirigiéndose a Igor.

—Ahora mismo —dijo mientras sacaba su móvil—. Llamando al juez para que nos mande al carajo. —Fingió tener una conversación, y nos reímos tanto con su monólogo que fue brutal.

Pasamos un día increíble, lleno de risas y buenos momentos, y después de disfrutar de una deliciosa cena, decidimos que era hora de ir a descansar, pues queríamos salir por temprano al día siguiente.

Así que, mientras nos despedíamos en el pasillo, acordamos encontrarnos a las siete para desayunar juntos. La idea era salir lo más pronto posible, ya que nos esperaba un largo viaje de regreso.

En mi corazón quedará siempre este fin de semana que considero casi perfecto, no solo porque conocí una ciudad que siempre había deseado visitar, sino porque esta experiencia nos unió aún más de lo que ya estábamos.

Capítulo 16



Paola

Cuatro días habían pasado desde nuestro regreso de Galicia y cada uno de ellos los pasé junto a Martín, quien no dejó de visitarme ni uno solo y se quedaba conmigo hasta la noche.

Ese día debía ratificar el acuerdo y recibir el pago antes de firmarlo. Martín venía en camino a recogerme, ya que quería acompañarme y había estado en contacto en todo momento con mi abogado.

Cuando abrí la puerta, esperaba encontrarlo a él, pero me equivoqué. Era un repartidor de la floristería que traía varios ramos de flores. Obviamente, eran de Martín, que sabía de mi debilidad por tener flores frescas distribuidas por todo el piso.

Las saqué de los envoltorios y las fui colocando en los jarrones, que ya tenían el agua recién puesta. Eran una monería, especialmente las cañas de bambú.

Martín no dejaba de tener detalles conmigo, a la vez que me repetía en infinidad de ocasiones que yo era la mujer de su vida. Mientras pensaba en él, sonó el timbre de la puerta, y esta vez esperaba no equivocarme.

—Buenos días, princesa.

—Buenos días, Martín. ¿Desde cuándo me convertí en princesa? —Carraspeé aguantando la risilla.

—Desde que me convertí en el príncipe de tus sueños —murmuró él, besándome mientras me apretaba contra él.

—Eres todo un personaje, pero me encantas. —Reía—. ¿Te apetece un café?

—Sí, tenemos tiempo de sobra. ¿Estás nerviosa?

—Un poco, ¿para qué vamos a mentirnos?

—No te preocupes, todo está acordado y no pasará nada malo.

—Vale, pero eso no elimina mis nervios —dije mientras encendía la cafetera para que se calentara.

—¿No te da un poco de tranquilidad saber que estoy aquí para protegerte?

—Sí. —Sonreí mirándolo y le acaricié el hombro—. Estás acostumbrado a estas cosas, y yo no.

—¿Y dónde me vas a invitar para celebrarlo?

—A donde tú quieras, pero más te vale dejarme pagar. Ya me estoy cansando del cuento de *«yo invito primero»* y que nunca me dejes hacerlo a mí.

—¿Cansadita, mi niña? Voy a tener que comprarte un buen colchón.

—No eres más bobo porque no te entrenas. —Volteé los ojos y le di su café—. Por cierto, estás guapísimo.

—No más que tú. —Me dio un beso.

—Te conozco y no quiero que te arrugues ni un poquito, así que no me provoques, porque la respuesta ahora es no.

—¿Me vas a dejar con las ganas?

—A esa pregunta le doy un sí.

—Luego me las vas a pagar todas juntas, ¿lo sabías?

—Encantada, lo haré.

Después de tomarnos el café, nos dirigimos a los juzgados en su coche, que tenía aparcado en la misma calle. Al llegar, ya nos estaba esperando mi abogado, junto con el representante de la empresa y su abogado.

Todo fue bastante rápido; me transfirió el importe de la indemnización por despido y entramos a ratificar. La verdad es que había pasado demasiados nervios para lo rápido que había sido todo.

Con mi abogado ya lo tenía todo liquidado desde el principio, así que solo me quedó darle las gracias y despedirme de él.

Martín llamó a Tamara para preguntar si podía pasar a recoger a la niña y llevarla a comer con nosotros, y ella no puso ninguna objeción.

El día anterior, él me confesó que la conversación que tuvo con ella en Galicia fue porque le había dicho que el viernes se iría con la niña, ya que comenzaban las vacaciones escolares. Esta noticia lo tomó por sorpresa y le causó malestar, pues se suponía que el primer mes le correspondía a él, pero como siempre, terminó cediendo para evitar un conflicto que pudiera afectar a su hija Alma.

Comencé a sospechar que la relación entre ellos era bastante buena, porque él cedía en todo con tal de no ocasionar un conflicto que perjudicase a la pequeña.

Hicimos tiempo en un centro comercial hasta que llegó el momento de recoger a la niña, quien salió corriendo del colegio hacia los brazos de su padre.

—¡Papi, mañana me voy a Alicante con los abuelos!

—Lo sé, cariño, ¿y tienes muchas ganas?

—Un poquito — respondió ella, mirándome y sonriendo.

—Hola, preciosa. —Le acaricié el hombro.

—Hola, Paola, ¿eres la novia de mi papá o solo una amiga? — preguntó, dejándonos a ambos un poco fuera de juego.

—Es mi novia —contestó él, y le hizo un guiño.

—Mamá dice que no te conviene porque no tiene clase.

—Bueno, ¿y qué tal si nos vamos al Burger? —sugirió él.

—¡Sí! —gritó ella, levantando las manos con alegría.

Me había quedado a cuadros. A pesar de que la había saludado infinidad de veces por videollamada, jamás soltó algo así. Me parecía lamentable que su madre le hubiera dicho algo tan hiriente sobre mí. ¿De ese ser era el que tan bien hablaba Martín?

No dije nada, ya que la niña no tenía la culpa y no quería armar un escándalo por la mala actitud de Tamara, pero definitivamente me daba la impresión de que esa mujer estaba mostrando su verdadero carácter y que Martín era una marioneta en sus manos.

Pedimos los menús y la pequeña se metió un poco en el parque de bolas.

—¿En serio tengo poca clase para estar contigo?

—¿Vas a hacer caso a esas palabras?

—¿Ah, no? ¿Y qué se supone que debo hacer, quedarme de brazos cruzados y actuar como si no pasara nada? Hoy vino con esto, pero mañana puede ser con cualquier otra cosa.

—No te lo tomes así, por favor.

—Si vuelvo a escuchar algo más en mi contra por boca de tu hija, que venga de esa mujer, no volveré a estar presente en vuestros encuentros. No voy a permitir que nadie me menosprecie aprovechándose de que lo hace a través de la niña, quedando así impune.

—No te envenenes, por favor.

—Poca clase … Será estúpida.

Su cara era de rabia, pero me daba igual; lo que realmente debería haber hecho era explicárselo a la niña que, por muy pequeña que fuese, tenía edad suficiente para entender lo que está bien y lo que no. A los siete años, yo ya sabía lo que era el respeto, y su comentario lo soltó con un toque de malicia, mirándome de reojo.

Desde ese instante, decidí no volver a dirigirme a ella, que pensara bien las cosas antes de hablar.

La niña regresó y se sentó junto a su padre para comer su menú. Yo estaba frente a ellos, sintiéndome fuera de lugar. No tenía ni idea de qué hacía allí, pero ahí estaba.

—Papá, cuando regrese de Alicante me vas a llevar de vacaciones, ¿verdad? Me lo prometiste.

—Hablaré con ella —dijo refiriéndose a mí—, a ver a dónde se nos ocurre ir.

—Yo quiero ir contigo a solas. —Se cruzó de brazos.

—Alma, basta ya.

—No tengo por qué ir con extrañas. —Ahora no me conocía, cuando normalmente me decía que me quería ver. Estaba alucinando y esforzándome por mantener la calma.

—¿Y el novio de tu madre irá a Alicante?

—Sí, él tiene clase.

—Paola también tiene clase, y más que él.

—No, ella no tiene, eso me lo dijo mi mamá y ella no miente. Paola solo quiere sacarte dinero.

—¡Basta! —grité, no muy alto, pero golpeando la mesa con fuerza —. No voy a seguir soportando las indirectas de tu hija, ni que tú te quedes de brazos cruzados, respondiéndole como si eso fuera a importarle. Solo hay que ver cómo me mira, con odio y de reojo, como si yo le hubiera hecho algo.

—Es solo una niña de siete años, no te pongas a su altura.

—Y tú, que te crees tan educado, deberías recordar que la educación también implica poner límites. Me voy, que aquí no pinto nada.

—Es una niña —dijo él, visiblemente molesto, pero yo noté la sonrisita maliciosa de ella. Nada que ver con la dulce niña que había conocido días atrás.

—Pues por eso mismo, no voy a caer en su juego. Cuando arregles tus problemas del pasado, me buscas, pero mientras tanto, sigue aplaudiendo sus gracias, que esa mujer la tiene en la palma de su mano.

—Claro, porque mi papá no supera que ella lo dejara por su nuevo novio —dijo, soltando una bomba que no tenía nada que ver con lo que me había contado.

—¡Alma! No tienes edad para ir diciendo esas cosas.

—Pero no he mentido, papá. Tú amas a mamá, pero no consigues que ella deje a su novio. —Escuché mientras cogía mi bolso y salía de allí cagando leches.

Caminé hacia mi casa, necesitaba aire fresco, aunque el sol estaba insoportable. Sentía una rabia que no experimentaba desde hacía tiempo.

Entendía que era solo una niña, pero no entendía cómo su padre no la cortaba, con buenas palabras, dejándole claro que no debía decir esas cosas, y mucho menos insinuar que aún amaba a su madre.

Me sentía completamente descolocada. Y, además, viendo cómo era esa mujer e influía en su hija y hasta en él mismo, me dejaba atónita. Era capaz de cambiar todos los planes y llevarse a la niña a Alicante sin que él se opusiera, cediendo a todo lo que ella decía.

Y lo que más me desconcertaba era que no había respondido a la afirmación de que amaba a su madre. ¿Por qué no se defendió ante esa acusación? ¿Por qué era una niña de siete años? ¿Por qué no estaba mintiendo?

Sentía una presión en el pecho muy grande, y lo peor de todo es que algo me decía que en esas palabras había algo de verdad. ¿Y sí Mateo no estaba siendo sincero conmigo cuando me decía que era el amor de su vida? ¿Era yo una ingenua al creerme lo de un solo segundo? Aunque en un segundo, esa niña había arruinado toda mi felicidad. Pasó de ser simpática y educada a convertirse en un toro de miura.

Decidí apagar el móvil y dirigirme a un centro comercial. No quería quedarme encerrada en casa lidiando con esta angustia, y menos aún recibir una llamada que no haría más que avivar la rabia que me provocaba su pasividad.

Estaba claro que no debía ponerme a la altura de esa niña, pero si le permitían hablar cosas que eran de adultos y encima con muy mala baba, entonces ya sí que no podía remediar que se me quemase la sangre, que horchata no tenía.

Me compré un par de bañadores en una tienda que tenía unos precios de lo más competitivos y encima eran de calidad. No sería lo único que me comprase, porque hoy iba a ser yo quién probase eso que decían que quemar tarjeta desestresaba. Aunque tenía motivos para sentirme más relajada económicamente, no iba a derrochar, ya que siempre he sido cuidadosa con cada euro y me costaba darme un capricho.

La verdad, esa niña me había quitado las ganas de disfrutar del menú con ellos, pero el hambre seguía ahí, así que me lo comí mientras maldecía a Tamara y su actitud tan desagradable. Que se llevaban bien… ¡Lo que había que oír!

Continué con mis compras, ya que quería hacerme con un par de vestidos frescos para el verano y unos *shorts*. La realidad era que eso de fundir tarjeta no me aliviaba la rabia y tensión que esa niña me había provocado. Le hubiera dicho mil cosas, pero entendía que ni tenía edad, ni que yo era igual que su madre.

Al llegar a casa a las ocho de la noche, me encontré con Martín esperándome en su coche.

—He estado llamándote toda la tarde —dijo al verme.

—Haber llamado a tu ex, que seguro que la echas mucho de menos —dije mientras abría la puerta del edificio y entraba, con él siguiéndome de cerca.

—No digas tonterías, Paola, ella ya no significa nada para mí.

—Pues no lo parece, bien que te quedaste callado.

—¿Sabes lo que estoy soportando para que esto no afecte a mi hija? —me preguntó, visiblemente frustrado.

—Pero ¿no tenías una magnífica relación con ella? —le cuestioné mientras entrábamos al ascensor.

—No he querido contarte nada para no asustarte, pero me está haciendo la vida imposible —confesó, con un tono de voz que reflejaba su angustia.

—¿Para no asustarme? ¿Y me lo pintas todo color de rosa?

— Me enamoré de ti en cuanto te vi —dijo, intentando cambiar de tema.

—Según las palabras de tu hija, eso no es cierto.

—¡Está manipulada! ¿No te diste cuenta de que es como un robot que repite frases frías que aprendió de su madre?

—No la mandaste siquiera a callar.

— He hablado con ella. Te prometo que lo he hecho. Lo hice de la mejor manera que sé, teniendo en cuenta su edad. No quiero que pienses que aún la amo; eso se acabó hace mucho tiempo.

—¿Y ella te dejó por él?

—Eso sí es verdad, y dolía reconocerlo, pero ya no me afecta. Te quiero a ti.

—¿Me has dicho alguna verdad en algo?

—Te amo, te lo prometo, es la verdad.

—No sé si puedo creerte, me has dicho muchas mentiras.

—He sido gilipollas, no quería perderte.

—¿Perderme por no admitir que tu mujer está desequilibrada?

—Es la madre de mi hija.

—No estás preparado para salir de esa relación tan rara que tienes.

—Salí hace mucho.

—Te echaron, y, aun así, sigues haciendo lo que ella quiere. Eso no es ser un buen padre, es ser un gilipollas.

—¿Me estás llamando mal padre?

—¿Qué dices? Te estoy diciendo que eso no te hace mejor padre, que lo único que haces es joderte la vida.

—Dame un abrazo, por favor.

—No, no te voy a dar ningún abrazo ni te lo pienso dar hasta que yo vea con mis propios ojos que me das mi lugar. De lo contrario, sigue complaciéndola a ella, si eso te hace sentir mejor.

—Eres muy injusta.

—¿Injusta? Cuando me han hecho sentir como si fuera una bruja que solo quiere tu dinero. ¿De verdad? Estás perdiendo la razón, o tal vez ya la perdiste hace tiempo.

—Te he amado de verdad —dijo mientras se dirigía a la puerta.

Era un cobarde, tenía claro que lo era. Se marchó de la misma manera que permitió que me dijesen esas cosas. Lloré, pero en el fondo sabía que no me merecía que nadie me pisotease, especialmente alguien que se suponía debía protegerme.

No quería que se enfrentara a su hija, pero sí a su madre, que era la que estaba envenenando a la niña y haciéndola decir cosas que resultaban, cuanto menos, preocupantes.

Sentía una presión en mi pecho y una rabia demasiado grande.

Capítulo 17



Paola

Estaba tomando el primer café de la mañana cuando sonó el timbre. Al abrir la puerta, me encontré con Lupe, quien traía unas deliciosas croquetas de puchero que ella misma preparaba y que le salían increíblemente buenas. La invité a un café, que aceptó gustosamente antes de marcharse a realizar un trámite al banco.

Pensaba que se había dejado algo al escuchar de nuevo el timbre, y me sorprendió ver a Helen en el umbral.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué haces aquí? —No era la primera vez que venía tras una cita que le cogía cerca.

—Buenos días, cariño. Tengo un buen rato libre, ¿te parece si tomamos un café? —respondió.

—Claro. —Me siguió hacia la cocina.

—Anoche, tras colgar el teléfono, me quedé muy preocupada.

—Yo también estoy con un dolor en el alma que no te imaginas. ¿Cómo pudo engañarme con tantos detalles? —le respondí, sintiendo la frustración.

—Se lo he dicho a Igor. No me parece bien que no te haya sido sincero desde el principio, y menos que permitiera que una niña dijera algo tan fuerte. No lo entiendo, Paola. Está claro que tiene siete años y que es su hija, pero si le deja decir esas cosas, ya no sé qué pensar.

»Su madre debería protegerla de comentarios inapropiados y no incitarla a soltarlos. Igor dice que Tamara es muy tóxica para Martín, y la verdad es que no entiendo nada. Alma me ha sorprendido mucho; de ser dulce y adorable, ha pasado a comportarse como el mismísimo demonio.

—El problema es él. No sabe cómo reaccionar a nada. Está claro que no le iba a soltar una hostia, como nos las soltaban a nosotras de pequeñas —que ahora no está la cosa como para algo así—, ni yo lo permitiría ni lo querría. Pero me faltó que le dijera algo, en buen tono, sí, pero que hubiese sido conciso. Algo como: *«A quien amo es a ella, no a tu madre»*.

»Además, la niña hablaba del novio de su madre como si fuera una persona con clase y demás, cosa que no decía de mí. Y, sin embargo, se quedó impasible cuando él le dijo que yo tenía más y ella le rebatió que no. Fue en ese momento cuando me levanté y me fui. Entendí que él no era la persona que había querido hacerme creer, y que yo no merecía que una mocosa me humillara de esa forma.

—Con dos cojones. Que quieres que te diga, amo mucho a Igor y es su amigo del alma, pero a ti que no te roce ni el aire.

—Lo sé, Helen. De todas maneras, era todo demasiado bonito para ser cierto.

—A ver, está claro que la ha cagado a lo grande, pero de ahí a que él no sintió nada de lo que habéis vivido, no me lo creo. Solo hay que ver cómo me ha mirado durante todo este tiempo.

—A mí me ha defraudado. Tengo muy claro que ahora mismo no quiero estar con él; sería ponerle el terreno fácil. La niña se va más de un mes, él tiene todo ese tiempo para seguir regalándome los oídos, pero cuando Alma regrese, la historia va a volver a cambiar.

—Me jode mucho que de nuevo te toque pasarlo mal, mucho. —Me puso la mano en el hombro y me dio un beso en la sien.

—Tranquila, de esta salgo adelante.

—¿Hacemos un planazo en estos días de playa, con bocadillo de tortilla de patatas incluido?

—Claro. No te preocupes por mí, no me quedaré en pijama y encerrada.

—Eso quería escuchar.

—Disfruta con Igor, no te agobies por lo que está pasando.

—¿Pues no parece que te estás despidiendo de mí?

—Estás loca. —Me reí negando.

Me vestí y bajé con ella a la calle, acompañándola hasta su oficina para así darme un paseo. Necesitaba que me diera el aire y así perderme por la ciudad un buen rato de la mañana.

Por el camino, la conversación giraba en torno a mi hermano; estaba ansiosa porque se resolviera ese juicio que tanto lo afectaba. Me daba muy mal rollo esto que estaba pasando con Martín, hecho que conseguía que se me pasasen muchas tonterías por la cabeza.

—Bueno, cariño. Hasta aquí mi compañía.

—La mejor de todas. —Me acarició la barbilla—. Hablamos y quedamos en estos días.

—Claro. Pásalo bien el fin de semana.

—Tú también. Haz que sea bonito.

—Tranquila.

Mi ciudad no es que fuese grande, pero con sus cien mil habitantes tampoco era tan pequeña como para que, al doblar una esquina, me encontrara con Martín. ¿Casualidad o nos había seguido? Estaba claro que Helen no le había dicho nada.

—Paola —dijo frenándome en seco cuando mi intención era bordearlo.

—¿Me estás siguiendo? —inquirí, un poco sorprendida.

—No, no pienses cosas raras.

—Sí, claro, es que soy muy retorcida —le respondí con ironía.

—Te echo de menos.

—No me ves desde ayer, tampoco es que haya pasado un año.

—¿Podemos tomar un café? No te pido más que eso.

—No tienes derecho a pedirme nada, ni tampoco me apetece hablar contigo en estos momentos.

—No soy el hombre que pensabas, pero tampoco soy un monstruo, Paola.

—La verdad puede convertir a las personas en grandes seres

—Dame la oportunidad de contártela, por favor.

—Mejor en agosto, cuando venga tu hija y, por ejemplo, la llevemos a comer. Su comportamiento será el que hable de verdades o mentiras. Ahora es muy fácil para ti, ya que ella no está para desenmascararte. Así que, ¿por qué no nos esperamos a ver si has sido capaz de dejarle claras las cosas y educarla para que no humille a los demás?

»Enfréntate a la madre, pídele que hable con la niña, y demuéstramelo con ella delante. Tienes varias semanas para ponerte en tu lugar, y, si aún te intereso como dices, entonces búscame, pero ven con ella de la mano.

—Así lo haré —afirmó con la mirada perdida, y se marchó.

—Espero que esto no lo pagues con mi hermano.

—Nunca haría nada que te hiciera daño —dijo, deteniéndose y girando la cabeza.

—Ojalá sea una de las pocas verdades que salen por tu boca.

Proseguí mi camino en dirección opuesta a la suya, mientras me secaba las lágrimas que comenzaban a caer. Lo amaba, esa era la única verdad en todo esto, pero no podía verlo con claridad; se defendía con palabras vacías que no me convencían en absoluto. De hecho, ya no creía en nada de lo que decía, por muy duro que sonara.

Se me habían quitado hasta las ganas de tomar el aire, pero me negaba a encerrarme, porque sabía que eso solo me llevaría a ponerme el pijama y no quitármelo en días. Esta pena ya me la conocía. La impotencia podía conmigo.

Me metí en el supermercado con un carrito pequeño, pero no daba pie con bola. Paseaba por los pasillos, sin la mirada en nada, pensando en todo lo que había vivido con él y en lo mal que había terminado la cosa, no por mi culpa precisamente, porque yo me consideraba una persona sincera y no engañaría a nadie para hacerle creer que todo era idílico.

Los suspiros escapaban de mis labios sin que pudiera evitarlo, y la ansiedad se hacía presente de nuevo, más intensa que antes. Decidí hacer un esfuerzo y concentrarme en recoger algunas cosas para el fin de semana, ya que parecía que mi plan era quedarme en casa con el pijama puesto durante días. ¿Acaso era mejor estar deambulando como un zombi por la calle?

Mientras esperaba mi turno en la charcutería, escuchaba el eco de la conversación entre la señora que estaba siendo atendida y el empleado, pero ni siquiera prestaba atención a lo que decían; era como si mi cuerpo estuviera allí, pero mi mente estuviera en otro lugar. Nada de lo que había a mi alrededor iba conmigo.

Cuando finalmente llegó mi turno, el empleado tuvo que repetir su pregunta un par de veces antes de que lograra salir de mis pensamientos. Me disculpé y le pedí lo que necesitaba: un poco de pavo, unas lonchas de queso y un poco de jamón serrano para el desayuno de finde deprimida.

Antes de dirigirme a la caja, decidí coger una lechuga, ya que había pensado en preparar una ensalada que acompañaría con las croquetas que Lupe me había dado esa mañana.

—Paola, hola. —Escuché tras de mí, y al girarme me encontré con un amigo de mi padre al que le tenía mucho cariño. Me sonreía de esa manera tan especial.

—Hola, José. ¿Qué tal estás? Aunque te veo genial, parece que no pasan por ti los años. —Le di un abrazo.

—Tú sí que estás genial. Si tu padre te viera, se le caería la baba.

—Lo mismo me está viendo. Nunca se sabe.

—Pues debe tener una sonrisa bien bonita al verte. Por cierto, ¿qué tal Isaac? Se va a saber pronto la verdad, es un gran hombre.

—Está bien y tranquilo, pero deseando quitarse el juicio de encima.

—Lo comprendo. Pronto saldrá de esta sinrazón en la que se vio envuelto.

—Sí, confío en que sí.

—Cuídate mucho, preciosa. Y ya sabes, lo que necesites solo tienes que levantar el teléfono.

—Gracias, José. —Nos dimos otro abrazo.

Salí de la tienda después de pagar y, una vez más, esos pensamientos tristes me invadieron, dejándome una sensación de vacío.

Escuché un pitido, como un estruendo, y me lo vi encima…

Capítulo 18



Martín

En la soledad de mi despacho, me pasé varias veces la mano por el pelo, mientras mi mente iba a mil por hora y el agobio me superaba. A pesar de todo lo que había vivido, nunca me había sentido tan impotente como en esta situación. El detonante había sido mi hija, pero ella no era la culpable real.

A pesar de que Paola pensaba y daba por hecho de que no supe cómo actuar hacia Alma, yo tenía las cosas muy claras. Solo necesitaba un poco más de tiempo, algo que parecía tan simple y que jodidamente era muy complejo. Mi estado de ánimo convertía los segundos y los minutos en interminables.

Me sentía desbordado por mis sentimientos y sensaciones, y sinceramente, no estaba poniéndole remedio a nada. Era como si me obligase a pasarlo mal, por el daño y el dolor que le había hecho y provocado a Paola, como si al estar ella de esa forma yo no pudiese aligerar la carga que soportaba, para compensar su tristeza y rabia.

Cogí la taza de café de la mesa y di un trago, pensativo. Cuando terminé de tomármelo, apoyé la cabeza en el respaldo de la silla y cerré los ojos. Me fastidió escuchar la puerta abrirse, no quería que

nadie me molestara, pero ante la falta de los golpes en la madera sabía que se trataba de Igor.

Entró en mi despacho sin llamar, como era habitual en él. Cuando abrí los ojos, me encontré con su expresión seria. Estaba claro que no venía a invitarme a comer y tampoco iba a hacer algún comentario gracioso. Lo hubiese preferido, aunque no tuviese ganas de nada, porque lo que se presentaba ante mí eran más problemas de los que tenía. Como si no supiera ya, que todos llegan en cadena, estaba claro que lo que tuviera que venir, vendría.

—Habla —le pedí con énfasis al cabo de unos segundos de silencio en los que no fue capaz de mover los labios.

Me acerqué a la mesa y apoyé los brazos, para juntar las manos y entrelazar los dedos. Continuó callado y lo observé con más detenimiento, estaba pálido.

—¿Qué mierda pasa, Igor? —insistí preocupado por él— ¿Estás bien?

—Es Paola, la ha atropellado un coche.

—¿¡Qué!? —grité.

Sentí cómo la tensión se me desplomaba por completo y me quedaba igual que él. Solo dos posibilidades se me pasaron por la cabeza y quise aferrarme a ellas: que Igor estaba en un error o que yo lo había escuchado mal. Una de las dos debía ser, sí, no podía pensar en otras opciones.

—Paola está en el hospital, en el quirófano —dijo para mi desesperación—. Me ha llamado Isaac, está allí con Marta y Helen.

—¿En qué estado está? —pregunté recuperándome de la impresión, pero con la voz entrecortada.

Me levanté de golpe, para salir disparado hacia el hospital. No iba a quedarme de brazos cruzados, y me daba absolutamente igual que hubiera personas que no quisieran verme ni saber de mí, empezando por Paola.

—El pronóstico es reservado, Martín, aún no les han dado ninguna información. Según lo poco que ha podido saber Isaac, es que no quieren pillarse los dedos para no adelantar acontecimientos.

—Joder. —Me pasé las manos por el pelo.

Salimos del despacho y del edificio, directos hacia donde Igor tenía estacionado su coche. El trayecto lo hicimos en silencio, mientras mi cabeza imaginaba los peores escenarios. Me cagué en todo, porque si a Paola le sucedía algo que tuviésemos que lamentar… No saber su estado me mataba.

Llegamos al hospital en menos de diez minutos y no tardamos en ver en la puerta principal a Isaac, a Marta y a Helen. Normal que hubiesen buscado un poco de aire, podían estar «tranquilos», porque igualmente escucharían por megafonía si llamaban a los familiares.

A los tres se los veía destrozados, lo que me encogió más el corazón por lo que representaba. Yo estaba igual, pero al verlos a ellos, la realidad se impuso y me puse peor porque no podía creerme lo que estaba sucediendo.

En cuanto llegamos junto a ellos, abracé al hermano de Paola y rompió a llorar con desgarro. La maldita falta de información era lo peor, te consumía.

—No se sabe nada —me dijo cuando nos separamos, con la voz rota por el dolor—. Lo poco de lo que me he enterado hace unos minutos es que tiene una rotura en la pierna y un golpe en la cabeza.

—Va a salir de esta. Es fuerte y está llena de vida —le dije queriendo convencerme a mí mismo de esas palabras. Lo agarré de la nuca y lo miré fijamente a los ojos—. Se va a recuperar, tendrás a tu hermana muy pronto contigo y yo voy a poder demostrarle lo importante que es para mí. —Vi borroso por las lágrimas, demasiadas emociones como para contenerlas.

—Sé que eres un buen tipo, Martín. No me cabe duda, por eso confío en ti. Ambos dimos con las peores mujeres para que nos complicaran la vida. —Se refirió a su ex, la que lo denunció, y a mi mujer, lo que me dio a entender que por Paola estaba al tanto de los problemas que me estaba ocasionando, en cierto modo.

Estuvimos como una hora fuera, entre silencios y algunas conversaciones que no consiguieron aligerar la tensión y la preocupación. Obvié en todo momento las miradas de reojo y de reproche de Helen, no estaba para tonterías y ante la mínima provocación verbal podía saltar sobre ella. Lo evité a toda costa. Cuando escuchamos por los altavoces que llamaban a los familiares de Paola, entramos rápido los cinco, para enterarnos de primera mano de todo.

Después de darle un breve saludo a la mujer del servicio médico que nos esperaba para informarnos, la escuchamos atentos y nerviosos.

—Paola está bien dentro de lo que podían haber sido los diferentes escenarios, dado que el impacto ha sido fuerte. Ahora mismo le están escayolando una pierna, pero no ha hecho falta nada más. Por suerte no tuvimos que operarla. El golpe de la cabeza es lo que más

nos ha preocupado, pero con los resultados de las pruebas, hemos descartado un daño grave.

»El especialista ha dejado claro que no es preocupante, lo único que va a necesitar es mucho reposo y analgésicos. Tendrá que quedarse aquí durante veinticuatro horas en observación. En unas horas estará en planta y podrá quedarse con ella un acompañante y una visita, esta última podrá ir rotando.

»Eso sí, le daremos una cita para dentro de unas semanas, para comprobar que todo continúa bien. La haremos coincidir con el día en el que le quitemos la escayola. Hasta ese momento, sobre todo las primeras cuarenta y ocho horas desde que salga del hospital, es importante que se esté atento a cualquier malestar que tenga, como náuseas o mareos, por mínimos que sean.

—De acuerdo, muchas gracias —le dijo Isaac, llorando como un niño pequeño de la emoción que sentía.

Todos estábamos igual, sus palabras fueron de lo más tranquilizadoras en estos instantes tan inquietantes que nos tenían de los nervios a todos.

—A mi niña le han echado un mal de ojo —dijo Helen llorando—. Y encima no la pusiste en su lugar —me recriminó.

Demasiado se había contenido, fue lo que pensé.

—Qué sabrás tú de lo que pasa en mi vida. —Mis palabras reflejaron el dolor y la tristeza que sentía.

—No es momento para eso —le recriminó Isaac, defendiéndome, serio—. Aquí no hay cabida para los reproches, no somos jueces para juzgar a nadie.

—Te recuerdo que a la que le ha hecho daño es a tu hermana —continuó Helen.

—A ver si te piensas que no me duele mi hermana, más que a ti. Es mi sangre y te repito que no somos jueces. A veces creemos saber más de lo que realmente es, prueba de ello soy yo mismo. ¿Cuánta gente me habrá puesto en tela de juicio por estar acusado y detenido? Me señalaron sin razón. Las personas tienen la lengua muy larga para los problemas ajenos y dictan sentencia demasiado rápido, sin importarles el dolor de los demás.

—Si tú lo dices —respondió ella no muy convencida—. Pero nada tiene que ver el atún con el betún.

Era evidente que Helen me la tenía jurada y podía llegar a entenderla, podía, porque la verdad es que no lo hacía. Complicado, ¿verdad? Aunque en realidad lo difícil era entenderme a mí cuando no estaban al tanto de la realidad de todo.

Igualmente, el apoyo y la defensa de Isaac me llegó al corazón y se lo agradecí en silencio, con una mirada. Él asintió. No me sorprendió su reacción, Isaac confiaba en mí y sabía que siempre lo había hecho, hasta el punto de poner en mis manos su futuro judicial. Eso lo decía todo. Y no, no me había apoyado de las palabras punzantes de Helen por ese motivo en concreto.

Pasamos unas horas agobiantes en las que todos deseábamos que nos avisasen de que ya habían llevado a Paola a una habitación de alguna de las plantas del hospital. Necesitábamos verla y cuando por fin llegó ese momento, estaba claro que Isaac iba a entrar el primero como acompañante, más otro visitante, para irnos turnando después.

—Entra tú primero que eres el que antes vas a acabar la visita —me dijo con maldad Helen, como dejando entrever que Paola me

echaría en cuanto me viese.

—Vale —le contesté sin más, porque me había ofrecido en bandeja lo que estaba deseando hacer.

Se quedó a cuadros, no se esperaba mi contestación. Lo mismo pensó que iba a rechazar la oportunidad. Me fui con Isaac, satisfecho al ver su expresión de fastidio.

Cuando abrimos la puerta de la habitación y Paola me vio entrar, se le cambió la cara.

—¿De verdad tiene que venir a verme como si fuera de nuestra familia? ¿Qué hace aquí? ¿Quién le ha avisado? —Se dirigió a su hermano, mientras se frotaba la cara.

—Pequeña, no es momento para los reproches. Todos lo hemos pasado muy mal, sin saber en qué estado te encontrabas, y él está aquí desde el primer momento. Llamé a Igor para informarlos.

—Claro, ha venido porque no tiene a su hija ni a su ex dando por saco. —Bufó.

—Oye, para haber tenido tan trágico accidente, te veo muy bien, con fuerza —hablé acercándome.

Me coloqué al otro lado de la cama, al contrario del que se había puesto Isaac. La pierna escayolada la tenía en alto e hice un gran esfuerzo para no mostrar el malestar que me produjo verle la cara amoratada. Pero, aun así, estaba preciosa.

—Te he dicho que me dejes en paz hasta agosto. —Se le escapó un quejido y se llevó la mano a la costilla.

—Tómatelo con calma, por favor. No te sofoques, que te vas a hacer más daño.

—Hermano, o lo callas tú, o lo callo yo.

—¿Pues no parece que con tanta energía podrías salir corriendo de aquí en cualquier momento? —dijo con humor Isaac, mirándola con adoración, mientras le acariciaba la mejilla con cuidado y cariño— No veas el ritmo que tienes en el cuerpo para tenerlo como lo tienes. He estado muy preocupado, pequeña. —La abrazó.

Me aparté un poco para darles intimidad, manteniéndome al margen. Paola, con los ojos cerrados, se aferró a su hermano.

Capítulo 19



Martín

—Ojalá pudiera irme del hospital, no me gustan —dijo Paola cuando se separó de Isaac, soltando un suspiro—. Tu letrado ya me ha visto, está tardando en irse —continuó conmigo.

—Hemos quedado en que las visitas serán de quince minutos para cada uno —le informé—. Yo regresaré de nuevo el último para darle relevo a tu hermano, me quedaré contigo.

—Antes te saco un ojo. —Bufó.

—Paola…

—Hermano, no quiero que se quede conmigo. ¿Qué no entendéis de lo que digo?

—La que no lo entiendes eres tú, no entras en razón. —A pesar de que era una reprimenda, Isaac le habló muy suave—. Martín va a ir a por ropa a su casa mientras los demás entran a verte y luego será quien se quede aquí. No quiero broncas, hermana, que me juego la libertad.

—No le digas eso, por Dios. —Me llevé las manos a la cabeza y me reí nervioso.

—Puedo quedarme sola, no os necesito a ninguno. Lo que me parece lamentable es que le permitas que se quede, aún a sabiendas de que estaba conmigo porque no podía estar con su exmujer.

—Eso no es así. No seas injusta y no te embales —le pedí.

—Claro, no quieres que me embale porque…

—Acabo de pensarlo mejor y soy la visita. —Carraspeó Isaac—. Aquí te quedas como acompañante, Martín, pídele a Igor que te traiga lo que necesites de tu casa. Un besito, cariño. —Se lo dio en la mejilla a Paola.

—No, ¡no te vayas! Ni se te ocurra moverte. —Intentó agarrarlo de la mano, pero con la poca movilidad que tenía, Isaac fue más rápido.

—Yo estas movidas no las quiero ver. —Se fue sin mirar atrás, con las manos en alto como última despedida.

—¡Eres un capullo! ¡No me lo esperaba de ti! —exclamó, antes de soltar un suspiro.

—No me eches de tu lado, por favor —le pedí sentándome en el borde de la cama. Miró lo que acababa de hacer, diciéndome sin palabras que me había tomado la libertad de estar mucho más cerca de ella—. Dame unos días y te demostraré que no hace falta esperar a agosto.

—¿Vas a vender a la niña?

—No. —Me eché a reír.

—Pues entonces no le veo solución a nada. —Se encogió de hombros.

—Paola, sé que no te puse en tu lugar y que no supe cómo afrontar la situación. Solo necesito unos días en los que iré solucionándolo todo.

—Tienes todo el tiempo del mundo. —Me señaló la puerta.

—No me voy a ir, porque si lo hago, me moriré de pena, como lo hice esta mañana y la noche anterior.

—¿Tienes seguro de defunción?

—Paola… —Me reí negando.

—Quiero que te vayas. ¿No entiendes que necesito estar tranquila? —susurró.

—Eso es lo que te empeñas en decir, pero no lo que sientes realmente. Tu orgullo puede contigo.

—¿Orgullo? ¿Encima que me tengo que comer, que no has olvidado a tu ex y que yo quiero sacarte tu dinero?

—¿Yo he dicho eso? Me quedé tan impactado como tú al escuchar las palabras de Alma, pero la solución no es arreglar la situación con mi hija, sino con la madre. Tamara es la responsable, y tendrá que poner de su parte y los medios necesarios para que Alma no vuelva a decir esas cosas, las que no son ciertas y tampoco le corresponden por edad.

—Ya lo veremos, pero te repito que hasta entonces… —Volvió a señalar la puerta, justo en el momento en el que entró Helen.

—¿Lo ves? ¡Te está echando!

—No te aguanto —le contesté sin poderme contener y salí de la habitación para dejarlas solas durante todo el tiempo que tardase en irse Helen.

—¡Sobras aquí! —me gritó Paola.

—Este no se entera. —Escuché decir a su amiga cuando traspasaba la puerta.

Con una mala leche impresionante, recorrí el pasillo intentando tranquilizarme. Bajé las escaleras para estar con Igor. Cuando llegué a su lado, se encontraba solo y me informó de que Isaac y Marta se habían marchado, pero que no tardarían en volver para poder estar los dos con Paola.

—Tu chica es terrible. Me la tiene jurada —le dije con ironía. Los dos nos entendíamos.

—No entra en razón. —Sacudió la cabeza—. Te ve como al mismísimo demonio.

—Bueno, sube con ellas. Voy a aprovechar para ir al ático para coger ropa, Isaac me ha cedido el puesto de acompañante. Cuando regrese, te aviso.

—Ya me lo ha dicho, el tío se ha ido riendo. —Sonreí—. Vale, nos quedamos mientras tanto con ella. Precisamente para eso se ha ido Isaac, pero para ir a la casa de Paola. Le va a traer una muda de ropa para cuando le den el alta.

—Genial —asentí.

Me dio las llaves de su coche y me marché para hacer todo lo que necesitaba. Lo primero sería darme una ducha. Iba a meter muy poco en una mochila porque, por lo que sabíamos, si todo iba bien, Paola no tardaría en irse del hospital. Por mucho que me dijera al volver, por insistente que se pusiera, no pensaba moverme de su lado hasta el final, y si hacía falta, también me colaría de intruso en su piso. Este último pensamiento tomó fuerza en mi cabeza.

A pesar de lo aparatoso que había sido el accidente, debíamos dar gracias por cómo estaba. Los daños habían sido mínimos en comparación con lo que podría haber sucedido, solo era cuestión de tiempo para que los hematomas desaparecieran y le quitaran la escayola para volver a hacer vida normal. La tranquilidad de verla animada era un extra añadido, Paola tenía las fuerzas suficientes como para atacarme e insistir en que me fuese o para decirme una y otra vez que no volviese.

Yo tenía un problemón impresionante encima. Pero, por una vez en mi vida, estaba dispuesto a zanjarlo: saliese el sol por donde saliese.

Nada más abrir la puerta del ático, me dirigí hacia mi habitación, directo a la ducha. Era lo que más necesitaba en este momento, para quitarme un poco el agobio de las malas horas que había pasado desde que Igor que dijo lo del accidente de Paola.

Lo hice todo rápido, no me demoré para regresar cuanto antes junto a Paola. Antes de irme del ático, cogí una cosa a la que sabía que no podría resistirse. En menos de veinte minutos me bajé del coche en el estacionamiento del hospital, con la mochila colgada en el hombro.

Avisé por mensaje a Igor de que acababa de llegar, al que encontré con Helen en la entrada.

—No hace mucho que hemos salido de la cafetería. Isaac y Marta están con Paola, regresaron hace diez minutos —me dijo mientras le devolvía las llaves de su coche.

—Vale.

—Sube directamente y ya hacéis el relevo.

—Eso haré. —Le apreté el hombro.

Helen me miró descaradamente de arriba abajo, pero me contuve e ignoré de nuevo su provocación. Demasiado tenía encima como para andar preocupándome por los feos y las cosas que me hacía, tanto con palabras como con gestos.

Me despedí de mi amigo y accedí al interior del hospital, yendo directo hacia las escaleras. Una vez en la planta me dirigí a la habitación. Al entrar, como ya esperaba, a Paola se le cambió la cara. Isaac no perdió el tiempo al verme, se despidió de ella con un beso y un abrazo, al igual que Marta.

—Sigo pensando que esto es una putada —le dijo Paola a su hermano, en tono bajo.

—Yo solo sé que no sé nada —le contestó él, mientras le lanzaba un beso al aire caminando hacia la puerta, seguido por Marta. Ella me hizo un guiño antes de desaparecer.

—¿No te da vergüenza venir al hospital después de mi tragedia y hacerlo perfumado como el que se va a un puticlub?

—Paola, ¿qué tragedia? Si estás mejor que yo. ¿Acaso no te oyes? —Me reí mirándola—. No tengo ni idea de cómo se va a un puticlub, nunca he estado en uno porque no me ha hecho falta. —Le sonreí con picardía.

—No tienes vergüenza. —Bufó.

—Te he traído unos bombones. —Saqué la caja de la mochila.

—¿Me quieres comprar con unos trozos de chocolate? Recuerda que te quiero sacar el dinero, deberías haberme traído un diamante o algo que luego pueda vender para que me den un buen dinero. —Sonrió con ironía.

—Te diga lo que te diga, me vas a atacar —negué—. ¿Qué tal si te comes uno y luego sigues protestando?

—Me voy a comer los que me dé la gana, no los que tú digas.

—Claro, para eso te los he traído.

—Me caes fatal. —Soltó el aire despacio, pero cogió un bombón de la caja cuando la abrí delante de ella.

—Te caeré de nuevo bien.

—Un mentiroso y manipulador, nunca cambia.

No le contesté porque, en este momento y por un tiempo, no valía la pena. No iba a cambiar de idea por muchos intentos que yo hiciera, todas mis palabras y gestos los iba a utilizar en mi contra para responderme con un ataque.

Pasó el resto de la tarde con el móvil, viendo vídeos y mandando mensajes. Me ignoró por completo, pero me dio igual porque lo único que yo necesitaba era estar con ella, sentirla cerca y, sobre todo, activa.

A última hora de la tarde, bajé a la cafetería para comprarme un bocadillo y una botella de agua. Cuando regresé a la habitación, Paola miró de reojo lo que llevaba en las manos. Me hubiese encantado decirle que estaba esperando a que me hiciese un bocadillo de tortilla, pero no quise tentar a la suerte para continuar con la calma que se había creado entre nosotros.

Al cabo de un rato, una enfermera entró con su cena y fue en ese momento en el que yo empecé a comer, en completo silencio.

—¿Quieres un poco? —le pregunté cuando nos quedamos solos, al ver las muecas que hacía con cada cucharada que se llevaba a la boca.

—No —respondió rápido.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Es muy grande, no voy a poder con todo.

Mentira, claro que me entraría todo el bocadillo, pero quería, o más bien necesitaba, que cediera un poco.

—Un pellizco pequeño, como un mordisco, para quitarme el sabor cuando termine —susurró.

Evité mostrar una sonrisa. Me levanté de la silla y me acerqué. Le ofrecí el bocadillo para que partiera el trozo que quisiera y fruncí los labios porque el «pequeño» para ella era bastante grande. Cuando me lo devolvió regresé a mi asiento y en otro silencio impuesto, ambos continuamos cenando.

Capítulo 20



Martín

Eran las siete de la mañana cuando una enfermera entró a atender a Paola. Le sacó sangre, comprobó la temperatura y le hizo unas preguntas rutinarias para saber cómo había pasado la noche y las sensaciones que tenía, por si algo había cambiado. Observé en silencio todo el proceso, apartado en un lateral.

Yo no había podido cerrar los ojos en toda la noche, en cambio, Paola había descansado sin interrupciones, aunque en ello ayudó mucho el calmante que le dieron después de que viniesen a llevarse la bandeja de la cena.

La enfermera se fue, pero otra regresó rápido y se la llevó para hacerle las últimas pruebas en la cabeza. Me quedé solo, esperando a que los resultados continuaran siendo favorables para que le dieran el alta. Paola en ningún momento me miró directamente, ni siquiera cuando la sacaron de la habitación.

Sabiendo que tardaría un rato en regresar, bajé a la cafetería a por un café. Después de pedírselo al camarero saqué el móvil y le envié un mensaje a Igor.

Martín: *Buenos días. Voy a tomarme el primer café. No he dormido nada. ¿Cómo va?*

Igor: *Porque soy tu mejor amigo y la persona sin la que no puedes vivir… Estoy entrando en el hospital. Ahora iba a escribirte, daba por hecho lo que me has dicho. Voy para la cafetería*.

Sonreí mientras me guardaba el teléfono y giré la cabeza hacia la puerta, esperando ver a Igor. No tardó en aparecer sonriente, gesto que intenté imitar, aunque por su expresión conforme se acercaba, tuve claro que no me salió muy bien.

—Joder, tío, tienes una pinta horrible —dijo antes de darme un abrazo rápido.

—¿Gracias? —Sacudí la cabeza.

—Tienes ojeras, tu pelo ha tenido días mejores y tienes una cara de resignado…

—Ya te he dicho que no he dormido y el pelo solo lo tengo revuelto.

Cuando el camarero me puso el café delante, Igor le pidió otro.

—La butaca de la habitación parecía cómoda —comentó.

—Para un rato, aunque si no hubiese tenido la mente tan activa, habría conseguido echar alguna cabezada. —Me encogí de hombros.

—Tienes que frenar un poco, Martín, no puedes continuar así. —Me apretó un hombro, mirándome con cara de preocupación.

—Estoy bien. ¿Cómo fue con Helen?

Lo miré de reojo, mientras le daba el primer sorbo al café.

—Como siempre, pero con el extra de que te mencionó más veces de las que recuerdo.

—Lo de mencionar es muy suave para lo que intuyo que dijo de mí.

—No vale la pena. —Me quitó la intención de continuar con el tema —. ¿Qué tal Paola? ¿Cómo ha pasado la noche?

—Ha descansado, no se ha despertado en ningún momento. Después de la cena le dieron un calmante que la ayudó a hacerlo.

—Me alegro —asintió—. En el trayecto hasta aquí he llamado a Julio, me he adelantado a ti.

—Gracias. Sí, en cuanto Paola salga del hospital era lo que iba a hacer —dije pensativo, observando fijamente el líquido negro.

—Pues una cosa menos de la que preocuparte. ¿Cuáles son tus planes cuando le den el alta?

—No separarme de ella —dije, y sonrió con picardía.

—Me alegro mucho de verte así, tío.

—¿En serio? ¿Con ojeras, sin descansar y con el panorama como pinta para mí? —Arqueé una ceja y soltó una carcajada.

—Eso no es nada que no puedas afrontar y superar. —Me hizo un guiño—. Sé que todo va a ir bien, que tu situación tendrá un buen final. Tú también lo sabes, aunque por momentos lo dudes. Es lo

más normal, porque verlo desde fuera no tiene nada que ver con que te toque directamente. Paola verá cómo eres, Martín, y cuando lo haga, se dará cuenta de que se ha equivocado en su comportamiento hacia ti.

—A veces estoy convencido de eso último, otras, no estoy del todo seguro.

El camarero le dejó el café a Igor y los dos bebimos en silencio.

—Paola tuvo el mismo flechazo que tú, tío.

—Ya, pero son y serán demasiadas cosas. No sé.

—Y ahí estarás tú, al pie del cañón. Te conozco.

—No quiero retrasarme mucho para volver a la habitación, he aprovechado para bajar cuando se la han llevado para hacer las últimas pruebas de la cabeza. Al menos espero que lo sean. —Me bebí de golpe lo que quedaba de café.

—Tranquilo, yo voy directo al despacho. Tengo mucho trabajo por hacer —asentí—. Es Helen. —Me informó después de sacar el móvil y ver quién le había escrito.

—¿Te echa de menos? —Fruncí los labios.

Como respuesta, giró el teléfono para que leyera el mensaje.

Helen: *¿Vendrás a recogerme al trabajo? Estoy deseándolo. El único que me hace olvidar todo eres tú, o más bien el que lo consigue por las maravillas que me haces. He abierto los ojos pensando en lo de después de la cena de ayer y me he puesto cachonda, me encanta ser tu postre. Quiero ir a ver a Paola,*

podemos pasarnos por su piso por la tarde porque espero que le den el alta hoy.

—Haces demasiado bien tu trabajo por las noches —dije con un toque de humor.

—¿Qué puedo decir? Cuando me pongo es para triunfar. —Reímos.

—Te dejo tranquilo para que le respondas y empieces con la rutina. —Apoyé una mano en su hombro—. Subo a la habitación.

—De acuerdo. Me vas informando sobre Paola.

—Lo mismo te digo sobre el trabajo.

—Dalo por hecho —asintió.

Se terminó el café y salimos de la cafetería. Nos separamos con un abrazo de despedida y cada uno fuimos en una dirección.

Subí las escaleras, dirigiéndome a la habitación. Al llegar, Paola ya estaba de vuelta, sola, con el desayuno delante.

—¿Cómo ha ido? ¿Te encuentras bien?

—¿A ti qué te importa? Ni que fuese tu ex o alguien importante para ti.

—Paola, por favor. —Intenté frenarla de buena mañana, pero de poco me sirvió.

—¿Por favor? Encima que tengo que aguantarme con tenerte a mi lado en estas circunstancias, que me habéis obligado, y me dices que por favor. No veas si le echas morro al asunto, chaval.

La quería, me había enamorado en tiempo récord de ella, y por ese amor que sentía entendía que yo era el único culpable de la situación y de que estuviera así. Le había fallado, jamás debí permitir que las palabras de mi hija nos hubieran llevado a esto.

Tendría que haber actuado de otra forma, era muy consciente de ello, primero para frenar a Alma y dejarle las cosas claras, y por último para ir contra la madre, la verdadera culpable de toda la mierda que le había dicho a nuestra hija. Tamara era la que había provocado esta situación y ante los ojos de Paola, yo era el tonto que lo había permitido todo y que se conformaba, sin haberle dado el lugar que le pertenecía a ella.

Me había arrepentido muchas veces de no haber sido sincero, con respecto a que no todo era idílico en mi separación. Ni por asomo.

—Faltan muy pocos días para que pueda decirte lo que necesitas oír. Y espero y deseo que cuando llegue ese momento lo entiendas todo. Ahora mismo no puedo hacer más de lo que estoy haciendo, te lo aseguro.

—Pues vete y regresa dentro de esos días, cuando puedas contarme lo que dices que será tan importante.

—Entonces te darás cuenta de que hemos perdido el tiempo llevándonos mal.

—De verdad, no puedo con tus fantasías. Eres un embustero y lo has demostrado. ¿Crees que vas a engañarme para tenerme junto a ti hasta que llegue ese momento? Tal y como me den el alta, te pierdo de vista porque a mi casa no vas a entrar, que lo sepas.

—¿Ni por la ventana?

—¡Eres un idiota!

A pesar de la tensión, se le escapó una sonrisilla y a mí se me cayó la baba por completo, al ver que la curva de sus labios se la había provocado yo. Necesitaba que las barreras que había subido entre nosotros se fueran poco a poco desquebrajando.

—Pero soy tu idiota favorito, ¿a qué sí? —Carraspeé y fui a sentarme a un lado de la cama.

—Tú las confianzas, te las tomas muy a la ligera —me dijo por ponerme junto a ella.

—Paola, de verdad, con el corazón en la mano, aunque no me creas. Déjame cuidarte estos días, hasta el juicio de tu hermano. Te juro que, una vez que se celebre, ya no te molestaré más hasta que tú quieras.

—¿Por qué metes a mi hermano en esto?

—No lo he metido. —Solté el aire porque me costaba un mundo hablar con ella y llegar a un entendimiento sin tener que decir todo lo que por ahora no estaba dispuesto—. Solo te pido hasta el juicio, quedan muy pocos días.

—No me apetece estar a tu lado —concluyó.

—No te creo, Paola.

—¡Pero bueno! Te recuerdo que el señor Pinocho eres tú.

Empezamos a discutir, bueno, más bien ella a rebatirme todo lo que yo le decía. De esa forma nos encontró el médico que entró en

la habitación, dándonos los buenos días.

Después de hacerle varias preguntas sobre cómo se encontraba y de comunicarnos que los resultados de las pruebas que le habían hecho habían salido bien, le comunicó que, por su parte, le iba a dar el alta para que continuara haciendo reposo en casa, uno que debía tomarse muy en serio para evitar que la recuperación se alargara. En esto último insistió varias veces.

A Paola, como no, le pareció una idea genial porque estaba loca por irse del hospital. Le prometió al médico que iba a cuidarse y al poco tiempo de despedirnos de él, salí de la habitación cuando vino una enfermera para ayudarla a ducharse y a enseñarle el cuidado que debía tener cuando lo hiciera sola.

Aproveché para avisar a Isaac, así quedé con él para que viniera a recogernos en coche. Se llevó una alegría al saber que su hermana estaría pronto fuera y me dijo que en pocos minutos llegaba.

La misma enfermera sacó a Paola empujando una silla de ruedas hasta la entrada del hospital. En el camino le dijo que necesitaba unas muletas para tener ayuda extra, para ser independiente cuando no tuviese a nadie a quien recurrir. Antes de despedirnos de ella, le remarcó que no apoyara en el suelo el pie de la pierna escayolada, en ningún momento.

Entre la enfermera y yo ayudamos a Paola a sentarse en un banco que había cerca de la entrada y nos dejó solos.

—No tengo muletas —me dijo.

—Pararemos a comprarlas en el trayecto.

—Vale —susurró.

—Cariño. —Al escuchar la voz de Isaac, lo buscamos con la mirada.

Caminaba hacia nosotros con una gran sonrisa.

—Hermano. —Le sonrió con adoración Paola, al pararse frente a nosotros—. Soy libre.

—Ya lo veo y no sabes cuánto me alegro. —Se inclinó para abrazarla con cuidado—. Por fin, aunque estoy deseando que lo seas del todo. —Se separó, dándole un beso en la mejilla.

Le devolví el breve abrazo que me dio como saludo, del que no se perdió detalle Paola.

—Tengo ganas de llegar a mi piso.

—Esperadme aquí, voy a traer el coche. No sabía lo que tardaríais en salir y lo he dejado en el estacionamiento.

—Tranquilo —le dije.

Asintió sin perder la expresión de felicidad y nos dio la espalda. Cuando estuvimos los tres montados en el coche, le pedí a Isaac que fuese hacia una farmacia. Le comenté para qué y al parar en doble fila —porque era una zona muy complicada para aparcar—, me bajé del vehículo para comprar las muletas.

—¿Cuánto te han costado? —me preguntó Paola al verme regresar con ellas.

—Ahora te lo digo, en tu piso.

—¿Y qué te hace pensar que voy a dejarte subir?

—¡Paola! Ya vale —intervino Isaac—. Se ha quedado contigo, está poniendo todo de su parte y…

—¡Y te callas! No soy una niña pequeña y tomo mis propias decisiones, aunque tú tomaras la de encasquetármelo por toda la cara en el hospital. Y si quieres ajustar en mi piso —se dirigió a mí —, subes hasta el rellano, te hago un Bizum o una transferencia, y te vas —sentenció cruzándose de brazos y rebufando fuerte.

—Con dos cojones —murmuró Isaac, negando.

Durante el resto del trayecto ninguno de los tres dijimos nada. Isaac paró en un vado para ayudar a Paola con las muletas, y nos acompañó hasta su piso. Ni siquiera entró, se despidió de nosotros y nos dejó solos porque pasaba de movidas, aunque también era una manera de dejarle claro a su hermana que no aguantaba sus tonterías con respecto a mí.

Capítulo 21



Martín

—Pues bien, ya puedes darme la factura de las muletas —me pidió cuando se acomodó en el sofá con la pierna en alto y estirada sobre un cojín que acababa de ponerle.

—Quedan pagadas si me das un abrazo y dejas que me quede a tu lado.

—No, pero vamos, te lo digo más claramente: ¡Ni de coña!

—¿Y qué vas a hacer sola con la pierna así? ¿Si te mareas o te sientes mal de repente?

—Voy a estar muy tranquila, ¿te parece poco? Con las muletas puedo moverme y lo último no va a pasar, me encuentro perfectamente, sin contar lo obvio. Además, tú tienes que trabajar muy duro porque el juicio de mi hermano está muy cerca.

—Te recuerdo que es sábado y puedo trabajar desde aquí. No hay problema, solo necesito el portátil.

—Dios, qué cruz me ha caído contigo.

—No es lo que me decías días atrás.

—¡Tus mentiras lo han arruinado todo! ¡Antes no te conocía!

—No chilles, que no estoy sordo. Paola, voy a quedarme, lo quieras o no. Si quieres, llama a la policía para que me echen, es la única forma por la que saldré a la fuerza por la puerta, aunque si lo haces, ya veremos si eso no me desestabiliza para el juicio de tu hermano. —Entrecerró los ojos—. Entiendo cómo estás, comprendo lo que sientes porque te he fallado, en cierta forma y bajo tu punto de vista, pero tú no haces ni el mínimo intento por ponerte en mi situación.

»¿Acaso no te das cuenta de que si estoy aquí es por algo? ¿Te has parado a pensar en mi insistencia por mantenerme a tu lado? Olvídate de una vez de mi ex y de que puedo estar influenciado porque no es posible que esté con ella. Joder, eso es una puñetera mierda, una gran mentira y te aseguro que es lo último que querría. Nada me ata a ti, más que los sentimientos y mi necesidad de cuidarte.

»Nunca fuiste un polvo o los que fuesen, en ningún momento fuiste una distracción pasajera, ambas cosas puedo tenerlas en la calle cuando quiera, sin la necesidad de dar explicaciones ni de complicarme más allá del placer. Te quiero a ti, y es por eso por lo que estoy aquí. Me puedes juzgar por no haber sabido hacer las cosas, por no haberte dicho que la relación con mi ex es muy desagradable, por todo eso tienes derecho a echarme en cara lo que quieras.

»Pero ni se te ocurra volver a decir o a dejar caer con comentarios que no te quiero, ni mucho menos que sigo enamorado de mi ex y que deseo estar con ella. Te prometo que pronto te demostraré quién soy, lo descubrirás por ti misma. No soy el ser despreciable con el que te empeñas en compararme. ¿Un café? —pregunté cortando el instante de intensidad.

Fue un intento para que la conversación no continuara y por suerte lo conseguí, y no solo eso, sino que no me rebatió ni una palabra.

—Sí, por favor —murmuró cabizbaja.

Me dirigí hacia la cocina en silencio. No sabía si mis palabras habían surtido efecto, pero algo la habían calmado y por ahora era todo lo que necesitaba para darme por satisfecho.

Mi pasado, mi presente y mis averiguaciones, todo me llevaba a Tamara y no podía hacer nada para no joder a Isaac. Esa era la verdad, hasta el juicio me encontraba con las manos atadas.

Tamara iba a flipar en colores porque no solo iba a ir a por ella, sino también a por la custodia completa de nuestra hija. Tenía argumentos de peso para conseguirla y si quería jugar, aquí la esperaba después del juicio de Isaac.

Y Helen, esa amiguísima de Paola, esa cabrona que se creía intocable después de lo que había hecho… Esa, caería con todo el equipo. Que siguiera disfrutando del amor, ese que le iba a durar lo que quedaba hasta el juicio. Con Igor… de risa. Helen no tenía la suficiente clase como para conquistar a un tipo como mi amigo. Y no, no me estoy refiriendo al nivel económico ni lo que se os pueda haber pasado por el pensamiento; el tema iba más allá.

Había muchas cosas en juego, demasiadas, y tenía que mantener la cabeza centrada y la situación a raya. Yo no era el mentiroso en esta película, aunque era lo que parecía. Lo era Helen, ella era quien no se merecía estar al lado de personas como los dos hermanos.

Por desgracia, no solo Isaac se había visto afectado, Paola entraba en el mismo lote, la mujer de la que se suponía que debía mantenerme cerca, pero no enamorarme. Ese pequeño detalle y

grandioso a la vez, era en lo único que había fallado porque no tardé en tener sentimientos hacia Paola.

Inevitablemente, la amaba con todo el corazón y no me arrepentía ni de un solo instante compartido con ella. Sabía cómo era Paola, lo nuestro era una realidad entre el caos que nos rodeaba.

Cuando terminé de preparar los cafés, regresé junto a ella. Tenía la mirada perdida en el televisor apagado.

—Aquí tienes el café. —Se lo puse sobre la mesa baja frente al sofá—. ¿Qué te apetece que pida para comer?

—Que venga un repartidor y te lleve —respondió, pero sin tanta fuerza como acostumbraba al intentar librarse de mí.

—¿Quieres algo en especial? —insistí, ignorando su comentario.

—Me da igual. Mira en la nevera y haz lo que quieras.

—Voy a pedir a domicilio.

—Pues lo que pidas estará bien, me adapto a todo.

Le di un sorbo al café mientras sacaba el móvil. Justo en el momento en el que iba a abrir la aplicación, me llegó un mensaje de Julio, el investigador privado.

Julio: *Confesión hecha. La tengo en mi poder. El lunes nos vemos en tu despacho a las diez.*

Tuve que contenerme delante de Paola para no reflejar la alegría que sentí. Era la última baza que necesitábamos para incriminar en

este juicio a todos los implicados, cambiando el rumbo del caso para que Isaac pareciera la víctima que en realidad había sido.

Se me erizó la piel. Se iba a hacer justicia y no solo limpiaría el nombre del hermano de Paola ante el mundo, sino también el mío ante ella. La persona que más quería a mi lado de este mundo.

—Si estás pensando qué pedir, propongo *pizza*. —Se decantó al final.

—Claro. —Le sonreí.

Me olvidé del trabajo y de lo que había de puertas hacia fuera del piso y pedí nuestra *pizza* favorita. Lo hice con una sensación totalmente diferente, convencido de que teníamos el final a nuestro alcance. Estaba que no me lo creía, me hubiera encantado compartir mi felicidad con Paola y con el mundo entero, gritándolo a los cuatro vientos, pero contuve todas las emociones y me mostré lo más normal posible.

Me senté al otro lado del sofá, mientras nos tomábamos los dos los cafés. Al cabo de unos veinte minutos, cuando nos trajeron la *pizza*, se animó a pedirme un refresco, unas patatas chips y añadió que sacase lo que me apeteciera para acompañar la comida.

No es que me hablase con la sonrisa en la cara, pero al menos se dirigió a mí con un buen tono de voz y lo más importante, había aceptado que estuviera a su lado por el tiempo que fuese. Obviamente, podía cambiar de actitud en cualquier momento si le daba de nuevo el arranque de querer echarme del piso.

Mis pensamientos iban todos dirigidos a que el tiempo pasaba y cada vez nos acercábamos más al punto en el que cada uno se pondría en su lugar. Estaba deseándolo para ocupar junto a Paola el que yo me merecía. Sin información oculta, viviendo a su lado

nuestra historia que había quedado pausada. Joder, nos queríamos, eso era una gran verdad, y no podía darse de otra forma.

Mientras comíamos, mantuvimos la misma calma, en un silencio cómodo. Al poco de terminar de comer, Paola se quedó dormida en el sofá y yo fui a la cocina a prepararme un café. Me lo tomé en el balcón, donde le escribí un mensaje a Igor para que me hiciera el favor de traerme el portátil. Lo pillé a punto de salir de su casa, por lo que me dijo que no tardaría en ir a mi ático y acercármelo. Tenía un juego de llaves, así que no había problema.

Estuve repasando mentalmente toda la información de la que disponía para el juicio, y pensando en todas las ideas que me venían a la mente, hasta que recibí el mensaje de Igor avisándome de que había llegado. Al entrar en el salón, Paola continuaba dormida y me moví lo más sigiloso posible. La tapé hasta la cintura con una manta fina y salí del piso con las llaves, al igual que del edificio.

—Gracias. —Le sonreí al colgarme el maletín con el portátil que me dio.

—No digas tonterías. —Sacudió la cabeza—. ¿Qué tal con Paola?

—Hemos tenido un breve intercambio de palabras y por el momento está tranquila.

—Vamos, que has conseguido tu propósito. —Sonrió con picardía —. Como lo daba por hecho, te he traído más ropa y lo que creo que necesitarás.

Caminó hasta el maletero, del que sacó una bolsa de viaje de tamaño pequeño.

—Joder, menos mal, no me he acordado.

—Para eso estoy yo. —Cerró el maletero y me ofreció la bolsa, la que me colgué en el mismo hombro.

—Julio me ha escrito para decirme que ya tiene la confesión que necesitábamos.

—¡No fastidies! ¡Por fin todo pinta bien! —dijo animado, apretándome un hombro— Estamos cerquísima de desmontarlo todo, Martín.

—No sabes cómo lo estoy deseando, la situación me supera por momentos.

—Todo irá bien, y tú estás capacitado para esto y mucho más.

—Tienes demasiada fe en mí —negué sonriendo.

—Pues sí, pero es la que te mereces. —Me hizo un guiño.

—Voy a subir ya, Paola se ha quedado dormida en el sofá y si se despierta no quiero que se vea sola.

—Ve tranquilo, yo voy al despacho. Me llevará un par de horas terminar por hoy.

—De acuerdo, que vaya bien.

Nos dimos un abrazo y cuando se montó en el coche me dirigí hacia el portal. Al entrar en el piso, me lo encontré como lo dejé, Paola continuaba dormida. Llevé la bolsa con mis pertenencias a una de las habitaciones y ocupé la mesa del salón, donde me puse a trabajar con el portátil.

Llevaba un buen rato concentrado, cuando una de las tantas veces que giré la cabeza para mirar a Paola, la encontré con los ojos abiertos, observándome. Le sonreí mientras me incorporaba.

—¿Te apetece algo?

—Un cafelito estaría bien, pero puedo ir yo. Estabas muy concentrado y en algún momento tendré que empezar a moverme sola.

—Por hoy tómatelo con calma, no tienes nada mejor que hacer. Estaba a punto de desconectar un poco para hacerme uno.

Satisfecho por su comportamiento, fui a la cocina y los preparé, añadiendo en un plato unas galletas que sabía que le gustaban mucho. Me senté a su lado para tomarme el mío, mientras nuestra calma parecía que continuaba estable.

A estas horas, Igor ya debía estar entreteniendo a Helen para quitarle la idea de venir hoy a ver a Paola, lo que era muy de agradecer porque lo único que conseguiría con su presencia y con sus comentarios era un cambio en la actitud de Paola que yo no quería ni necesitaba. Estaba convencido de que no aparecería por aquí, aunque estaba claro que al día siguiente no me libraría. Vendría, era inevitable, pero cuanto más retrasase el momento, mejor para mí y para nuestra tranquilidad. Necesitaba continuar con mi paz mental y alargarla el máximo tiempo posible.

Así fue, la tarde transcurrió tranquila y a la hora de la cena pedimos comida china. Se le antojó a Paola y quería corresponderle a cualquiera de sus deseos, independientemente de que a mí también me apetecieran. Conseguí que me hablara de cualquier tema, aunque en algunos instantes se mostrara rehacía. No volví a escuchar de sus labios que me marchase, íbamos avanzando.

A la hora de dormir, la ayudé a ir hacia la habitación, donde la dejé sentada en la cama para quitarse la ropa que Isaac le llevó para salir del hospital. Todavía la llevaba puesta, pero porque era cómoda y porque por la escayola estaba más limitada. Su hermano tuvo una gran idea en cortar la pierna de un pantalón de deporte viejo.

—Cualquier cosa que necesites, llámame, te escucharé sin importar la hora que sea. Buenas noches.

—Gracias —susurró—. Igualmente.

Satisfecho por cómo se estaba dando todo entre nosotros, hasta con el más mínimo cambio, entré en la habitación de al lado.

La tenía muy cerca, pero a la vez muy lejos para mi gusto, pero la esperanza era una llama que mantenía muy viva porque todo iba mejor entre los dos, y terminaría por estar perfecto. Paola todavía no era consciente de lo que desearía estar conmigo, de corazón. No faltaba mucho para que la investigación del caso de su hermano pusiera todo en su sitio, era cuestión de tiempo, de muy poco.

Capítulo 22



Martín

Por fin había llegado el lunes. Me había despertado nervioso y deseoso por tener en mi despacho la reunión con Julio. Necesitaba escuchar la confesión que había conseguido y que nos explicara cómo se había dado todo, para saber a lo que atenerme.

Todavía era temprano, pero no pude esperar tumbado en la cama. Me levanté y salí de la habitación, para entrar en el baño del pasillo con la ropa que iba a ponerme después de la ducha. Me recreé bajo el agua, pensando en todo fríamente, como debía ser cuando había tantas cosas en juego.

Era un día esperanzador y uno menos para el gran día, ese que ya podía casi sentir y en el que estaba dispuesto a cerrar varios capítulos que habían desembocado en el mismo camino, por sorprendente que fuera.

En cuanto estuve vestido, salí del baño y me asomé con cuidado a la habitación de Paola. La noche anterior dejé la puerta entreabierta y comprobé que seguía dormida. Al menos la postura no le había resultado tan incómoda como para no poder descansar, aunque el calmante que se tomó después de cenar seguramente también favoreció a que lo consiguiera.

Eran las siete y cuarto de la mañana y al no poder quedarme quieto, fui a la cocina a preparar el primer café del día.

Fui al balcón a tomármelo, acompañándolo con un cigarrillo, mientras calada tras calada, mi mente recreaba una y otra vez cómo se habían tornado las cosas. Los comentarios desafortunados de mi hija habían llevado a Paola a la confusión con la que estaba intentando luchar desde aquel momento, para que viese que la realidad no tenía nada que ver con las palabras que escuchó de boca de Alma. Había sido un dolor de cabeza, y al principio pensé que no tendría la oportunidad de ponerle solución.

No se trataba de las mentiras que yo le había dicho a Paola, o de la información irreal que le había proporcionado, sino de la trama que había detrás de los últimos acontecimientos de su vida y que afectaban a todos. Qué gran verdad es que la realidad en muchas ocasiones supera a la ficción, esta era una de ellas, y no podía dejar de preocuparme por la reacción de Paola y por cómo se quedaría al conocer la verdad. Iba a ser muy duro para ella, aunque lo contrarrestaría con la inocencia y la libertad de su hermano.

El día anterior fue muy llevadero, no había sido un domingo lleno de peleas ni de reproches por parte de Paola. Incluso cuando vinieron Helen e Igor a verla, me llevé una muy grata sorpresa. No fueron pocas las veces en las que Paola carraspeó ante los comentarios de su amiga hacia mí cada vez que Helen soltaba alguna pulla directa a menospreciarme o a hacerme daño. Paola me defendió sin que parecería que lo hacía abiertamente, aunque Igor y yo lo percibimos claramente. Con esos detalles y con su actitud, me demostró que ya no estaba en pie de guerra conmigo, y que algo muy importante había cambiado para ella con respecto a mí.

Eso sí, cada vez tenía a Helen más crucificada. Aguanté estoicamente tenerla cerca, pero, como entenderéis, desde mi punto

de vista era lo más lógico. Tenía unas ganas enormes de que saliera de una vez por todas de nuestras vidas, y no veía el momento de que eso sucediera.

Ayer también vinieron Isaac y Marta, quienes se quedaron a comer con nosotros. Trajeron unos cartuchos de pescado frito y varias cosas más a las que no pudimos resistirnos.

Isaac sabía manejar muy bien a su hermana, y le cortaba rápido las tonterías, aunque repito, el domingo había sido muy tranquilo y se notó que Paola colaboró para que fuese así, poniendo de su parte. Isaac y yo intercambiamos varias miradas, en las suyas vi la satisfacción de que todo estuviese cambiando y todo lo que yo estaba haciendo para que pasara.

En algunos momentos en los que estábamos solos, cuando Paola se sentía frustrada por tener la pierna inmovilizada, se le soltaba la lengua y hacía algún comentario para invitarme a irme de su piso. Pero, como digo, era desde el agobio y la impotencia que sentía en esos instantes puntuales; más que nada porque era evidente. Aun sabiendo que se debía a eso, todavía teníamos muchas cosas que limar… pero todo a su tiempo.

Obviamente, las dos noches dormí en la habitación de al lado. Una cosa era que ella estuviera menos dura y más receptiva, y otra muy diferente que me permitiera ciertas libertades. Pero al menos estábamos bajo el mismo techo y nos tratábamos con cordialidad. No llegábamos a demostrarnos cariño abiertamente, aunque yo, en cada gesto y acto, se lo demostraba porque me salía de forma natural. Y sabía que ella lo recibía de esa forma.

Los hematomas que tenía por el cuerpo habían perdido un poquito de intensidad, pero todavía eran bastante escandalosos a la vista y me jodía, a la par que me dejaban pensativo, refiriéndome siempre a los que eran visibles, porque no dudaba de que tenía por muchas

más zonas que por el momento tenía prohibidas. Se movía bastante bien con las muletas, pero se cansaba enseguida. Teniendo en cuenta que tenía el cuerpo dolorido, era lo más normal.

El viernes definitivamente era el juicio, solo faltaban cuatro días que esperaba que pasasen volando. Necesitaba que llegara ese día como agua de mayo.

—¡Martín!

Su llamada me hizo salir de mis pensamientos y me dirigí hacia su habitación, dejando la taza casi vacía encima de la mesa baja frente al sofá.

—Buenos días, preciosa —dije encendiendo la luz.

—Necesito ir con urgencia al baño y no llego a las muletas, las dejaste muy lejos —soltó un suspiro.

—Vamos. —Me acerqué para ayudarla a levantarse y se las di para acompañarla hasta el baño.

—¿Me vas preparando un café? Hueles a cafeína y a cigarrillo.

—Eso pensaba hacer. —Le hice un guiño.

—No me hagas ese guiño que una cosa es que permita que estés aquí hasta el juicio y otra que me vayas a volver a dar coba. —Se refirió a engañarla.

—Vale, vale, con esperar al juicio me doy por satisfecho.

—No sé por qué insistes en eso. —Bufó—. ¿Te crees que porque hagas un buen juicio te voy a creer? ¿Que todo se solucionará entre

nosotros después de ver tu gran actuación para que mi hermano sea libre? —Me sacó el dedo haciéndome una peineta antes de cerrar la puerta del baño.

Contuve a tiempo una carcajada, por lo visto se había despertado con energía y el día se presentaba movidito, aunque a mí no me engañaba. Esos gestos eran como una provocación por los nervios que tenía, más que una ofensa. No sabía o no podía controlar lo que sentía hacia mí, y a ello se le sumaban los nervios por su hermano y por el juicio. Para Paola la situación era totalmente diferente, al igual que lo que estábamos atravesando. La entendía más de lo que ella podía llegar a imaginarse.

—No se trata del juicio, sino del momento —le respondí desde el otro lado de la puerta del baño.

Salí de la habitación para prepararle el café, junto a unas tostadas que se encontró sobre la mesa alta del salón.

—He de salir un rato, tengo una reunión en el despacho —le comenté.

—Alabado sea el Señor —dijo acomodándose en la silla, después de dejar las muletas apoyadas en la mesa.

—Me llevaré las llaves.

—Sí, hombre, ni que fueras alguien de confianza. —Se rio mientras volteaba los ojos.

—Me da igual lo que digas y cómo te pongas, no quiero que te levantes para abrirme cuando vuelva.

—Lo primero, puedo hacerlo perfectamente, y lo segundo, ¿quién te dice que podrás entrar? Lo mismo te lo impido.

—No lo harás, ni siquiera lo intentarás, porque si lo haces, echaré la puerta abajo. Por eso me agradecerás que me lleve las llaves, lo que te repito para que te vayas haciendo a la idea.

—¿Me traes el pan y una tarrina de mantequilla? También un paquete de cigarrillos. —Lo asumió por completo.

—Claro. ¿Algo más?

—No sé… quizá podrías traer algo distinto para el almuerzo.

—¿Algún antojo en especial?

—Tengo ganas de alitas de pollo fritas. —Se relamió los labios y se me escapó la risa.

—Las hago riquísimas con pimienta y limón. —Arqueé la ceja esperando su respuesta.

—¿En serio? —asentí— Pues ya tienes el plan para la comida, solo te falta comprarlas. —Se encogió de hombros.

—Lo haré gustosamente. También compraré una botella de salmorejo y unos taquitos de jamón, así acompañamos las alitas.

—Suena bien —murmuró con la vista fija en el café.

—Come tranquila, cuando termines, nos fumamos un cigarrillo en el balcón y después te acomodas en el sofá.

—Vale —susurró—. ¿Ya has desayunado?

—No, por ahora no me apetece.

Le di espacio. Fui a la cocina a prepararme otro café y me lo tomé apoyado en la barandilla del balcón. Al cabo de unos minutos, me giré cuando escuché cómo arrastraba la silla y la vi acercarse despacio con las muletas. Compartimos el momento en silencio.

Cuando estuvo cómoda en el sofá, llamó a Isaac para preguntarle cómo tenía los nervios por la proximidad del juicio. Estuvieron hablando del tema poco tiempo y cuando Paola le comentó que iba a estar sola, su hermano no dudó en decirle que no se quedaría sola. Antes de irme, pasados unos quince minutos, vino al piso con Marta. Ellos sí que no me reprochaban nada, todo lo contrario. Marta continuaba actuando conmigo con el mismo respeto de siempre, y haciendo las mismas bromas, cosa que agradecía inmensamente.

Al final, no me llevé las llaves porque esperarían a que regresase. Me iba mucho más tranquilo porque, aunque a veces Paola parecía manejar bien las muletas, en otras se notaba que aún no era muy hábil con ellas. Me daba miedo que acabara en el suelo, ya sería lo que faltaba, que se hiciera más daño del que precisamente estaba intentando recuperarse.

Me despedí de los tres, y bajando en el ascensor, le envié un mensaje a Igor, para avisarle de que estaba en camino. El trayecto fue breve al no pillar la hora punta del tráfico, mucho más rápido de lo habitual.

Cuando entré en mi despacho, Igor me esperaba dentro, visiblemente nervioso. Nos dio poco tiempo a hablar cuando sonaron varios golpes en la puerta, a la que me dirigí para abrirle a Julio.

Después de los saludos, nos repartimos entre el sofá que había en un lateral del despacho y las sillas. Julio nos puso al día de su

trabajo, de cómo le fue para conseguir la confesión, de la que nos dio todos los datos y los detalles.

Capítulo 23



Martín

—Eres un *crack*, Julio, un puto *crack* —le dijo Igor con toda la confianza que se tenían.

—Solo había que esperar el momento adecuado, y ya os dije que sería a tiempo.

—Nunca nos fallas. —Sonreí por lo feliz que estaba con el trabajo que había hecho.

—Me gusta mi trabajo, y más hacerlo para vosotros. —Me hizo un guiño—. Aquí tienes.

Me dio el dispositivo que sacó de un bolsillo, comentándome que ahí teníamos todo lo que necesitábamos para completar nuestro trabajo. No encontraríamos nada nuevo a lo que nos había contado, pero era vital para presentárselo al juez.

Me levanté de la silla para ocupar la mía frente al escritorio y encendí el ordenador. En cuestión de segundos, le preparé la factura por sus servicios y, de inmediato, le transferí el dinero. En cuanto lo tuvo todo en su poder, nos despedimos hasta la próxima vez que nos viéramos o habláramos por teléfono. No tardaría en suceder: yo

estaba trabajando en varios casos más, y seguramente aumentarían con el paso de los días, según el nuevo trabajo que llegara a nuestras manos y aceptáramos.

—Ahora sí que pinta bien —dijo Igor, cuando nos quedamos solos.

—Así es, me parece mentira… deseaba tanto que llegara este momento. —Me pasé una mano por el pelo.

—Ya lo tienes, tío. —Sonrió con satisfacción.

—Lo tenemos. —Le rectifiqué.

—Correcto, y voy a celebrarlo por todo lo alto, esta noche no pienso escatimar en nada. —Rio al ver mi expresión—. Creo que a ti te queda todavía un poco para poder decir lo mismo. —Frunció los labios.

—No me toques las narices. —Sacudí la cabeza.

—Tranquillo, llegará, pero hasta que eso suceda, ya me encargo yo de disfrutar por ti. —Esta vez el que se rio fui yo.

Apagué el ordenador y salimos de mi despacho, que dejé cerrado con llave. Me sentía eufórico, más que satisfecho, pero me esforcé por contener todas las emociones. Nunca daba nada por sentado ni me anticipaba a los resultados, a pesar de que lo tuviese todo a mi favor. Me gustaba ser precavido hasta el final; la templanza formaba parte de mí, porque siempre he creído que adelantarse a los acontecimientos podía, de algún modo, perjudicar lo que tenía entre manos. ¿Una vez finalizado el juicio? Entonces sí, dejaba el camino libre a la adrenalina de haber conseguido mi propósito, y más aún en este caso, en el que me jugaba demasiado.

Me despedí de Igor en el estacionamiento, dispuesto a llegar al piso de Paola para terminar de preparar el juicio con la nueva información de la que disponía. Daría la estocada final ante la sorpresa de muchos. Antes de separarme de mi amigo y socio, le di la prueba que me había entregado Julio. Era lo último que iba a hacer Igor de trabajo hoy, llevarla al juzgado para entregarla.

Estábamos dentro del plazo y no tendríamos problema para que el juez la aceptara, sobre todo porque ya le habíamos advertido, al entregarle una parte de la prueba, que estábamos esperando a completarla para que fuera más verídica. El juez nos comentó que no nos preocupáramos y nos dio la opción de presentarla en cuanto la tuviéramos.

Nada más montarme en el coche, me dirigí al estanco más cercano para comprar varios paquetes de tabaco, aunque en la zona también me hice con algo que iba a gustarle. Después, fui al supermercado para comprar las alitas de pollo, el salmorejo y los tacos de jamón, aparte del pan y la tarrina de mantequilla que me había pedido expresamente Paola. También apunté mentalmente en la lista, meter en el carro: helados, café, leche, embutidos y algunas cosas más para que Paola no tuviese que preocuparse de que le faltara algo durante días. Además, pensé en algún capricho extra porque era muy golosa y, aunque no me lo hiciera saber cuándo lo viera, sabía que me lo agradecería y se le haría la boca agua.

Tardé más tiempo en el supermercado que en el despacho porque, a pesar de ser lunes y media mañana, había bastante gente en los pasillos y tuve que hacer una cola larga para llegar a la caja. Cargué con todas las bolsas, tanto al llevarlas al coche como al subirlas en el ascensor. Una vez estacioné cerca del edificio de Paola y entré. Isaac, que me esperaba con la puerta abierta del piso, me ayudó a llevarlas a la cocina.

—Pues sí que vienes cargado —me dijo Marta al seguirnos.

—Es más volumen que otra cosa.

Saludé a Paola antes de desaparecer en la cocina. Me correspondió en silencio, levantando una mano. Empecé a colocar toda la compra con ayuda de los chicos, a los que me tomé la libertad de invitarlos para que se quedaran a comer con nosotros. Me lo agradecieron, pero rechazaron la invitación, ni siquiera conseguí convencerlos al comentarles lo que iba a preparar para comer.

Paola y yo nos despedimos de su hermano y de Marta en el salón, quedando en vernos muy pronto.

—Aún faltan dos horas para comer. He comprado helado, ¿te apetece o prefieres algo diferente? —le pregunté apoyando el hombro en la puerta, después de cerrarla.

—Un helado —aceptó rápido con cara de felicidad, y sonreí.

Me impulsé separándome de la puerta y le coloqué los dos paquetes de tabaco sobre la mesa baja, frente al sofá.

—Gracias —susurró—. ¿Me traes el cenicero?

—Claro. Cenicero y helado. —Le hice un guiño.

Intentó poner cara de asco ante mi gesto, como rechazándolo y resistiéndose, pero no le salió bien y no fue creíble. Un punto más para mí, por el que contuve la diversión ante ella.

No tenía ni idea del poder que ejercía sobre mí cualquiera de sus actitudes, tanto para lo bueno como para lo malo. No se lo podía imaginar, no, ni mucho menos cuánto la amaba, como nunca a nadie

amé, por mucho que ella pensase que quedaba algo en mí de mi matrimonio. Nada que ver con la verdad.

Tenía en mi poder todo lo que necesitaba para que saliésemos de esta situación con la verdad en honor a Isaac, pero también una verdad que me beneficiaría de manera indirecta porque me había tocado colateralmente. Estábamos en el mismo barco e íbamos a llegar al final unidos e ilesos, llevándonos por delante a todos los que se merecían ser señalados. Precisamente esos serían los náufragos de esta historia y no nosotros, cosa que se pensaban que sería a la inversa, porque nos hacían ya a la deriva.

Le di el cenicero y fui a buscarle el helado. Una vez lo tuvo todo, ocupé la mesa alta del salón y empecé a trabajar. Paola se fumó tranquila el cigarrillo, mientras encendía el televisor y empezó a ver una serie. Apartó el cenicero cuando terminó de utilizarlo y continuó con el helado. Todos sus movimientos los vi de refilón, ni siquiera me atreví a mirarla directamente cuando sacó la lengua para lamer el helado y escuché su gemido de placer ante la textura y el sabor.

Tragué saliva y fijé la vista en la pantalla del ordenador, en un intento por concentrarme en el trabajo. Al final lo conseguí, aferrándome a que era lo más importante en ese instante, por el bien de todos. Cuando me quise dar cuenta, había pasado una hora y media. Fue entonces cuando apagué el portátil y me levanté de la silla.

Le dije que iba a hacer la comida y con su «vale», desaparecí para ella en la cocina. Preparé las alitas de pollo y mientras se hacían, eché en dos cuencos el salmorejo con los tacos de jamón.

A la espera de que llegara el momento de apagar el fuego, cogí de la encimera un mikado, eso es lo que había comprado en una tienda cercana al estanco. Lo preparé y salí al salón con él. En cuanto Paola me vio, en sus labios apareció una sonrisa preciosa, mientras me

seguía con la mirada. Lo coloqué al lado del jarrón de flores y de las velas que tenía sobre la mesa.

—Huele a vainilla —dijo, refiriéndose al aroma.

—Es de vainilla y caramelo —le aclaré.

—¿Dónde lo has comprado?

—En la casa de los aromas del hogar, a dos locales del estanco que tenía más cerca en el recorrido hasta el supermercado.

—Nunca he entrado. Ahí valen el triple, pero la verdad es que es una pasada como huele. Merece la pena.

—Te he comprado otro con aroma floral, lo he dejado en la encimera de la cocina. Ya lo pondrás donde quieras en otro momento, para no mezclar los olores.

—Gracias —susurró.

—No hay de qué. Sigo con la comida, le queda poco. —Le devolví la sonrisa.

En cuanto las alitas estuvieron listas para comer, las saqué del fuego y lo apagué. Preparé la mesa baja frente al sofá, evitando mirarla directamente, mientras notaba cómo ella no apartaba la vista de cada uno de mis movimientos. Una vez lo tuve todo colocado sobre la mesa, me senté a su lado en el sofá.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, girando la cabeza.

—Que te tengo de criado —respondió con tono divertido.

—¿Y lo hago bien?

—Por ahora sí, no tengo ninguna queja. —Se encogió de hombros —. Tampoco te he sacado mucho de quicio.

—Tienes razón. Estás portándote adecuadamente.

—¿Sabes? —habló en tono más bajo y por unos segundos pensé que no continuaría. Se quedó callada, pero retomó sus palabras observando la comida— Me da rabia sentir este rechazo por ti, porque, aunque no me creas, me siento mal actuando tan fríamente contigo. Sé que no eres mala persona, Martín, solo que conmigo no fuiste bueno o no supiste actuar como me merecía.

—Tampoco he sido malo. —Carraspeé.

—No has sido correcto ni justo —dijo pensativa—. Me he llevado un gran palo y una decepción contigo, quizás porque tenía las expectativas demasiado altas. A lo mejor ese es el problema. Pero, independientemente de cómo me siento, eso no quita que has estado conmigo, aguantando mi estado y mi carácter, sin que te importara otra cosa más que cuidarme.

»No te estoy diciendo que vaya a volver a caer en tus brazos, porque una y no más, Santo Tomás, pero gracias por cómo te estás portando ahora, y desde el accidente. —Se sinceró—. No sé cómo explicarlo mejor. —Rio nerviosa.

—Todo irá bien, Paola. Te demostraré que nos deberemos un café.

—¡Anda! ¡Como si no nos los hubiésemos tomado durante el fin de semana! Todos los que hemos querido y más.

—Ya lo entenderás…

Capítulo 24



Martín

Y por fin llegó el viernes. Ya tenía varios cafés en el estómago desde que me había despertado temprano. Paola estaba terminando de arreglarse en su habitación; la había escuchado maldecir varias veces, seguramente al no saber qué ponerse con la escayola, o quizás por la dificultad de vestirse con ese adorno que decoraba su pierna.

Todas las veces que me asomé a su habitación durante la noche, la vi dormida profundamente. Parecía que estaba tranquila y esa sensación me hacía sentir bien, porque significaba que confiaba en mí y la preocupación por su hermano no era tanta. Mis palabras tranquilizadoras del día anterior tenían mucho peso en cómo se encontraba ella. Yo apenas había podido dormir, la adrenalina por el juicio y lo que sucedería hoy, me habían tenido con la mente hiperactiva.

Faltaba muy poco para que el espectáculo empezara, y me podían las ansias de que llegara ese momento. Había repasado mentalmente todo lo que había preparado para la defensa de Isaac, aunque sabía que no tendría que molestarme mucho para conseguir que saliera indemne de la falsa acusación.

—¡Martín!

Fruncí los labios al escuchar cómo me llamó, gritando.

—¡Voy! —Le correspondí de la misma forma.

Llevé la taza vacía al fregadero y fui hacia el pasillo, el que recorrí hasta la puerta de su habitación. Empujé la puerta y al abrirse, la vi de pie en el centro de la habitación, sosteniéndose con una muleta.

—¿Qué tal? ¿Voy bien así? —me preguntó nerviosa.

—Estás preciosa —le respondí con sinceridad.

Era una realidad para mí, independientemente de lo que llevara puesto. En esta ocasión, había elegido una camisa sin mangas que se entallaba a su figura y con adornos bordados, junto con una falda tejana que le llegaba por encima de las rodillas y que le dejaba libertad para la escayola.

—¿De verdad voy bien? —insistió dudando, mientras se giraba hacia el espejo de cuerpo entero— Yo no estoy acostumbrada a estar en juicios, como tú. ¡Qué digo! ¡Lo de no estar acostumbrada se queda corto! —Bufó.

—Te aseguro que estás perfecta, Paola —reafirmé mis palabras.

—Vale —soltó un suspiro—. Por cierto, recuerda que tienes que llevarte tus cosas porque tu estancia en mi piso finaliza hoy.

—Ya lo he recogido todo. —Le hice un guiño.

Fue un gesto desenfadado, como si no me importara, cuando en realidad lo hacía, y mucho. No me pasó desapercibido el cambio en

su expresión, aunque intentó disimular y fue breve. Fue un pequeño desliz que corrigió, pero lo vi. Me dejó claro que no esperaba mi respuesta, quizás quería que yo continuara insistiendo o que le pusiera alguna excusa para compartir durante unos días más mi tiempo con ella. Paola no tenía ni idea de cuánto lo deseaba, se había tomado en serio mi «ya lo he recogido todo», como si tuviese ganas de irme y no regresar.

A partir de hoy, no iba a ponérselo tan fácil, creo que me merecía que después de la celebración del juicio, fuese ella la que luchara un poco por mí, como no había dejado de hacer yo respecto a ella. Quería, o más necesitaba, que llegara al punto de que se diera cuenta de la realidad y de que fuese ella la que me dijese, que nos debíamos un café, para hablar calmadamente de nosotros, de la situación, de todo lo que quisiera.

A pesar de que parecía decidido al recoger mis cosas del piso y dejarlas junto a la puerta principal, no estaba completamente seguro. Mientras la observaba absorto frente al espejo, sabía que Paola iba a derrumbarse y que no lo iba a llevar bien. La necesidad de estar a su lado, de ofrecerle consuelo y apoyo, era muy fuerte, pero también entendía que debía priorizarme a mí mismo, aunque eso me doliera.

Todo lo que creía seguro iba a desmoronarse en poco tiempo, sobre todo por alguien que ni por asomo esperaba, la misma persona que hoy se sentaría en el banquillo y que me iba a encargar de dejarla aún más al descubierto ante todos. Paola no tenía ni idea de que desde el día anterior su amiga estaba detenida para garantizar el juicio y la inocencia de Isaac, para pasar hoy a disposición judicial. Se sentaría cerca del juez, y yo tendría la oportunidad de enfrentarme a ella cara a cara con ella, algo que estaba deseando hacer para desenmascararla.

Igor por fin se había librado de la carga de representar el gran papel que había fingido hasta el final, lo había bordado porque nadie dudó de él, mientras derrochaba complicidad, deseo y cariño hacia alguien a quien tenía sentenciada desde el inicio. Como él mismo me dijo de madrugada, en una llamada que me había hecho, había valido la pena para llegar a este día y dentro de lo malo lo había disfrutado porque le atraía físicamente.

Contándolo así y visto desde fuera, puede parecer frío y poco ético, acostarse con alguien y cruzar ciertos límites solo para conseguir un propósito, pero ella lo buscó repetidamente, sin la promesa de algo más que disfrutar del sexo y del placer. No me daba ninguna pena, porque si empiezo a hablar de malas acciones y personas, os aseguro que mi amigo no está en esa lista.

—¿Nos da tiempo a tomarnos un café?

Me giré hacia la corredera del balcón, había salido a que me diese un poco el aire mientras esperaba a que Paola estuviera lista para salir.

—Por supuesto. —Caminé despacio hacia ella—. Tenemos tiempo de sobra, aún es temprano. Lo preparo, pero te aconsejo que sea el primero y el último hasta que termine el juicio, así no te pondrás más nerviosa.

—Más de lo que estoy es imposible. —Cogió una bocanada de aire —. He pasado la noche tranquila, pero en cuanto he abierto los ojos… —Hizo una mueca—. Con café o sin él, me dan ganas de marcarme un taconeo, incluso con la escayola.

—Para taconeos estás tú —negué—. Anda, siéntate en el sofá que veo que vas a terminar en el suelo en cualquier momento. Te tiemblan las muletas.

—¿De verdad no tengo que preocuparme por mi hermano? —Me miró a los ojos.

—Te lo aseguro, confía en mí —respondí serio y asintió de la misma forma.

La seguí cuando se dio la vuelta para ir al sofá. Esperé a que se sentara y luego me dirigí a la cocina. Preparé dos cafés para tomárnoslos juntos y regresé a su lado.

—¿Has hablado con Igor?

—Sí. —Me llevé la taza a los labios.

—¿Te ha dicho por qué no me responde Helen? Le he escrito varios mensajes y la he llamado, pero no sé nada de ella en un día tan importante como hoy.

—Me comentó algo de que se le había estropeado el móvil, no tardarás en verla en el juzgado.

—¿Va a ir al final? La última vez que hablé con ella quería acompañarme, pero noté que dudaba. No le di importancia porque las dos estábamos nerviosas.

—Asistirá, no tengo dudas sobre ello. —Carraspeé, antes de beber un sorbo del café.

—Vale. —Sonrió contenida, pensativa.

Mientras disfrutábamos de nuestros cafés en silencio, yo repasaba mentalmente los pasos que debía seguir en el juicio, asegurándome de que fueran muy claros y directos.

—¿Preparada? —le pregunté cuando abrí el mensaje que acababa de recibir de Isaac.

—Sí —dijo nerviosa.

—Pues vamos, tu hermano y Marta ya nos están esperando abajo. —Me levanté del sofá y le quité la taza vacía, llevándola junto a la mía a la cocina.

Al volver al salón, ya estaba junto a la puerta, la que le abrí para que saliera primero. El ascensor se llenó de tensión, Paola la desprendía, pero por suerte se relajó en cuanto vio a su hermano, sonriente.

—Buenos días, cariño —la saludó con un abrazo.

—Buenos días. —Le dio un beso en la mejilla—. ¿Estás muy nervioso?

—La verdad es que no. —Le hizo un guiño él—. Y no quiero que lo estés tú, todo va a salir bien.

—Es muy fácil decirlo —soltó un suspiro Paola.

Saludé a Isaac con un breve abrazo, al igual que a Marta cuando terminó de saludar a Paola. Sin perder tiempo, nos montamos en el coche e Isaac condujo hasta el juzgado, donde encontramos a Igor esperando cerca de la entrada, relajado y tranquilo. Nos habló con normalidad cuando llegamos junto a él.

Sin embargo, la pequeña calma que había encontrado Paola se desvaneció en cuanto vio a mi exmujer entrar al edificio.

—¿Qué hace ella aquí? ¿No estaba de vacaciones? —me preguntó, siguiendo a Tamara hasta que desapareció en el interior.

Ella iba acompañada de su abogado, pero, lógicamente, Paola no supo identificarlo y no anticipó mi respuesta.

—Está implicada en el caso.

—¿Qué? —exclamó, con los ojos abiertos al máximo—. ¿Cómo…?

—Asiste al juicio en calidad de testigo, pero pasará a estar incriminada. Se supone que no puedo darte más explicaciones, y como según tú, ya hace días que lo nuestro terminó y mi lugar no está junto a ti… Disfruta del juicio, tu hermano saldrá libre de lo que se le acusa —le guiñé un ojo y, sin poder evitarlo, me incliné para darle un beso en la mejilla.

Ni se inmutó, no pudo reaccionar ante mi contacto, todavía sorprendida y fuera de juego. Quería abrazarla para tranquilizarla, pero no era el momento ni el lugar, así que me despedí de ella.

—Quédate con tu hermano y con Marta, cuando él tenga que entrar, hacedlo vosotras detrás.

Con esas palabras le di la espalda y caminé hacia la entrada del edificio, con Igor a mi lado.

Capítulo 25



Martín

—La has dejado calladísima y eso que aún no sabe el circo que se va a montar dentro —me dijo Igor, refiriéndose a Paola—. A ver cómo reacciona cuando vea a su «amiga».

—No me siento nada cómodo, le va a doler —dije serio, preocupado, mientras recorríamos la zona principal.

—Lo sé —afirmó de la misma forma—. Pero es muy importante que sepa a quién ha tenido a su lado, que no continúe creyendo en la farsa que Helen ha querido hacer hacia ella y su hermano.

—Sí. —Apreté la mandíbula.

—Está a punto de descubrir la verdad, por dolorosa que sea. —Me puso una mano en el hombro y me dio un apretón—. Todo saldrá bien entre vosotros, nunca he contemplado otra posibilidad. Os queréis, tío.

—Es lo que deseo, y espero que sea ella la que me pida tomar un café. —Sonreí.

—¿Un café? —Arqueó una ceja.

—Es algo que le dije hace unos días, para hablar cuando se diera cuenta de que se había equivocado conmigo —le aclaré.

—Lo hará y lo sabrá, sin dudas ni preguntas. No falta mucho para que se dé cuenta de lo grande que eres como persona y de que no te merecías el trato que te ha estado dando. Ojo, no la estoy juzgando, lo sabes de sobra —asentí—. Su reacción ha sido la más normal bajo su punto de vista, dada su experiencia y su falta de conocimiento sobre lo demás. Hoy se resolverá todo, estáis hechos el uno para el otro y ambos sois personas increíbles.

—Confío en eso, no quiero imaginar mi vida sin Paola —respondí en voz baja.

—Pues no lo hagas, porque no tiene sentido. —Sonrió de medio lado.

Subimos en silencio por las escaleras hasta la segunda planta, al igual que recorrimos el pasillo mientras varias miradas se posaban en nosotros. No nos molestamos en apartar la vista de delante y entramos en la sala donde iba a celebrarse el juicio. Cada uno ocupó su lugar; Igor se sentó detrás de mí y yo permanecí de pie, esperando la llegada de Isaac.

Él entró a los pocos minutos, como habíamos acordado, y le señalé dónde debía sentarse. Se acomodó en una silla junto a mí. Carola, la ex de Isaac, no tardó en aparecer junto a su abogado, los que se posicionaron en el lado opuesto al nuestro.

Noté la presencia de Paola y Marta detrás de mí, cerca, sobre todo, de la primera, aunque no me giré en ningún momento. Al poco tiempo la sala estaba a la mitad de su capacidad y se cerraron las puertas. Cuando el juez apareció, todos nos pusimos en pie para

recibirlo. Tras iniciar el juicio y presentar mi alegato, el juez hizo llamar al primer imputado.

Supe el momento exacto, incluso antes de girarme para ver la escena, que Paola vio entrar a Helen, esposada, acompañada por un policía. Solo pude centrarme en Paola, que se había quedado pálida y boquiabierta, incapaz de reaccionar. Marta no estaba mucho mejor; para ellas, era un secreto que Isaac había mantenido por imposición nuestra, ya que no podíamos permitirnos ni el más mínimo fallo.

El día anterior, Igor puso al corriente a Isaac sobre la implicación de Helen en su caso, una información que lo dejó atónito y confundido, pero que rápidamente se transformó en rabia y frustración, tal y como me hizo saber mi amigo.

Las caras de Paola y de Marta fueron de desconcierto, mientras se preguntaban qué estaba pasando. Paola me buscó con la mirada y no tuve problema en identificar el brillo excesivo en sus ojos. Solté el aire lentamente; aunque sabía que esperaba que le aclarase algo con la mirada o con algún gesto, no pude hacerlo. Le di la espalda mientras Marta la abrazaba y dirigí mi atención al juez, pendiente de reojo de Helen.

—¿Qué es esto, Igor? —Escuché la pregunta en voz baja de Paola, con voz temblorosa.

Imaginaba cómo debía estar ante la situación, y más viendo la frialdad que derrochaba Helen, sin cruzar una mirada con ella como de disculpa o con alguna muestra de arrepentimiento. Todo lo contrario, se mostró altiva y distante, marcando aún más las distancias que las separaban. Ver para creer, menudo papelón le había hecho creer a los dos hermanos.

—Ahora lo descubrirás. —Fue la respuesta de mi amigo. Le habló con delicadeza.

—Esto me está dando mucho miedo —comentó Marta—. Tranquilízate, Paola. —Su voz sonó a súplica y apreté la mandíbula.

Apoyé los brazos en la mesa y entrelacé los dedos, una forma de mantenerme en mi sitio porque todo en mí me pedía que me levantara y fuese a consolar a Paola.

—Las cosas, muchas veces, no son como uno cree —dijo Isaac, serio.

La última en entrar fue mi ex, Tamara, junto a su abogado, los que ocuparon otro puesto de honor, después de ser llamados por el juez. La fiesta comenzó y a lo grande, la verdad. Vi con satisfacción cómo desde el inicio el juez observaba a las involucradas con una mirada que decía mucho más que si las hubiese sentenciado ya. Las pruebas no podían ser más claras, todo cuadraba en espacio y tiempo, y sus cuartadas se vinieron abajo sin que los respectivos abogados pudiesen hacer gran cosa para defender a sus clientes.

Durante el juicio vi de refilón cómo Paola lloraba en silencio, sin salir del asombro, de la pena, del dolor y de la rabia que le provocó descubrir toda la información que desconocía. Denuncias falsas por parte de Carola hacia Isaac, con las que descubrimos que fue ayudada por mi ex y que eran amigas desde hacía mucho tiempo.

Ese dato me dio a entender, aún más, que mi matrimonio con Tamara fue una farsa por parte de ella porque no yo conocía la existencia de Carola, ni siquiera la vi de pasada ni una vez, ni mucho menos Tamara me habló de ella mencionándola en algún comentario. Mi ex me había escondido su vida fuera del entorno de nuestro matrimonio.

En el momento en el que Tamara decidió ayudar a Carola, mi ex no podía imaginar que yo acabaría liándome con la hermana de la víctima, de Isaac. Aunque la gran sorpresa nos la llevamos Igor y yo, con lo que no pudimos imaginar ni predecir, al descubrir que Helen, la mejor amiga de Paola y también de Isaac, estaba implicada en todo el asunto. Esa revelación fue la que más nos impactó y nos dejó atónitos.

Gracias a la investigación que realizó Julio descubrimos que Helen llevaba demasiados años enamorada de Isaac, hasta llegar a una obsesión que mantenía bien oculta, ya que sus intenciones iban mucho más allá de conformarse con lo que tenía. Sin dudarlo, Helen decidió unirse a Carola para hacerle daño a Isaac, actuando a sus espaldas, motivada por el resentimiento que sentía por el rechazo constante de él, a pesar de que había intentado acercarse en varias ocasiones, algo que Paola desconocía por completo.

Isaac nunca puso al corriente a su hermana sobre las provocaciones y propuestas que había recibido en el pasado. Pensó que no tenía importancia, ya que la relación de amistad entre los tres seguía sin cambios.

Este es el resumen de lo que se dijo y salió en el juicio, todo orquestado para hacer daño de la forma más cruel en la que se puede desacreditar a una persona que es inocente de los cargos que lo habían acusado.

Por todo lo que he comentado, cuando mi ex se enteró de que estaba saliendo con Paola, la hermana de Isaac no dudó en intentar poner a nuestra hija, Alma, en contra de ella para causarle daño y, con suerte, hacer que Paola me dejara. Lamentablemente, su estrategia funcionó, ya que Alma, de manera inocente, recibió la información manipulada de su madre.

Durante el juicio, todo quedó tan claro, que el juez tomó una decisión contundente en contra de Carola, Tamara y Helen. Sus palabras fueron claras, Isaac quedaba libre de todos los cargos inmediatamente y debían pagarle las tres una cantidad por los daños que le habían ocasionado, aparte de la sentencia que impuso para cada una de ellas. El juez también le informó a Isaac que podía regresar a su trabajo de inmediato y que tenía derecho a cobrar los salarios atrasados.

Mientras tanto, Helen, Carola y Tamara, quedaron en libertad bajo fianza, a la espera de la fecha del juicio que dictó el juez, en el que serían juzgadas por las acusaciones de denuncias y pruebas falsas, acoso y otros actos malintencionados en su contra.

Por si no hubiese sido poco todo lo escuchado y vivido, Helen, sin mostrar ni un atisbo de humildad, pasó junto a Paola con una actitud aún más arrogante y despectiva, sin siquiera dedicarle una mirada. Se le debería haber caído la cara de la vergüenza, pero dejó claro, una vez más, que no la conocía. Ya había demostrado que no estaba bien de la cabeza, pero con ese último acto lo evidenció aún más, provocando en Paola el deseo de enfrentarse a ella. Afortunadamente, la escayola le impidió actuar, y Marta, que la acompañaba, la contuvo mientras lanzaba miradas de desprecio y odio hacia Helen.

—¡Voy a asegurarme de que tu hija sepa lo mal padre que eres!

Las palabras de Tamara dirigidas a mí como un último intento desesperado captaron la atención de todos. Paola se quedó más inmóvil de lo que estaba por los brazos de Marta, tragó saliva y se quedó pálida. A mí, sinceramente, no me afectaron.

—¿Crees que voy a permitir que sigas ejerciendo ese abuso sobre una menor? —hablé con una media sonrisa— Como bien has remarcado, es mi hija, de la que pienso hacerme cargo por

completo, de forma inminente. Ya he interpuesto la demanda para pedir la custodia total de Alma y en unas horas estará conmigo, gracias a la inestimable ayuda que me ha ofrecido el juez de este caso al mover los hilos para acelerar el proceso, hasta que el trámite finalice.

»Con la que tienes encima, preocúpate por ti, te lo aconsejo, porque hoy has obtenido solo un pequeño adelanto de lo que tendrás que enfrentar. Ni se te ocurra intentar nada cuando vaya a buscar a Alma, mantente alejada y sigue las directrices de tu abogado para no complicar más tu situación.

»Ya estás sola porque no has sabido ser una buena madre para proteger a nuestra hija. Con tus antecedentes y con lo que has hecho, no podrás hacer nada para recuperarla. Todo está de mi parte y me he encargado de hacer justicia. —Le hice un guiño, despreocupado por completo.

—¡Podemos volver a intentar ser una familia! —gritó desesperada, mientras su abogado le pedía que se moviera para salir de la sala, en un intento para que no empeorara su situación.

—Se te ha ido la cabeza por completo. —Sacudí la mía—. Eres todo lo que no deseo en mi vida, desde hace mucho tiempo. —Remarqué cada palabra para que el mensaje le llegara muy directo y claro a Paola.

—¿La prefieres a ella que es una muerta de hambre? —Soltó con un jadeo, señalando a Paola.

Capítulo 26



Martín

No pude adelantarme al impulso de Paola, la que reaccionó soltando una muleta y le giró la cara de una fuerte bofetada. Tamara se quedó por unos segundos aturdida y desconcertada, y fue la imagen más maravillosa que había visto en muchísimo tiempo.

—Eres una desgraciada, una hija de… —empezó a decirle Paola.

Tamara se recompuso e intentó lanzarse sobre ella, pero Marta fue más rápida y apartó a su amiga y cuñada para ponerse frente a mi ex. La agarró de una muñeca y pegó su cuerpo al de Tamara, provocando que mi ex se asustara.

—Tócala y te sacan en una caja de madera —le advirtió Marta, con un tono de voz que no parecía una simple advertencia.

El abogado nos pidió disculpas precipitadamente y le dio un empujón a Tamara. Consiguió llevársela y desaparecieron de nuestra vista en cuanto cruzaron la puerta de la sala. Perfecto —me dije— no quería tenerla frente a mí ni un segundo más.

Marta recogió la muleta del suelo y ayudó a Paola a salir. Los demás las seguimos hasta una de las sillas del pasillo que Paola

ocupó. Se encontró con mi mirada y la suya enseguida se llenó de lágrimas. Marta intentó consolarla y tranquilizarla, pero fue en vano.

—Gracias por todo, hermano —me dijo Isaac emocionado.

Me dio un fuerte abrazo y le correspondí encantado a la muestra de afecto y de gratitud.

—Tienes lo que te mereces. —Le apreté un hombro—. Siento mucho que hasta la madre de mi hija haya estado metida en esto.

—¿Quién lo hubiera dicho al principio…? —dijo pensativo— Lo que no me esperaba descubrir es que no solo tuve en mi vida a la loca de Carola, sino también a Helen. Es increíble cómo nos engañó a todos. —Miró a su hermana, preocupado por ella.

—Va a tomar de su propia medicina, ha quedado desenmascarada —comenté en tono más bajo.

—Martín —susurró Paola—. ¿Puedo preguntarte algo? —Se retiró las lágrimas con el pañuelo que le dio Marta.

—Claro.

Me estaba costando un mundo mantenerme sereno y serio al verla como estaba, parecía tan débil y frágil…

—¿Me conociste por casualidad? —Me mantuvo la mirada.

—No. —Mi negativa hizo que tragara saliva—. Igor y yo sabíamos perfectamente a quién nos acercamos en el bar cuando os invitamos a Helen y a ti a las primeras copas. Nuestra intención era investigar, ya que un investigador privado nos había proporcionado una pista inicial sobre Helen. Empezamos a dudar sobre ella y su verdadera

implicación en el caso de Isaac, pero no quiero que esto te lleve a pensar que lo que hemos compartido ha sido una mentira.

»Sí, me acerqué a ti siendo muy consciente de quién eras, pero nunca he falseado mis sentimientos ni mi relación contigo. Todo lo que has recibido de mí, lo que has visto, ha sido sincero, porque me enamoré de ti nada más verte. No estaba en mis planes, y ni mucho menos pensé que podría suceder tan rápido, pero es lo que pasó y necesito que te quede claro.

»No soy un mentiroso, Paola; ya lo has comprobado por ti misma y has entendido la insistencia que le he puesto en la espera que te pedía. No podía ser completamente honesto por razones evidentes. Puedes estar tranquila, todo lo que hemos vivido es tan real como el hecho de que estamos aquí, frente a frente. Desde la primera vez que te vi, solo he seguido a mi corazón, y no me arrepiento de nada.

—Lo siento mucho —dijo sin poder contener las lágrimas—. Lamento cómo te he tratado, Martín.

—Tranquila, no te guardo rencor —asentí con la cabeza, serio—. Espero que te recompongas, tú eres más fuerte que todo lo malo que te llegue.

Después de esas palabras, le hice un gesto a Igor para que nos fuéramos. Necesitaba respirar aire, notaba que me faltaba por no actuar como necesitaba y quería.

Yo ya había hecho todo lo que tenía que hacer, ahora el turno era de Paola si quería demostrarme que me quería para formar parte de su vida. Le tocaba a ella mover ficha, porque por mi parte incluso había arrastrado a mi exmujer para demostrar la inocencia de Isaac, de lo que no me arrepentía en absoluto.

«Quien la hace la paga», ese era mi lema y por el que había luchado todos los años que llevaba ejerciendo mi profesión, y seguiría haciéndolo. A estas alturas, Paola ya había comprendido el

motivo por el que no me enfrenté a Tamara antes, para no perjudicar a su hermano, así que todo estaba más que claro.

Nos despedimos de todos. Marta me dio un abrazo sentido, agradeciéndome en susurros todo lo que había hecho. Me alejé de ellos por el pasillo, con Igor a mi lado. Íbamos directos hacia un restaurante en el que celebraríamos la victoria, como solíamos hacer después de los juicios, pero en esta ocasión nos acompañaría Isaac. Igor se lo comentó la noche anterior y aceptó encantado, por la confianza que teníamos en ganar hoy.

En cuanto Isaac dejara a Paola y a Marta en el piso de la primera, se reuniría con nosotros en el lugar que le había indicado Igor. Los tres disfrutaríamos de una deliciosa comida, bien merecida, como una forma de celebrar el cierre exitoso del caso.

Llegamos al restaurante quince minutos después y al poco de ocupar una mesa, pedimos una botella de vino blanco para esperar a Isaac. Empezamos a analizar cómo había ido el juicio, intercambiando opiniones, era otra de nuestras rutinas y de esa forma nos encontró Isaac unos diez minutos después.

—¿Cómo está Paola? —le pregunté sin poder contener las palabras y la preocupación.

—La he dejado destrozada —nos informó sentándose en una silla —. No ha podido dejar de llorar. —Hizo una mueca—. Creo que aún no ha salido del *shock* por lo de Helen. —Se frotó la barbilla—. Entre eso y que se siente fatal por cómo se ha comportado contigo durante los últimos días… La verdad es que ha sido un palo gigante y, en general, ha perdido demasiado en cuestión de un suspiro.

»El nexo de mi caso con Helen nos ha pillado por sorpresa a todos, yo porque lo supe anoche, pero igualmente la que peor iba a llevarlo era mi hermana, por la unión que tenía con ella. Era impensable que Helen nos la pudiera jugar de esta forma, habéis

hecho un gran trabajo. Muchas gracias por limpiar mi nombre, no tendré vida para pagároslo.

—Sí, hombre —dijo Igor—. ¿Te parece poco tener que cargar con este el resto de tu vida como cuñado? La deuda está más que saldada. —Rieron los dos, y yo me mantuve pensativo con Paola en la cabeza.

—Ojalá sea así —asintió Isaac—. No podría estar más orgulloso.

—Eso sí, tu hermana se lo va a tener que currar un poco —continuó Igor—. Estos últimos días lo han dejado muy marcado. —Colocó una mano en mi hombro y me dio un apretón.

—Lo hará, os lo aseguro —confirmó Isaac, con una sonrisa de medio lado—. No conozco a una persona que odie más las injusticias que ella, y se ha dado cuenta de que ha habido muchas a su alrededor, en distintos aspectos, no solo hacia mí. Martín, mi hermana te quiere, está enamorada de ti y por mucho que ha intentado mantenerte apartado, solo había que ver cómo te miraba cada vez que tú no te dabas cuenta.

—Queriéndolo matar, esas eran sus miradas —comentó Igor, en tono de humor.

—No, hombre, eso era un papel para protegerse. —Rio Isaac—. Solo estaba expresando la rabia, la pena y la impotencia que sentía, las que dejaban entrever lo mal que lo estaba pasando con lo sucedido. Pero, a pesar de ello, el amor estaba ahí.

»De lo contrario no te habría dejado quedarte en su piso, por muchas cosas que le dijeses y que yo hiciera, te lo aseguro. —Se dirigió a mí—. Conozco a mi hermana perfectamente y por muy convaleciente que estuviera e impedida, si de verdad hubiese querido rechazar tu compañía, lo habría hecho pasando por encima de todos. —Se encogió de hombros.

—Te lo compro —comentó Igor, que siempre le gustaba pinchar.

—Soy consciente de todo, Isaac. —Le dejé claro para tranquilizarlo, porque yo también conocía muy bien a Paola y sabía interpretarla—. La quiero y voy a luchar por nuestra relación, para que no perdamos la conexión fuerte que se creó entre nosotros desde el inicio. Solo que necesito que el siguiente paso lo dé ella, porque yo no me he apartado de Paola, ni siquiera cuando me lo pedía a gritos, nunca mejor dicho, en algunas situaciones. —Me sonrió con comprensión.

»Hoy le he demostrado que no soy ningún mentiroso ni cobarde, que mi hija está al margen de lo que sucedió porque estaba influenciada por su madre. Ella, Tamara, era la enemiga que se ha metido entre nosotros, pero no la verdadera, porque ese papel lo asumió Helen hace tiempo. Solo queda esperar. —Balanceé la copa, antes de dar un sorbo al vino.

—Ese palo la va a tener con mal cuerpo durante mucho tiempo —murmuró Isaac—. Me da miedo que se venga más abajo, por todo.

—Tú y Marta no os vais a separar de ella —dije, conteniendo las ganas de utilizar otras palabras.

—No os lo he dicho, pero gracias por evitar que Marta tuviera que declarar de testigo, estaba muy nerviosa.

—No hacía falta, teníamos las pruebas suficientes y acusadas más que de sobra —asentí.

—A ver si con eso del mal cuerpo durante mucho tiempo de Paola, ahora vamos a tener al amigo esperando como un alma en pena por tiempo indefinido —dijo Igor, refiriéndose a mí, con una pizca de humor para destensar el ambiente—. Va a coger una depresión por no poder estar junto a ella, y el afectado seré yo al intentar consolarlo y soportar su mal humor.

—Vete a la mierda. —Arqueé una ceja.

—¿Ves? —le habló a Isaac— Ya ha empezado.

Negué con la cabeza con una pequeña sonrisa, mientras los dos reían con ganas.

Capítulo 27



Paola

Todavía no podía creerme lo que había pasado hoy. Sentía vergüenza ajena, vergüenza propia, mucha frustración y ansiedad, y un dolor muy grande por parte de Helen, que había sido el ser más malo que he conocido sobre la faz de la tierra.

Me había traicionado de la peor manera. ¿Cómo pudo ser partícipe en algo en contra de mi hermano? Me costaba pensar en ello, no me cabía en la cabeza, pero cada vez que la recordaba en el juicio, la actitud tan diferente que había mostrado y la indiferencia por todo…

Me había equivocado tanto, que estaba bloqueada y me sentía desubicada. Martín no se merecía el trato que le había dado, ni las cosas tan feas que le había dicho, menos aún los desprecios que tuve hacia él. Todo se había vuelto en mi contra, tenía un peso de conciencia que iba a costarme mucho quitarme de encima, eso, si conseguía algún día librarme de la sensación. Tragué saliva, echaba tanto de menos a Martín, lo necesitaba a mi lado: su voz, su presencia, todo.

—Tendrías que haberte apuntado a la comida —le susurré a Marta cuando salió del baño.

—En absoluto —dijo dejándose caer en el sofá, donde yo estaba sentada—. Tú me necesitas y tu hermano se merece este momento por lo mal que lo ha pasado. Los tres se lo merecen para celebrar la victoria. Como estamos está perfecto, aunque si pudiera cambiar tu cara de pena y tus lágrimas… —Hizo una mueca.

—Es que ha sido muy fuerte. —Acaricié el filo de la escayola.

—Lo sé, cariño, todos nos hemos quedado impactados —soltó un suspiro—. Me cuesta creer que la Helen que conocimos hasta ayer sea la misma que hemos visto hoy. —Bufó con rabia—. Cada vez que pienso en el motivo por el que ha ido en contra de Isaac, que estaba enamorada de él, o más bien obsesionada, y que solo quería hacerle daño porque tu hermano la rechazó varias veces… ¿Qué se le pasaría por la cabeza cuando os conté que él y yo estábamos juntos?

—Ni puñetera idea —murmuré—. A saber, si estaba planeando romper vuestra relación. —Me presioné el puente de la nariz—. Joder. —No pude contener las lágrimas, otra vez—. He pasado tantos momentos con Helen, hemos estado las dos incondicionalmente al lado de la otra y es que no lo entiendo, de verdad.

»Por mucho que le doy vueltas, no alcanzo a comprenderla. Tanto que me defendía, tanto que no quería que lo pasara mal, y va en contra de la persona que más quiero en este mundo. ¿Cómo ha podido llegar hasta ese punto, destrozando su propia vida, sin importarle la de los demás?

—Paola, cariño.

Marta se acercó y me abrazó con fuerza. Dejé que me consolara, me encontraba sin energías para hacerme la fuerte.

—Piensa que gracias a Martín sabes cuál es su verdadera cara. —Me dio un beso en la cabeza—. Quizás la habrías descubierto cuando el daño fuese mayor.

—Le debo tanto. —Hipé.

—Se lo devolverás con creces, ya lo verás.

—Ahora mismo no sé cómo. No puedo pensar con claridad y me da una vergüenza terrible acordarme de él.

—Haz todo lo posible por dejar la mente en blanco, en este momento solo tienes que mirar por ti. Tu hermano por fin es libre, el juicio ha ido perfecto y completamente a su favor, solo tienes que ponerle empeño en recuperarte de la pierna y en levantar el ánimo, lo demás llegará solo. Estamos preocupados por ti.

—Estoy cansada de los golpes de la vida —susurré—. No quiero que lo estéis, me repondré, como siempre, pero por ahora no puedo hacer otra cosa.

—Lo sé, cariño. Descansa un poco.

Marta no dijo nada más, en cambio, me apretó a ella con más fuerza y terminé acurrucada en su regazo, mientras me acariciaba el pelo.

—Es tarde, voy a preparar algo de comida.

—No tengo hambre.

—Pues comes sin ganas. Venga, dentro de esa poca hambre, ¿qué te apetece más? Hoy es el mejor día para darse un capricho.

—No te compliques en la cocina.

—Paola…

—¿Pedimos comida china?

—Por mí, perfecto —dijo animada.

Me incorporé despacio y Marta cogió su móvil. Encargó un poco de todo lo que nos gustaba, a pesar de que le dije que sería demasiada comida. Su respuesta fue que así no tendría que preocuparme al día siguiente. A la espera de que llegara en media hora, se levantó para ir a la cocina y yo lo hice para dirigirme al balcón.

Necesitaba que me diera el aire. Fue la primera vez que lamenté de verdad no disponer de la movilidad que necesitaba. No es que si no tuviera la pierna escayolada fuese a salir a la calle a perderme sin rumbo fijo, pero sí que necesitaba sentirme libre en ese aspecto, para moverme como me diese la gana.

Con las muletas, salí por la corredera y me senté en una silla, con la vista fija más allá del límite del balcón. ¿Dejar la mente en blanco como me había pedido Marta? Ja, imposible con todo lo que había descubierto en el juicio. Había perdido a mi supuesta gran amiga, a mi apoyo incondicional, y al hombre del que estaba enamorada. Los dos de un plumazo y sin anestesia.

Sobre Martín, en el fondo sabía que no era del todo cierto, porque él mismo me dijo que nos debíamos un café para hablar, pero claro, ¿cómo quedaría todo entre nosotros después? Tragué saliva al pensar que se acercó a nosotras por interés. ¿Qué imagen tendría de mí las veces que hablé con él por teléfono, antes de conocerlo personalmente? ¿También me habría investigado? ¿En algún momento pensó que yo podía estar implicada en dañar a Isaac? No tenía sentido pensar en eso, porque sé que mi hermano le habría

contado desde el inicio la relación que teníamos, y seguramente lo mal que lo pasé el tiempo que estuvo en la cárcel, antes de que yo conociera a Martín. Daba igual si mis preguntas tenían lógica o no, mi cabeza no frenaba.

—¿Un refresco o una cerveza?

Giré la cabeza hacia Marta, me sonreía con cariño.

—Una cerveza, necesito que se calme. —Me di varios toques en la cabeza con el dedo—. Hoy tendría que ser un día superfeliz, tendríamos que estar saltando de alegría por Isaac y míranos, tú cuidándome y procurando que no me venga abajo, y yo…

—Bueno, ahora mismo lo de saltar no lo veo. —Rio y negué, con una pequeña sonrisa—. Pero sí, ¡qué cojones! Vamos a celebrarlo sin importar como estemos, y no con una cerveza, con varias. —Me hizo un guiño.

—Vale. —Le sonreí, sacando fuerzas.

El brillo en su mirada al verme hizo que todo el esfuerzo valiera la pena. Tomé un par de respiraciones profundas mientras se dirigía a la cocina, y pronto regresó con dos botellines en mano. Se acomodó en otra silla y, tras chocar los botellines para brindar, disfrutamos de un buen trago.

—A partir de ahora todo va a ir bien —dijo convencida.

—Sí, Isaac se incorpora mañana al trabajo. —Acaricié la humedad del botellín, retirándola—. Su vida vuelve a la normalidad.

—Uy, se han adelantado —comentó Marta, levantándose.

Acababa de sonar el timbre, pero no el del portal del edificio, por lo que la saqué del error antes de que fuera hacia la puerta a abrir.

—No, es Lupe.

—Ah, voy.

Sonreí cuando se saludaron y Lupe entró, buscándome con la mirada. Desde la última vez —antes del accidente— no nos habíamos visto, pero estaba informada de todo porque mi hermano se encargó de contarle lo que me había pasado. Como también de tranquilizarla y de decirle que estaría acompañada en el piso durante unos días. Ese es el motivo por el que no se había pasado antes, para no molestar, bien lo sabía sin que me lo dijese. Seguramente, conociendo a mi hermano, le habría dicho quién era el huésped que estaba conmigo y lo tensa que era la situación entre nosotros.

—¡Mi niña! —dijo feliz cuando me localizó en el balcón. Caminó hacia mí— ¿Cómo estás? Tenía muchas ganas de verte —habló mirando la escayola.

—Solo es aparatosa. —Le di varios golpecitos—. Yo también tenía muchas ganas de verte.

Nos abrazamos, y cuando nos separamos, me acarició la mejilla. Todavía tenía algunos rastros de los hematomas.

—Estoy bien. —Le sonreí agarrándole la mano—. Siéntate.

—¿Te quedas a comer con nosotras, Lupe? —le propuso Marta, apoyada en el marco de la corredera.

—No quiero molestar —dijo, mirando a través del cristal.

—Si estás buscando al hombre que me ha hecho compañía estos días, ya se ha ido. —Me encogí de hombros.

—Estamos las dos solitas —añadió Marta.

—¿Y esa cara?

—El enamoramiento a veces es muy malo, Lupe —dijo con tono de humor Marta.

—Oh. —Sonrió con picardía—. Ya lo entiendo.

—La he cagado, así que es mejor que no lo entiendas. —Hice una mueca.

—Acabo de apagar el fuego, he preparado el guiso que más te gusta. Voy a por él al piso y vuelvo para ponernos al día. —Dio una palmada—. No quiero ver esa cara triste. —Me miró con cariño—. Sabes lo que digo siempre…

—Que en esta vida todo tiene solución, menos el final de nuestros días —asentí—. No hace falta que vayas a por el guiso, hoy estamos de celebración.

—¡Ay, por Dios! Si venía a preguntarte por el juicio de tu hermano y se me ha ido de la cabeza al verte. —Se llevó la mano a la frente.

—No pasa nada. —Le sonreí—. Isaac es libre, le han quitado los cargos. Por fin se ha hecho justicia y por eso es día de celebración.

—¿Y dónde está? Quiero darle un abrazo. No sabes cómo me alegro, mi niña.

—También lo está celebrando, llegará más tarde —comentó Marta —. Hemos pedido comida china, habrá de sobra para las tres.

—¿De sobra? —hablé con humor, y Marta me hizo un guiño.

—A la juventud os gusta comer muchas cosas raras —dijo Lupe, con una mueca graciosa que nos hizo reír.

—*Lupecita*, tienes que modernizarte.

—Estoy muy bien como estoy, hija. —Negó con un dedo en dirección a Marta, por su comentario—. Pero hoy voy a dejarme llevar por vosotras, todo puede ser que cuando llegue a mi piso me ponga a comer de la olla directamente. —Reímos las tres.

Entre Marta y Lupe consiguieron que me viniese un poquito arriba, al menos aparté por breves momentos lo que me atormentaba. Cuando trajeron la comida, nos sentamos en la mesa alta del salón, por comodidad para Lupe, porque si hubiese sido por Marta y por mí, habríamos comido en el sofá, con todo esparcido en la mesa baja de enfrente.

Le conté a Lupe todo lo que no sabía: mi situación con Martín y cómo se había dado el juicio, con todas las sorpresas que nos habíamos llevado. Para cuando llegué a la parte de Helen, se quedó sin palabras, con una mano en el pecho. Su asombro y aturdimiento eran la reacción más normal, Lupe nos conocía a todos, eran muchos años compartiendo rellano y amistad. Con la que menos había tratado era con Marta, pero igualmente la conocía y, por lo visto, ambas habían aprovechado el tiempo porque me enteré de que mi hermano y Marta le habían hecho varias visitas a Lupe, sabiendo que yo no estaba disponible por el momento.

—Esa niña es el mal, ¿cómo ha podido haceros eso? —dijo enfadada, refiriéndose a Helen—. Ahora, más que antes, me alegro

de que se haya hecho justicia.

—La vida al final siempre pone a las personas y a las cosas en su sitio —añadió Marta.

Capítulo 28



Paola

Lupe ya se había marchado a descansar hacía rato, satisfecha al final porque, aunque le costó reconocerlo, le gustó la comida china, por lo que terminamos riendo las tres. Antes de irse, nos pidió que Isaac no se fuera sin pasar por su piso, para poder felicitarlo por la buena noticia con abrazos y besos.

Una vez me quedé a solas con Marta, yo también decidí descansar en el sofá. Me invadió una profunda tristeza y, mientras ella veía la televisión, me quedé dormida. Agradecí que no volviera a mencionar a Helen ni a lo que había pasado, ya que la última vez que hablamos de ello fue para poner al día a Lupe. Aunque no hablar de ello no significaba que me sintiera mejor, no estaba lista para revivir esos momentos, aunque la llegada de Isaac seguramente traería más conversación al respecto.

Eran las cinco y cuarto de la tarde cuando mi hermano llegó a casa después de comer con Igor y Martín. Me alegré al verlo, pero al mismo tiempo me fastidió un poco, porque el entusiasmo que mostró cuando Marta abrió la puerta, se desvaneció al verme. A pesar de que intentó ocultar su desánimo y mantener una expresión alegre, no pude evitar notar su cambio de ánimo.

—¿Cómo están mis chicas? —dijo mostrándose animado, mientras se sentaba en el brazo del sofá.

Le rodeó la cintura a Marta, la que estaba de pie junto a él. Ella le colocó el brazo sobre los hombros, más que feliz por el contacto y la cercanía con su amor. Sonreí un poco al verlos.

—Bien, has despertado a la bella durmiente —le respondió Marta, refiriéndose a mí—. ¿Cómo ha ido la comida?

—Muy bien, de lujo —nos confirmó—. ¿Cómo estás, pequeña?

—Estupendamente, ya me ves. —Me señalé y arqueó una ceja.

—Precisamente te pregunto porque tengo ojos en la cara.

—No quiero que te preocupes por mí.

—¿En serio? —Sacudió la cabeza—. Estás hablando conmigo, voy a preocuparme por ti hasta mi último aliento.

—Nosotras hemos pedido comida china y Lupe se ha unido —le comentó Marta, provocándole una sonrisa a mi hermano.

—Tienes que pasarte a verla, quiere felicitarte —le dije.

—Lo haré —asintió—. Levántate para preparar algo de ropa, te ayudamos.

—¿Y eso? —Lo miré extrañada.

—Porque te vienes con nosotros a mi casa, no vas a quedarte aquí sola.

—Ah, no, ni hablar —negué varias veces—. Quítate esa idea de la cabeza, estoy perfectamente en mi piso y no estaré sola. Lupe se encuentra a unos pasos de mí y sabes de sobra cómo es, va a estar viniendo continuamente ahora que sabe que estoy sola. No me va a faltar de nada, ni siquiera el menú diario, porque me lo traerá.

»Ya me lo ha dejado claro antes de irse, como también que vendrá con su llave y que no me separe del móvil por si tengo que llamarla para cualquier cosa. Me ha insistido en todo y, aparte, puedo manejar la situación estupendamente por mi cuenta.

—Pero estarás muchos ratos sola, ¿y si te resbalas en la ducha o te pasa cualquier cosa? —Frunció el ceño.

—Pues habrá sido mala suerte, ¿a ver cómo te piensas que me he apañado hasta hoy en el baño?

—Eso digo yo —intervino Marta. Me tendió la mano para ayudarme, sabiendo que necesitaba mi espacio. Lo estaba pidiendo a gritos, pero mi hermano se resistía a concedérmelo por su preocupación—. No creo que Paola le permitiera a Martín que le frotara la espalda. —Apretó los labios.

—Eres muy perspicaz. —Volteé los ojos.

—Porque tiene muy mala leche —dijo mi hermano—, él lo habría hecho más que encantado. —Sonrió con picardía.

—No me toques las narices. —Bufé.

—Eso lo sabemos de sobra, y más que encantado si le hubiese dejado secarla tomándose su tiempo, para después humedecerla de nuevo.

—Idos a la mierda —dije indignada, y los dos soltaron una carcajada.

—Pequeña, solo estamos diciendo verdades, unas de las que te has privado solita. —Arqueó las dos cejas.

—Os lo agradezco mucho, de verdad, pero en esto no voy a ceder. —Bajé el tono de voz y solté un suspiro—. Necesito…

—Pensar y no es lo recomendable —dijo Isaac.

—Pero sí lo que toca —añadí cruzándome de brazos.

—Déjala —le pidió Marta, acariciándole la nuca—. Tú también querrías estar solo, además, vamos a estar viniendo.

—No os pongáis las dos en mi contra. —Le dio un apretón en la cintura.

—Dentro de un rato no me dirás lo mismo —le dijo Marta con picardía—, lo estarás deseando porque nuestra fiesta privada empezará en cuanto cerremos la puerta de casa.

—Te ha entrado la prisa de golpe, ¿eh? —Reí.

Isaac había reaccionado levantándose y por mis palabras, los tres terminamos riendo. Se separó de Marta y se puso delante de mí, de cuclillas.

—No lo hagas para no molestarnos y darnos espacio a nosotros —susurró.

—No es por eso, sé que de veras queréis que me vaya con vosotros, pero esto es lo que quiero, mi necesidad.

—Vale —soltó un suspiro—. Ahora hablaré con Lupe. —Volteé los ojos, provocando que apretara los labios, conteniéndose para no reír.

—Cariño, llámanos siempre que lo necesites —me pidió Marta—. Da igual la hora que sea. Si Isaac está trabajando, vendré yo.

—Lo haré —asentí sonriéndoles—. Idos ya, pesados.

—Todo se va a arreglar.

Esas palabras de mi hermano, mientras me abrazaba, me hicieron cerrar los ojos con fuerza y aferrarme a su cuerpo.

—De una forma u otra, todo volverá a la calma, lo sé. —Le di un beso en la mejilla.

—Mañana me incorporo a trabajar, ya he hablado con mi jefe.

—¿Qué tal se ha tomado la noticia?

—No te has dado cuenta, pero ha asistido al juicio —dijo, sonriendo al ver mi expresión de sorpresa—. Se quedó al fondo de la sala, un poco apartado, pero no esperó para felicitarme en persona al ver que estaba con vosotros. Me ha dejado claro que lo hará mañana. Siempre me ha apoyado, al igual que mis compañeros, quienes nunca dudaron de mí.

—Me alegro mucho, hermano. —Le acaricié la mejilla.

—Lo sé, cariño. Me quedan horas para volver a la rutina que conozco.

—Pues vete ya y aprovéchalas a tope.

—Tranquila, que no voy a permitir que sea de otra forma. —Rio Marta, ganándose una mirada llena de lujuria de mi hermano.

Nos despedimos con abrazos y besos, yo desde el sofá porque no me dejaron levantarme. Cuando se fueron, cerré los ojos y recosté la cabeza en el respaldo, ante el silencio que me rodeó.

Cuando abrí los ojos, vi nublado por las lágrimas que se me habían acumulado. Qué triste y duro me resultaba todo, el saber que no solo mi hermano había sido una víctima, sino en parte también Martín porque se había visto arrollado por la situación. Me producía mucho dolor, me costaba asumirlo todo, pero, especialmente, lo que más me hacía sufrir era cómo había apartado a Martín de mí. En ningún momento se había merecido mis desplantes, los que había soportado y sorteado de una forma que… Tragué saliva porque no se había dado por vencido hasta el final, hasta que consideró que una vez tenía la verdad en mi poder era mi turno, si quería demostrarle que lo quería y necesitaba estar con él.

Era justo, una reacción totalmente válida que entendía. Había soportado demasiado de mi parte, pero por el momento no iba a acercarme a Martín. No porque no lo deseara, sino porque lo más primordial para mí era recomponerme y centrarme. La vida tiene formas muy curiosas con las que te lleva a la cuerda floja y te enseña que nunca, jamás, se pueden dar las cosas por sentado.

Helen me vino a la cabeza y me cabreé porque no quería pensar en ella. El palo que me había llevado había sido tremendo. En realidad, no la odiaba por lo que había hecho, sentía rabia por lo engañada que me había tenido y lo falsa que había sido, pero después de esa rabia solo quedaba la tristeza y la pena por ella.

Había perdido la cabeza por completo, nadie en su sano juicio habría actuado como Helen. Estaba enamorada de mi hermano,

hasta el límite de la paranoia, y me costaba asimilarlo porque lo había tapado muy bien, tanto, que ni yo, que pasaba muchísimas horas con ella, había notado en su actitud ni lo más mínimo. Ante las negativas de Isaac, Helen se olvidó de todo lo que un día nos unió y lo que habíamos ido cuidando con el paso del tiempo. En mi cabeza, pero, sobre todo, en mi corazón, no le encontraba la lógica.

Cuando la vi esposada entrando en la sala del juicio, con un policía detrás… Imposible encontrar las palabras para expresar cómo viví ese momento. Para mí era una más de la familia, una que por desgracia se había convertido en enemiga. La traición cuesta demasiado digerirla y más si viene de personas que son importantes para una. Así me sentía con respecto a Helen.

Me retiré las lágrimas de la cara y me incliné hacia la mesa baja, para coger el móvil. Dudé durante varios minutos, observando ida la pantalla, hasta que la desbloqueé y le envié un mensaje a Martín. Necesitaba hacerlo, era muy necesario.

Paola: *Buenas tardes, Martín. Perdona que te moleste. Solo quería agradecerte, otra vez, todo lo que has hecho por mi hermano. El juicio ha sido impecable y lo has llevado con mano dura. Has sido muy profesional, aunque no esperaba menos de ti. También quería pedirte de nuevo perdón y decirte que, algún día —espero que no muy lejano—, me presentaré ante ti para decirte que «nos debemos un café». Será más adelante, porque ahora necesito recomponerme y centrarme. No pienses que es porque no sé lo que quiero. Al contrario, lo tengo muy claro, tanto como aquello que más deseo. Tal vez, cuando yo esté bien, ya sea demasiado tarde, quién sabe… Aun así, me acercaré a ti y lo intentaré. Cuídate y disfruta de tu hija.*

Le di a enviar con ganas de borrar todo lo que había escrito, me faltó muy poco para hacerlo. Le puse lo del café entre comillas al ser la misma frase que él mencionó, para cuando todo estuviera bien.

Me quedé con la duda de si había fastidiado más lo nuestro, si es que a estas alturas todavía había algo nuestro.

Comprobé nerviosa cómo lo leyó y tontamente esperé a que apareciera en la pantalla la típica frase como que están escribiendo un mensaje. No sucedió y conforme pasaron los segundos mis esperanzas se vinieron aún más abajo. Pero ¿qué esperaba? Mis palabras no habían sido muy alentadoras, que digamos. Martín dejó de estar en línea y tragué saliva con dificultad, por el nudo que se me había formado en la garganta.

Algo me decía que se iba a tomar unos días antes de contestarme, o tal vez ni lo hiciera. Me merecía eso como poco, y él se merecía ponerse en su lugar, ese del que lo saqué a trompicones por mis malas actitudes.

Demasiado me había dado con la forma que se había comportado conmigo; cuando yo quise perderlo de vista, él estuvo más cerca de mí que nunca, porque en esos momentos es en los que te das cuenta de la verdad. Yo no me merecía nada y mi estado de ánimo no me permitía pensar de otra forma.

Me levanté con las muletas y fui hacia el pasillo, para llegar al baño de mi habitación. Necesitaba darme una ducha y es lo que hice, sentada en el taburete que Martín colocó para mi comodidad y seguridad, como también la protección para la escayola que me compró. Al ver y utilizar las dos dichosas cosas, volví a llorar. Las lágrimas se me resbalaron solas por la cara, las mismas lágrimas que se mezclaron con el agua.

Una vez terminé de ducharme, estuve un rato debajo del agua, sin moverme. Con un suspiro cargado de pesadez, salí con cuidado y me cubrí el cuerpo con el albornoz y la cabeza con una toalla. De esa forma, con las muletas, me dirigí a la cocina.

Me preparé un café y me lo tomé sentada en el sofá, un poco más tranquila, sin nada más que hacer.

Capítulo 29



Paola

—Hola, preciosa —me saludó Alonso, el camarero de la cafetería—. ¿Cómo va? —Señaló la escayola.

—Hola. —Le sonreí—. Pues perfectamente, porque si todo va bien, hoy la pierdo de vista.

—¿Es el gran día? —asentí y silbó, lo que me hizo reír.

Desde el juicio, había visitado varias mañanas la cafetería para desayunar y disfrutar de las vistas de la playa desde la terraza. Era una de las pocas ocasiones en que me animaba a salir del piso, ya que el aire del balcón no era suficiente.

La primera vez que Alonso me vio aparecer con las muletas, se llevó las manos a la cabeza, a pesar de que Isaac ya le había contado lo sucedido al día siguiente del juicio. Para mi hermano, esa cafetería era una parada habitual antes de ir a trabajar, y aprovechó para informarle a Alonso sobre cómo había salido bien parado de los cargos, aunque supongo que lo dedujo rápido porque vio a mi hermano con el uniforme de policía. Cuando se enteró de la implicación de Helen, se quedó en *shock*, ya que la conocía tan bien como nosotros.

—Entonces, pídeme lo que se te antoje que corre a cuenta de la casa. —Me hizo un guiño.

—No. —Reí y negué, para darle más énfasis—. Ya me has invitado varias veces, hoy lo hará mi hermano. —Le hice un guiño y reímos con ganas.

—¿Volveré a ver a Isaac? Ha venido como cada mañana a tomarse el café.

—Sí. Con lo liado que está se ha empeñado en llevarme al hospital, me ha sido imposible quitarle la idea de la cabeza. —Volteé los ojos.

—Yo mejor me quedo calladito porque lo de cabezones os viene de familia. —Frunció los labios.

—¡Ya has dicho de más! —Arqueé una ceja y volvió a reír—. El cabezón principal es mi hermano, que para algo fue el primero en nacer.

—¡Ten familia y amigos para esto! —dijo una voz familiar y sonreí.

Giramos las cabezas hacia Isaac, caminaba risueño al habernos escuchado.

—Tu hermana me lleva por donde quiere —se justificó Alonso, en broma.

—Por ahí te salvas, porque la conozco. —Rio Isaac, antes de darle un abrazo rápido.

—¡Oye! —me quejé.

—Ni olla —dijo divertido—. Hola, cariño. —Se inclinó hacia mí para darme un beso en la mejilla y se lo devolví.

—Hola. Y continuando con lo de antes, no he dicho ninguna mentira —aclaré y me hizo un guiño mientras se sentaba.

—¿Has pedido?

—No, iba a hacerlo ahora.

—Dos cafés con leche y tostadas con jamón —le pidió a Alonso—. Ponle del bueno, que nos conocemos.

—Marchando. —Rio Alonso.

—Te veo radiante —comentó Isaac, cuando nos quedamos solos.

—Lo normal al saber que le quedan horas, si no menos. —Di varios golpecitos sobre la escayola.

—A ver cómo va.

—No me desanimes. —Hice un puchero exagerado—. Me he portado muy bien. ¿Te han puesto algún problema para salir del trabajo?

—¿A mí? ¡Qué va! Y si me lo hubieran puesto, es lo que hay. —Se encogió de hombros.

—Podría haber ido en taxi, como las veces que he venido hasta aquí sola. —Sacudí la cabeza.

—Y volver corriendo, ¿no?

—Tampoco te pases. —Reímos.

Alonso nos sirvió los cafés y las tostadas con jamón. Se lo agradecimos y luego se dirigió a atender a varios clientes que habían llegado, después de que Isaac le pagara para que, al terminar, pudiéramos irnos directamente.

—Han pasado rápido los días.

—Sí —le sonreí—, aunque cada vez llevaba peor los picores. —Bufé.

—Es por el calor.

—Ya… En cuanto me la quiten pisaré la playa. —Dirigí la vista a su espalda.

—A ver si es verdad. Te vendrá bien coger un poco de color, estás muy pálida. A partir de hoy, tómatelo con calma, pero empieza a salir del piso más que para venir a esta cafetería.

—Es la intención —dije pensativa—. Esta tarde regresa Marta, ¿no?

—Sí. —Se le iluminó la expresión y sonreí.

Era el segundo día de su viaje, que había realizado por motivos laborales. Tenía que reunirse con los vecinos de una de las muchas urbanizaciones que administraba.

—Isaac… —dije removiendo el azúcar en el café.

—¿Sí? —respondió después de tragar el primer bocado de tostada.

—¿Sabes algo de…? —Me quedé callada.

Hacía muchos días que no pronunciaba el nombre de Martín en voz alta, en mi mente era totalmente diferente. Había pensado muchísimo en él, en todo lo relacionado con nosotros, lo que quizás ya no existiera. Al final, como deduje, no recibí respuesta al mensaje que le envié, todavía continuaba siendo el último en la conversación de WhatsApp. Ahí estaba, solitario, y ya no sabía qué pensar, porque le había dado muchas vueltas a la cabeza. ¿Todos los escenarios posibles? Pues esos son los que había ido recreando.

—¿De quién? —Se hizo el tonto—. Di su nombre —me pidió, recostando la espalda en la silla.

—¿Sabes algo de Martín? —Conseguí decir, llevándome la taza a los labios.

Necesitaba hacer algo por los nervios que me habían entrado, y nada mejor que beber y comer lo que tenía a mi alcance. La mirada de mi hermano era demasiado intensa y el que se mantuviera callado y serio, no me ayudó para aplacar el nerviosismo.

—Sí.

—¿Y ya está? —Bufé.

—¿Qué quieres saber?

—¿En serio? Olvídalo —hablé cabreada.

—Estabas deseando saber de él, has tardado mucho en preguntarme. —Colocó los brazos en la mesa.

—Tú no estás por la labor, así que…

—No se encuentra aquí.

—¿Cómo?

—Que está de viaje desde hace una semana, si no me equivoco, llegará mañana o pasado.

—¿Por trabajo?

—No, ha hecho un viaje por placer. Acompañado.

Hice una mueca, no pude controlar la reacción espontánea. Bajé la mirada a la tostada y la cogí, no sé por qué, porque se me habían quitado las ganas de comer.

—Me alegro por él —susurré.

—No lo pongo en duda, cariño, otra cosa es que te joda.

—Come rápido, no quiero llegar tarde —le pedí, ignorando su comentario.

—Tenemos tiempo de sobra —negó—, y seguramente nos toque esperar en el hospital.

—Me da igual.

—Paola…

—Déjalo, ¿vale?

—¿Segura?

—Sí.

—De acuerdo —aceptó demasiado rápido y lo miré ceñuda.

Me ignoró y continuó comiendo. Para entretenerme con algo, hice lo mismo, aunque tenía el estómago completamente cerrado. Las palabras «viaje por placer y acompañado» me torturaron, porque empecé a imaginar todo tipo de escenarios. Martín era un hombre espectacular, capaz de captar la atención tanto de mujeres como de hombres. Su atractivo era innegable, y pensar en eso me encogió más el estómago, quizás incluso otro órgano vital de mi cuerpo.

¿Lo había perdido? ¿Había conocido a otra y se había ido de vacaciones con ella? ¿Y si…? Empecé a hacerme muchas preguntas durante el tiempo que tardé en comerme la tostada y en beberme el café. Mi hermano me dio mi espacio, se mantuvo en silencio para que digiriera la información, lo que no conseguí, porque no pude hacerlo ni con la comida.

—¿Nos vamos? —me preguntó al rato de que el plato y las tazas se quedaran vacíos.

—Sí. —Le sonreí sin ánimos.

—Venga, que quiero verte caminar. —Se levantó de la silla.

Yo hice lo mismo con las muletas. A estas alturas, ya me había adaptado bastante bien a ellas, aunque estaba deseando olvidarlas. Nos despedimos de Alonso desde la distancia, y él respondió del mismo modo. Antes de alejarnos, me deseó que todo fuera bien en el hospital, y se lo agradecí. Me reí cuando me dijo que al día siguiente me esperaba con dos calzados en vez de uno, ya que la escayola me cubría hasta el talón.

Isaac aparcó en el aparcamiento del hospital unos quince minutos después. Nos bajamos del coche y me sonrió, como si dijera «ya casi

lo tenemos». Estábamos a punto de cerrar por fin un episodio bastante molesto. Era la primera vez en mi vida que llevaba una escayola; nunca me había roto nada antes. Y mira, con esta ya tenía experiencia de sobra.

Nos sentamos en la sala de espera y, si hubiera podido, me habría levantado de un salto en cuanto vi mi nombre en la pantalla. Mi hermano se rio y me acompañó a la consulta, donde todo fue más rápido de lo que imaginaba. Me quitaron la escayola y me hicieron una radiografía para asegurarse de que la rotura había soldado bien, y sí, por suerte, todo estaba en orden. En ese momento se suponía que se acababa todo, pero para mi sorpresa —porque ni me acordaba—, en la consulta entró en el último momento el médico que me atendió cuando entré de urgencias el día del accidente.

Sin haberme bajado de la camilla, me dio la enhorabuena y me hizo varias preguntas sobre el golpe de la cabeza. Le dije que todo estaba bien, que no había sentido ni una molestia fuera de las normales por el golpe que recibí. Nos despedimos de él y nos fuimos. Al empezar a caminar, lo primero que noté fue que me sentía torpe e inestable, pero sabía que era cuestión de tiempo. Es increíble cómo se pierde y se atrofia la musculatura cuando te inmovilizan una parte del cuerpo, aunque sea por poco tiempo.

—Mírate —dijo animado mi hermano.

—Prefiero no hacerlo, parezco un pato mareado. —Volteé los ojos, provocando que riera.

—Mareada o no, pero estás caminando.

—Joder, solo faltaría. —Bufé.

—Recuperarás la fuerza en la pierna.

—Lo sé, pero la sensación es… —Hice una mueca rara y más se rio mi hermano.

—No sabes las ganas que tenía de verte así —dijo rodeándome los hombros con un brazo, pegándome a él.

—No más que yo —solté un suspiro, apoyando la cabeza en el refugio que me ofrecía.

—Te quiero, cariño.

—Yo también te quiero. —Le sonreí.

—Vamos a celebrarlo.

—¿No tienes que volver a trabajar? —Me sorprendí.

—Ni te has dado cuenta de que no llevo el uniforme, no sé cómo tomármelo. Eso es lo poco que te fijas en mí —dijo con humor.

—Oh, joder.

—El jefe me ha dicho que no tenga prisa por regresar. Hoy estaba tranquilo el día y según él, después por lo que me han hecho pasar, me merezco los descansos.

—¿En serio? Tu jefe te tiene entre algodones. —Reí.

—Pues claro, ¿qué esperabas? —Se unió a mí en las risas—. Iré después de comer, pero será breve. No voy a llegar tarde a casa, quiero hacerlo antes que Marta.

—Mmm… eso suena a cena romántica, a copas de vino a la luz de las velas y a ti recibiéndola con una flor entre los dientes,

completamente desnudo.

—Tú lo has dicho, no voy a escatimar en nada. —Reímos—. Y para que lo sepas, la rosa va a durar muy poco tiempo en mi boca, por ese motivo voy a estar como vine al mundo porque la ropa sería un estrobo innecesario. —Me hizo un guiño.

—Joder, qué imagen. —Jadeé.

—Mejor quédate con la del uniforme —dijo con humor.

—Es demasiado tarde para eso. —Bufé.

—Pues te fastidias.

—¿Qué quieres hacer para celebrar lo bien que me ha ido en el médico?

—Cualquier cosa contigo. —Me dio un beso en la cabeza y le rodeé la cintura con los brazos.

Me vino genial para tener más estabilidad mientras caminábamos hasta el coche. Cuando me estaba montando, le sonó el móvil y me pidió un momento, mientras atendía la llamada, alejándose unos pasos. Por el gesto que me hizo, era del trabajo. Ocupé el asiento del copiloto con un suspiro, entreteniéndome en mirar la diferencia entre las dos piernas.

Capítulo 30



Paola

—¿Vas a buscar trabajo? —me preguntó sorprendida Marta.

—Eso he dicho. —Fruncí los labios—. ¿Por qué te parece tan raro? El dinero que me pagaron en mi anterior trabajo, por el despido, no va a durarme toda la vida.

—Joder, ya lo sé, con lo caro que está todo… —Bufó.

—¿Entonces de qué te sorprendes?

—Porque no has gastado ni una mínima parte y la escayola te la quitaron ayer.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver la escayola con esto? —Reí con ganas.

—¡Que ahora tienes la oportunidad de vivir un poco la vida! ¡De volverte loca! No hace faltaba que malgastes, sé que no lo vas a hacer, pero te vendría genial dejarte llevar, porque desde lo de tu hermano ha sido una cosa detrás de otra, cada cual más lamentable, y en este momento es cuando estás tranquila. Date más tiempo, estoy segura de que no te costará mucho encontrar trabajo. ¿Para qué precipitarte y atarte a un horario ya?

—Bueno, mirándolo así…

—Pues claro —dijo satisfecha—. Menos mal que yo soy la cabeza pensante, porque no veas… —Reímos.

—Yo también quiero pensar que encontraré trabajo pronto —dije mirando hacia el mar.

Estaba en calma, sin olas. No lo observábamos desde la terraza de la cafetería, sino que estábamos sentadas sobre una manta de playa con un mandala estampado, cerca de la orilla.

Marta me llamó la noche anterior, después de su llegada triunfal por el reencuentro con mi hermano. Quería felicitarme porque, por fin, me había librado de la escayola, y me propuso pasar el día en la playa, o el tiempo que nos apeteciera. Ella se había encargado de traer la mayoría de las cosas, incluida la bebida, y yo me hice cargo de los tentempiés para picotear entre horas y de dos bocadillos de tortilla de patata que olían de escándalo dentro de la mochila.

—Pues claro, partiendo de la base de que siempre has tenido suerte para que te contraten en buenos puestos de trabajo… Ya lo verás. Toma. —Me ofreció un botellín de cerveza que sacó de una mini nevera.

Que no os engañe lo de «mini», porque parecía mentira todo lo que Marta había sacado de ahí, con lo pequeña que era. Y aún quedaba bebida de sobra, que ni de coña íbamos a acabar, porque si no, luego tendría que venir Isaac, cuando saliera del trabajo, a cargarnos a cuestas.

—¿Cómo tienes la pierna?

—Me la noto muy rara —dije estirándola.

—Y delgada y mustia.

—Mmm… Eres increíble dando ánimos.

—Hago lo que puedo. —Rio—. Nos terminamos las cervezas y vamos al agua, te irá bien moverla dentro.

—Vale.

Con el calor que hacía, lo estaba deseando. Eran pasadas las doce del mediodía y sin nada que nos proporcionara un poquito de sombra, las mejores opciones eran las bebidas frescas y el agua.

—¿Has sabido algo de la víbora? —me preguntó al cabo de un rato.

No hacía falta que me diera más datos para saber a quién se refería.

—No, y doy gracias, porque como me la cruce por la calle… —Balanceé el botellín.

—Pues yo me duermo cada noche deseando que suceda, sueño con dejarla calva, como mínimo. —Bufó.

—Contente, no quiero que te metas en problemas. —La miré de reojo.

—Es que me jode mucho lo que os ha hecho. —Sacudió la cabeza —. Pero tranquila, sabría cómo hacerlo. —Sonrió con malicia.

—No lo dudo. —Fruncí los labios—. No vale la pena, la indiferencia es la mejor arma.

—¿Cómo lo llevas? No he querido preguntarte antes.

—Con no pensar en Helen, tengo bastante. —Me encogí de hombros—. Ya he llorado mis últimas lágrimas de rabia e impotencia por ella. Se acabó hace días.

—Me alegro. —Me dio un pequeño empujón con el brazo—. Tu hermano sigue muy preocupado porque las veces que te ha preguntado te has resistido a hablar del tema.

—Es que no quiero que forme parte de mi vida de ninguna forma, ni siquiera que ocupe parte de una conversación. La he borrado de mi vida, punto.

—Te admiro, Paola.

—¿A mí? —Giré la cabeza para mirarla de frente.

—Sí, con todos los palos que te ha dado la vida, admiro tu fuerza para salir adelante, sea por el motivo que sea —asintió sonriéndome con cariño—. El sufrimiento y el dolor son cargas muy pesadas que soportar.

—No queda otra para continuar —susurré.

—Bueno, se terminó la intensidad.

Chocó su botellín con el mío y le agradecí en silencio que cambiara de tema. Nos bebimos la cerveza de un trago, estaba tan fría que fue todo un placer. Ella se levantó de un salto para meterse en el agua y yo lo hice con cuidado, por la pierna. Estar en remojo me

sentó de maravilla. Nos quedamos bastante rato en el agua, disfrutando, hasta que volvimos a la manta y nos tumbamos al sol.

En silencio, con los rayos intensos del sol calentándome y secándome el cuerpo, me adormecí con una sensación de calma impresionante. Era lo que necesitaba y pensé en lo que había dicho Marta sobre lo de vivir la vida sin empezar con una nueva rutina de trabajo. Llegué a la conclusión de que tenía razón, no había necesidad de preocuparme por el dinero.

Era verdad que no había tocado ni un euro de los cuarenta mil que me ingresaron de mi anterior trabajo, así que tomé la decisión que me iba a regalar unos meses para mí. Luego ya empezaría a moverme y buscaría un buen puesto de trabajo. Sentía que era el comienzo de algo, algo que, después de la mala racha que habíamos pasado, espera que por fin fuera bueno.

Cuando nos entró hambre, lo que sucedió al poco tiempo, sacamos los bocadillos de tortilla y una bolsa de patatas chips. La comida nos sentó de vicio, el bocadillo nos pareció una exquisitez, aunque en realidad lo era. Marta lo alabó entre gemidos de placer y yo solo pude acompañarla con los pequeños sonidos.

Estuvimos una hora y media más disfrutando de la playa y de todas las sensaciones, hasta que decidimos irnos. Caminamos hasta el coche riendo, por lo rojas que nos habíamos puesto. Más tarde las risas pasarían a ser lamentos y bufidos, pero por el momento lo llevábamos bien. Nos montamos en el coche de Marta y me llevó hasta mi piso. Nos despedimos cerca del portal, donde paró para que me bajara.

—Gracias por el día, me ha encantado —le dije cuando me separé del abrazo.

—A mí también. —Me sonrió con cariño—. Podemos repetirlo cada vez que quieras, sabes que puedo adaptarme al trabajo y conectarme en cualquier momento.

—Envidio la facilidad que tienes para disponer de los tiempos.

—La verdad es que tuve suerte. —Me hizo un guiño.

—Que alguno de los besos que le des a mi hermano sea de mi parte. —Reí abriendo la puerta.

—Mmm… vale, reservaré los más castos. —Me acompañó en las risas.

Me despedí de ella por última vez ese día, levantando la mano, y caminé hacia el portal con la mochila colgada en un hombro. En este momento, lo que más ansiaba era darme una ducha, sentir el agua dulce corriendo sobre mi cuerpo y pelo para quitarme toda la sal. Ayer, cuando por fin me duché sin el engorro de la escayola, fue un gustazo. Es increíble cuánto se echan de menos las cosas cuando te las quitan a la fuerza.

Mientras el agua me caía sobre la cabeza, tomé una decisión. Me costó, porque le di muchas vueltas, pero al final aparté las dudas y los miedos y me animé a mí misma. Salí del baño seca y con una toalla enrollada en la cabeza y fui directa a por la ropa que iba a ponerme para ir al edificio de Martín.

Esa era la gran decisión que había tomado, una que podía cambiarme la vida para bien o para mal, y precisamente esa última opción era la que me había estado frenando. No tenía ni idea de qué me iba a encontrar cuando tuviese a Martín delante, aunque tal vez todavía no había vuelto de su gran viaje de placer, acompañado o no, o quizás ya estaba en su despacho trabajando.

Las dudas y los miedos no faltaban, pero hice un gran esfuerzo por no permitir que me acobardaran. Me puse un vestido largo y fresquito de tirantes. Me froté el pelo con la toalla y me lo dejé mojado, una vez que me lo cepillé. Con el calor que hacía, en cuanto saliera a la calle ya estaría casi seco.

Me calcé unas sandalias planas, cogí el bolso y no lo pensé, salí por la puerta del piso y entré en el ascensor sin mirar atrás. Eso sí, con un nudo en el estómago y en la garganta.

Utilicé el transporte público para moverme, el que me dejó casi veinte minutos más tarde a dos calles de la de Martín. Caminé por la acera indecisa, a cada paso que daba con más nervios, pero conseguí llegar frente a su portal. Cogí varias bocanadas grandes de aire y pulsé el timbre.

Empecé a impacientarme porque no respondía nadie. Miré el reloj de pulsera, eran casi las cinco de la tarde. Podría haber llamado a mi hermano para preguntar si Martín ya había regresado de su viaje y estaba en el trabajo, pero decidí no hacerlo. A pesar de que me contuve, mi ánimo se desplomó al pulsar el timbre por tercera vez sin obtener respuesta. Martín no estaba en su ático.

—Ha sido una tontería —susurré girándome hacia la calle—, una gran estupidez.

Apreté los labios cuando me temblaron y no esperé más para largarme de la zona. Me sentía tonta, ridícula, porque los nervios habían sido injustificados. Igualmente, si Martín había retomado su vida con una nueva ilusión, ¿quién era yo para inmiscuirme? Se merecía ser feliz, tener paz y tranquilidad, y si hubiese estado en su ático, yo se lo habría desestabilizado todo. O quizás no, porque ya no le importaba hasta ese punto.

Por cada pensamiento me sentía peor, y cuando llegué a mi piso lo hice cabizbaja, sin ganas ni ánimos.

—¡Mi niña!

Me giré hacia Lupe. Yo estaba girando la llave en la cerradura de mi puerta, ella estaba en el marco de la suya abierta.

—Ahora iba a hacerte una visita —dijo con una sonrisa, pero se le borró al fijarse bien en mi expresión—. ¿Qué te pasa? —Jadeó caminando hacia mí.

—Nada. —Le sonreí un poco.

—¿Cómo que nada? ¿Y esa cara de pena? Parece que te estás arrastrando.

—Se me pasará —dije abriendo—. Vamos a tomar un café. —Entré en mi piso—. Cierra tu puerta. —Reí un poco.

Me había seguido y la suya la había dejado abierta.

—Ay, ¡la dichosa edad! —se justificó, y sonreí porque no tenía nada que ver con los años que tenía, más bien con su preocupación.

Fui hacia la cocina y no tardó en llegar.

—Cuéntame, qué te tiene así. Por cierto, estás preciosa. Cómo me alegro de que ya puedas caminar bien. —Me sonrió.

—Eso de bien es un poco cuestionable, pero no voy a quejarme. —Le hice un guiño.

—Bah, tonterías. Mejor que ayer que llegaste del médico, es indiscutible. —Le quitó importancia moviendo las manos en el aire—. Te ha dado mucho el sol.

—Qué manera más sutil para decir que me he quemado en la playa —dije con humor—. Me molestan hasta los tirantes del vestido. —Bufé.

—Si es que la juventud no pensáis, ni aprendéis —negó como reprimenda—, pero de todas maneras te sienta muy bien. Estabas muy pálida.

—Es lo que tiene pasarse semanas sin salir del piso. —Me encogí de hombros—. Mi ánimo o mi falta de él es por Martín —le aclaré encendiendo la cafetera—. Café con leche, ¿normal o con hielo?

—Con hielo. Explícame qué ha pasado.

Eso hice, le conté mi intento para acercarme a él y lo fallido que había sido. También la puse al día de lo de su viaje que me contó Isaac. No tenía ganas de hablar, ni de ese tema, ni de ninguno, pero cuando preparé los dos cafés con hielo, nos sentamos en el sofá, con el aire acondicionado a buena temperatura, y continúe diciéndole cómo me sentía. Escuché atenta sus sabios consejos porque las experiencias son un grado incuestionable y ella había vivido muchísimo más que yo.

Capítulo 31



Paola

Abrí los ojos de golpe al escuchar el timbre de la puerta, no el del portal. No estaba dormida, pero sí, en modo desconexión, tumbada en el sofá. Mientras me incorporaba, activé la pantalla del móvil que tenía sobre la mesa baja. Eran las siete y media de la tarde; mi hermano no fallaba ni un día para pasarse a verme, aunque fuera un ratito.

Caminé hasta la puerta y la abrí rápido, sin mirar, convencida de que era Isaac. La otra opción era Lupe. Pero, para mi sorpresa, no era ninguno de los dos, sino la última persona que habría imaginado ver. Martín estaba ahí, plantado en el rellano, y no pude evitar que la sorpresa se me notara en la cara al tenerlo tan de cerca.

Me quedé más helada que los dos *frappuccino* de caramelo de Starbucks que sujetaba en una mano café —sabía bien cuánto me gustaban. En la otra llevaba una caja con tapa transparente, donde se veían unos pastelitos variados.

No me salían las palabras, como si de repente se me hubiera olvidado de hablar. También me costaba procesar lo que estaba pasando. Increíble, pero me dejó totalmente en blanco, desubicada en mi propio piso.

—Martín… —Fue lo único que conseguí decir al cabo de unos segundos eternos.

Una simple palabra, su nombre, y me salió entrecortada.

—Sé que me has visto como la peor persona, pero he pensado que, a estas alturas, y después de cómo terminó el juicio, ya se te habría pasado un poco —bromeó, tratando de disimular lo mucho que le divertía verme tan descolocada.

—No te esperaba…

—Hola —dijo con una sonrisa ladeada.

—Hola —le respondí, algo más repuesta.

—¿Puedo pasar?

—Claro, perdona. —Me aparté a un lado para dejarle entrar.

Entró directo hacia la mesa alta del salón, donde dejó la caja y los vasos, estos últimos sobre dos posavasos decorativos que adornaban una parte de la superficie. Cuando se giró hacia mí, levantó una mano, agitándola a la altura de mi cara. Yo seguía embobada, mirándolo, y reaccioné con una mueca más triste de lo que pensaba. Cruzó los brazos sobre su pecho y me observó con atención.

—¿Y ahora a quién tengo que ir a buscar? ¿A qué viene esa cara? —preguntó, medio en serio.

—A nadie —respondí, carraspeando porque la voz me salió ronca —. Es solo que… no imaginaba que volvería a verte. —Él arqueó una ceja.

Sin descruzar los brazos, bajó la mirada con descaro, recorriéndome de arriba abajo. Fue entonces cuando me di cuenta de que solo llevaba puesta una camisola blanca, de manga corta, que se me deslizaba por un hombro y apenas me cubría. Eso sin contar que no llevaba sujetador, y la tela era fina. Me ruboricé al instante, pero no me moví. Me gustó el cambio que se produjo en su expresión. Se detuvo en mi pierna, la que hasta hace poco llevaba escayola, y se quedó mirándola durante varios segundos.

—Me alegra verte sobre los dos pies —dijo, con voz grave.

—Gracias, me la quitaron ayer —sonreí un poco, y él asintió.

—Lo sé.

—¿Te acordabas de la fecha?

—Sí, y también llamé a tu hermano para saber cómo te había ido.

Me vino a la mente aquella llamada que recibió Isaac cuando salíamos del hospital. ¿Sería Martín? Joder… no me dijo nada, ni me dio pistas. Supuse que era trabajo.

—Gracias por preocuparte, y por el interés —susurré.

—No me las des más. —Se apoyó en el filo de la mesa.

— Vale, pero déjame hacerlo una vez más. Sé que ya te lo dije de mil maneras, pero quiero hacerlo bien. Gracias por todo lo que hiciste por mi hermano y por mí, por cuidarme y por no apartarte, aunque yo intenté echarte de la peor forma. Ojalá algún día puedas perdonarme, me pesa mucho cómo te traté.

El silencio nos envolvió durante unos largos segundos.

—Vamos al sofá para que estés más cómoda. ¿Cómo llevas la estabilidad?

Se separó de la mesa y volvió a coger los vasos y la caja. Lo seguí hacia el sofá, agradecida por el cambio de dirección que le dio a la conversación. Estaba hecha un manojo de nervios y con las emociones a flor de piel.

—Bastante bien, aunque a veces siento que se me va a doblar sola.

—Es normal, aún está débil. Pero con rutina, en pocos días la tendrás firme otra vez.

—Sí.

Me senté con cuidado a su lado, intentando que la camisola no dejara nada al descubierto. Observé cómo colocaba todo en la mesa baja. Abrió la caja: los pastelitos tenían una pinta increíble, aunque el café helado no se quedaba atrás. Cogí el mío y sorbí por la caña, disfrutando del sabor y de lo frío que estaba. Martín hizo lo mismo, y cuando soltó el vaso, se giró hacia mí.

Me adelanté a lo que iba a decir; lo dejé con la palabra en los labios.

—Hace unas horas fui hasta tu edificio. Llamé al ático porque quería… quería invitarte al café ese que mencionaste tantas veces. —Noté cómo se me encendían las mejillas. Con suerte, pensaría que era por el sol de la playa—. Pero está claro que siempre eres más rápido que yo y acabas sorprendiéndome. —Miré el vaso de *frappuccino*.

—Vaya… siento que te hayas desplazado hasta allí para nada. Pero, por otra parte, me alegra que esta vez haya sido yo quien dio el paso. Así que, ¿estabas dispuesta a tomarte ese café pendiente? Pensé que no te decidirías, por eso estoy aquí.

—Sé que ha pasado tiempo desde la última vez que nos vimos en el juzgado, pero quería recuperarme… de todo. —Cogí el vaso y removí el contenido con la pajita.

—¿Y cómo ha ido? ¿Lo has conseguido?

—Ya lo ves —me referí a la pierna.

—Sí, eso lo he visto. Pero no me refería a lo físico.

—Asumir lo de Helen ha sido duro —sorbí para refrescarme la garganta—, pero no me quedó otra. Así que supongo que ha ido bien. Ya no quiero que forme parte de mi vida de ninguna forma, ni siquiera para recordarla.

—Es lo más sano y sensato —asintió serio—. Lamento mucho todo lo que se te vino encima aquel día, Paola. Si hubiese podido evitarlo, créeme que no te habría hecho pasar por ese mal trago. Pero era necesario para que abrieras los ojos a la realidad, aparte de que era primordial para el caso, para salvar a tu hermano.

—Lo sé. —Sonreí con tristeza—. Me ha venido bien este tiempo en soledad, aunque mi hermano, Marta y Lupe me han dado pocos descansos. —Sacudí la cabeza—. Al menos conseguí quedarme aquí cuando Isaac se empeñó en que me fuese con ellos.

—¿Lupe?

—Mi vecina. Alguna vez te hice algún comentario sobre ella —asintió—. Durante los días que estuviste aquí, no apareció porque sabía por Isaac que no estaba sola.

—¿Y en esa soledad has llegado a alguna conclusión?

—Sí —susurré—, pero no ha sido a una conclusión como tal, porque siempre lo he tenido claro, aunque no supiera verlo en algunos momentos. Estaba enfadada y decepcionada, sin motivos reales, pero claro, eso lo supe demasiado tarde. —Tragué saliva—. Este tiempo me ha servido para reafirmar lo que siento y para centrarme en lo que es realmente importante, en lo que quiero y deseo.

—¿Y qué es?

Dejé el vaso en la mesa y me froté las palmas en las piernas.

—Todo se reduce a ti, Martín. —Lo miré de reojo—. Por eso necesito que me perdones. Sé que para algunas cosas es demasiado tarde, pero me encantaría conservar tu amistad. Para mí es muy importante. Pero solo si tú también lo quieres, claro.

—¿Demasiado tarde? ¿Amistad? ¿Concedértela? ¿Qué me he perdido?

—Espero que no te moleste, pero le pregunté a Isaac por ti. Me dijo que estabas de viaje… y que ibas muy bien acompañado.

—Ya veo. —Carraspeó. Me giré al notar el tono divertido en su voz.

—¿Qué?

—Para que me quede claro: te pusiste celosa y después triste por lo que interpretaste. Has dado por hecho que había elegido a esa buena «compañía» en vez de a ti.

—Sí, ¿no fue así? Aunque, vamos, tampoco esperaba que me llevaras de viaje, con lo mal que acabó todo…

— Pues sí, para serte sincero, siempre voy a elegir a esa compañía por delante de todo. Me fui con mi hija, Alma.

—Oh. —Se me quedaron los labios en forma de o y los ojos como platos. Él sonrió, divertido.

—Alma está en la recta final del curso. Hablé con su tutora justo la tarde del juicio. Le conté por encima lo que había pasado, sin entrar en muchos detalles, para que pudiera estar atenta a cualquier cambio en el comportamiento de la pequeña, aunque espero que no sea necesario. Le dije que planeaba llevarme a Alma de viaje y no hubo inconveniente.

»Por esta razón, organicé rápidamente el viaje, ya que ambos lo necesitábamos. Estos días juntos han fortalecido nuestro vínculo, y en un entorno nuevo que a Alma le encantó, he tenido la oportunidad de hablarle sobre su madre de manera adecuada para su edad, reservando ciertos detalles para el futuro, si alguna vez decide conocerlos.

»También le he hablado de ti y poco a poco lo he puesto todo en su lugar. Mañana, por fin, recogeré a Alma de la casa de su madre para que viva conmigo de forma permanente. Anoche la dejé allí para que pudiera recoger sus cosas con tranquilidad, porque nos fuimos de viaje al día siguiente del juicio.

»No vi a Tamara cuando fui a buscarla; como le había advertido, se mantuvo alejada, y tampoco la veré mañana. Este es el acuerdo, y estoy tranquilo porque, hasta que la recoja, no intentará decirle nada a Alma. Me he asegurado de que así sea. Es importante que la pequeña tenga la oportunidad de despedirse de su madre.

—Es lo más normal, ella no entiende cómo es en realidad. —Hice una mueca—. Entonces… ¿me has perdonado? —Enrollé el borde de la camisola entre los dedos.

—Si me das un beso, sí. Si no, ni hablar. —Se encogió de hombros.

—¿En serio? ¿Así de fácil? —Me reí negando con la cabeza.

—Claro. ¿Qué esperabas? Venga. —Carraspeó—. ¿Sellamos la paz con un beso y tomamos este café pendiente, aunque sea unas cuantas horas más tarde? Porque como le metas mano a los pastelitos, sé que dejarás de hacerme caso. —Volví a reír.

—Sí, lo estoy deseando —dije, notando cómo los ojos se me humedecían.

Había soñado tantas veces con este momento y había imaginado nuestro primer encuentro tras los días de separación de tantas maneras, que ahora, al verlo hacerse realidad, me parecía irreal. Sentía que en cualquier instante podría despertar de este hermoso sueño y darme cuenta de que Martín no estaba a mi lado.

Pero era muy real. Su mirada de cariño al ver cómo estaba, el calor de su cuerpo al acercarse, su mano en mi nuca. Todo.

Capítulo 32



Paola

Me atrajo por la nuca y rozó mis labios con los suyos, sin apartar la mirada. El contacto me hizo temblar y cerré los ojos. Me entregué por completo, justo como había anhelado desde la última vez que estuvimos en la misma situación. La boca de Martín se fundió la mía en un beso lento, que poco a poco se volvió posesivo, cuando su lengua se abrió paso entre mis labios. Lo recibí con las mismas ganas y desesperación que me provocaba.

Se me erizó la piel al sentirlo por todas partes, cada rincón de mi cuerpo se encendió de la forma más placentera y desesperante.

Cuando nos separamos, solo lo hicieron nuestras bocas. Nos mantuvimos a centímetros del otro, respirando agitados.

—Paola, no necesito que me pidas perdón ni que te sientas mal por nada —susurró, acariciando mis labios al hablar—. Solo necesito tenerte a mi lado y que no dudes de que lo que siento por ti. Es real.

—No te merezco. —Apoyé la frente en la suya, incapaz de contener las lágrimas.

—No digas eso, ¿vale? —Me acarició la mejilla con el pulgar, a la vez que me retiraba la humedad de la cara—. No me apartes otra vez, por favor.

—Nunca más…

—¿Me lo prometes?

—Sí. —Sonreí al ver la cara que puso.

Me recordó al Martín que conocí tiempo atrás, al divertido y desenfadado que me volvió loca desde el principio.

—¿Y vas a ser obediente?

—Muchísimo. —Fruncí los labios mientras me acariciaba las mejillas.

—Entonces, vamos a ir a tu cuarto. Te sientas en la cama y me dices qué voy sacando del armario para meter en la maleta.

—¿Maleta? —Me eché a reír—. ¿Acabas de regresar de un viaje largo y ya quieres en otro?

—No, lo que quiero es que te vengas a mi ático. Necesitamos estar juntos el mayor tiempo posible. Ya hemos perdido bastante. Allí estaremos tranquilos, y si no recuerdo mal, te enamoraste de todo, sobre todo de la terraza.

—Claro, es una pasada. Me encanta la idea.

—Tú sí que me encantas. Acabo de cambiar de idea, vamos a dejar lo de la maleta para luego.

—¿Y eso?

No respondió con palabras, pero lo entendí perfectamente. Se apartó de mí y se echó hacia atrás. Cuando apoyó la espalda en el respaldo, levantó una mano y no dudé en agarrársela. Tiró de mí y me acomodé sobre él, a horcajadas. La camisola se subió con el movimiento, aunque igualmente no hubiera sido un impedimento para las manos de Martín. Me sujetó de las caderas, atrayéndome hacia su cuerpo. Rodeé su cuello con los brazos, pegándome aún más.

—No sabes cuánto deseaba tenerte así, cuánto lo he echado de menos —susurró, mordisqueando suavemente mi mandíbula, encendiéndome al instante.

—No más que yo —dejé escapar un suspiro entrecortado al balancear la cadera sobre el bulto que había crecido dentro de su pantalón.

Me tocaba justo donde más lo necesitaba y mi humedad aumentó sin control.

—Dame lo que quiero —pidió.

—¿El qué?

—A ti, por completo.

—Ya me tienes. —Le agarré del pelo, haciendo un poco de fuerza para levantarle la cabeza—. Estoy aquí.

Lo besé sin cerrar los ojos. No quería perderme ni un segundo. Él hizo lo mismo, nos miramos mientras nos devorábamos con los

labios y las lenguas, con nuestros cuerpos en movimiento al no poder contenernos.

La fina tela de la braga no hacía de barrera, me provocaba las mismas sensaciones y me llevaba a la misma necesidad, aunque no era comparable a sentirlo directamente. Con ese pensamiento interrumpí el beso y me incorporé ligeramente, dejando el espacio suficiente entre nosotros para meter las manos. Se tensó cuando le desabroché el pantalón y liberé su pene. Tan erecto, tan perfecto… Lo rodeé con la mano, con firmeza, disfrutando del gemido que escapó de sus labios al sentir mi contacto y recordar su calor, tamaño y suavidad.

Con la yema de los dedos retiré las gotas que humedecían la punta, deleitándome con cada cambio en su rostro.

—Eres muy mala —gruñó al verme lamerme los dedos.

—Y te encanta que lo sea.

—No sabes cuánto. —Me apretó las nalgas para que bajara, pero todavía faltaba algo, lo más importante.

Me retiré la braga hacia un lado, ofreciéndole lo que tanto ansiaba. La mirada de Martín dio un cambio espectacular, se enfocó por completo en esa parte de mi cuerpo que apenas alcanzaba a ver. Su mano se movió rápido, provocándome un jadeo cuando la colocó, cubriéndome el sexo.

—De esto me encargo yo, quítate la camisola —habló con la voz grave y profunda.

Dicho y hecho, ni un segundo esperé para sacarme por la cabeza la camisola. Me quedé desnuda ante su mirada hambrienta. Tenía los

pezones erectos, muy duros, y al no haber bajado de su regazo, se inclinó y tomó uno de mis pechos con su boca y lo devoró. Gemí ante el contacto de sus labios, lengua y dientes, con los que me torturó el pezón, volviéndome loca de deseo. De uno pasó al otro, y siguió jugando, mientras sus dedos se deslizaban entre mis pliegues, esparciendo mi humedad.

—Martín… —Mi voz fue casi una súplica, cuando uno de sus dedos se hundió en mí con fuerza.

—Me encanta, joder —siseó, moviéndolo, con un ritmo que mi cuerpo pedía más, mucho más.

—Síííí… —gemí con fuerza, cuando los dedos de su otra mano me cubrieron el clítoris, sin dejar de llenarme con los de la otra. En ese momento ya metía dos de ellos.

Estaba más que preparada, dilatada, ansiosa por recibirlo y acogerlo, pero él todavía no tenía intención de llenarme por completo. Me atormentaba con sus dedos, los del clítoris giraban sobre ese punto sensible y excitado, giros, caricias, roces, velocidad en aumento… los otros penetrándome con fuerza, como si fuese su erección la que me follaba. Me volví loca cuando su boca volvió a mis pezones.

Me llevó al precipicio de la manera más maravillosa y placentera que puede existir y me empujó, una y otra vez, sin dejarme caer, hasta que no pude más. Me corrí sobre sus dedos, girando las caderas, sin control.

La explosión de sensaciones fue tan intensa que me rendí entre sus brazos, completamente exhausta.

—Eres una puñetera delicia, Paola — gruñó cuando volví a tomar su miembro, deslizándolo entre mis pliegues, dándonos placer a

ambos.

Su jadeo y tensión, y lo que me hacía a mí misma, me activó otra vez. Volví a sentir la desesperación, pero no me dio tiempo a pedirle más. Solté un grito ahogado al sentirlo entrar de golpe, profundo, decidido. Su miembro largo y grueso me llenó por completo.

No podía estar más dentro de mí, me sentía llena por completo, y me mantuvo inmóvil, sentada sobre él. Me aferré a sus hombros, clavándole las uñas, mientras él me sujetaba las nalgas con fuerza.

Me había metido la braga entre las nalgas y ya no eran un impedimento del que estar pendiente. Echada hacia un lado, su miembro hacía el resto, bien enterrado en mi interior.

—Fóllame —me pidió, mordisqueándome los labios.

No hizo falta que lo repitiera. Perdí la razón, moviéndome con rapidez, subiendo y bajando, desesperada. Martín iba a mi encuentro, elevando el trasero del asiento del sofá. El tiempo se desvaneció entre jadeos y movimientos, hasta que otro orgasmo me atravesó entera, justo cuando él frotó mi clítoris con la misma intensidad con la que mi cuerpo bajaba y subía.

Pero Martín no tuvo suficiente, cuando el último espasmo de placer se disipó, me apartó y me hizo cambiar de posición. Me guio para dejarme con las manos y las rodillas apoyadas en el asiento del sofá y él se colocó detrás. Giré la cabeza, mordiéndome el labio inferior, con los ojos más cerrados que abiertos.

Me estremecí cuando deslizó la braga por mi zona más sensible, clavándola justo donde más me hacía gritar. Gemí fuerte, pero me dejó sin aliento al embestirme de nuevo. Me moví hacia atrás, desesperada, y él aceptó la invitación. Martín me tomó con fuerza, y yo me aferré como pude al sofá.

Sus impulsos eran fuertes y el ritmo que tomó acompasado y frenético. Sorprendentemente, al cabo de no sé cuántos minutos, incansables, volví a correrme y a deshacerme por él. Segundos después, Martín se dejó ir, se liberó en mi interior y notar cómo su esencia caliente me llenaba fue algo que no sé cómo describir.

Anhelar algo que no posees puede ser un verdadero suplicio, pero cuando finalmente se convierte en realidad, la experiencia es tan maravillosa e increíble que… noté cómo los ojos se me humedecían por todas las emociones y sensaciones de tenerlo conmigo, de esta forma y de cualquier otra.

—Te has quemado —dijo, respirando con dificultad, cuando dejó de balancearse dentro de mí.

—Eh… —Jadeé—. Más bien he ardido.

—No me refiero a este momento. —Rio con ganas, dándome una palmada en la nalga—. Me refiero a tu piel.

—Ah. —Fruncí los labios—. Fui con Marta esta mañana a la playa. Estuvimos horas.

—¿Te duele?

—Solo molesta un poco.

—Esta noche te lleno de crema.

—Mmm…

—De la de bote, pervertida. —Volvió a reír, saliendo de mi interior.

Solté un suspiro al perder su contacto. Me levanté con cuidado del sofá, poniéndome de pie. Martín hizo lo mismo y me retiró el pelo hacia atrás. Me dio un beso lento, calmado, pero no menos incendiario. Cuando conseguimos dejar de tocarnos, me coloqué bien la braga —que ya estaba inservible y tenía que cambiarla—, y me puse de nuevo la camisola. Él escondió su miembro dentro del bóxer y se abrochó el pantalón.

—Ahora sí es momento de hacer la maleta —dijo con un guiño.

Se agachó para coger los vasos de *frappuccino* y yo agarré la caja de los pastelitos. Fuimos a mi habitación, dejé la caja encima de la cama y entré en el baño. Necesitaba asearme. Cuando salí, me puse una braga limpia, mientras él me observaba con una sonrisa traviesa.

Abrió la caja y se llevó a la boca un pastelito. Yo no iba a ser menos, me zampé dos seguidos, provocando su risa. No permitió que me moviera, me pidió que me sentara en la cama con el vaso y después de beber bastante del suyo, me dijo que le indicara lo que quería que sacase del armario.

Así lo hice, mientras disfrutaba de los pastelitos y bebía, él hacía pequeñas pausas para acompañarme.

Le fui señalando cajones y compartimentos del armario, comentándole lo que tenía que coger. Lo fue colocando todo sobre la cama y el momento más bueno llegó con la ropa interior. El muy descarado olió cada prenda que sacaba, ante mis risas y aprobación por su elección.

Llenamos una maleta grande y otra más pequeña con ropa y artículos personales. Una vez cerradas, me vestí y fuimos con ellas al salón. Entramos en la cocina, para llevarnos en bolsas los alimentos del frigorífico que podrían estropearse con el paso de los días. La

caja de los pastelitos también venía con nosotros; aún quedaban bastantes, lo que no sucedió con los *frappuccinos*.

Martín se encargó de tirar los vasos a la basura y de coger la bolsa, para lanzarla al contenedor.

Nos aseguramos de dejar el piso bien cerrado y toqué el timbre de Lupe para ponerla al tanto. No quería que se preocupara. Aproveché la ocasión para presentarle a Martín, y por su expresión, le gustó tanto él como la idea de que nos fuéramos juntos, especialmente porque nuestro reencuentro había sido tan positivo.

Martín nos dejó a solas, empeñado en bajarlo todo al coche él solo. De nada sirvieron mis protestas y amenazas, lo hizo igualmente. Me quedé hablando con Lupe y después de varios viajes, cuando Martín apareció con las manos vacías y ya no quedaba nada para cargar en el coche, nos despedimos de ella, prometiéndole que me pasaría a verla. Nos dimos un fuerte abrazo y un beso.

Capítulo 33



Paola

Durante el trayecto en coche, a medio camino, llamé a mi hermano para contarle con quién estaba, a dónde iba y, sobre todo, que me quedaría un tiempo en el ático de Martín. Isaac se puso muy contento, más bien eufórico. Me dijo que ya podía quedarse tranquilo respecto a nosotros y, de fondo, escuché a Marta gritar algo, seguramente persiguiéndolo para enterarse bien de la conversación.

Según mi chico —joder qué bien sienta referirme a él de esa forma —, sería solo por una temporada, aunque haría todo lo posible por alargarla.

—Define «temporada larga» —le solté cuando colgué.

—Bueno, los días que tú quieras. —Carraspeó—. ¿Te ha sonado a mucho? Tranquila, que no voy a pensar que te quedas de okupa —dijo con humor, y yo me reí, apretando los dientes.

—Vas a tener que echarme a empujones, luego no digas que no te avisé. Aún estás a tiempo de arrepentirte.

—Lo último no va a suceder. —Me miró de reojo unos segundos antes de volver a concentrarse en la carretera—. Dije una temporada, pero en realidad, esto es solo el principio. ¿No crees?

— Lo que creo es que no pienso separarme de ti ni un solo día de los que me queden por vivir. —Me lancé, y solté el aire de golpe cuando me guiñó un ojo.

Me salió una sonrisa tímida y recordé la cantidad de veces que conseguía ponerme en ese estado. De nuevo nuestros corazones vibraban al unísono y, cuando estábamos juntos, todo brillaba con mucha más fuerza. Me sentía pletórica, pero a la vez me daba mucho miedo que algo se torciera y cambiara de forma radical. Confiaba ciegamente en él, y jamás lo iba a volver a poner en duda, pero la vida por sí misma se encarga de complicarse sola, en cuestión de segundos. Bien lo sabía yo.

Entrar a su ático fue como abrir una caja de recuerdos. Aluciné cuando vi que todo estaba lleno de velas, flores y aromas, como a mí me gustaba. Sin duda, Martín lo había preparado todo al detalle y en ningún momento dudó que lo nuestro tenía solución.

Había cuidado hasta el más mínimo detalle para sorprenderme, por eso mismo me lo comí a besos, como se suele decir. Le llené la cara de ellos, colgándome de su cuello en cuanto tuve la oportunidad. Él rio con ganas por mi arrebato.

—Joder, mañana duplico todo —dijo con humor.

—Tú lo que quieres es que te coma otra cosa. —Solté una carcajada—. A este paso nos vamos a asfixiar con tanto aroma.

—Para que eso suceda no necesito tanta parafernalia. —Me guiñó un ojo, y le devolví la sonrisa con picardía.

Qué poco equivocado estaba. No tardaría en demostrárselo.

Después de dejar las maletas en la habitación —la nuestra—, fuimos a la terraza, olvidándonos por completo de colocar las cosas. Me acomodé en el sofá mientras él ponía música de fondo desde un canal de radio. Preparó dos vasos con hielo y los llenó con refrescos. Me pidió que no me moviera y desapareció en la cocina, de donde regresó con varios cuencos: patatas chips, aceitunas… Un picoteo perfecto antes de cenar.

—Te voy a confesar algo —dijo, dándome un toque en la nariz.

—A ver, dispara.

—Cuando te he visto con esa camisola, y todo lo que se adivinaba debajo, me has puesto como una moto. Casi pierdo el control.

—Ya lo sabía. —Me reí.

—Listilla. Si no estuviera seguro de que no me esperabas, habría pensado que lo hacías a propósito. No tienes ni idea de lo que me costó contenerme desde que abriste la puerta. He estado a nada de lanzarme sobre ti y devorarte directamente.

—Ah, ¿sí? —Me mordí el labio inferior—. Has echado varias en las maletas.

—Eres una provocadora.

—Y también te gusta. —Sonreímos al unísono.

—Toda la razón. —Se acomodó en el sofá, lanzándome una mirada tentadora.

—Esto es una maravilla —dije—. ¿Sabes lo que me pondría a mí?

—Ya estás tardando en decírmelo.

—Hacerlo ahí. —Y señalé la piscina.

Estaba preciosa, iluminada desde dentro, reflejándose en las paredes. El contraste con el anochecer era brutal, y lo sería más aún cuando cayera la noche del todo.

—Prepárate para dentro de un rato.

—Dios, ya me has puesto otra vez cachonda. —Reí con ganas, deseando que llegara ese momento.

No era la única, Martín no me acompañó en las risas, se dedicó a observarme con intensidad. Me dejé llevar y quise acelerarlo, cogí el bajo de la camiseta que me había puesto, dispuesta a quitármela, pero hice una mueca cuando me frenó, evitando que me desnudara.

—Todavía no.

—¿Por qué?

Justo entonces sonó el timbre. Me giré sobresaltada hacia la puerta de la terraza.

—Por eso. —Rio Martín.

—Joder, no me digas que has cambiado de planes y en vez de ir mañana a por tu hija, has hecho que la traigan esta noche. ¿Es mi pequeña enemiga? Mierda, me he quedado sin lujuria ni desenfreno —me quejé dramáticamente, provocando que no pudiera parar de reír.

—No te has acercado ni un poco —dijo levantándose.

Lo seguí, intrigada, hasta la puerta principal. Y para mi sorpresa, cuando abrió, allí estaban mi hermano Isaac, Marta y… ¡Lupe! Me quedé con la boca abierta, sobre todo al ver a mi vecina, lo que me hizo especial ilusión. Martín había vuelto a demostrar cómo era. Lo miré emocionada y me hizo un guiño, antes de que me lanzara a abrazarlos.

—¡Qué calladito lo teníais! —les dije a todos.

—Martín me llamó cuando hizo el último viaje al coche —contó mi hermano—. Convencer a Lupe fue fácil: le dije que si no se animaba a venir, no me volvería a pasar a verla…

—Este muchacho tiene mucha maldad —se quejó ella, pero con una gran sonrisa.

—Cuando te he llamado para decirte que estaba con Martín y los planes que teníamos, te has hecho el sorprendido. —Arqueé una ceja, hacia mi hermano.

—Queríamos darte una sorpresa, pequeña. —Me rodeó los hombros con el brazo y me dio un beso en la cabeza.

—Y lo habéis conseguido —dije sonriendo de oreja a oreja—. Gracias —le dije a Martín.

Su mirada me hizo saber lo que nos esperaba cuando nos quedáramos solos. La idea de la piscina, con los dos desnudos en el agua dando rienda suelta a nuestros deseos me acaloró al instante. Martín se rio al verme, al interpretar perfectamente el motivo de mi

sofoco. Curioso que se diera cuenta cuando mi piel ya de por sí estaba colorada por el sol.

—Había pensado en pedir unas tablas de *sushi*. ¿Os gusta a todos? Si no, elegimos otra cosa —comentó Martín.

—Ahí tiene la última palabra nuestra Lupe —dijo Marta, divertida—. A Paola y a mí nos costó que probara la comida china, pero le gustó, ¿a que sí?

— Sí, pero donde esté un buen puchero o cualquiera de mis guisos, que se quite lo demás. —Hizo un gesto con las manos, y todos reímos—. Pero vamos, no os preocupéis, yo me adapto.

—No mujer, quiero que estés a gusto —insistió Martín.

—Con la compañía sería imposible que no lo estuviera. —Sonrió agradecida—. Muchas gracias por la invitación y por contar conmigo.

—Gracias a ti por aceptar.

—Venga, pues cenamos japonés. Vamos a modernizar a Lupe del todo —dijo Marta, animada.

—Me lleváis por el mal camino.

—Y lo bien que te lo pasas, ¿qué? —Rieron las dos.

Martín nos pidió que fuésemos hacia la terraza mientras él se encargaba de hacer la llamada al restaurante. Al cabo de unos minutos se reunió con nosotros, llevando una bandeja en la que había puesto más cuencos con picoteo. Isaac lo acompañó a por las bebidas y durante un poquito más de media hora estuvimos pasando un buen rato en la terraza, a esas alturas completamente iluminada.

Se estaba de maravilla. La temperatura era perfecta porque corría una brisa que era de agradecer. Marta se había enamorado de la terraza, de toda la zona, y cómo no, de la piscina infinita; no dejaba de hacer comentarios. En general, todos alucinaron con el ático de Martín. No era para menos: era espectacular.

Cenamos allí mismo, por unanimidad. Cuando nos trajeron la cena, preparamos la mesa alta de la terraza, para estar más cómodos, sobre todo por Lupe. Lo que nos reímos cuando ella se llevó el primer *maki* a la boca, no tuvo precio. Lo masticó con una mueca, mientras todos la mirábamos expectantes. Al tragar nos dijo que estaba insípido, pero volvió a coger otro enseguida, lo que nos hizo reír más.

La cena fue genial, con la mejor de las compañías y en un ambiente inmejorable. Terminamos bebiendo unas copas que Marta se empeñó en preparar, para acompañar a los pastelitos que nos sobraron a Martín y a mí, con los que se presentó en mi piso. Fue una noche que se quedaría en mi recuerdo, al estar rodeada de las personas que más quería y estaba claro, por lo que me había enseñado la vida, que las que más me querían a mí.

En un momento dado, Martín nos comentó que Igor le había pedido que lo disculpáramos por no acompañarnos. Por lo visto, cuando Martín lo llamó, después de hablar con mi hermano, Igor le dijo que estaba de camino hacia una cita. Hubiese quedado muy mal que la anulara tan precipitadamente, a pocos minutos de llegar, por lo que le dijo que en otra ocasión repetiríamos el encuentro y que no fallaría para estar todos juntos.

Había quedado con una abogada, que por lo que dijo Martín, era de armas tomar. Igor tenía la fiesta asegurada, por su carácter. Me alegré por él, y más lo hice cuando Martín me puso al día de lo que hubo en realidad entre su amigo y Helen.

Sobre la una de la madrugada nos despedimos de Isaac, Marta y Lupe, los que se fueron encantados. Fue entonces cuando Martín me explicó cómo llevó Igor la «relación» con Helen: todo fue parte de una estrategia para ayudar a mi hermano. No me supo mal. Ella se lo buscó, y al fin y al cabo, disfrutó mientras duró. Falsa fue ella desde el principio. Punto.

Y por fin llegó el momento que habíamos retrasado. En la terraza, nos quitamos la ropa el uno al otro, mientras la música continuaba sonando, pero en esta ocasión de una lista personal de Martín. Terminamos en el agua, enredados, y disfrutamos de nuestros cuerpos, creando un nuevo recuerdo que hicimos inolvidable.

A pesar de estar a remojo, nos consumimos en el fuego del deseo y la ansiedad del placer. Nos dimos lo que necesitábamos, al principio sin prisa y después acelerados por conseguir llegar a nuestro objetivo. Saciados y muy relajados, terminamos la noche apoyados en el borde de la piscina infinita, con Martín a mi espalda, rodeándome con los brazos.

Cuando nos secamos, caímos enseguida rendidos en la cama. Me dormí arropada por él, sin saber en ese momento que solo era una pausa. La noche fue muy larga y satisfactoria, una noche en la que quisimos recuperar el tiempo perdido que habíamos estado distanciados. Fue un gran comienzo, desde el momento en el que apareció en mi piso, pero aún nos quedaba mucho para que nos tranquilizáramos ante la nueva rutina que íbamos a tener.

No sería yo la que se quejara, era todo lo que quería y deseaba, aunque cualquier cosa junto a Martín era importante para mí. Conseguía que todo fuese especial. Lo quería, lo amaba y ser más consciente que nunca de esos sentimientos, me tenían como flotando en una nube, porque sentía en lo más profundo de mi ser que todo era recíproco.

Jamás pensé que, después del gran amor que tuve de joven —y que la vida me arrebató de la peor manera—, volvería a sentir algo tan intenso. Martín era distinto. Y estaba dispuesta a demostrárselo todos los días.

Capítulo 34



Paola

Apagué la cafetera, cogí la taza y salí de la cocina para dirigirme a la habitación a despertar a Martín. Yo había abierto los ojos hacía media hora, y me había duchado. Hoy era otro gran día: dentro de poco iríamos a buscar a Alma, la hija de Martín. Me sentía nerviosa por encontrarme de nuevo con ella y por ir a la casa de Tamara, aunque no fuésemos a traspasar la puerta. A la vez estaba ilusionada, porque con la pequeña comenzaría otro gran cambio, el último.

No me preocupaba la situación con ella, a pesar de mis nervios, porque Martín había hablado largo y tendido con su hija, y sin la mala influencia de su madre, sabía que tendría la situación bajo control. Todo iba a salir bien.

Me detuve en el marco de la puerta y sonreí al ver a Martín despierto. No había hecho falta que me lanzara encima de él, una grandísima pena. Cuando me levanté de la cama, dormía como un tronco, lógico teniendo en cuenta lo poco que habíamos descansado. Desde que se marcharon Isaac, Marta y Lupe, la noche fue solo para nosotros y la exprimimos al máximo. Perdí la cuenta de cuántas veces nos quedamos traspuestos en la cama, para despejarnos de golpe, entre caricias, besos y humedades.

—Otra visión espectacular que rivaliza con la camisola. Definitivamente, me quedo con esta —dijo con la voz ronca todavía por el sueño, y sonrió con picardía.

Bajé la mirada hacia mi cuerpo. Al salir de la ducha me había puesto su albornoz, era lo único que me cubría. Me di cuenta del porqué de su preferencia: los lados se habían abierto justo donde el cinturón quedaba flojo y de cintura para abajo, dejaban a la vista mucho más de lo que imaginaba. En la cabeza todavía llevaba una toalla enrollada. Levanté la taza despacio, volviendo a mirarlo. Le di un sorbo al café y me relamí los labios, muy consciente de que no dejaba de mirarme con intensidad.

—¿Quieres un café? Este también nos lo debemos.

—Nos lo vamos a deber siempre, porque cada mañana será una repetición deliciosa de este momento.

Solté una carcajada mientras avanzaba hacia el centro de la habitación. No me coloqué bien el albornoz, a propósito. Los ojos de Martín seguían clavados en el espacio entre mis piernas.

Cuando llegué a los pies de la cama, me subí de rodillas, provocando que la tela del albornoz se desplazara más. Martín se incorporó, apoyando la espalda en el respaldo, despierto por completo, mientras me veía avanzar hacia él.

—Ni punto de comparación con el albornoz, si ayer me pusiste como una moto, ahora mismo estoy completamente desbocado —dijo.

—¿A sí? —Me eché a reír—. Si lo llego a saber, me habría traído el mío.

—Con ese estás más que perfecta, pero si es lo que quieres, no hay problema. Pido uno ahora mismo por Amazon y llega mañana.

—Te encanta gastar.

—¡No! —Rio—. Y venga con la fama que me has puesto… No soy tan manirroto como crees.

—Bueno, tampoco eres precisamente ahorrador.

—¿Quieres que te enseñe mi cuenta?

—No, no, no. —Estiré una mano, riendo—. Está claro que estás forrado porque ganas mucho, pero gastar, gastas.

—Solo en ti y por ti. ¿Me has visto darme un capricho o despilfarrar en cosas innecesarias cuando estuvimos en Galicia?

—Bueno, con lo bien que comimos en ese viaje, para mí eso ya fue un lujo. Yo habría tirado de bocatas a veces y otras de restaurante, pero controlando el precio de la comida y el vino. Bueno, bonito y barato. —Le guiñé un ojo.

—Cuando quieras, vamos a la playa con los bocadillos de tortilla, como ayer cuando fuiste con Marta, y los filetitos empanados, que de esos tampoco me olvido. —Sonrió con picardía.

—Eres tremendo, pero el mejor hombre del mundo mundial. —Le ofrecí mi taza y la cogió sin dudar.

Compartir un café nunca me había parecido tan sexi y sensual, principalmente porque nunca lo había compartido, pero es que con Martín todo era especial. Bebió sin apartar la mirada de la mía.

—Y lo de la playa, vamos a tener que esperar unos días, hasta que se me baje la rojez para no empeorarla. Ya veremos cómo se presentan los días con mi pequeña enemiga Alma. —Apreté los dientes.

—Yo en pelea de chicas no voy a meterme, ya os apañaréis entre vosotras para acercaros en persona. —Carraspeó intentando ocultar la diversión que le provocaba cómo me refería a ella.

—Eso, mejor mantente al margen, que esa renacuaja me va a respetar y le voy a caer superbién.

—Así me gusta. —Se inclinó para acariciarme la cara.

Con un movimiento rápido apartó la sábana que le cubría de cintura para abajo, y su virilidad quedó al descubierto al estar desnudo. No tuve tiempo de reaccionar; Martín me rodeó la cintura y me atrajo hacia él. Dejó la taza en la mesilla y yo me acomodé a horcajadas. Busqué su erección como si llevara días sedienta y él fuese mi única fuente.

En cuanto la punta de su miembro me rozó el punto exacto, solté un jadeo de placer.

—No has tenido suficiente —dije con un suspiro.

—Contigo, nunca —me agarró de la nuca.

—Entonces, hay que aprovechar.

—Sí —gruñó cuando rodeé su miembro sensible y palpitante con una mano.

Lo guie hacia mi entrada y me dejé caer, lentamente, disfrutando de la sensación de sentirme llena, centímetro a centímetro. Martín se estremeció y se tensó, yo gemí cuando nos quedamos acoplados, cuando llegó al fondo de mi interior.

El baile que nos marcamos, con nuestros cuerpos en movimiento, fue más que alucinante. Nos dejamos consumir por la lujuria y la ansiedad, hasta que el orgasmo nos arrasó de la forma más placentera.

—Estoy de acuerdo con lo del albornoz —susurré con la cabeza apoyada en su hombro—. Ya estás tardando en comprarme uno.

Soltó una carcajada y vibré con él, al estar todavía enterrado muy dentro de mí. Me encantaban todas las sensaciones que despertaba en mí y sonreí como una idiota al escuchar esa risa suya, uno de mis sonidos favoritos.

Nos quedamos abrazados durante un rato, no sé cuánto, hasta que me adormecí en sus brazos, con sus dedos acariciándome la espalda.

Cuando se movió, me quejé, no quería separarme de él. Rio haciendo unas bromas y no me quedó más remedio que salir de encima de él y de la cama. Nos pusimos en marcha, nos aseamos, nos vestimos e hicimos una parada rápida en la cocina, para prepararnos un café para cada uno.

Nos los tomamos en el sofá de la terraza, mientras Martín me explicaba cómo se había dado el tema de Alma. Ante los acontecimientos pasados del juicio de mi hermano y, a pesar de que él lo tenía todo a su favor y en trámite, al final, a través de una llamada de teléfono, llegó a un acuerdo con su exmujer. Tamara le había firmado voluntariamente los papeles para que Martín tuviese la custodia completa de la niña, de esa forma agilizaron los trámites,

aunque Martín no iba a recular en llevarse a su hija de la casa de ella.

No es que su exmujer fuese de buenas, en su decisión rápida influyó uno de los ases que Martín había reservado, el que escondió hasta el final. Le reveló a Tamara que tenía en su poder otra prueba con la que podía imputarla por otros delitos, independientes al que ya recaía sobre ella. De esa forma, ella no dudó en ponerle todo por delante del tema de la niña.

Martín no dejaba cabos sueltos, y mi admiración por él creció. No tardamos mucho en terminar los cafés y salir del ático.

Nos dirigimos en su coche a casa de Tamara, para recoger a Alma, que por fin se venía definitivamente con nosotros. Una vez estuvimos en la puerta, su ex no salió con la pequeña, tal y como le había exigido Martín. En su lugar, Alma apareció acompañada por la chica que limpiaba la casa. Ese detalle me lo susurró Martín, disimuladamente.

La chica nos sonrió cargando con tres bolsas gigantes con la ropa y las cosas personales de la pequeña, pero bolsas de basura, lo que me dejó desconcertada y afectada, con una rabia impresionante. No se podía caer más bajo y ser peor que su ex, era una manera horrible de guardar las cosas de la hija de ambos. Joder, si trataba de esa forma a su propia hija…

La pequeña no parecía afectada, ni siquiera le dio importancia. En cuanto vio a su padre, corrió hacia sus brazos con una felicidad que era asombrosa y digna de ver. Era como si hubiese esperado con todo su corazón que sucediese este momento.

La chica dejó las bolsas a nuestros pies, se despidió de Alma con un fuerte abrazo y varios besos, y después de nosotros, más comedida hacia mí. En cuanto la puerta se cerró y nos quedamos los

tres solos, Alma me miró con una sonrisa tímida, mezclando vergüenza y tristeza, como si se sintiera culpable por lo que había pasado en nuestro último encuentro. Carraspeé, pero le respondí con una sonrisa amplia para que supiera que no estaba enfadada con ella.

—¿Tú también vas a vivir con nosotros? —me preguntó desde los brazos de su padre, con timidez.

—No, tú vas a vivir con nosotros —la corregí, provocándole una risilla.

—¿Te puedo dar un besito?

Su forma de pedírmelo me enterneció, y me encantó cómo reaccionó a mi respuesta:

— Si es con un abrazo, sí. Si no, no lo quiero. —Me encogí de hombros y se lanzó a mis brazos, con unas ganas y una efusividad que me dejaron asombrada.

—Cuidado —dijo Martín por mi estabilidad con la pierna.

Alma me abrazó fuerte, mientras me miraba sonriendo. Se lo devolví con todo el corazón. Me había conquistado. Debía ser de familia, porque con su padre me pasó lo mismo, aunque de forma muy distinta. La calidez de esos momentos compartidos me hacía reflexionar sobre los lazos que se forman entre las personas, y cómo a veces, sin previo aviso, alguien puede tocar nuestra vida de una forma tan significativa.

Capítulo 35



Paola

Le hice un gesto a Martín para tranquilizarlo, indicándole que estaba bien de la pierna, y empecé a caminar hacia el coche sin soltar a la pequeña. Él se encargó de las bolsas de basura, mandaba narices, ¡de basura! En fin. Las metió en el maletero y cada uno ocupó su asiento dentro del vehículo. Antes, Martín me cogió a su hija de los brazos para que se sentara en el elevador del asiento trasero.

Nosotros nos acomodamos en los asientos delanteros y, al coincidir las miradas, supe interpretar el gesto que me lanzó de reojo. Con esa mirada me dejó claro que le había parecido patética y vergonzosa la forma en que Tamara había entregado las cosas de Alma. Asentí con una mueca triste, dejándole ver que pensaba igual.

Para quitarnos el mal sabor de boca, Martín propuso hacer una parada larga en un parque que a Alma le encantaba. En cuanto llegamos, se unió a un grupo de niñas y niños, y quedó claro que venía muy a menudo. Era viernes, pero festivo en la localidad, así que no había trabajo ni clases.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando nos sentamos en un banco.

—Con mi hija y contigo, estoy de maravilla.

Le sonreí con cariño. Apoyó un brazo en el respaldo del banco y yo la cabeza sobre su costado.

—No le des más vueltas a lo que ha pasado —me pidió al notar mi silencio—. Tamara siempre tiene que dar la nota, esté o no presente. Vamos a quedarnos con que a Alma le dio igual lo de las bolsas. Mírala, está feliz.

—Sí —susurré, siguiéndola con la vista.

Iba de un lado al otro con sus amigos, se paraban en los columpios, corrían, hacían corrillos para hablar de vete a saber qué… Como había dicho Martín, su expresión era de pura felicidad. De vez en cuando nos miraba y nos regalaba una sonrisa enorme.

Me sentí más tranquila al comprobar que no hacía ningún gesto de desaprobación por la cercanía de su padre y la mía. Estaba claro que Martín había tenido una conversación sincera y positiva con ella, lo que me hizo pensar en un tiempo atrás, en el que lo había juzgado mal, no, fatal.

Pasamos bastante tiempo en el parque, la verdad es que hacía un día precioso y se estaba de maravilla. Cuando Alma se despidió de los amigos que todavía continuaban allí, fuimos hacia el coche. Martín paró a mitad de camino en un Burger King, sorprendiéndonos. La pequeña y yo aplaudimos emocionadas, haciéndolo reír.

Pidió los menús y los complementos a través de la ventanilla, para llevarlos al ático y comer allí con calma.

Al llegar, bajamos del coche. Yo me encargué de las bolsas de nuestra gran comida y Martín de las de Alma. Estas últimas las llevó a la habitación de la pequeña y se reunió rápido con nosotras en la terraza. Ya habría tiempo para organizar y colocar todas las pertenencias de Alma, por el momento, lo más urgente era dar buena cuenta de los menús, para que no se enfriaran.

— Papá, como te prometí, ya no voy a decirle cosas feas a Paola — dijo de repente Alma, causándome un nudo en la garganta. Tragué saliva con dificultad—. Mamá me dijo la otra vez que te las dijera o no vería más a mi papá. —Se dirigió a mí, y mi estado emocional empeoró. Le sonreí con tristeza.

—No, cariño, no lo harás más… o me enfadaré mucho.

A pesar de que sonó a reprimenda, Martín le habló en tono suave y comprensivo, mirándola con todo el amor que sentía por ella.

—No quiero que te enfades —dijo haciendo un puchero—. Voy a portarme muy bien y ser amiga de Paola. ¿A que sí? —Me miró.

—Me parece una idea genial. Me viene perfecto porque la amiga que tenía ya no la voy a ver más —dije, refiriéndome a Helen. Ella se rio sin entenderlo del todo.

—Papá, ya hemos hecho las paces.

—Ya veo que con ella has sido muy rapidita. —Carraspeó Martín, ocasionándonos risas.

Alma era preciosa, simpática y dulce, pero había estado de lo más manipulada. Aun así, seguía siendo una niña pizpireta y muy melosa que se ganaba al padre con los gestitos que le hacía. A él se le caía

la baba, y no era para menos. Lo comprobé de buena mano en el efecto que tenía en mí.

La comida nos sentó de maravilla. Cuando terminamos, Alma me tomó de la mano y me llevó a su habitación. Le dijo a su padre que íbamos a ordenarla, que era «un momento de chicas». Martín disimuló una sonrisa y yo le guiñé un ojo.

Nos acompañó hasta el pasillo, pero él entró en su despacho para hacer unas cosas de trabajo. Según me comentó, quedaban pocos días para que su despacho cerrara por vacaciones y tenía un montón de cosas pendientes. Aunque Igor se había encargado de todo en su ausencia, él quería ponerse al día para dejarlo todo cerrado antes de que cerraran. Se sentó a la mesa con su portátil, concentrado en lo que tenía que hacer, mientras Alma y yo nos dirigimos hacia su habitación.

Nos pusimos manos a la obra enseguida. Ella sacaba las cosas de las bolsas, mientras yo me encargaba de colocarlas entre la cómoda, los armarios y el baño. Todo, menos sus muñecas y juguetes, que dejamos para lo último, colocándolos sobre las repisas que tenía repartidas por la habitación, sobre la cama y también adornando un baúl precioso de princesa que le compró Martín, con su nombre tallado en la madera. Me fue guiando cuando se lo pedí, para colocarlos como a ella le gustaba.

Durante todo el tiempo que estuvimos juntas, no paró de hablar, parecía otra niña totalmente diferente. Yo la miraba con expresión divertida, pero concentrada en todo lo que me decía. Por sus comentarios, llegué a la conclusión de que era con su padre con el que quería estar realmente y que, aunque lógicamente quería a su madre, había muchas cosas de ella que le afectaban. Sus gestos involuntarios me lo dejaron claro, y no solo en lo referente a Tamara, dijo algunas palabras mencionando a la pareja de esta.

Me dio muchísima rabia porque la habían utilizado, estaba claro que jugaron con ella haciéndole daño en ese sentido. Alma lo exteriorizó sin darse cuenta y me alegré de que lo sacara hacia fuera, pero, sobre todo, que me viera como alguien con quien podía hablar. Teniendo en cuenta el breve tiempo que llevábamos juntas, era un logro inmenso.

La tranquilicé, como imaginaba que habría hecho Martín durante el tiempo que había pasado hasta hoy. Le dije que no tenía que preocuparse por cómo me trató, que lo entendía por su miedo, pero que eso no quería decir que estuviese bien, como le remarcó su padre. Le comenté que como amiga era genial y que esperaba que algún día me quisiera, porque para mí era alguien muy especial.

Ante esas palabras, se acercó a mí con un peluche y me abrazó, muestra de cariño que le devolví con una gran sonrisa. Apretándola contra mi cuerpo, levanté la cabeza hacia la puerta. Martín estaba apoyado en el marco, con una expresión difícil de explicar. En ella había satisfacción, amor, cariño, comprensión, admiración, felicidad…

Cuando carraspeó, Alma se separó de mí y se giró hacia él.

—Papi, ya hemos terminado.

—Ya lo veo, cariño, la habitación ha quedado perfecta —le sonrió él —. Sois muy buenas decoradoras.

—¿Qué traes ahí? —Se le agrandaron los ojos.

—Unos pasteles riquísimos para merendar, he bajado a la pastelería de enfrente. —Levantó las cejas varias veces, en un gesto divertido.

Reímos cuando salió corriendo hacia él y le quitó la caja de las manos. Se fue de la misma forma, y yo caminé hasta Martín.

—¿Todo bien? —me preguntó.

—Estupendamente, tienes una hija adorable.

—Tú no te quedas atrás. —Me hizo un guiño y me rodeó los hombros con el brazo.

Caminamos por el pasillo y al llegar al salón, nos encontramos a Alma sentada en el sofá, con la caja abierta entre las piernas y la boca llena.

—¿Un vaso de leche para acompañarlos? —dijo animada.

—Y nosotros un cafelito, así que ahora mismo lo preparo todo.

Me senté junto a ella y metí la mano en la caja. Los pastelitos eran de la misma pastelería que los que Martín apareció en mi piso, había variedades distintas, pero todos tenían una pinta exquisita y costaba resistirse. Eran un estallido de texturas y sabores en el paladar.

—¿No trabajas? —me preguntó Alma.

—Desde hace un tiempo no, pero en cuanto disfrute de un descanso bien merecido, me pondré a buscar otro empleo. Por el momento, voy a vivir la vida loca. —Se echó a reír.

—¿Y quién me cuidará?

—No te preocupes por eso, cariño. Entre tu padre y yo nos apañaremos muy bien, ya lo verás. —Le hice una caricia en el pelo.

—Mi mamá nunca estaba en casa cuando llegaba del colegio, siempre tenía cosas que hacer.

Me mordí la lengua para no hacer algún comentario, porque sabía por Martín que su ex trabajaba de pediatra por las mañanas en el hospital y a partir de las tres de la tarde salía.

—Estarás contenta, falta poco para que termine el curso escolar —dije para cambiar de tema.

—¡Sí! —Aplaudió con las manos pringadas y reí.

—Me habéis dejado alguno, ¿no? —dijo Martín, acercándose con una bandeja.

—Claro, papi. Mira. —Le enseñó la caja.

—Lo que veo es que solo quedan los que menos te gustan —comentó divertido.

—¡No! —Agrandó los ojos y reímos.

—A mí no me mires, que yo me los comería todos. —Levanté las manos al aire.

Martín, riendo, le dio una servilleta a Alma con la que ella se limpió las manos. Cogió su vaso de leche y nosotros las tazas de café. La pequeña colocó la caja sobre la mesa baja, para que su padre llegara, y continuamos merendando, haciendo planes para el fin de semana, e incluso hablamos de lo que nos apetecía hacer cuando Alma estuviera libre del colegio y Martín del trabajo.

Capítulo 36



Martín

—¿Qué hora es? —me preguntó Paola, adormecida.

—Todavía es temprano, sigue durmiendo. —Me incliné sobre ella y le di un beso en la cabeza—. Voy a despertar a Alma para que empiece a arreglarse para ir al colegio y mientras desayuno. No te levantes.

—Vale —dijo sin ser muy consciente.

Habíamos tenido otra noche movidita, y yo si pudiera, también me negaría a salir de entre las sábanas, y más teniéndola a ella al lado. No me quedaba otra, era lunes, pero por suerte esta semana tenía por delante los últimos días de trabajo, al igual que Alma, que terminaba el jueves el curso.

Fui al baño para asearme y espabilarme, y cuando me vestí, salí en silencio. Dejé la puerta de la habitación entornada y fui a la de mi hija. Estuve a punto de reír cuando encendí la luz y se escondió debajo de la sábana. Apagué la luz y caminé hasta la ventana, para subir la persiana. Ya hacía rato que había amanecido y la claridad del día inundó toda la estancia.

—Vamos, pequeña, es de los últimos madrugones. —La destapé.

—Jooo…

—Ya, yo opino lo mismo, pero somos unos campeones.

Al ver que al no tener la sábana, utilizaba la almohada como escondite, reí en tono bajo y pasé a la acción. Empecé a hacerle cosquillas y se revolvió nerviosa, aguantando, hasta que no pudo hacerlo más. Cuando soltó la primera risa, paré para que no despertara a Paola.

—Prepárate, te espero en la cocina con el desayuno. No hagas ruido, Paola está descansando.

—Vale, papi. —Me sonrió somnolienta y yo le devolví el gesto, enamorado locamente de mi pequeña.

La dejé hacer en su habitación y me dirigí a la cocina. Lo primero que hice fue encender la cafetera y prepararle el bocadillo con el pan que saqué antes de acostarme, para que se descongelara. Cuando lo tuve envuelto para que se lo guardara en la mochila, continué preparándole el vaso de leche. Lo coloqué en la isla de la cocina, junto a sus galletas favoritas, y pasé a hacerme el café y una tostada.

—Papi —llamó mi atención Alma y me giré hacia ella.

—Estás preciosa, cariño.

—Gracias, tú también estás muy guapo —dijo animada.

—Para ser lunes lo hemos logrado. —Le hice un guiño y soltó una risilla.

Se sentó en el taburete de la isla y se puso a desayunar, y yo la imité.

—Ayer me lo pasé muy bien en la piscina —dijo después de tragar.

—Me alegro, ha sido un buen fin de semana, ¿verdad?

—Sí, papi, me he divertido mucho. Paola me gusta.

—Me encanta escuchar eso.

—Hola.

Giramos las cabezas hacia la puerta, donde estaba Paola.

—¿Por qué te has levantado? —le pregunté.

—No he podido dormirme y tengo toda la mañana para descansar, ahora prefiero estar con vosotros, hasta que os vayáis —dijo caminando hacia la isla—. Ni se te ocurra moverte. —Me quitó la intención cuando iba a hacerlo—. Solo voy a hacerme un café, desayunaré más tarde.

Le dio un beso en la mejilla a Alma y a mí uno rápido en los labios, antes de ir hacia la cafetera.

—¿Qué vas a hacer hasta que lleguemos? —Quiso saber mi hija.

—Nada —respondió Paola.

Se rio y contagió a Alma, y yo la miré divertido.

—Haces bien, aprovecha todo el tiempo que puedas —le dije.

—He pensado que esperaré hasta septiembre para buscar trabajo, no quiero obligaciones mientras vosotros estáis de vacaciones.

—Es una gran idea, la mejor. —Le hice un guiño.

—La vuelta al cole será para todos. —Aplaudió Alma, encantada con lo que acababa de escuchar.

No podía estar más orgulloso por cómo habían encajado las dos mujeres más importantes de mi vida, me sentía pletórico por el buen ambiente que se respiraba cuando estábamos los tres juntos. Y cuando las veía a ellas dos solas, se me caía la baba. Se mostraban muy compenetradas, cómplices, algo que tiempo atrás me parecía impensable.

Estuvimos en la cocina hasta que llegó la hora de irnos con tiempo para que el tráfico no nos retrasara mucho. Por mi parte, no había problema en la hora que llegara, pero el colegio tenía unas normas claras y quería que Alma llegara con unos minutos de antelación.

Mi hija fue hacia su habitación a por la mochila, con la que regresó colgada a la espalda. Durante su breve ausencia aproveché para besar a Paola como necesitaba, para sobrellevar las horas que estaríamos separados. No iban a ser muchas, no tenía pensado trabajar por la tarde. Esta semana, al ser la última, me la tomaría con más calma y si me quedaba algo pendiente de trabajo, lo terminaría desde el ático.

Estaba deseando coger vacaciones para no tener que separarme de mis chicas, que el bufete cerrara hasta el primer día laborable de septiembre. Cada año lo organizaba todo con Igor, cuadrábamos los casos y los juicios que dejábamos pendientes, aunque sería algo excepcional que nos programaran alguno en el mes de agosto,

porque ese mes parecía sagrado para nuestro sector. Solo sucedió una vez y acudimos expresamente a representar a nuestro cliente.

Nos despidió en la puerta, con una preciosa sonrisa, y nos deseó que fuera muy bien el día.

Me encontré con un tráfico normal y en cuanto llegamos al colegio, nos bajamos del coche. La llevé hasta la entrada y esperamos unos minutos, hasta que abrieron las puertas y apareció su tutora para llevarse a los niños. Dividían la entrada por cursos, el de mi hija era el primero en acceder al recinto.

—Aquí estaré a la hora de la salida, cariño —le dije después de abrazarla y de darle un beso sonoro que la hizo reír.

—Vale, papi.

Se fue hacia dentro y, desde una distancia de varios metros, saludé a la profesora con un leve movimiento de la mano. Ella me respondió con un gesto similar. Sabía que Alma estaba en buenas manos, así que me despedí y me encaminé hacia el bufete.

Cuando estacioné en mi plaza de aparcamiento y me bajé del coche, saqué el móvil. Acababa de llegarme un mensaje y sonreí al ver quién era.

Paola: *Acabas de irte y ya estoy aburrida, me las vas a pagar. Me has acostumbrado muy mal.* —Reí—. *Te voy a enviar algo para que se te haga más corta la mañana, piensa mucho en mí.*

Me dejó intrigado, hasta que me llegó una fotografía que agrandé. La muy descarada se la había hecho sentada en el sofá de la terraza, con una taza en la mano. Con esos datos todo estaba bien, parecía normal, pero lo que destacaba es que no hacía mucho que se había

duchado y tenía una toalla enrollada en la cabeza y mi albornoz puesto, precisamente una visión muy parecida a cuando le dije que me había puesto a mil.

No voy a mentir, hice más grande la imagen, acercando cada parte de ella para recrearme. Seguramente, había apoyado el móvil en la mesa pequeña frente al sofá, porque se veía de cuerpo entero, desde una perspectiva espectacular. Tenía los tobillos cruzados, pero las piernas ligeramente separadas, lo que hacía que los laterales del albornoz se deslizaran hacia los lados, dejando al descubierto su piel y creando una imagen cautivadora. Era como si la tentación misma hubiera tomado forma, y su silueta se delineaba de manera seductora, visible hasta la parte superior del pubis, donde se podía entrever una pequeña parte de él.

El cinturón abrochado separaba la parte de arriba, la que llevaba caída por un hombro y dejaba medio pecho al aire, insinuante, sin llegar a mostrar el pezón. Era una delicia, por completo, y me dieron ganas de mandar a la mierda el trabajo. A punto estuve de llamar a Igor, que ya debía estar en su despacho o quizás llegando, para decirle que no contara conmigo hoy. No lo hice porque ya lo había cargado con bastante trabajo en mi ausencia, por el viaje que hice con Alma.

Por falta de deseo no fue, no hace falta ni que lo aclare. Me dejé llevar por la profesionalidad y la responsabilidad, para no montarme de nuevo en el coche y largarme hacia el ático.

Martín: *¿Para que se me haga más corta la mañana? Has conseguido todo lo contrario, eres una provocadora. Me las vas a pagar con creces, preciosa. Te quiero así en cuanto estemos solos, pero nada de cruzar los tobillos, con las piernas separadas. Estás espectacular y no veo el momento de regresar.*

Paola: *Joder, eres duro, pensaba que conseguiría hacerte cambiar de planes. Espera que te envío otra con las piernas abiertas.*

Martín: *¡¡Ni se te ocurra!! Ja, ja, ja… No tientes a la suerte. ¿Quieres que me dé algo? Tengo que trabajar, cariño; Igor ha estado muy sobrecargado de trabajo al irme y necesitamos centrarnos para organizar bien los casos.*

Paola: *Ja, ja, ja… Valeee… Era broma, sé que necesitas estar ahí. Aquí te espero, os espero. Joder, me siento como la reina de la casa. Que el trabajo no te estrese mucho. Te quiero.*

Martín: *Repítelo.*

Paola: *¿Lo de que era broma o lo de la reina?*

Martín: *¡¡No!! Ja, ja, ja… ya sabes a lo que me he referido.*

Paola: *Te quiero, y te echo de menos.*

Martín: *Yo también te quiero y me siento igual. Me daré prisa en volver y ten por seguro que voy a hacer que te sientas como una reina en todo momento. Te dejo, voy a entrar al edificio.*

Paola: *Me gusta cómo suena todo. No te entretengo más, hasta luego.*

Sonriendo, así accedí al edificio. La sonrisa me duró hasta que llegué a la zona donde estaba el despacho de Igor y el mío. Me dirigí al de mi amigo primero, para saber si había llegado. Así fue, al girar el pomo cedió y al abrir lo encontré sentado a su mesa.

—¿Eres tú o un holograma? No veas, tío, últimamente te dejas ver poco —dijo con humor y reí.

Rodeó la mesa mientras yo me acercaba y nos dimos un abrazo. Habíamos estado en contacto por llamadas y mensajes, pero los momentos fueron breves.

—¿Qué tal con la pequeña? ¿Todo bien? —Se sentó en el filo de la mesa.

—Muy bien, ella no quería regresar. Nos lo hemos pasado genial, todos los momentos han sido perfectos y he tenido mucho tiempo para hablar con Alma, de todo lo que consideraba importante y lo más oportuno.

—Normal que no quisiera volver, yo me habría sentido igual. —Rio.

—Gracias a todas las conversaciones que tuvimos, me enteré de muchas cosas que me encendieron. Por suerte, ya la tengo conmigo y no se va a mover de mi lado.

—Me hago una idea, si a mí me entró una rabia impresionante cuando me enviaste la fotografía de las bolsas donde la impresentable de tu ex metió las cosas de Alma… Me hubiese encantado estar presente, esa no se habría librado de mi entrada triunfal en su casa. Pero como bien dices, se acabó.

—No voy a hacer nada que afecte más a Alma. Y si tengo que hacerlo, será a través de la justicia.

—Lo comprendo —dijo pensativo—. Te tengo una sorpresita.

—No me jodas, por tu tono no me va a gustar.

—Helen se presentó hace unos días en la puerta de mi casa. —Me crucé de brazos—. Tranquilo, me quedé muy a gusto. —Me hizo un

guiño, con expresión pícara.

—¿Qué mierda quería?

—Pedirme explicaciones, ¿te lo puedes creer? ¡A mí! —Soltó una carcajada—. Lo mejor fue cuando, antes de irse cabreada, me dijo que si quería sexo la llamara.

—¿En serio?

—Ya te digo.

—¿Se cree una opción para ti? Manda narices. —Sacudí la cabeza.

—Ni, aunque fuese la única mujer en la tierra, tío. Con la temporadita forzada, tuve para esta vida y las siguientes. —Sonrió con ironía—. Se lo dejé claro, y se largó con un grito de rabia.

—Es increíble.

—Olvídate de ella, está desesperada. Me he informado y el juicio será pronto, lo mismo se pensaba que acercándose a mí iba a tener alguna posibilidad.

—Ojalá sea antes del verano.

—Lo será —asintió—. Tengo otra sorpresa para ti.

—Miedo me da saberla si has empezado por la de Helen.

—No. —Rio—. Esta es de las buenas. —Me hizo un guiño—. A partir de mañana no apareceré mucho por aquí, y tú tampoco.

—¿Y eso?

—Lo he acelerado todo en tu ausencia. Aparte de llevar lo del día a día, he hecho horas extras para que podamos terminar antes de que el bufete cierre por vacaciones. Nos he adelantado el trabajo, ya lo tengo todo organizado para que nos podamos despreocupar hasta septiembre. Te he facilitado la vuelta, y yo necesito un descanso inmediato.

»He hablado con todos los clientes y me he asegurado de que nada importante se queda en el aire. Aquí tienes toda la organización. —Se inclinó en la mesa para coger una carpeta y me la ofreció—. Si estás conforme, ya podemos adelantar las vacaciones.

»El bufete se mantendrá abierto hasta el viernes, por si viene algún nuevo cliente; por lo demás, se terminó hasta después del verano. Los chicos se ocuparán de cerrar, igualmente alguno de los dos podemos pasar el viernes a última hora de la tarde para comprobar que todo se queda bien.

—Joder, esto sí que es bueno.

—Pues cómeme a besos. —Soltamos una fuerte carcajada.

—Te has venido muy arriba. —Sonreí—. Voy a mirar cómo ha quedado la organización —levanté la carpeta—, pero solo para ponerme al día. No hace falta que te diga que confío en tu criterio, en ti, así que todo estará perfecto.

—Me estás derritiendo, tío, corres el peligro de que salte sobre ti. Me estás poniendo demasiado. —Volvimos a reír.

—¿Echamos unas horas y nos largamos a tomarnos un buen desayuno para celebrar las vacaciones? —le propuse.

—Hecho. Me viene bien para enviar unos correos electrónicos al juzgado. Ayer terminé tarde y agotado, lo dejé para hoy.

—Pásame la información y me encargo yo, relájate.

—No es nada. —Me hizo un guiño—. Tú, ponte al día con lo que hay en la carpeta, así no tienes que hacerlo en el ático.

—De acuerdo. —Miré el reloj de pulsera—. A las once nos buscamos para irnos.

—Estaré antes en tu despacho.

Riendo, así salí del suyo para dirigirme al mío, con unas ganas renovadas para terminar cuanto antes. Nos íbamos a dar un desayuno de reyes, impresionante, tenía muchísimo que agradecerle a Igor, y lógicamente, me haría cargo de invitarlo. No es que yo no lo hubiera hecho por él en múltiples ocasiones, éramos un equipo, pero en esta me había facilitado la vida con una gran alegría.

Capítulo 37



Paola

—Me acabas de alegrar las vistas, esto sí que es empezar bien la semana —me giré en la silla, sonriendo hacia Alonso.

Acababa de sentarme en la terraza de la cafetería en la que él trabajaba, el lugar que tanto me gustaba.

—¿A cuántas recibes así?

—Auch… —Se llevó una mano al pecho, cuando se paró a mi lado —. Eso ha sido un golpe bajo. ¿Te cuento un secreto? —Se inclinó bajando el tono de voz y asentí divertida—. A todas, pero pocas veces es verdad, solo tú tienes ese privilegio. —Me hizo un guiño y reí—. ¿Cómo llevas la pierna?

—Muy bien. —La levanté provocando que sonriera—. Aún la noto rara, pero solo es una sensación.

—¿Te pongo una buena tostada con jamón serrano, aceite de oliva y tomate? —me preguntó animado, sabiendo lo que me flipaba ese desayuno— ¿Y un cafelito cortado?

—Sí, a todo. —Reí.

—Marchando, preciosa. —Se cuadró como si le hubiese dado una orden y continué riendo.

Hacía un día espectacular, estaba protegida del sol por una carpa. Apretaba con ganas y con la imagen de las personas que disfrutaban en la arena de la playa me animé a repetir el día que pasé con Marta, pero con Martín. La rojez de la piel ya no me molestaba, pensaba que iba a ser peor, y con los días que faltaban para el fin de semana habría perdido intensidad.

Estaba deseando que Martín cogiera vacaciones, al igual que Alma —el jueves era su último día de colegio. Pensé en proponérselo a Martín en cuanto nos viéramos, sabía que los dos aceptarían encantados y que él no perdería la oportunidad de pedirme que preparara los bocadillos de tortilla de patata y los filetes empanados.

Saqué un cigarrillo y lo encendí, disfrutando de las vistas y del entorno. Me sentía completamente feliz, aunque todavía me daba un poquito de miedo la paz que se había asentado en mi vida. Todo iba más que genial, el reencuentro con la pequeña Alma no podría haber ido mejor y habíamos pasado un fin de semana maravilloso los tres. Nos reímos mucho, entre bromas y juegos. Tenía una compinche para llevar al límite a Martín, porque Alma y yo, muchas veces, nos habíamos unido para conseguirlo, en el buen sentido.

Mi hermano y Marta estaban felices, y según lo que me comentó Isaac en una llamada la noche anterior, Marta estaba a punto de poner fin a su matrimonio de manera definitiva. La fecha en la que firmaría los papeles del divorcio se acercaba, lo que significaba que el futuro que se les presentaba estaba lleno de posibilidades. Se notaba que se amaban, y yo solo deseaba lo mejor para ellos en esta nueva etapa de sus vidas.

La vida da muchas vueltas y los caminos se entrelazan sin que nadie sea consciente hasta qué punto nos influirá en el trascurso del camino que tomamos. Si supiéramos por adelantado lo que llegaremos a vivir por cada decisión que escogemos, no nos veríamos en aprietos en según qué situaciones. Con esto quiero decir que, si Marta y mi hermano se hubieran enamorado antes —por el tiempo que hace que se conocen—, ninguno de los tres habría sufrido, incluyendo a Luis, el exmarido de ella porque, aunque todavía no fuese oficial, hacía tiempo que lo era en realidad.

Sorprendentemente, todo se había puesto en su sitio. ¿Quién me iba a decir a mí que el segundo amor de mi vida, Martín, llegaría hasta mí por una malísima situación de mi hermano? El segundo, sí, porque el primero fue Sergio y, a pesar del tiempo que hacía que me dejó después del accidente de moto, siempre llenaría mi corazón de una forma especial.

Las personas que realmente marcan tu vida dejan una huella imborrable y yo a él no quería olvidarlo, por lo que representamos el uno para el otro. La vida tenía unos planes muy claros para cada uno, y esperaba que, si Sergio podía verme, se sintiera feliz por cómo me estaban yendo las cosas. Sabía que sí, porque nos amamos, no podía ser de otra forma.

—Aquí tienes, preciosa.

La voz de Alonso me sacó de golpe de los pensamientos.

—Gracias. Joder, ¡qué pinta! —Se me hizo la boca agua.

—He pedido que la prepararan con mucho cariño. —Me hizo un guiño y rio.

—¡Si es que te tengo que querer! —Lo acompañé en las risas.

—Esta mañana le he preguntado a Isaac por ti, y me ha dicho que estás viviendo como una reina.

—Qué envidioso es —dije con humor, provocándole una carcajada —. Pero no se equivoca, me he ido a vivir con un hombre maravilloso. Se llama Martín. Hace poquito, pero espero que sea para siempre, al menos es lo que deseo con todo mi corazón.

—Joder, no sabes cómo me alegro, Paola.

—Gracias.

—Ya tocaba que te pasaran cosas buenas. —Sacudió la cabeza.

—Es verdad eso que dicen que todo lo bueno requiere tiempo, que todo llega en el momento exacto, ni antes ni después.

—Disfruta de esa felicidad, sé que te irá bien. —Me acarició el pelo.

—Gracias, Alonso —repetí.

—Desayuna tranquila, y sí, estás invitada.

—¡No puedes invitarme cada vez que vengo! —Reí.

—Esta vez corre a cuenta de tu hermano, que hace unos días me dejó pagado un desayuno, por si te animabas a venir.

—¿En serio? Retiro lo que he dicho de él, lo de envidioso. Es adorable y un encanto.

—Sois tal para cual, no podéis vivir el uno sin el otro. —Soltó una carcajada Alonso.

Se fue para atender a otros clientes y antes de empezar a desayunar le envié un mensaje a Isaac, para agradecerle el detalle tan bonito que había tenido, aunque siempre había sido así conmigo.

Isaac: *Que aproveche y disfrútalo. Te quiero.*

Esa fue su breve respuesta, pero una perfecta. Le contesté devolviéndole el «te quiero», en mayúsculas, y empecé a comer y a beber, relajada.

Durante más de media hora no me moví de la terraza, ya que sabía que hasta el mediodía Martín no aparecería con Alma, después de recogerla del colegio. Cuando decidí irme, me dirigí a mi piso: quería echarle un vistazo y, de paso, aprovechar para hacerle una visita a Lupe. Mi hermano también solía pasarse a verla, solo o con Marta.

Me despedí de Alonso con un abrazo, hasta la próxima vez. Con mucho desparpajo, me dijo que esperaba que algún día apareciera con Martín, que quería conocer al hombre que había conquistado mi corazón. Le aseguré que contara con ello en unos días, que seguramente el sábado o el domingo vendríamos a la playa. Por lo tanto, nos vería para desayunar en la terraza y se lo presentaría. No le comenté nada de Alma, para darle una sorpresa.

Antes de irme, me dijo, serio, que podía estar tranquila al venir a la cafetería, porque desde que estalló lo de Helen, ella ya no se pasaba por aquí, ni siquiera al mediodía para comer. Le agradecí que me lo contara, porque había tenido muchas dudas y lo último que quería era cruzarme con ella.

Me separaba bastante distancia de mi casa, pero decidí ir caminando. No tenía ninguna prisa y me venía bien para fortalecer la pierna. En algunos momentos hacía ejercicios para recuperar la

musculatura, aunque debo reconocer que eran pocos, porque siempre encontraba algo mejor con lo que ocupar el tiempo.

Di un paseo largo, tranquila y muy relajada. La verdad es que me cansé enseguida, pero continué sin agobiarme. Fui parándome en escaparates, entré en una tienda de velas y compré dos, para añadir a todas las que tenía Martín sin utilizar todavía. No pude resistirme, era una de mis debilidades.

Una hora y media después, llegué a mi calle y vi mi bloque a lo lejos. En cuanto abrí la puerta del portal, solté un suspiro, hacía un calor asfixiante y tenía la piel cubierta por una fina capa de sudor.

—Menudas ideas tengo, con lo bien que estaría en el ático, entre la piscina y la hamaca. —Bufé dirigiéndome al ascensor.

Al salir en mi rellano, fui directa hacia la puerta de mi piso, antes de ir a ver a Lupe. Entré y recorrí todas las estancias, comprobando que todo estaba bien en el interior. No es que esperara que fuese diferente, pero Lupe no podía estar constantemente pendiente y tenía la espinita de que podía llevarme una sorpresa desagradable en los tiempos que corrían.

Cuando cerré la puerta y dejé el piso cerrado, tuve claro que iba a poner una alarma. Hasta ahora no me lo había planteado, pero era el momento perfecto para colocarla. De esa forma estaría tranquila y tendría el control, para ir comprobando desde la distancia que todo estaba bien.

Caminé hasta la puerta de Lupe y pulsé el timbre. Para mi mala suerte, no estaba. Lo supe sin que pasara mucho tiempo, porque siempre que no podía abrir rápido, alzaba la voz para que la persona que estuviera fuera esperara. Solté un suspiro antes de girarme y dirigirme al ascensor. Me quedé con las ganas de verla, pero más

tarde la llamaría por teléfono para decirle que había estado allí y para hablar un rato con ella.

Seguramente había salido a comprar, porque, que yo recordara, no me había dicho que tuviera que ir a la consulta del médico. Bajé en el ascensor, dispuesta a regresar al ático de Martín en transporte público. El ejercicio quedaba descartado por unos días: me sentía agotada por la falta de rutina y por limitarme a moverme lo justo y necesario.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, poco faltó para que la bolsa con las velas se me cayera al suelo, por la sorpresa que me llevé. Una muy desagradable.

—¿Qué mierda haces aquí? —Enfrenté a Helen, estaba esperando para entrar—. ¿Quién te ha abierto?

—¡Qué simpática!

—Demasiado para lo que te mereces. Lárgate de aquí.

—Venía a verte.

—Qué suerte la mía. —Reí sin ganas, con mucha ironía—. ¡Tienes una cara que te la pisas!

Salí del ascensor y pasé por su lado. No se apartó y la empujé con el hombro.

—¿Después de todos los años de amistad no me vas a dar una oportunidad?

—¿Amistad? ¡Qué poca vergüenza! —Me giré con rabia—. No tienes ni puñetera idea de lo que significa esa palabra. Eres una

desgraciada y una traidora. Qué calladito te tenías lo que ocultabas… Has querido hacerle daño a la persona más importante de mi vida, de la peor forma y la manera más baja, y aún tienes la desfachatez de ponerte delante de mí, de buscarme.

»Vete a la mierda, Helen, y rebózate en ella por tiempo indefinido. No quiero verte, y mucho menos voy a darte ni un segundo más de mi tiempo, porque sería perderlo de la manera más lamentable.

»No vuelvas a buscarme, porque entonces no responderé de mis actos. ¡Estúpida!

Le di la espalda, deseando perderla de vista. Me daba un asco tremendo, solo podía pensar en lo que había sido capaz de hacer contra Isaac, por el simple hecho de que estaba desequilibrada y obsesionada con mi hermano.

Abrí la puerta del portal con rabia, dispuesta a largarme rápido, pero sentí cómo me agarraba con mucha fuerza de un brazo. Di un tirón, para deshacerme de la asquerosa mano de Helen. Lo conseguí, aunque me hice daño, y por la inercia del impulso me precipité hacia delante, cayendo al suelo en una postura muy mala. Solté un grito de dolor, un sonido que se mezcló con el tintineo del contenido de la bolsa. Los recipientes de cristal de las velas se habían roto. Todo lo que estaba cerca de ella terminaba igual.

—¡Ha sido tu culpa! —gritó Helen, mientras no podía moverme por el daño que sentía— ¡Eres tan tonta! Siempre has sido débil, a la vista está. —Rio con maldad—. Una llorona lamentándose por el amor que perdió, de todo haces un puñetero drama. Esa pierna se te ha quedado inservible, ahora le sumas lo de patosa.

—¿Qué está pasando aquí?

Escuché la voz asustada, preocupada y de enfado de Lupe, pero no levanté la cabeza. Estaba haciendo un esfuerzo supremo por

aguantar el dolor de la pierna y por no lanzarme a la desgraciada que me había insultado. La rabia me estaba consumiendo por dentro y la aparición de Lupe evitó que cometiera un grave error que me podría haber costado muy caro.

Helen ya estaba perdida, sus palabras eran la desesperación personificada. Bien lo sabía, una ventaja de conocerla, al menos una parte de ella. Que se jodiera bien jodida, se lo merecía y se lo había ganado a pulso. Yo no iba a caer con ella por la posible denuncia que pudiera ponerme si la atacaba.

Me hubiese gustado decirle muchas más verdades, pero me mordí la lengua, demostrando que era inmensamente más lista que ella. Sus palabras y sus calificativos estaban podridos, como la persona que los había pronunciado. No, ni por asomo me afectaban, y mucho menos iba a darle lo que realmente había venido a buscar.

—Vieja entrometida, ¡otra estúpida e insignificante! —gritó Helen, antes de pasar por mi lado—. Y tú, ten cuidado por dónde vas, vigila bien tu espalda —me amenazó y salió corriendo.

Por suerte, tuve los suficientes reflejos para apartar la mano de su camino porque su intención fue pisármela.

—Hija de… —siseé porque sus palabras hacia Lupe me incendiaron y me descontrolaron. Perdí la cordura y la lógica.

Capítulo 38



Paola

—Mi niña, ¿cómo estás?

—No te agaches, solo necesito unos segundos —le pedí preocupada por ella.

—Ay, cariño, ¿qué te ha hecho?

—Nada, ya no puede hacerme nada que me duela. Ha sido cosa mía, he sido muy torpe.

—He visto el tirón fuerte que te ha dado, no me engañes. Hasta de lejos he sabido que era con rabia, para hacerte daño.

—Estoy bien —susurré—. No me he roto otra vez la pierna, me encuentro de maravilla —solté un suspiro cuando me quedé sentada.

Levanté la mirada hacia la de Lupe; me observaba muy preocupada. Bajé la vista hacia mis piernas e hice una mueca. El vestido que llevaba me quedaba un par de dedos por encima de las rodillas, y dejaba ver perfectamente mis piernas magulladas, sobre todo la más delgada.

—Me cago en todo. —Bufé, tocándome alrededor de las heridas.

—Tienes que ir al médico a que te la revisen.

—Ni hablar, me he hecho muchas de estas en mi vida —me negué.

—Pero no a pocos días de que te quitaran una escayola. No seas cabezota —me pidió apenada.

—Disculpen. —Miramos hacia el otro lado.

Había un hombre alto, parado a pocos pasos de nosotras, al menos yo no lo conocía de nada.

—¿Necesitan ayuda?

—Oh, es muy amable. Si pudiera ayudarme a levantarla —le habló mi vecina.

—Lupe, puedo sola. —Fue una medio queja, quise insistir para oponerme, pero el hombre no lo dudó y se acercó a mí gentilmente, con los brazos extendidos, preparado para cogerme—. Gracias —susurré aguantando los primeros segundos de dolor al quedarme de pie.

—Por favor, no hay de qué. —Me sonrió—. ¿Quiere que llame a una ambulancia?

—¡No! Se ve más escandaloso de lo que es. —Le devolví el gesto.

—De acuerdo. Espero que sea así y que se recupere pronto. Adiós.

—Adiós y muchas gracias —le habló Lupe.

Antes de irse, recogió la bolsa del suelo y se la dio a mi vecina. Cuando nos quedamos solas, me giré hacia el portal y sin que me viese Lupe, cerré los ojos con fuerza, tomándome unos segundos para recomponerme.

—Mi niña, vamos a mi piso para que te cure —me habló a la espalda.

—Sí —solté un suspiro, fastidiada.

—Apóyate en mí.

—Puedo sola, vas cargada con bolsas.

Aparte de la mía, en la que las velas estarían inservibles, llevaba dos bolsas suyas. No me equivoqué al pensar que había salido a comprar. Tendría que haber sido yo quien se ofreciera a ayudarla, para quitársela de las manos, pero no pude porque fui apoyándome en todo lo que encontré a mi paso para llegar hasta el ascensor. Las heridas en las piernas me dolían mucho; la peor parte se la habían llevado las rodillas y la espinilla de la más débil.

Con pasos inestables, conseguí llegar y apoyé la espalda en la pared del ascensor. Lupe se encargó de pulsar el botón de nuestra planta y, en cuanto se abrieron las puertas, salió rápidamente para dejar las bolsas junto a la puerta de entrada de su piso.

—Ahora, sí. —Me rodeó con un brazo por la cintura y le sonreí.

A pesar de su ayuda, no permití que soportara mi peso, pero, aun así, me vino genial el pequeño apoyo que supuso. Me hizo sentarme en el sofá, y no me quejé. Me dejé caer en él con cuidado, soltando un pequeño lamento que no me dio tiempo a contener.

—Enseguida vuelvo —dijo saliendo de la cocina, yendo hacia el pasillo.

—Vale. —Recosté la cabeza en el respaldo y me quedé mirando al techo.

Al cabo de pocos minutos, apareció con medio botiquín entre los brazos y lo dejó todo sobre la mesa baja frente al sofá.

—Tendría que lavarte las heridas con agua y jabón —dijo observándome las piernas.

—Ya lo haré cuando llegue al ático de Martín, ahora solo quiero que no se vea tan escandaloso para irme. Iba a utilizar el transporte público, pero llamaré a un taxi. Hoy me he merecido ese extra.

—Claro. ¡Ay! Qué mal me sabe, cariño —negó—. ¿Qué te ha dicho esa? ¿Qué quería y qué hacías tú aquí?

—He venido a echarle un vistazo al piso y a verte, me la he encontrado al bajar. —Bufé—. Quería que le diera una oportunidad por los años de amistad, ¿te lo puedes creer? ¡Anda y que le den! —dije con rabia.

—¡Qué poca vergüenza!

—Eso mismo le he dicho, y varias cosillas más. —Reí.

—Lo que he escuchado que te ha dicho…

—No me ha afectado, Lupe. Todo lo que hace y dice es venenoso.

—Me alegro, porque era con mucha maldad —negó.

—¿Esperas a alguien? —Miré hacia la puerta al sonar el timbre.

—Es tu hermano.

—¿Qué? —Jadeé, se me bajó la tensión de golpe.

—Lo siento, cariño. Lo he llamado cuando he ido a buscar todo esto. —Señaló la mesa, hablando precipitadamente—. Tenía que saberlo y me quedo más tranquila si te vas con él. —Puso cara de disculpa.

Hice una mueca, el timbre volvió a sonar.

—Ábrele antes de que eche la puerta abajo —le pedí.

Lo hizo rápido, al igual que entró mi hermano, como un huracán, arrasando con todo a su paso.

—Paola… —Caminó hasta mí.

—Cambia esa cara, estoy perfectamente.

—Claro que sí —dijo mirándome las piernas, con la mandíbula apretada.

—No es nada, la sangre es muy escandalosa.

—Ahora lo veremos.

Le dio un beso en la mejilla a Lupe y se fue por el pasillo hacia el baño. Imaginé que sería para lavarse las manos, para curarme, como tantas veces había hecho cuando yo era más pequeña. Tardó

un poco en regresar y, cuando se sentó a mi lado en el sofá, me pidió que subiera una pierna a las suyas.

—Primero, la que más me preocupa —dijo.

—No te preocupes, la rotura no fue tan grave, si no, habría tardado más tiempo en recuperarme. —Intenté que desapareciera de su expresión la preocupación.

—Pero aún está débil —dijo mientras me la palpaba—. Dime si te duele —asentí.

Dejé que se tranquilizara por sí mismo, mientras me miraba a la cara para comprobar si estaba aguantando el dolor. El que sentía era por las heridas, por suerte, porque al principio —al caerme y golpearme por la mala postura en la que impacté con el suelo— pensé que sería mucho más grave. Me vi, en mi cabeza, con la pierna inmovilizada otra vez.

—De acuerdo. —Soltó el aire de golpe, al quedarse conforme de que no le había engañado.

—A ver si no necesitas puntos cuando limpie todas las heridas.

Lupe vino hasta nosotros con un barreño con agua y varias toallas. Se lo agradecimos. Mi hermano colocó una de las toallas debajo de mi pierna y encima de la suya, para no mojar el suelo, y utilizó la otra para mojarla en el agua templada y limpiarme con cuidado una a una las heridas. Recosté la espalda en el respaldo, mientras él trabajaba, concentrado.

Lupe se sentó a mi otro lado y me agarró la mano. Le sonreí para tranquilizarla. Todo estaba bien, y esperaba que siguiera así hasta el

final, porque no quería que me dieran puntos. No por las marcas, sino porque no quería volver al hospital.

En cuanto terminó con la pierna, respiré en parte tranquila, al ver perfectamente las heridas. Podía con ellas, no me preocuparon y mi hermano tuvo la misma reacción y sensación. Me desinfectó los cortes abiertos y me los dejó al aire, para continuar con la otra pierna.

Cuando finalizó y se quedó conforme, me observó muy serio.

—¿Qué mierda hacía esa aquí? ¿Qué quería y qué te ha dicho?

—Ha venido a verme para que le diera una oportunidad por los años de amistad —respondí con ironía—. La he mandado precisamente a ese lugar reconfortante que has dicho: a la mierda.

—La ha amenazado —soltó Lupe.

—¿Cómo? —Alzó la voz mi hermano, tenso de repente.

—Ha sido un farol, relájate —le pedí, porque yo no la había tomado en cuenta.

¿Qué narices iba a hacerme? Que intentara cualquier cosa, que entonces sí que no iba a quedarme de brazos cruzados.

—¿Qué te ha dicho exactamente? —Me miró fijamente.

—Que tuviese cuidado por dónde iba y que vigilara bien mi espalda. —Me encogí de hombros.

—Joder —siseó, y se levantó de golpe.

—No pasa nada Isaac, se ha ido insultándonos a las dos. No merece la pena, no estoy preocupada.

Me mantuvo la mirada durante unos largos segundos, quizás algunos minutos.

—Vas a poner una denuncia.

—¿Por qué? —Agrandé los ojos.

—Para dar los pasos correctos por su historial, y por mi salud mental, pequeña.

—Quiero irme al ático de Martín y estar tranquila. —Hice una mueca.

—No tiene por qué ser ahora, además, puedo tramitarla yo con toda la información que me habéis dado tú y Lupe. Solo necesitaré tu firma.

—Ah, pues así mejor —asentí.

—De acuerdo, en cuanto vuelva a la oficina lo hago.

—Vete ya, no tendrías que haber venido. Al final, tu jefe te va a coger manía —dije con humor.

—Eso no va a pasar nunca. —Rio—. En cuanto recoja esto y te deje en el ático, voy para allí.

No hubo forma de convencerlo, así que después de hacer un pequeño intento, me callé y lo dejé hacer.

Al cabo de un rato, cuando vino a buscarme para irnos, nos despedimos de Lupe, que ya se había tranquilizado. La abracé con fuerza y le dije que podía venir a visitarme cuando quisiera, aunque yo también vendría para verla. Aceptó encantada la invitación, y le pedí que me avisara para encargarme de pedirle un taxi, para que no tuviera que pagarlo. Esto último no le gustó mucho, pero terminó aceptando por la forma en que la miré.

Al incorporarme del sofá, noté varias punzadas de dolor en las piernas, pero me recompuse bastante rápido y con ayuda de Isaac, nos fuimos del piso de Lupe.

—¿Sabes lo que he pensado? —le dije. Una vez estuvimos en la calle e íbamos hasta su coche.

—Sorpréndeme.

—Voy a contratar una alarma para el piso, así estaré mucho más tranquila al no vivir en él por el momento.

—¿Por el momento? —Rio con ganas—. Como si Martín tuviese la intención de permitir que te vayas.

—Oye, ¡qué yo tomo mis propias decisiones!

—Clarooo… No lo pongo en duda, por eso mismo sé que no te vas a mover del ático, porque tú no quieres. —Me miró con picardía.

—Ahí te doy la razón. —Reímos.

Me abrió la puerta del coche y me monté.

—Me parece genial la idea de la alarma —dijo cuando se puso frente al volante—. Yo me encargo, llamaré a la empresa con la que

tengo contratada la de mi casa. Seguro que me hacen un descuento por una segunda vivienda. —Me hizo un guiño.

—Ya estás tardando, que el dinero cuesta soltarlo —dije animada, y rio.

—Entre hoy y mañana lo dejaré listo —asentí sonriendo—. Por cierto, para que lo sepas, he hablado con Martín la última vez que he ido al baño. Ya sabe lo que te ha pasado. —Carraspeó.

—¿Por qué lo has hecho? —Jadeé—. Lo has preocupado sin motivo. —Me llevé una mano a la cabeza.

—Necesitaba saberlo, pequeña. —Me miró de reojo, mientras salía del estacionamiento—. Solo le he adelantado la información, se iba a enterar en cuanto te viese. —Elevó un hombro y bufé, varias veces, hasta que tuve la sensación de que me desinflé por completo en el asiento del copiloto.

Capítulo 39



Martín

—Joder, tenía unas ganas de que llegara este momento —dijo Igor.

Ya habíamos desayunado, y estábamos tomándonos el segundo café con calma. Hacía poco más de media hora que nos habíamos despedido de los trabajadores del bufete, después de dejar todo el trabajo hecho y revisado.

Al final nos habíamos liado y tardamos casi dos horas en salir de mi despacho. Igor vino a buscarme y, entre unas cosas y otras, acabó sentado en el sofá. Me hizo compañía mientras comentábamos algunos de los casos que teníamos pendientes para septiembre. Durante ese rato, envié los últimos correos electrónicos, deseando buenas vacaciones, y llamé a Julio, nuestro investigador privado.

Nos encontrábamos en la terraza de una cafetería del centro, a unos cinco minutos caminando del despacho. Con el estómago lleno, alargábamos los últimos minutos antes de despedirnos hasta otro día. Como Igor había faltado a la cena en la que estuvieron Isaac, Marta y Lupe, le comenté que organizaría otra en unos días. La idea lo animó, y me aseguró que esta vez no se la iba a perder.

A Alma le haría muchísima ilusión; sentía verdadera adoración por Igor. El sentimiento era mutuo, porque mi amigo no se quedaba atrás con mi pequeña. Según él, era su tío por derecho, y no sería yo quien lo negara: se había ganado ese papel con creces, por nuestra amistad. La sangre no hace a un pariente —lo hacen el corazón, la cercanía y el amor.

—Se terminó por fin —dije, levantando la taza, y él hizo lo mismo. Las chocamos y bebimos.

—Quién nos ha visto y quién nos ve, brindando con café —comentó con humor.

—¿Qué planes tienes para el verano? No me has comentado nada. ¿Quizás le vas a proponer a una abogada irresistible un plan al que no podrá resistirse?

—Cómo me conoces —dijo con picardía, y reí—. No te he dicho nada porque no he pensado mucho en ello, pero no vas desencaminado. Mañana empezaré a darle vueltas.

—¿Y qué tal con Maia? —Así se llamaba la abogada de la que estábamos hablando, la que poco a poco iba haciéndose más presente en su vida.

—De lujo, incluso cuando me pone contra las cuerdas.

—Lo que es muy a menudo. Estáis hechos el uno para el otro —dije con humor.

—Creo que cada vez me doy más cuenta.

—¿Detecto algo nuevo? ¿El gran Igor se está enamorando?

—Para el carro, tío. —Soltó una carcajada—. Una buenísima compañía y mejores polvos no significan que…

—Lo que tú digas —lo corté—. Te conozco más que tú mismo, por lo visto. —Reí por la expresión que puso—. ¿Qué se siente al estar igual que yo?

—No he llegado a tanto. —Sacudió la cabeza.

—En septiembre te haré la misma pregunta. —Le hice un guiño.

—¡Qué presión!

—Tú puedes con eso y mucho más.

Reíamos cuando me sonó una llamada. Tenía el móvil sobre la mesa y al bajar la mirada hacia la pantalla vi que era Isaac.

—Tu cuñadito —dijo divertido Igor.

—Ya llegará mi turno contigo, tiempo al tiempo —dije convencido, antes de descolgar—. Isaac —respondí y me quedé callado.

Lo escuché atento, me entró una sensación muy desagradable desde el inicio, sensación que cobró sentido conforme avanzó. Igor cambió la expresión al ver cómo lo fue haciendo poco a poco la mía. La diversión y el humor se esfumaron de golpe, apoyó los brazos en la mesa, observándome serio.

—¿Estás seguro de que Paola está bien? —Necesité asegurarme y ante la afirmación de Isaac, solté el aire despacio—. Vale. Sí, tramita la denuncia y envíame una copia. En cuanto la tengas, se la haré llegar al juez personalmente, para que añada un cargo más en

contra de esa sinvergüenza. De acuerdo, hablamos más tarde. —Colgué.

—¿Qué cojones pasa? ¿Qué le ha sucedido a tu chica?

—Helen. —Busqué su mirada y frunció el ceño.

—No me jodas. —Se echó para atrás en la silla, de golpe.

—Paola ha ido a desayunar a la terraza que le gusta y después se ha animado a ir a su piso, para comprobar que toda está bien y hacerle una visita a Lupe, su vecina.

—¿Y? —Quiso saber, aunque ya intuía por dónde continuaría.

—Su piso estaba bien, Lupe no se encontraba en su vivienda, y cuando Paola ha bajado en el ascensor, al abrirse las puertas en la zona principal del bloque, se ha topado de frente con Helen. Te puedes hacer una idea de cómo ha reaccionado Paola, y más aún cuando Helen, con todo el descaro del mundo, le ha pedido una oportunidad, apelando a la amistad de tantos años. —Arqueó las cejas con incredulidad—.

»Cuando Paola salía por el portal, Helen la ha agarrado con fuerza del brazo. Isaac me ha dicho que le ha dejado la marca de los dedos. —Apreté la mandíbula—. Paola ha dado un tirón para soltarse y se ha caído al suelo de la calle, en una mala postura, según le ha dicho Lupe a Isaac.

»Lupe se ha encontrado con la escena cuando regresaba de hacer la compra. Helen se ha ido alterada, insultándolas y amenazando a Paola. Al cabo de un rato, un hombre se les ha acercado y ha ayudado a Paola a incorporarse.

»Ahora están en el piso de Lupe, pero ya se van. Isaac va a llevar a su hermana al ático. Ya le ha curado las heridas, me ha asegurado que tiene cortes feos, pero que no son preocupantes ni necesitan

puntos. —Me pasé las manos por el pelo, varias veces—. Me cago en todo, joder —solté con rabia.

—¿Qué mierda de amenaza le ha hecho?

—Le ha dicho que tenga cuidado por dónde va, que vigile su espalda.

—Desgraciada. —Tamborileó los dedos en la mesa.

—Eso es lo mínimo que se merece esa…

—Tranquilízate —me pidió al ver que empezaba a perder el control —. ¿Qué quieres hacer?

—Isaac ha convencido a su hermana para que la denuncie, quiero esperar a tenerla en mi poder para llevársela personalmente al juez que se va a encargar de juzgarla, junto a Tamara y a Carola. —Solté el aire de golpe—. Después quiero encontrar a Helen y dejarle ciertas cosas muy claras. No va a continuar como si no hubiese hecho nada. Por último, necesito ir con Paola. Hasta que no la vea con mis propios ojos no me quedaré tranquilo.

—Olvídate de las dos primeras cosas, ve directo hacia el ático —me pidió serio.

—No quiero que te enfrentes a esa otra vez.

—¿Me he quejado acaso? —Sonrió de medio lado—. Créeme, lo estoy deseando. —Amplió la curva de los labios—. No vamos a dejarlo estar, pero tú no puedes intervenir. Estás demasiado nervioso y no voy a permitir que cometas una imprudencia.

»Aquí la única que va a pagar por lo que ha provocado es Helen, no tú ni Paola. Como he dicho, yo me encargo. Lo primero que voy a

hacer es llamar a Isaac para decirle que tú te has ido con su hermana, y que me pase a mí la denuncia. En cuanto la tenga, iré ante el juez y le explicaré lo que ha pasado, entregándole personalmente el trámite.

»Por último, le haré una visita a Helen que no será nada agradable. Lo tengo todo controlado, pero te quiero lejos de esa arpía.

—Ya has hecho demasiado, Igor —negué.

—Y volvería a hacerlo una y mil veces, las que sean necesarias, principalmente por ti. Desde poco después de acercarnos a Helen y a Paola, se convirtió en algo personal, tío, por tus sentimientos. Déjame hacer esto por ti, pero también por mí. No puedo pensar en que esa te meta en problemas, está desesperada y tensará todas las cuerdas para tener alguna posibilidad de escape.

Lo medité durante un rato, sabía que Igor lo hacía por mí y después por Paola, sus mismas palabras las habría dicho yo sí nuestros papeles estuviesen intercambiados.

—Gracias —le dije, aceptando lo que había dicho.

—El amor te ha vuelto muy idiota —dijo con humor por mi agradecimiento, y sonrió con picardía.

No pude hacer otra cosa que soltar una carcajada, a pesar de cómo me sentía.

—Joder, tengo que recoger a Alma. —Me pasé una mano por la cara.

—No sé si me dará tiempo a…

—Olvídalo, bastante vas a hacer —lo interrumpí.

—Todavía es temprano —dijo comprobando la hora en el reloj de pulsera—. Llegarás en minutos al ático y podrás estar con Paola una hora y media, después ve a por la pequeña.

—Sí, mierda, me cuesta pensar con claridad. —Apreté la mandíbula.

—Anda, vamos. Pon atención frente al volante o te las verás conmigo —me pidió.

Nos levantamos y nos alejamos caminando de la terraza de la cafetería. Todo lo que habíamos pedido ya estaba pagado; me encargué de eso cuando trajeron la segunda ronda de cafés.

Fuimos hasta el aparcamiento del edificio del bufete y nos despedimos antes de ir cada uno a su coche. Nos dimos un abrazo y quedamos en ir llamándonos, sobre todo él, para mantenerme informado de cada paso que diera. Le pedí que tuviera mucho cuidado con Helen. Su respuesta fue una sonrisa que conocía muy bien, así que no supe si debía preocuparme o no.

Me insistió en que me fuera tranquilo y que le enviara un mensaje cuando estuviera con Paola, para confirmarle que estaba tan bien como me había dicho Isaac.

Absorto en mis pensamientos, conduje hasta mi calle. Ni puñetera idea de cómo llegué, porque lo hice con lagunas de memoria de la ruta que hacía habitualmente. Una vez estacioné en mi plaza de parquin, fui directo al ascensor y subí sin perder tiempo.

En cuanto abrí la puerta del ático, recorrí el salón con la vista, buscando a Paola.

No estaba, pero la localicé en la terraza. Me dirigí hacia allí y la vi tumbada en la cama balinesa, a la sombra. Tenía los ojos cerrados y, al pararme a su lado, lo más silencioso posible, comprobé que estaba dormida. Llevaba puesto un vestido —por cómo tenía el bajo de la falda era con el que había salido.

Apreté la mandíbula al observar detenidamente sus piernas, agradeciendo que la de la rotura hubiese aguantado el impacto.

Me senté con cuidado en el filo, sin llegar a rozarla, a su lado. Durante unos largos minutos simplemente la observé, tranquilizándome al saber que estaba bien. No quise despertarla, pero cuando se movió un poco y su cara se contrajo en una pequeña mueca de dolor, le retiré un mechón de pelo de la cara para que notara mi presencia.

—Eh —dije en tono bajo.

—Martín… —susurró somnolienta, con los ojos entreabiertos.

—Hola, preciosa. —Le sonreí.

—¿Estás enfadado?

—¿Por qué tendría que estarlo? —Arqueé una ceja.

—Lo siento, te he sacado antes de tiempo del trabajo.

—Hacía rato que estaba fuera, ya te lo explicaré. Pero a partir de este momento, no regresaré a la oficina hasta el viernes, a menos que pase algo urgente.

—¿De verdad? —Se arrastró en la cama, para subir un poco el cuerpo.

—Sí. Igor se ha encargado de todo para que nos despreocupemos hasta septiembre. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, de verdad. No ha sido para tanto.

—Por tus piernas no lo parece.

—He sido patosa. —Encogió un hombro.

—Eso no es verdad, y lo sabes.

—Helen…

—Olvídate de ella, no quiero que acapare ni uno solo de tus pensamientos de ahora en adelante, ¿de acuerdo? Nos vamos a encargar de ella.

—¿Cómo?

—Conocemos al juez que lleva el caso de Helen, de Tamara y de Carola. En cuanto Igor tenga la denuncia que va a tramitar tu hermano, se la llevará en mano y hablará con él, para ponerlo al día de lo que ha pasado.

»Te ha amenazado, y hay que tenerlo muy en cuenta, junto con su agresión, aunque tú pienses que ha sido una torpeza tuya. Mi amigo también se encargará de hacerle una visita a Helen. —Agrandó los ojos—.

»No tienes que preocuparte por nada, él sabe muy bien lo que tiene que decirle y hacer. —le guiñé un ojo—.

»Yo me iba a encargar de todo, pero me ha pedido que lo hiciéramos así. He sentido mucha rabia y agobio cuando Isaac me

ha llamado para informarme de lo que te había pasado. Lo mejor es que me mantenga al margen, porque no sé si sería capaz de mantener la calma una vez que la tuviese delante. Igor lo sabía, por eso me ha pedido que viniera contigo: porque también sabía que era lo que necesitaba.

—Vas a tener que hacerle un buen regalo —dijo, y reí.

—Parece que sí. —Sonreí.

Se movió para que me tumbara a su lado y hasta que no se apoyó sobre mí, con el cuerpo casi subido encima del mío, no me quedé tranquilo del todo. Le rodeé el cuerpo con un brazo y la pegué aún más a mí, todo lo que podía.

—Si te hubiese hecho algo más…

—No pienses en esa posibilidad —me pidió en tono bajo—. Se acabó.

—Sí, que se terminó, te lo aseguro. Esa ha desaparecido de vuestras vidas por completo.

—¿Te he dicho alguna vez lo que me pones en tu faceta de abogado?

—Mmm… no. —Busqué su mirada.

—Mucho, muchísimo.

—En algún momento me lo demostrarás —susurré sobre sus labios.

—Eres un aguafiestas —se quejó y reí, antes de besarla.

El contacto con sus labios tuvo un efecto calmante. Sus besos, su boca y su lengua fueron un bálsamo para conseguir que mi cuerpo se relajara y al mismo tiempo se tensara, pero por un motivo muy diferente. Era todo lo que necesitaba, sentirla, y tenía claro que no íbamos a pasar de los besos porque estaba dolorida.

—Descansa, hasta dentro de una hora y media no tengo que ir al colegio a por Alma. —Le di un beso en la frente.

—Quiero acompañarte.

—Me gustaría, pero prefiero que te quedes aquí.

—Estoy bien y deseo compartirlo todo contigo.

—¿Siempre?

—Siempre y para siempre —susurró apoyando la mejilla en mi pecho.

—Tus deseos son órdenes para mí.

—Me encanta dominarte —dijo risueña, y solté una carcajada.

Epílogo



Paola

Siete años más tarde…

Emocionada y feliz, encendí la última vela en la terraza. Había hecho un camino para que lo siguiera Martín cuando llegara. Lo tenía todo preparado para que nuestro aniversario de boda fuese especial. Era el sexto ya, y en cada uno de ellos le preparaba una pequeña sorpresa.

Igor me había hecho el favor de entretenerlo; habían estado ocupados en el juzgado con un juicio hasta el mediodía, y después se encargó de retenerlo porque yo necesitaba que Martín llegara al anochecer, para que el efecto de las velas fuera más impresionante.

Aunque en cuanto me viera, se olvidaría de ellas al instante, por la forma en que lo iba a recibir.

Los años que llevábamos juntos habían sido magníficos. No solía exteriorizarlo, ni quería mencionarlo por miedo a que algo se truncara, pero es la realidad y por esta vez hago una excepción.

Nos casamos al año de estar viviendo en el ático. Correcto, nunca me fui, ¿para qué? Estaba muy cuerda y alejarme de Martín habría

sido una locura, solo por volver a mi piso y continuar con nuestra relación viviendo separados. No tenía sentido y tampoco lo quisimos ninguno de los dos en ningún momento.

Pensé en vender mi piso, pero finalmente opté por no desprenderme de él y lo puse en alquiler. Iba muchas veces hasta allí para visitar a mi querida Lupe. Nuestra relación seguía siendo igual de fuerte; ella también venía al ático. Para ser sincera, pasaba mucho tiempo aquí porque ejercía maravillosamente el papel de abuela.

Se desvía por nuestra familia y nosotros le correspondíamos de la misma forma, como no podía ser de otra manera. Los años le habían traído alguna que otra dolencia, pero ninguna preocupante.

Después de aquel verano en que empecé a vivir con Martín, encontré un trabajo que se ajustaba a lo que deseaba, pero al cabo de un año y medio cambié. En el bufete de Martín y de Igor se quedó libre la plaza de recepcionista, ya que la chica que llevaba años con ellos se fue a vivir con su marido a otra ciudad, porque a él lo trasladaron por trabajo y ese ingreso económico era prioritario para la familia. No lo tuve que pensar cuando Igor me propuso que trabajara para ellos, mientras Martín sonreía con picardía por la forma en que su amigo me animó a que aceptara el puesto de trabajo.

El bufete seguía prosperando; Martín e Igor eran unos abogados muy reconocidos y respetados. Los casos que ganaban los respaldaban y más les valía continuar así, porque me jugaba el despido si empezaban a perder.

Nuestra niña Alma ya era una adolescente. Con catorce años le daba algunos dolores de cabeza a su padre, por lo que yo me reía cuando ella no estaba presente, pues eran cosas de la edad. La relación que empezamos a construir hacía años, se había convertido

en algo fuerte y consolidada. Para ella representaba el papel de madre, aunque nunca pretendería que se refiriera hacia mí de esa forma. Había una persona, a pesar de que yo pensaba que, cuanto más lejos mejor, era a quien le correspondía esa mención. Lo de representar el papel es otro tema aparte. Los primeros años, Alma le pedía a Martín para ver más a su madre, pero con el tiempo, al darse cuenta de la falta de interés y de las pocas ganas que le ponía Tamara, Alma fue distanciándose y alargando sus visitas, hasta que casi fueron inexistentes. Era una pena, al menos a mí me lo parecía y así lo sentía, porque esa mujer se había perdido muchísimo de la vida de su hija, cada etapa de una niña adorable e increíble, y continuaría perdiéndose su crecimiento porque Tamara no llamaba ni preguntaba por Alma, ni mucho menos mostraba ganas de verla. Triste, pero cierto. Si algún día se arrepentía, ya sería demasiado tarde; yo con no ver sufrir a Alma, era feliz y eso me bastaba. Hacía años que ya no le afectaba a nuestra niña.

No era la única hija que teníamos, porque eso fue en lo que se convirtió Alma para mí, de corazón. Su hermano Pol tenía cinco años y llegó a nuestras vidas para llenarnos de felicidad. Los hermanos se adoraban. Para esta noche especial estaban con mi hermano, con Marta y con Paula y Carlos.

Isaac había formado una familia preciosa y yo no podía estar más orgullosa. Lo adoraba y verlo feliz me llenaba completamente. Marta e Isaac se casaron medio año antes que Martín y yo. Tenían unos hijos preciosos: Paula y Carlos, nuestros sobrinos de seis y cuatro años. Vivían en la casa de mi hermano, la unifamiliar que Marta tenía, al final la alquilaron. Ella quiso venderla porque le cogió manía, al estar cerca de la Helen, aunque eso cambió con el tiempo. Mi hermano le quitó la idea, fue un regalo de los padres de Marta e Isaac la convenció de que no tenía necesidad de deshacerse de ella. Seguían igual de enamorados, o me atrevo a decir que más. En lo profesional no habían cambiado, ambos permanecían en los mismos trabajos.

Igor terminó rendido a los pies de Maia, la abogada con la que empezó a tontear. Entre tiras y aflojas, al final sucedió lo que todos teníamos claro: que ambos se enamoraron. Fue gracioso porque ninguno quiso reconocerlo durante meses, pero, por otra parte, siempre estaban juntos y les costaba separarse. El carácter fuerte de ella se complementaba perfectamente con el de Igor. En un principio pensamos que ella lo llevaría por donde quisiera, pero qué equivocados estábamos, porque él sabía jugar muy bien sus cartas. Siempre había sido así, entre bromas y comentarios llenos de picardía. No estaban casados, como ellos decían, el amor no se mide por haber firmado un papel y estábamos totalmente de acuerdo. Pero los giros de la vida te hacen replantear decisiones que pensabas que tenías claras. Hoy día ya empezaban a plantearse lo de la boda, más que nada por Iván, el hijo que tuvieron tres años atrás.

Íbamos con frecuencia a la cafetería donde Alonso trabajaba, pero ya no solo como un empleado, sino como dueño. Con el tiempo, cuando reunió el dinero suficiente porque era su sueño, le hizo la oferta al antiguo propietario. La propuesta fue tan tentadora que la aceptó sin dudar. Teníamos mucho trato con Alonso, ir a su cafetería se había convertido en una parada casi obligatoria para todos, en varios momentos del día, sobre todo cuando llegaba el buen tiempo y nos parábamos a desayunar antes de pasar el día en la playa. En esos días no dejaba de bromear con Martín e Igor diciendo que los conquisté con mis bocadillos de tortilla de patata y con los filetes empanados, porque me seguían cada vez que sacaba a relucir esas comidas. De vez en cuando íbamos al club, pero era muy diferente y lo reservábamos para ocasiones más especiales.

He dejado para lo último algo a lo que desde hace tiempo ya no doy importancia, porque no ocupa mis pensamientos y quiero que forme parte de mi pasado. Me refiero a lo ocurrido con Helen, Tamara y Carola.

Tamara, la ex de Martín, y Carola, la ex de mi hermano y amiga de la primera, fueron las que salieron mejor paradas del juicio al que se enfrentaron por las falsas acusaciones hacia Isaac. El juez las condenó a un año y medio de servicios sociales y, una vez cumplido ese plazo, que para ellas fue como la peor de las condenas, quedaron libres por completo. Helen fue un caso aparte: la denuncia que puse, la que mi hermano se encargó de tramitar por mí e Igor le llevó al juez, afectó a su sentencia. El juez la condenó a tres años y medio de cárcel y después, lo poco que supe de ella es que, cuando cumplió la condena, se fue lejos al haber perdido el trabajo. Nunca supe lo que sucedió cuando Igor fue a verla, después de mi encuentro con ella en mi edificio. Él no quiso decírmelo y, con las palabras de Martín de que todo había ido bien y de que no tenía que preocuparme, tuve más que suficiente. Confiaba plenamente en ellos, ¿cómo no? Así que no me interesé en saber nada. No le deseaba ningún mal, solo quería mantenerla lejos de la vida de todas las personas que eran importantes para mí y, por suerte, así fue.

Al escuchar el sonido de la cerradura, me coloqué en una postura sugerente, en la cama balinesa de la terraza. Martín entró y, en cuanto vio las velas, siguió el camino con la vista. Desde la distancia pude apreciar el cambio que dio su mirada, la intensidad con que me devoró.

Obtuve lo que deseaba: que caminara hasta mí mientras se quitaba la ropa, hasta quedarse gloriosamente desnudo. Mi marido era un hombre mucho más impresionante que el día que lo conocí; el tiempo le había favorecido. Pero lo más maravilloso de Martín era su esencia, quien era, los detalles que tenía, sus valores y principios.

El amor es el motor que mueve el mundo y yo era una gran afortunada porque tenía la inmensa suerte de poder afirmarlo.

Martín era una pieza clave y vital para mí, el engranaje que hacía que todo en mi interior y a mi alrededor funcionara a la perfección.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadna_baker_escritora
Amazon: relinks.me/AriadnaBaker
Twitter: @ChicasTribu